SI YO TE AMARA



PÍCAROS DE LA REGENCIA: REDENCIÓN LIBRO 1

Rebecca Ruger

Si yo te amara

Pícaros de la Regencia: Redención

Libro 2

Rebecca Ruger

Contenido

Página del título
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo

Copyright

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia. Es posible que se haya tomado alguna licencia creativa con las fechas y lugares exactos para servir mejor a la trama y al ritmo de la novela.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo por escrito de la editorial.
Cláusula de exención de responsabilidad: El material de este libro está dirigido exclusivamente a un público adulto y puede incluir contenido gráfico. Está dirigido únicamente a mayores de 18 años.

Rebecca Ruger
www.rebeccaruger.com

Capítulo 1

Emma Ainsley recogió la bandeja cargada de jarras de cerveza y avanzó con cautela por la abarrotada taberna de la posada King's Arms. El aguacero había obligado a más de un viajero a refugiarse allí aquella noche. Aunque no le venía mal el dinero extra que ganaría en propinas, habría preferido quedarse con sus habituales tareas de doncella de la posada. Pero aquella misma lluvia había impedido que la muchacha de siempre, Alice, llegara esa noche, y el señor Smythe, el posadero, había recurrido a Emma para que la sustituyera. Ya lo había hecho antes, pero en contadas ocasiones y nunca con una clientela tan numerosa. El señor Smythe había notado su reticencia y le aseguró que no permitiría que ningún hombre le pusiera la mano encima. Alice, con su desparpajo y su melena roja como el fuego, aceptaba encantada esos atrevimientos si con ello conseguía más propinas.

Algo más tranquila al saber que, al menos, uno de los ojos del señor Smythe estaba pendiente de ella la mayor parte del tiempo, Emma dejó tres jarras sobre la mesa de unos marineros de aspecto rudo, recogiendo las monedas sin levantar la vista para encontrarse con la de ellos. Posteriormente, depositó otras dos jarras en otra mesa, ocupada esta por dos caballeros de alta cuna, que ni siquiera se molestaron en mirarla.

La última jarra de su bandeja era para el anciano caballero que estaba al fondo de la taberna. Había sido amable y educado cuando Emma le preguntó qué deseaba. Vestido con ropas finas y una corbata impecablemente anudada, Emma supo de inmediato que era un hombre de calidad. Quizá incluso sin aquellas prendas elegantes lo habría sabido; tenía un porte distinguido, una superioridad natural que solo el dinero podía conferir. Con cuidado, Emma dejó la jarra frente al hombre, pensando en lo mucho que le recordaba a su propio padre, aunque aquel querido hombre llevaba más de diez años muerto.

—Aquí tenéis, señorita —dijo el hombre, depositando una generosa cantidad de monedas en su mano.

—Gracias, señor —respondió ella, encontrándose con su mirada. Tenía unos ojos azules amables, aunque cansados, tristes incluso—. ¿La lluvia os ha traído hasta aquí?

Él asintió y dio un sorbo a la jarra.

—El carruaje se ha quedado atascado en los charcos del camino —le explicó luego de tragar—. Ya pasa de la medianoche, así que imagino que tendré que pasar aquí la noche.

—Mamá Smythe prepara unos desayunos contundentes y bien servidos, señor. Cuando llegue la mañana y tenga el estómago lleno, se alegrará de haberse quedado.

El hombre alzó la vista hacia Emma y sonrió ante su intento de consolarle.

—¿Y qué hace una joven de rostro tan fresco trabajando aquí, rodeada de toda esta chusma? —Su voz era áspera, como si en realidad fuera aún mayor de lo que aparentaba.

—No suelo trabajar en la taberna, señor —le aclaró Emma—, pero la lluvia ha impedido que venga la muchacha de siempre, así que me han sacado de las habitaciones.

—Deberían haberos dejado allí, muchacha —negó el hombre con la cabeza—. Decidle a vuestro hombre tras la barra que vigile a esos de ahí.

Alzó su jarra y dirigió la mirada a una mesa cercana al bar donde cuatro hombres compartían ronda. Emma los observó. Eran jóvenes y vestían como granjeros, aunque no del pueblo, pues nunca antes los había visto. Hasta el momento no le habían molestado en absoluto, así que no sabía qué habría despertado la sospecha de aquel caballero.

—Ciertamente, parecen inofensivos, ¿eh? —preguntó él.

Emma se encogió de hombros, pensando que, en efecto, así era.

—Si necesitáis algo más, mi nombre es Emma —ofreció entonces, aunque no solía dar su nombre a los clientes.

Se alejó del caballero y echó un vistazo a la abarrotada sala, calculando quién podría necesitar otra ronda. Como parecía que

todos estaban servidos, se acercó al señor Smythe y le preguntó si podía tomarse unos minutos para subir a las habitaciones.

Como siempre, el señor Smythe -pese a ser un patrón justo y honrado-, le dedicó un hondo suspiro y negó con la cabeza con resignación.

—Os doy dos minutos, muchacha. Demasiadas preocupaciones tenéis para ser tan joven.

—Gracias —contestó Emma, dejando la bandeja al final de la barra antes de subir a toda prisa por las escaleras traseras hasta su habitación, situada al fondo del pasillo.

No era lo que habría soñado para sí misma, pero tenía pocas opciones a la hora de encontrar un alojamiento que pudiese permitirse. Sacó la llave del bolsillo de su delantal y la deslizó en la cerradura, girándola con cuidado para no despertar a Bethany.

Avanzó de puntillas en la oscuridad, pues nunca se habría atrevido a dejar velas encendidas, y se acercó a la cuna en la esquina de la habitación. Se asomó por encima de los barrotes y respiró con alivio al ver que Bethany dormía tan profundamente como solía hacerlo.

La pequeña -Emma aún pensaba en ella como un bebé, aunque ya estaba cerca de cumplir los dos años- dormía boca abajo, con las piernecitas recogidas bajo su cuerpo. Sus finos rizos rubios le cubrían casi por completo la cara. Había algo especial en la imagen de un niño dormido, pensó Emma, recordando que aquella misma criatura, que ahora parecía un angelito en absoluto reposo, le había hecho la vida imposible aquel día. Estaba en esa edad en la que el peligro parecía seguirla a todas partes y, sin ir más lejos, esa misma mañana Emma se había despertado y la había encontrado sentada a su lado en el estrecho colchón. Era la primera vez que lograba trepar fuera de la cuna.

Por mucho que a Emma le encantase ver cómo Bethany crecía, cambiaba y se convertía, poco a poco, en su propia personita, a veces aquella niña conseguía asustarla con su temeridad. Pero la quería demasiado. Bethany era el principio y el fin de la familia de Emma, pues solo se tenían la una a la otra, y Emma había jurado que aquella niña no viviría ni un solo día sin saber que era amada.

Con dulzura, deslizó la mano por la espalda de la pequeña y luego salió de la habitación con la misma suavidad con la que había entrado, cerrando la puerta con llave tras de sí.

De vuelta en la taberna, Emma retomó su bandeja y reanudó las rondas, tomando pedidos y sirviendo bebidas. Tal como el anciano del fondo le había advertido, notó que los cuatro granjeros junto a la barra se volvían cada vez más ruidosos y desagradables a medida que avanzaba la noche. Sin embargo, se alegró al ver que su creciente agresividad se dirigía solo entre ellos y no hacia ella.

Cuando se acercó a su mesa por sexta o séptima vez con la bandeja llena de jarras, fue consciente de que la discusión entre dos de ellos había estallado. Al principio, solo intercambiaban insultos, aunque justo cuando Emma dejó la bebida sobre la alta mesa, los dos hombres se pusieron en pie, hinchando el pecho el uno contra el otro.

Emma llevaba suficiente tiempo viviendo en la King's Arms como para saber cuándo una pelea estaba a punto de estallar, así que se apresuró a dejar las bebidas, recoger las monedas y alejarse. Sin embargo, aquella trifulca creció más rápido de lo habitual, a pesar de los gritos del señor Smythe desde la barra, advirtiéndoles de que no toleraría semejante espectáculo. Antes de que Emma lograse apartarse del todo, los cuatro hombres ya se estaban lanzando puñetazos.

Sosteniendo la bandeja como si fuese un escudo, con el rostro crispado por el estruendo y el caos, Emma trató de esquivar la pelea y alcanzar la seguridad de la barra. Notó que otros clientes se ponían en pie y que la imponente figura del señor Smythe avanzaba a grandes pasos hacia la refriega. Pero Emma, con la bandeja bloqueándole parcialmente la vista, no se movió con la suficiente rapidez para salir de la zona de peligro y, cuando los puños empezaron a lanzarse con seriedad, recibió un mal golpe en el costado de la cabeza.

Aturdida y mareada por la fuerza del impacto, cayó de rodillas al suelo, soltando la bandeja de sus manos. Alcanzó a apoyar las palmas sobre las tablas justo a tiempo para evitar golpearse la cara, pero su mala suerte no terminó ahí. En el mismo instante en que

intentaba estabilizarse, uno de los combatientes tropezó y le pisó con fuerza los dedos largos y finos con su bota pesada.

Emma lanzó un grito, sabiendo de inmediato que algo en su mano se había roto. Incluso por encima del estruendo de la pelea, escuchó con claridad el sonido nauseabundo de un hueso quebrándose. Tras apretar la mano contra su pecho, intentó arrastrarse lejos del tumulto, pero antes de poder hacerlo, dos manos fuertes la sujetaron por debajo de los brazos y la levantaron con rapidez, sacándola completamente de la refriega. Cuando la depositaron sobre un taburete, lejos del peligro, se giró y vio al anciano caballero tras ella. Ahora que estaba en pie, era más alto de lo que habría imaginado, con los hombros anchos y cuadrados a pesar de su edad. Todavía aturdida, Emma permaneció sentada mientras él tomaba con cuidado su mano herida entre las suyas, mucho más grandes, para examinar los daños.

Emma gimió incluso con aquel contacto tan leve, el dolor era casi insoportable, pero no apartó la mano. Observó cómo el hombre separaba su dedo índice del resto y vio cómo enrojecía y se hinchaba al instante.

—Está roto, sin duda —observó, sin necesidad de alzar demasiado su profunda voz. Para entonces, el señor Smythe, con la ayuda de algunos clientes habituales, ya había echado de la taberna a los alborotadores. El caballero alzó la cabeza, salpicada de canas, justo cuando el posadero se acercaba.

—¿Tenéis un médico cerca?

El señor Smythe, visiblemente preocupado, hizo una mueca al ver el dedo herido de Emma, pero negó con la cabeza.

—No hay otro salvo el viejo doctor Beck —comentó, llevándose la mano al mentón con gesto pensativo—. A estas horas, sin embargo, ya habrá bebido demasiado como para ser de utilidad a nadie.

El caballero no pareció en absoluto satisfecho con aquella respuesta y volvió a fijarse en la mano de Emma.

—Quizá, si mi carruaje ya ha sido liberado, podría enviar a alguien a por mi propio médico… O mejor aún, llevaros yo mismo hasta él.

Emma alzó la mirada hacia él, pero negó de inmediato.

—Oh, no podría marcharme, señor —rechazó la idea al instante —. Tal vez solo un poco de hielo y…

—Muchacha —la interrumpió el caballero—, el hielo no os curará la fractura. Esto necesita atención inmediata. —Se giró de nuevo hacia el señor Smythe, y toda la cortesía que había mostrado hasta entonces desapareció—. Vos, señor, no deberíais permitir que esta chiquilla trabaje en semejantes condiciones, sin importar las circunstancias —concluyó con enfado, viendo que el posadero parecía a punto de justificarse—. Es demasiado menuda y frágil para un oficio tan vulgar como servir en la taberna.

—Señor —intervino Emma de inmediato, sin querer ver al señor Smythe reprendido cuando siempre había sido tan justo y tolerante —, no debéis culparle a él. La lluvia es la única responsable de esto… y aquellos hombres que pelearon. Nada más.

Sin embargo, el caballero negó con la cabeza, sin mostrar la menor intención de aceptar su argumento, aunque quizá prefirió no insistir cuando su mayor preocupación era su dedo fracturado. La cuna de la que provenía, su educación y, sin duda, su posición actual en la vida quedaron entonces más que evidentes en cuanto empezó a dar órdenes con un tono que dejaba claro que jamás había sido cuestionado.

—Enviad a un hombre a buscar a mi cochero por el camino del norte —indicó al atento posadero—. Le hallaréis junto al carruaje de tres ruedas. Decidle que traiga de inmediato al doctor McNair, que lo despierte si es preciso, y que lo traiga aquí sin demora. —Sacó varios billetes del bolsillo y los puso en manos del señor Smythe—. Aquí tenéis. Esto debería agilizarlo todo. —Acto seguido, dejó de prestar atención al posadero, dando por sentado que su orden sería cumplida, y volvió a centrarse en Emma. Le había colocado con delicadeza la mano herida sobre el regazo y ahora posó una mano sobre su hombro, gesto que hizo que Emma alzara la mirada hacia él —. ¿Dónde residís, muchacha?

—Tengo una habitación en la planta de arriba. —Emma levantó su mano sana y señaló el techo.

—Entonces, subamos y esperemos allí al doctor.

Dicho esto, se dispuso a alzarla en brazos, pero Emma protestó con rapidez. Saltó del taburete y aseguró que podía caminar por sí misma, aunque no pudo evitar preguntarse si aquel anciano, pese a su apariencia robusta, habría sido capaz de llevarla escaleras arriba en volandas. Sosteniendo con cuidado su mano herida, comenzó a salir de la taberna, consciente -solo ligeramente nerviosa- de que aquel hombre, tan solícito, la seguía de cerca.

—¿Tenéis familia por aquí? —preguntó él cuando llegaron a la puerta de la habitación de Emma.

—Solo tengo a Bethany —respondió al abrir la puerta y escuchar si Bethany se había despertado. Sostuvo la puerta abierta para que el caballero pudiera entrar, aunque con cautela decidió dejarla bien abierta. Luego, señaló la cuna en la esquina de la pequeña estancia. Vio cómo los ojos del hombre se ensanchaban antes de que este se acercara a la cuna para observar con algo parecido al asombro a la niña dormida.

—Tenéis una hija —dijo, girándose para mirarla—, y, sin embargo, no parecéis mucho más que una niña.

Emma notó algo en su tono, aunque no supo decir si era censura o simple sorpresa. Normalmente no explicaba su situación a desconocidos, pero había en aquel hombre una calidez que le inspiró confianza para aclarar su circunstancia.

—Bethany es la hija de mi hermana. Gretchen murió al darla a luz. No tenemos más familia, nuestros padres llevan casi diez años muertos, así que solo quedamos Bethany y yo.

—¿Y el padre de la niña? —preguntó, desconcertado y expectante, aunque no pareció sorprenderle la respuesta.

Emma se encogió de hombros para indicar que no tenía ni idea de quién podría ser aquel hombre y vio cómo él asentía con aceptación.

—No parece el lugar ideal para criar a una niña —comentó el hombre tras un momento en el que echó una rápida mirada a las modestas estancias.

A medida que su dedo comenzaba a palpitar con más intensidad, Emma volvió a sostener su mano herida contra el pecho. Sabía que él tenía razón, de hecho, lo había pensado muchas veces,

pero aún no había encontrado la forma de mejorar su situación. Además, los Smythe y la posada King's Arms eran la única familia y el único hogar que recordaba. Los Smythe la trataban bien y no esperaban de ella más que un día de trabajo honesto; adoraban a la pequeña y siempre habían sido comprensivos y atentos con el cuidado de Bethany.

—Espero que algún día podamos tener un sitio propio, quizá una casita solo para nosotras dos, o unas habitaciones en un lugar con menos… ejem, trajín y demás. Pero por ahora, estamos bien aquí. —Los ojos del hombre, cargados de reflexión, permanecieron fijos en ella, lo cual hizo crecer su nerviosismo—. No tenéis por qué quedaros, señor. Es muy amable por vuestra parte haber enviado a buscar a vuestro médico, pero es posible que tarde un poco. No quisiera privaros de vuestro descanso.

—Emma, muchacha, no me supone molestia alguna. Prefiero esperar y asegurarme de que vuestro dedo quede bien curado.

Emma imaginaba que diría algo así.

—Entonces, por favor, sentaos —le invitó, y se unió a él en la pequeña mesa donde Bethany y ella solían comer—. No… ni siquiera sé vuestro nombre, y habéis tenido una gran consideración conmigo. Tengo algunos ahorros… Os devolveré lo que habéis gastado en traer al doctor y… —titubeó, mas él alzó una mano para rechazar la oferta.

—Muchacha, soy Benedict, conde de Lindsey, aunque insisto en que me llaméis Michael. Y vuestro dinero debería guardarse para vuestros planes con esa preciosa niña.

Emma estuvo a punto de soltar un jadeo ante semejante familiaridad. La sola idea de dirigirse a un noble por su nombre de pila le parecía completamente absurda. En cambio, él se rio ante su reacción, y sus ojos grises oscuros parecieron iluminarse.

—He alcanzado una edad, Emma, en la que los títulos y la riqueza parecen tener poco sentido si no hay carácter para respaldarlos. ¿Qué me hace tan extraordinario como persona para que debáis llamarme milord? Nada, os lo digo, salvo lo que la sociedad dicta sobre mi ilustre nacimiento. —Se tomó un instante para calibrar su reacción, pero Emma permaneció en silencio—. ¿Y la

riqueza? ¿Qué importa? ¿Por qué no he de hacer algo útil con ella? Está claro que yo puedo permitirme pagar a un médico con unas cuantas monedas y vos no. Me parece un gesto insignificante ayudaros, cuando ya he podido comprobar que sois una persona buena y generosa. Así que, si queréis complacer el deseo de un viejo por hacer algo bueno, permitidme hacerlo y no le deis más vueltas.

Emma lo encontró encantador; su tono era tranquilo, amable, y en absoluto condescendiente. No le gustaba la idea de aceptar su dinero, pero tenía la sensación de que para él era algo necesario. Solo pudo pensar en decir:

—No sois viejo.

Él soltó una carcajada ante tal afirmación, pero no tuvo oportunidad de responder, pues en ese instante apareció el señor Smythe en la puerta abierta y anunció que el hombre que entraba tras él era el doctor McNair. Dio la noticia mientras mantenía un ojo vigilante y receloso sobre el conde.

Lord Benedict se puso en pie y saludó al médico, quien depositó su maletín negro sobre la mesa donde Emma seguía sentada. El conde explicó lo sucedido y, con un tono que dejaba claro que no admitía objeciones, ordenó al doctor que le colocase bien el dedo para evitar secuelas o daños permanentes. El doctor McNair no mostró la menor señal de sentirse ofendido por la casi insinuación del conde de que su trabajo anterior pudiera haber sido alguna vez menos que impecable. Se limitó a ponerse manos a la obra de inmediato, examinando el dedo herido por encima de sus gafas de alambre. Aquel pequeño ajetreo en la habitación debió de despertar a Bethany, pues en ese momento la niña se incorporó en la cuna y empezó a llorar. Emma, ocupada con el médico y preguntándose además cómo podría alzar a la pequeña con su mano herida, intentó calmarla con un arrullo, con la esperanza de que se volviera a dormir de inmediato. Por el contrario, la presencia de extraños en la habitación, sumada a la luz de los candiles encendidos para que el doctor pudiera ver mejor, terminó de espabilar a la pequeña, que un minuto después ya estaba de pie en la cuna, observando la escena con curiosidad.

Lord Lindsey volvió a sorprender a Emma, esta vez al acercarse con decisión a la cuna y alzar a Bethany en brazos, sin mostrar la menor preocupación por la baba del bebé o la posibilidad de que un pañal mojado arruinase sus elegantes ropas.

Emma observó con expectación, esperando el inevitable momento en que la niña sintiera extrañeza ante aquel desconocido y rompiera a llorar. Pero el conde adoptó un tono cantarín mientras la calmaba y la balanceaba ligeramente, y Bethany no emitió ni un solo sonido de protesta. De hecho, parecía más que encantada con él, mientras sus deditos, somnolientos pero curiosos, se enredaban en la fina corbata anudada del noble.

—Creo que le agrado —dijo el conde entonces, con un entusiasmo infantil, y redobló sus esfuerzos por divertir a Bethany, que comenzó a reír entre pequeños gorjeos al compás del movimiento creciente.

Emma observó el deleite del conde al sostener a la niña y pensó de inmediato que aquel hombre debía de sentirse solo. No sabía exactamente cómo había llegado a esa conclusión, habiéndole conocido tan solo por unas horas, pero lo supo con certeza.

Entre tanto el doctor le entablillaba el dedo con una férula pequeña pero perfectamente elaborada, Emma siguió contemplando a la insólita pareja danzante y, en ese preciso instante, supo que volverían a ver a aquel hombre, el conde.

Capítulo 2

—Una cucharada más —insistió Emma, tratando de que Bethany terminase su desayuno. Ocupaban una mesa en el comedor vacío de la posada. Aquel día, la hora era tan temprana y el lugar estaba tan desierto que la señora Smythe había preferido que desayunasen allí en vez de en su pequeña y estrecha habitación. Mientras Bethany masticaba distraídamente su ración de huevos y gachas, Emma observó la mano con la que sostenía la cuchara de la niña. Seguía llevando la férula, pues el médico le había indicado que no se la quitase durante al menos tres semanas; sin embargo, la hinchazón había disminuido y el dolor, sin duda, había remitido. Se sintió animada al notar aquella leve mejoría tras solo una semana y pensó que tal vez no le quedase ninguna secuela.

Bethany balbuceaba y masticaba, entretenida con dos pequeños caballos de madera burdamente tallados, un obsequio de Langdon, el tímido muchacho que cuidaba de los establos y del patio. En unos minutos, cuando terminase de comer, Emma pensó que quizá podría sacarla a dar un paseo, pues sus obligaciones para aquel día serían escasas, dado que solo había dos habitaciones ocupadas en la posada.

Emma alzó la vista cuando la puerta principal del comedor se abrió, creyendo que, si los huéspedes comenzaban a bajar a desayunar, tendría que llevarse a Bethany de allí. Pero, en lugar de ver a un cliente cualquiera, distinguió la figura del conde de Lindsey. Supo, en ese momento, que apenas le sorprendía su presencia. En el fondo, lo había esperado.

—Buenos días, milord —le saludó con calidez. Después de todo, sin su ayuda la semana anterior, su dedo quizá no estaría en tan buen estado.

—Buenos días para vos también, Emma —respondió con una sonrisa afable al tiempo que se acercaba a la mesa con su porte alto

y seguro—. Pensaba que os había dado permiso para llamarme Michael.

—Así es —admitió la joven con una leve sonrisa—, pero todavía no he logrado convencerme de que sea lo correcto. Por favor, sentaos. ¿Habéis desayunado ya? —Le indicó un asiento con un gesto.

El conde tomó la silla junto a Bethany.

—Sí, gracias. ¿Y vos, jovencita? —pronunció, elevando ligeramente el tono de voz mientras despeinaba con suavidad su cabello rubio.

Bethany balbuceó alegremente, como si recordase al conde a pesar de haber pasado con él apenas un breve y somnoliento instante. Observó con curiosidad cómo el conde tomaba uno de sus caballos de madera y fingía que galopaba por la mesa, saltando con gran destreza hasta aterrizar sobre su bracito. La niña estalló en risitas y, emocionada, le tendió el otro caballito para que hiciese lo mismo.

—Espero haber expresado bien mi agradecimiento la semana pasada, milord —dijo Emma entre tanto él continuaba entreteniendo a Bethany.

—Michael —corrigió él de inmediato, casi por costumbre—. Y lo hicisteis, hasta la saciedad. —Señaló su mano con un leve gesto de la cabeza—. ¿Cómo sigue el dedo, por cierto?

—Mucho mejor ya, aunque aún me duele doblarlo, aunque sea un poco. Pero me quedan dos semanas más con esta férula tan molesta. —Emma alzó el dedo para que lo examinase.

Benedict asintió y luego encontró su mirada. Emma pensó que, con la luz de la mañana, sus ojos grises parecían casi azules.

—¿Qué os trae de nuevo a nuestra humilde posada, milord? —preguntó con una sonrisa intencionada, aun sintiéndose incómoda al dirigirse a alguien tan distinguido por su nombre de pila.

—Sentía curiosidad por vuestra recuperación —le devolvió la sonrisa, negando con la cabeza ante su testarudez.

Emma tuvo la sensación de que aquello no era toda la verdad y no le sorprendió al escucharlo hablar.

—No me agrada la idea de vuestra situación aquí: vos y la niña viviendo y trabajando en una posada donde incidentes como el que sufristeis podrían ser algo habitual.

—Es muy amable por vuestra parte preocuparos tanto por nosotras —señaló Emma, sorprendida. Nunca había conocido a nadie de su posición que se interesase -y mucho menos se preocupase- por su existencia.

—Pero debéis saber que es poco probable que vuelva a poner un pie en la taberna. Mamá Smythe quedó muy alterada al enterarse de lo sucedido y… —Emma sonrió levemente—, le dio un buen sermón al señor Smythe, como si todo hubiese sido culpa suya.

—Porque lo fue —replicó el conde con firmeza, sin la menor indulgencia hacia el posadero—. Aunque no he venido aquí a reprenderle. —Volvió a hacer cabalgar la figura del caballo sobre el bracito de Bethany, deleitándose con la alegría de la niña—. He venido a ofreceros un puesto mejor.

Emma se tensó al instante, su mirada volviéndose súbitamente recelosa. De inmediato, recordó la historia de su hermana Gretchen, sus ilusiones y la atención de tantos hombres interesados en ella. Nunca habría pensado algo así de aquel hombre tan bondadoso, pero…

—No, muchacha, no os ofrezco nada deshonesto, sino una mejora para vos y para Bethany. —El conde alzó una mano para interrumpir sus pensamientos antes de que tomasen un rumbo desagradable. Al ver que Emma seguía en guardia, casi a punto de indignarse, se apresuró en explicar su oferta—. Solo he pensado en alojaros en una casita pequeña… No, no, querida, no con intenciones ocultas. Mencionasteis que era vuestro deseo tener un hogar propio. No espero nada a cambio, salvo quizá una amistad. Me gustaría daros esa oportunidad.

Emma quedó atónita. Seguía alerta, aun desconfiando de sus verdaderas intenciones, pero más que nada estaba sorprendida.

—¿Por qué querríais hacer algo así? —preguntó, expresando lo primero que le vino a la mente.

—Porque me complacería hacerlo —afirmó el conde con un leve encogimiento de hombros, como si fuese así de simple—. Porque,

muchacha, me inquieta pensar en lo que podría sucederos a vos y, con el tiempo, a esta preciosa niña si os quedáis aquí. —Hizo una pausa antes de continuar, siendo su tono más grave—. Sí, los Smythe harían todo lo posible por evitar cualquier infortunio, pero vos… Creo que no tenéis idea de cómo vuestra… inocencia atrae ciertas miradas, para seros sincero. No comprendéis que llegará un día en que un hombre, o varios, no podrán resistir la tentación que representáis. Os estoy escandalizando, lo sé. Pero, Emma, os vi aquella noche en la taberna, vi cómo os miraban. Su miedo al señor Smythe solo os protegerá hasta cierto punto. Algún día, alguien se arriesgará a desafiarle… y vos acabaréis herida.

Emma sintió un escalofrío. Le estaba asustando. La verdad era que rara vez pisaba la taberna; podía contar con los dedos de una mano las ocasiones en las que lo había hecho desde principios de año. Tenía una vaga idea de lo que él insinuaba, pero no había considerado hasta entonces las funestas consecuencias que podrían derivarse de ello.

—Milord, agradezco vuestra preocupación por mi situación, pero os aseguro que no corro peligro, en absoluto.

—Sois ingenua si realmente creéis eso.

—He pasado media vida aquí —replicó, intentando disipar sus temores—. Durante todos estos años, tanto mientras Gretchen vivía como después, jamás he encontrado más problemas de los que podría hallar en cualquier otro lugar o empleo.

El conde negó con la cabeza, con pesar.

—Me temo, querida, que lo único que habéis tenido es suerte, pero la suerte no dura para siempre. Solo deseo evitar lo que pueda suceder.

Emma posó su mano sobre la de él, que descansaba sobre la mesa.

—No conozco un alma más generosa que vos, que ofrecéis tanto cuando apenas sabéis nada de mí. Os agradezco sinceramente vuestras palabras y vuestro deseo de ayudarnos. Pero debo rechazarlo, pues nunca he tenido la intención de depender de otro para mi propio bienestar.

Michael Benedict no pareció enfadado por su negativa, sino más bien resignado ante su obstinada determinación de valerse por sí misma.

—Sabéis, querida… Lo que le ocurrió a vuestra hermana es también una posible consecuencia… si no sois precavida —añadió en voz baja, casi como un pensamiento fugaz, pero con un peso innegable.

—Lloro la ausencia de mi hermana cada día, milord. Pero jamás he visto a Bethany como un infortunio ni como un error. Ella simplemente debía existir —contestó Emma tras meditar aquella advertencia con seriedad.

La puerta del comedor volvió a abrirse, y esta vez fueron varios huéspedes de la posada quienes entraron. Emma se vio obligada entonces a excusarse y, con una despedida cortés, se llevó a Bethany, dejando al conde en la mesa.



Solo dos días después, el conde regresó a la posada, esta vez con una invitación para Emma y Bethany: un paseo en su lujoso carruaje. Aquel día de principios de mayo era soleado y templado, y cuando Emma vaciló un instante antes de aceptar, el conde confesó que su carruaje *Landau*, con su capota desmontable, era nuevo y que estaba bastante orgulloso de poder lucirlo un poco.

Emma no creyó ni por un momento aquella excusa, convencida de que aquel hombre no tenía ni un ápice de vanidad o engreimiento. Sin embargo, aceptó de todos modos, pues Bethany parecía haber tomado un cariño especial al conde. Así que Mamá Smythe le concedió la tarde libre y el conde ayudó a Emma y a Bethany a subir a su vehículo, sentándose después frente a ellas en los cómodos asientos de cuero.

Pusieron rumbo a Lambeth, donde los sábados se celebraba el mercado al aire libre en la plaza, y el conde disfrutó enormemente guiando a Emma y a Bethany entre los puestos, llevando en brazos a la niña la mayor parte del tiempo. Ignorando las protestas de Emma, compró a Bethany una muñeca de un vendedor que claramente cobraba demasiado. La figura tenía la cabeza y el cuerpo de porcelana y estaba vestida con ropas de mejor calidad que las de su nueva dueña. También les compró sorbetes de limón y rio cuando Bethany se terminó el suyo con tanta rapidez que comenzó a mirar con codicia el de Emma.

Pasaron tres horas en Lambeth aquel día, y Emma tuvo que admitir que jamás en su vida había disfrutado de una tarde tan ligera y despreocupada. Nunca se lo había pasado mejor, y así se lo confesó al conde cuando emprendieron el camino de vuelta en el carruaje.

—Querida —le dijo él, con su habitual tono afable—, dejad ya vuestros «gracias» y cumplidos. Me hace feliz hacerlo, pues disfruto enormemente de la compañía de vosotras dos.

—Durante el trayecto de regreso, Bethany insistió en sentarse con el conde, y él la sostuvo con seguridad en su regazo mientras la pequeña permanecía absorta en su preciosa muñeca nueva.

Durante las semanas siguientes, y luego los meses, Emma vio cada vez más al conde. Siempre atento, siempre encantador y nunca impropio en su trato. Con el tiempo, se le ocurrió que Michael Benedict era, simplemente, una persona afable que no contaba con demasiada compañía. Él mismo le había contado que solo tenía un hijo como familia, pues su esposa había fallecido cuatro años atrás, y que los compromisos comerciales y el escaño en el Parlamento de su hijo los mantenían separados la mayor parte del tiempo.

Hablaba de Zachary con entusiasmo y con el orgullo propio de un padre, asegurando que se parecía mucho a él. Pero Emma dudaba que existiese otra persona en el mundo que pudiera compararse con lord Lindsey en bondad y generosidad.

La primera -y única- discusión acalorada que tuvieron ocurrió casi cuatro meses después de que comenzaran sus visitas. Emma había preguntado al señor Smythe quién era el nuevo hombre que

trabajaba en la posada. No parecía tener otra ocupación que vigilar la taberna y, en raras ocasiones, hacer valer su presencia expulsando a algún cliente problemático. Aparte de eso, apenas se movía de su puesto junto a la puerta de la taberna, la cual daba a la zona abierta donde se encontraban el vestíbulo y la recepción.

El señor Smythe bufó ante la pregunta de Emma, dejándola confundida hasta que le explicó que aquel hombre no era, en realidad, un empleado de la posada, sino que había sido contratado por *«ese conde vuestro»*. Frunciendo el ceño al escuchar aquella revelación, Emma no tardó en comprender la verdadera intención detrás de la presencia de aquel hombre.

Tuvo que esperar tres días hasta que el conde volvió a visitarla, y en cuanto puso un pie en la posada, ella le dejó claro que no estaba en absoluto conforme con la situación. Le dijo que era perfectamente capaz de cuidarse sola y que resultaba un insulto hacia el señor Smythe insinuar que él no podía hacerlo. Todo esto se lo soltó en cuanto él entró en la posada, mientras ambos permanecían de pie en el vestíbulo, frente al escritorio de la recepción.

Michael Benedict no negó en ningún momento el propósito del hombre ni su implicación en el asunto. De hecho, por un instante pareció un tanto avergonzado.

—Muchacha, también intenté contratar a una niñera para la pequeña, para que no tengáis que llevarla de un lado a otro mientras trabajáis, y para que podáis disfrutar de un poco más de libertad en vuestra vida.

Con las manos en las caderas, dejando claro su enfado, Emma solo pudo quedarse mirando al conde, incapaz de responder, como si de repente le hubiese salido otra cabeza.

—Vuestro señor Smythe, sin embargo, es un hombre terco y orgulloso, aunque creo que terminaré por hacerle ceder. A final de semana entrevistaré a varias candidatas para niñera.

Emma sintió una oleada de ira repentina y furiosa.

—Milord, debo resistirme… me resistiré. Basta ya. No puedo permitiros hacer esto.

—¿Podéis darme una sola razón de peso para que no lo haga? —replicó el conde, inalterable ante su enfado y firme en su postura.

—La mejor razón —respondió Emma sin dudar—, es que me gusta tenerla conmigo. Si no estuviese con ella mientras atiendo las habitaciones, apenas la vería.

Por más que el conde hubiese reflexionado sobre cómo mejorar su vida, claramente no había considerado algo tan simple. Pero, como siempre, era un hombre razonable y de mente abierta, por lo que no le costó ceder.

—En verdad, no lo había pensado así. Solo pretendía ayudaros.

—Y os lo agradezco, Michael. De veras que sí. —Emma relajó su postura y suavizó su tono.

Para complacerle un poco, y porque después de tantos meses le consideraba un amigo, accedía de vez en cuando a llamarle por su nombre, como él deseaba. Pero su amistad no le daba derecho a dirigir su vida.

—¿Podemos llegar a un acuerdo, milord? —sugirió al ver que él arqueaba una ceja—. Os prometo que, si necesito algo, acudiré a vos. Y vos me prometeréis que no adivinaréis mis necesidades ni actuaréis sin consultarme antes.

—Me parece justo, querida Emma. —Entonces le dedicó aquella sonrisa que Emma había llegado a apreciar tanto, la misma sonrisa tímida que parecía completamente fuera de lugar en un caballero tan respetable y curtido—. Claro que todo esto sería mucho más sencillo si simplemente me dejaseis salirme con la mía.

—Curioso, milord, estaba pensando exactamente lo mismo. —Emma le hizo una mueca.

El conde sonrió divertido y, en ese momento, se escuchó la voz de Mamá Smythe en lo alto de las escaleras. Apenas unos segundos después, bajaba con Bethany en brazos, aún fresca de su siesta. La anciana rio con ternura al ver la emoción de la niña al notar la presencia del
conde y, al llegar al vestíbulo, se la entregó sin dudar.

—Vaya, parece que le habéis caído en gracia, milord —observó Mamá Smythe, que no compartía la desconfianza de su marido hacia el noble. También puso la muñeca de Bethany en las manos del

conde, entre tanto la pequeña volvía a quedar fascinada por los botones de su sobreveste.

—Enseguida iré al saloncito de atrás —le dijo Emma a Mamá Smythe—. Veo que los Throckmorton, por fin, lo han dejado libre.

—No os preocupéis, querida. Aún es temprano. Me voy a hornear el pan. Que tengáis un buen día, milord. —Mamá Smythe agitó su mano.

—Buen día para vos, señora —saludó el conde.

Bethany, que parecía haberse cansado de juguetear con sus botones, comenzó a estirar los bracitos hacia Emma. El conde depositó un beso en su mejilla antes de ponerla en los brazos expectantes de la joven.

—Id con mamá.

—Mamá —repitió Bethany al instante, como hacía con frecuencia en los últimos días.

Emma se quedó mirándola, primero a la niña, luego a Michael, con la boca entreabierta de asombro. Debería corregir a la pequeña de inmediato, pero hasta ese momento no había considerado una situación así.

—Quizá *tía* —sugirió, buscando la aprobación de Michael.

—*Mamá* bastará —negó él con la cabeza.

—Pero no soy su…

—Pero lo sois, muchacha —insistió Michael—. En su pequeña vida -en toda su vida- sois la única madre que conocerá. Dejadlo ser.

Emma sintió un nudo en el pecho. Una lágrima escapó sin que pudiera evitarlo. No se había imaginado cuánto impacto podía tener en ella una sola palabra. Apretó con fuerza a Bethany contra sí, conmovida, y Michael, divertido por su reacción, le besó la frente.

—Dejadlo ser, mi niña —repitió con suavidad.

Y Emma no tuvo ni la voluntad ni el deseo de llevarle la contraria.

Capítulo 3

Zachary Benedict alzó su jarra y apuró la cerveza restante. Llevaba sentado en la posada King's Arms durante la última hora, observando con una creciente irritación cómo aquella descarada pelirroja servía algo más que comida y bebida. Pensó en su padre, en su vida de modales impecables, en su escrupulosa atención al decoro, en su naturaleza meticulosa, y se preguntó cómo demonios había acabado relacionándose con una criatura como aquella.

Echó un nuevo vistazo alrededor, agradeciendo apartar la vista de la muchacha por un instante, y recorrió con la mirada todo el establecimiento. La posada estaba bien cuidada, limpia y en orden, bastante más que muchas otras en las que había estado, por lo que le sorprendió aún más que empleasen a una mujer tan vulgar como aquella.

«Emma Ainsley», pensó Zachary con desdén, volviendo a fijarse en la joven, justo cuando permitía que un cliente le posase la mano en el trasero. Sin duda, su padre debía de haberse sentido muy solo en sus últimos años si aquella era la compañía que había elegido.

Sacudió la cabeza, preguntándose hasta qué punto habría caído su progenitor. Si había llegado al extremo de tomar a una simple camarera como amante, ¿qué otras locuras habría cometido?

Desde el día, poco más de una semana atrás, en que le informaron de la repentina muerte de su padre, su mundo se había puesto patas arriba. Siempre habían sido cercanos; toda su vida había admirado a aquel hombre, que -hasta donde él sabía- jamás había dado un paso en falso. Es cierto que sus propios negocios en los últimos años los habían mantenido separados con más frecuencia de la que le habría gustado, pero esto solo agravó su dolor al recibir la terrible noticia. Sin embargo, su tristeza pronto se vio eclipsada por la confusión y un leve enfado cuando le leyeron el testamento y descubrió la existencia de aquella Emma Ainsley… y la cuantiosa asignación mensual que su padre le había dejado. Su interés no hizo

más que aumentar cuando supo que, además, su padre había contratado a un hombre para trabajar en la misma posada donde residía aquella mujer.

A juzgar por su aspecto, jamás habría pensado que valiese el dinero que le habían destinado, pero tuvo que concluir que su padre había considerado sus… *atributos…* lo bastante atractivos como para incluirla en su testamento hacía apenas dos meses, y además con una generosidad considerable. Con evidente desagrado, inclinó la cabeza para llamar de nuevo a la mujer, decidido a terminar con aquel asunto por más ofensivo que le resultase. El contoneo con el que ella se acercó, moviendo sus anchas caderas con estudiada naturalidad, no hizo sino avivar la ya intensa irritación de Zachary. Mientras la observaba aproximarse, volvió a preguntarse por los gustos de su padre, pues aquella mujer tenía, a todas luces, más años de los que probablemente admitiría, no todos ellos amables, y su desvergüenza con cualquiera que se le cruzase le dejó en la boca un regusto amargo.

Cuando la mujer se plantó justo delante de él, con la bandeja estratégicamente apoyada en una cadera y la mano posada en la otra, le dedicó una sonrisa coqueta y esperanzada, exactamente igual que cada vez que se había acercado a él aquel día.

—¿En qué puedo serviros, caballero? —preguntó, esforzándose por sonar seductora, aunque el efecto fue completamente contrario en Zach.

—¿Conocéis al conde de Lindsey? —inquirió, con un tono que dejaba claro que no estaba allí en busca de compañía.

—Podría ser —contestó ella con descaro, pero también con desconfianza—. ¿Quién quiere saberlo?

—¿Cuándo fue la última vez que le visteis?

Zach necesitaba saber cuán reciente había sido aquella relación tan vergonzosa, pues, sin duda, había dejado una huella profunda en su padre.

—Sigo queriendo saber quién lo pregunta. —La mujer frunció el ceño, sin el menor encanto.

—Os lo pregunta el actual conde de Lindsey —replicó Zach con sequedad—. Ahora responded.

Dándose cuenta de que no obtendría ningún beneficio de aquel caballero, la mujer suspiró con fastidio y su expresión se tornó irritable. Su falsa dulzura desapareció al instante.

—No le he visto en meses. Y tampoco fueron tantas veces. Solo le interesaba Emma, solo la quería a ella.

—¿No sois vos Emma Ainsley? —Zach frunció el ceño, desconcertado.

—Nada que ver entre nosotras —dijo ella, con una hostilidad apenas disimulada—. Una es una princesa y la otra no.

—¿Dónde puedo encontrar a Emma Ainsley?

Pero la mujer se limitó a encogerse de hombros y se dispuso a marcharse.

—Id a buscarla. Ahora. —Zach sintió el impulso de abofetearla, pero necesitaba su ayuda, así que la sujetó del brazo y le metió varias monedas en la mano libre.

Vio cómo la pelirroja contemplaba los relucientes peniques en su mano, debatiéndose entre
la tentación y el desprecio. Durante un instante, pareció que iba a tirárselos a la cara, pero, con
un resoplido, se soltó de su agarre y salió de la taberna.

Zach exhaló un suspiro de frustración y se dispuso a esperar a que la verdadera Emma Ainsley apareciese. Entrelazando sus largos dedos alrededor de la jarra vacía, dejó que su enfado creciera, preguntándose si Emma Ainsley sería del mismo calibre que aquella pelirroja vulgar. Mantuvo la mirada fija en la puerta por la que la mujer había desaparecido y, poco después, su paciencia se vio recompensada cuando la vio regresar. En cambio, venía sola. Zach frunció el ceño aún más, sintiendo cómo la irritación volvía a afianzarse en su pecho. Sin embargo, al instante siguiente, su expresión cambió por completo cuando una mujer -o más bien, una muchacha- entró en la taberna.

Sobrecogido por aquel giro inesperado, Zachary Benedict se irguió en su asiento, observando con atención a quien supuso que debía de ser la verdadera Emma Ainsley. La pelirroja no le dio indicación alguna que Zach pudiese percibir, así que la señorita

Ainsley se quedó en la entrada, recorriendo la taberna con la mirada, buscando a quien quiera que la hubiese llamado.

El siguiente aliento de Zach salió con más rapidez de la esperada, y de repente comprendió que su padre, en efecto, no había perdido el juicio. Si aquella era realmente Emma Ainsley, no podía culparle en absoluto por haber dejado de lado su refinado mundo para involucrarse con ella. En sus más de treinta años de vida, Zach no recordaba haber sentido jamás que le faltase el aliento al ver a alguien por primera vez. Hasta ese momento.

Los ojos de Emma Ainsley recorrieron la sala, comenzando por el extremo opuesto a donde él se encontraba, lo que le concedió varios segundos para apreciar su atractivo. *Hermosa* era una palabra demasiado insulsa para describir aquel rostro y aquella figura tan hechizantes. Mediría poco más de metro y medio, su cuerpo esbelto, pero con curvas en todos los lugares adecuados. Largos mechones de caoba brillante, recogidos con un lazo a la altura de la nuca, caían hasta sus caderas, con unos cuantos rizos rebeldes enmarcando un rostro por el que los mismos ángeles debían suspirar. Desde esa distancia no podía discernir con exactitud el color de sus ojos, pero debían de ser azules. «Solo el azul haría justicia a esa mirada». Grandes, redondos, ligeramente rasgados en las comisuras, enmarcados por una piel de porcelana con apenas un toque de color, probablemente adquirido de pasar tiempo al sol. Su nariz era pequeña y delicada, y bajo ella, sus labios entreabiertos se arqueaban con la suficiente generosidad como para tentar hasta a un santo.

En el instante siguiente, sus ojos se posaron en él, y Zachary supo sin lugar a dudas que Emma Ainsley era la criatura más fascinante que había visto jamás. Como él la observaba sin apartar la vista, ella dedujo con acierto que era él quien la había llamado y comenzó a avanzar hacia su mesa. Algo en su interior se retorció y se agitó mientras la veía moverse, consciente de que al menos media docena de ojos la seguían con un aprecio descarado. Aquello, empero, le recordó el motivo de aquel encuentro, y Zachary no tardó en recuperar la certeza de lo que ella *era*. Lo extraño fue que esto no disminuyó su atractivo en absoluto. Pero algo en su expresión

debió de cambiar con aquel pensamiento, porque sus pasos vacilaron -casi imperceptiblemente- y su delicado rostro adoptó un gesto inquieto.

Un momento después, estaba de pie junto a su mesa, retorciendo la falda del delantal que cubría su sencillo y gastado vestido gris.

—Soy Emma Ainsley —se presentó con voz suave y pausada, con un ligero matiz exótico en su entonación.

—Soy Lindsey —fue todo lo que Zach respondió, examinando su rostro con gran detenimiento al pronunciar aquellas palabras. Supo en el acto cuándo comprendió su significado, pues sus labios volvieron a entreabrirse, sus hermosos ojos se abrieron de par en par por el sobresalto y unos finos dedos volaron a su boca para ahogar un grito, mientras su mirada se llenaba de lágrimas al instante.

—¿Qué… dónde está…? —Emma fue incapaz de formular un pensamiento coherente, y si Zachary no supiera más, habría creído que su pesar era genuino al comprender que, si él era ahora el conde, eso solo podía significar que su padre había fallecido.

—Mi padre murió el día 19 —dijo con frialdad, casi con brusquedad, disgustado por lo que le pareció una aflicción fingida.

Emma Ainsley dejó escapar un pequeño sollozo ante la dureza de su tono y, de golpe, se desplomó sobre el taburete frente a él, cubriéndose el rostro con las manos y rompiendo a llorar con tal sinceridad que Zach casi pensó que era real. Se esforzaba visiblemente por controlar sus sollozos, respirando hondo para contenerlos pero, aun así, estos no cesaban. No lloraba en voz alta, como si quisiera llamar la atención, sino con un dolor genuino, dejando escapar un lamento suave.

Zach, cada vez más incómodo, observó cómo al cabo de un momento ella alzaba la vista hacia él, sus ojos enrojecidos y húmedos.

—¿Qué ha sucedido? No estaba enfermo —protestó, agitando la mano con inquietud—. Le vi hace solo una quincena… ¿Ha ocurrido un accidente?

Zach negó con la cabeza, comenzando a pensar que, tal vez, su dolor era auténtico.

—No, no estaba enfermo —contestó vagamente, su mente yendo más allá, pues si aquella angustia era real, necesitaba saber con exactitud qué relación había habido entre su padre y aquella joven de belleza desconcertante—. Él… ah… —Zach hizo un esfuerzo por centrarse
de nuevo en la pregunta—. Sufrió un derrame. Nada más. Se fue casi al instante.

Estas palabras provocaron un nuevo torrente de lágrimas, y Zachary empezó a sentirse verdaderamente incómodo, sin saber qué hacer para consolarla. Y como sus sollozos, aunque discretos, empezaban a atraer miradas indeseadas, Zach posó una mano sobre la de ella para captar su atención, pues había vuelto a ocultar su rostro entre sus dedos.

Emma se sobresaltó ante su contacto y alzó la vista con brusquedad.

—Quizá haya alguna sala privada donde podamos concluir nuestro asunto —sugirió Zach, arqueando una ceja con expectación —. Y donde podáis… lamentaros sin tantas miradas puestas sobre vos.

Emma recorrió entonces la sala con la mirada, como si hasta ese momento no hubiese reparado en que muchas personas la estaban observando, quizá no solo ahora, en su dolor, sino con frecuencia y con fijeza. Asintió con rapidez y se puso en pie, volviéndose de nuevo hacia Zach.

—Tengo habitaciones arriba —dijo, señalando vagamente la puerta por donde había venido. Algo pareció cruzar su mente en ese instante, una idea que la hizo inclinar la cabeza con curiosidad mientras lo observaba—. ¿Teníais… algún otro asunto conmigo, además de… darme esta noticia? —Acto seguido, sorbió por la nariz, tratando de recomponerse.

Zachary, sorprendido por la intensidad de aquellos ojos que lo observaban, no respondió de inmediato. Al ponerse en pie, comprendió que, con aquella pregunta, la joven trataba de deshacerse de él.

—Sí, tengo asuntos con vos, señorita Ainsley —declaró con frialdad.

Ella asintió con rigidez y le indicó que la siguiera fuera de la taberna, ignorando la mirada vigilante y ceñuda del hombre corpulento que estaba tras la barra. Zach le sostuvo la mirada con desafío, de un humor tan negro que casi deseó provocar un altercado. Pero el posadero, tras torcer el gesto en señal de desaprobación, se limitó a seguir limpiando el interior de las jarras usadas con un trapo húmedo, sin intervenir en absoluto.

Emma lo condujo por un pasillo oscuro y luego subió una estrecha escalera al final del edificio. Zach fingió no sentirse cautivado por el sutil vaivén de sus caderas ni por la larga melena oscura que le flotaba sobre la espalda.

Al llegar al segundo piso, Emma abrió la última puerta del pasillo y, sujetando el pomo, le indicó con un gesto que entrara. Dentro de la habitación, una mujer de mediana edad, de rostro curtido por años de trabajo de sol a sol, estaba sentada en una silla. Tal vez dormitaba, pero dio un pequeño respingo cuando la luz entró en la estancia.

—¿Qué ocurre, muchacha? —preguntó al incorporarse, dirigiendo a Zachary una rápida
mirada de recelo con su expresión severa.

—Oh, señora Smythe, el conde… se ha ido —sollozó la joven.

La mujer pareció igual de afectada y abrazó a Emma con tal intensidad que Zachary sintió cierta incomodidad -o quizás impaciencia- mientras permanecía en el umbral. De un solo vistazo captó la totalidad de la estancia: una estrecha cama en una esquina, unas delicadas cortinas de encaje en la única ventana, la limpieza impecable del pequeño espacio a pesar de lo reducido que era… e incluso la calidez que parecía desprenderse de aquel lugar. Pero toda aquella impresión se disipó en cuanto su mirada se posó en una cuna de pino, tosca y sencilla, situada en otra esquina. Frunció el ceño y luego alzó una ceja al notar que la cuna no estaba vacía.

Sentada dentro de aquel mueble, con sus regordetas manos aferradas a la barandilla, una niña rubia y de mejillas sonrosadas

comenzó a dar pequeños saltos sobre el colchón firme al ver a Emma.

—¡Mamá! ¡Mamá! —exclamó la pequeña con entusiasmo.

—Gracias, señora, por cuidar de ella —murmuró Emma Ainsley de forma distraída, aunque con un tono que daba por concluida la conversación, mientras se acercaba a la niña. La señora Smythe asintió con la cabeza, sus propios ojos brillando con lágrimas contenidas, y salió de la habitación. Antes de marcharse, dedicó a Zachary una última mirada severa y, con un gesto deliberado, dejó la puerta aún más abierta.

Emma miró rápida y nerviosamente a Zach antes de dirigirse directamente hacia la niña, alzándola de la cuna con ternura.

—Deberíais estar dormida, cariño —susurró, besándole las sonrosadas mejillas, sin dar la menor señal de molestia por encontrarla despierta.

En cambio, en cuanto estrechó a la pequeña contra su pecho, otra oleada de lágrimas la envolvió, y mantuvo la espalda vuelta hacia Zach mientras lloraba con fuerza, con el rostro hundido en el cabello de la niña. Zach presenció la escena con una mezcla de desconcierto y horror.

Aunque la niña no guardaba el menor parecido con su padre y, en cambio, se asemejaba bastante a su madre -exceptuando su cabello extremadamente rubio- Zach tuvo que asumir lo que parecía evidente… Aquella era su hermana.

Borró toda emoción de su rostro justo cuando Emma se volvía hacia él de nuevo, con la niña aferrada a su cuello. Descartó por completo la idea de que Emma Ainsley era demasiado joven y… *demasiado inocente* para haber dado a luz a una criatura -la prueba irrefutable estaba a escasos tres metros de él- y por fin comprendió las condiciones del testamento de su padre.

El subsidio mensual no había sido creado solo para mantener a la madre… sino también para cuidar de la hija de su padre.

—Por favor, sentaos —ofreció Emma, señalando la pequeña mesa cubierta con un mantel de tela y las dos sillas de listones que estaban bien ajustadas contra la pared, al final del catre.

Zachary, sintiendo como si le hubiesen golpeado en el estómago, pensó que, en efecto, lo mejor sería sentarse en ese momento. Sacó la silla más cercana y se dejó caer sobre ella.

—¿Quién es ella? —preguntó, preguntándose por qué razón -pues la vergüenza no parecía una excusa plausible- su padre nunca le había dicho que tenía una hermana.

—Ella es Bethany —afirmó Emma con voz entrecortada por las lágrimas, tomando asiento frente a él. Acercó sobre la mesa una muñeca de aspecto extraordinariamente caro y acomodó a la niña en su regazo. Sin embargo, Bethany parecía tan intrigada por la presencia de Zach como él por la existencia de la pequeña—. Bethany, decid «buen día» a lord Lindsey.

—*Ben dia* —balbuceó la niña, sonando su intento de saludo torpemente adorable. Después soltó una risita y desvió toda su atención hacia su muñeca, cuyo vestido, a juzgar por la calidad de la tela, parecía haber costado más que el sencillo atuendo que Emma misma llevaba puesto.

—Lamento vuestra pérdida, milord —lamentó finalmente Emma, aunque sin levantar la mirada hacia él—. Vuestro padre hablaba a menudo de vos. —Luchó por mantener la compostura mientras pronunciaba aquellas palabras, y Zach pensó que en cualquier momento podría echarse a llorar de nuevo. Pero no lo hizo. Al cabo de un instante, terminó por alzar sus ojos nublados hacia él, y Zach volvió a quedar sorprendido al descubrir el azul intenso de su mirada, ahora cargada de un dolor innegable.

—Os lo agradezco —reconoció Zach, aunque se dio cuenta de que aquella mujer, aquella situación y la presencia de la niña lo alteraban tanto que decidió ir directo al motivo de su visita—. He venido hoy tras haber escuchado la lectura del testamento de mi padre ayer mismo. No tenía conocimiento de vuestra existencia hasta ese momento. Mi padre hizo provisiones para vos en su testamento, añadidas recientemente, y recibiréis una asignación mensual. Supongo que su intención era que ese dinero se utilizase para el cuidado de… Bethany.

Zach esperaba ver algún destello de interés en su rostro ante aquella noticia, algún alivio en sus rasgos entristecidos al escuchar

su buena fortuna. De forma deliberada, mencionó la cuantiosa suma que le había sido otorgada, convencido de que, ahora sí, presenciaría algún indicio de júbilo egoísta, una sonrisa torcida que insinuara que habían embaucado a su padre. Por el contrario, no encontró el menor rastro de ello.

—No entiendo.

—Señorita Ainsley, mi padre cambió su testamento para incluiros -al parecer, le causasteis
una profunda impresión- y lo hizo de un modo tan generoso que ya no tenéis por qué permanecer en este tugurio si no lo deseáis. Tampoco necesitáis seguir trabajando en la posada por poco más que un azote en el trasero y unas monedas insuficientes —explicó, desconcertado por aquella reacción tan poco reveladora e hizo una pausa—. Lo que me sorprende es que mi padre os permitiese continuar aquí mientras vivía.

La mujer hizo un gesto con la mano, como restándole importancia al comentario, aun visiblemente afectada por la noticia de la muerte del conde.

—Él… él trató en muchas ocasiones de persuadirme para que buscara otro lugar —su tono era vago—. Vuestro padre fue excepcionalmente bondadoso y generoso, aunque no tenía por qué serlo… pero no era su responsabilidad cargar con el peso de Bethany y mío.

Zachary sintió cómo su enfado crecía con cada palabra. Aquella fingida inocencia le agotaba. El tono de su voz se colmó de filo y desprecio.

—Permitidme discrepar, señorita Ainsley. Mi padre cometió muchos errores -y disculpadme si digo que quizás vos fuisteis el mayor de ellos- pero era un hombre de honor. —Se inclinó levemente hacia ella. Su mirada era gélida—. Y él comprendía cuál era su obligación. Por lo tanto, su deber era velar por vos… y por la niña.

Emma frunció el ceño con fuerza al escuchar esto, pero también pareció ligeramente desconcertada por la dureza de su tono y la crueldad de sus palabras. La pequeña, sentada en su regazo, también había vuelto su atención hacia Zach al escuchar su voz

tajante, y de repente él se encontró con dos pares de ojos azules -igualmente inquietos e inseguros- mirándole con aprensión.

Emma Ainsley se irguió, acomodando a la niña sobre su cadera con naturalidad, y cuadró los hombros antes de dirigirse a Zach con voz firme.

—Lord Lindsey, lamento la pérdida de vuestro padre y os agradezco que hayáis venido a traerme esta noticia, cuando es evidente que preferiríais estar en cualquier otro lugar. —Con paso decidido, caminó hasta la puerta y sujetó el pomo con firmeza—. Yo no pedí nada a vuestro padre, y no lo necesito. Bethany y yo nos bastamos perfectamente solas. Que tengáis un buen día, milord. — Se quedó esperando, su respiración rápida y entrecortada.

Zach se puso en pie y avanzó hacia ella con paso resuelto.

—Esto no es algo que podáis rechazar, señorita Ainsley. No permitiré que la niña siga viviendo aquí. —Señaló con un gesto airado toda la austera habitación, y su tono volvió a ser áspero. Después de todo, ¿quién se creía aquella muchacha para rechazar semejante suma? ¿Acaso esperaba una cantidad mayor?— Si pensáis que…

Su mano, alzada para imponer silencio como ningún otro había osado hacer antes, le
interrumpió de inmediato.

—Lo que *pienso*, milord —comenzó, enfatizando la palabra con un deje burlón—, es que vuestro padre valía el doble que vos, pues no sois más que un patán prepotente sin una pizca de su bondad. — Sus ojos brillaron con una determinación feroz—. El dinero es vuestro. Lo rechazo. Buen día.

—Así sea —concedió Zach con desprecio. Miró por última vez a la niña y salió de la habitación con paso brusco, escuchando cómo la puerta se cerraba de golpe tras él antes incluso de haber cruzado el umbral por completo.

Durante todo el trayecto de regreso a su propiedad en Cheltenham -donde había decidido establecerse definitivamente tras la muerte de su padre, abandonando por el momento su apartamento de soltero en Mayfair- Zach Benedict ardió de furia.

No había duda de que aquella muchacha se le había metido bajo la piel, pero lo que no sabía con certeza era qué le irritaba más: si su rechazo a la asignación y su evidente desprecio hacia él, o el hecho de que Emma Ainsley estaba, razonablemente, fuera de su alcance… porque había sido la amante de su padre. Sin embargo, había algo que sí tenía claro. La imagen de la señorita Emma Ainsley, plantada con orgullo, echándole de su habitación sin vacilar, se quedaría grabada en su mente durante mucho tiempo. A lo largo de su vida, habían sido pocas las ocasiones en las que había envidiado a su padre, pese a que le amaba sinceramente. No obstante, sin duda, aquella era una de ellas.

Capítulo 4

Emma estaba sentada sobre la hierba, a una distancia segura de la posada King's Arms, con Bethany acurrucada en su regazo, y contemplaba con algo parecido al horror: el esqueleto humeante de lo que hasta la noche anterior había sido su hogar. Su garganta estaba seca y áspera de tanto llorar; sus mejillas y manos, ennegrecidas por el hollín tras sus primeros intentos de sofocar el incendio, que había comenzado de forma inocente en la cocina, como un simple fuego de grasa en la chimenea. Miró apesadumbrada a Mamá Smythe, quien se sentía culpable por la desgracia, pues había colocado el beicon demasiado cerca de la llama, en una sartén quizá con demasiada grasa. Ella también estaba sentada sobre la hierba, cerca de los establos, con las mejillas marcadas por lágrimas y ceniza, aun sollozando mientras su esposo intentaba consolarla. Pero poco podían decirse unos a otros: ni los Smythe, ni Alice, ni Emma, ni Langdon, el mozo de cuadra. Su hogar había desaparecido, su medio de vida reducido a cenizas. Apenas quedaban en pie la escalera trasera y un fragmento de la pared frontal del edificio. Aunque el fuego ya se había extinguido -gracias, en parte, a la ligera llovizna que había comenzado al amanecer- los restos aún humeaban, chisporroteando bajo la lluvia.

Los pocos clientes de la posada ya se habían marchado. Los parroquianos habituales de la taberna se habían retirado a sus hogares, considerando el incidente desafortunado pero agradecidos de haber salido ilesos. Los huéspedes que habían alquilado habitaciones partieron con sus carruajes y caballos en busca de otra posada en la que refugiarse. Solo quedaban en el patio los seis residentes del King's Arms, abatidos y enmudecidos por la pérdida.

Emma volvió a acurrucar la cabecita curiosa de Bethany contra su cuello, tratando en vano de mantenerla seca bajo la persistente llovizna. Aunque estaba infinitamente agradecida de haber logrado sacar a la niña del edificio en llamas sin dificultad, ahora debía

enfrentarse a un nuevo problema: todo lo que poseía en el mundo había ardido junto con la posada. Literalmente, no tenían más que la ropa que llevaban puesta y la preciada muñeca de Bethany, regalo de Michael.

Los minutos pasaron, y mientras los Smythe y sus empleados permanecían aturdidos y desorientados, la llovizna se convirtió en una lluvia intensa. El señor Smythe, con la voz áspera y cansada, sugirió con brusquedad que al menos se resguardasen en los establos, donde estarían relativamente secos. Enseguida, se pusieron en pie como un solo cuerpo.

Emma alzó a Bethany en brazos; el señor Smythe ayudó a una Mamá Smythe que rompió
en un nuevo llanto; Langdon se alejó con los hombros hundidos, y Alice dedicó una última mirada triste a lo que quedaba de la posada.

Atravesaban con dificultad el patio, ya convertido en un lodazal, en dirección a los establos, cuando el sonido de un carruaje aproximándose les hizo detenerse en seco. Como un solo ser, todos alzaron la vista hacia el elegante carruaje que se acercaba, suponiendo que se trataba de algún viajero en busca de alojamiento, a quien probablemente tendrían que redirigir a la Feathers Tavern en Lambeth.

Sin embargo, cuando el carruaje se detuvo bruscamente muy cerca de ellos y la portezuela se abrió antes incluso de que el cochero pudiera acudir en ayuda de su ocupante, quedó claro que el recién llegado no era un desconocido para algunos de los antiguos residentes del King’s Arms.

Emma inhaló bruscamente, su sorpresa fue mayúscula cuando el nuevo lord Lindsey descendió apresuradamente del carruaje, con sus ojos grises clavados en ella desde el primer instante. A continuación, cruzó la escasa distancia que los separaba en apenas unas zancadas, sin prestar la menor atención a los demás presentes. Su mano grande y firme se posó en su brazo.

—¿Estáis ilesa? —preguntó con su profunda voz, sin necesidad de inquirir lo sucedido, pues los restos aún humeantes hablaban por sí solos. Su mirada afilada recorrió tanto a Emma como a Bethany.

Emma solo pudo asentir, atónita por su presencia. Cuando él había abandonado la posada hacía más de una quincena, Emma había creído que no volvería a verle jamás. ¿Qué demonios hacía allí? Ella había dejado su postura perfectamente clara en su último encuentro.

Lord Lindsey apartó la vista de la suya, aunque su mano permaneció sobre su brazo con un toque ligero, y buscó la mirada ceñuda del señor Smythe.

—¿Alguien resultó herido? —Ante la respuesta negativa del posadero, el conde volvió a centrar su gélida atención en Emma—. Venid —ordenó, con un tono que dejaba claro que había aprendido bien de su padre y esperaba que se le obedeciera de inmediato, a pesar de la rotunda negativa que Emma le había dado en su anterior encuentro y de la brusquedad con la que había presentado su oferta.

Emma no se movió, sacudiendo la cabeza con confusión. La mano de Zach cayó de su brazo y con ella desapareció el leve calor que había dejado en su piel.

—¿Ir a dónde? —quiso saber.

—Os llevaré a Benedict House. —Él frunció el ceño, como si la respuesta fuera evidente.

—¿Por qué? —Su ceño se frunció aún más, reflejando el desconcierto de Emma. ¿Por qué
insistía en comportarse como si fuese responsable de ella? Apenas se conocían, más allá de los pocos comentarios que su amable padre le había hecho sobre él y, sin embargo, Zachary actuaba como si tuviera derecho a decidir por ella.

—¿Por qué? —repitió él, empleando el mismo tono condescendiente de su primer encuentro—. Porque no tenéis a dónde ir —explicó con la paciencia que se le dedicaría a una simplona, señalando con la mano las ruinas de la posada—. Porque, imagino, no tenéis dinero; porque sospecho que este hombre no tiene ningún plan para vos. —Señaló con el pulgar sobre su hombro para señalar con desdén al señor Smythe, reduciéndolo a un simple *este hombre*—. Y porque está lloviendo. —Su voz se elevó hasta casi

un grito, resonando de forma poco favorable entre los presentes. Que lloviera, sí, era innegable.

Emma sentía el frío de la humedad calándole hasta los huesos, notaba su cabello pegado con torpeza a su frente y su vestido adherido a su piel con creciente incomodidad… Pero antes se condenaría que aceptar la dudosa hospitalidad de aquel hombre. La absoluta indignación ante su arrogancia hizo que Emma se erizase. Acomodando a Bethany en su otra cadera, le dedicó a aquel hombre su mirada más feroz.

—Os lo he dicho ya, milord —comenzó con firmeza—, no tengo ninguna obligación con vos, ni vos conmigo. Este era mi hogar, y estas personas son mi familia. Así que aquí me quedaré. —Habiendo pronunciado su sentencia, avanzó con dignidad hacia los establos, exhalando con nerviosismo. Sabía que muchas miradas estaban puestas sobre ella tras aquella inesperada muestra de carácter, pero solo sentía el ardor de una en particular. Continuó su marcha, agradecida al notar movimiento tras de sí, asumiendo que sus compañeros de casa habían comenzado a seguirla.

Justo cuando llegó a los establos y levantó la mano para abrir la puerta corredera que había sido cerrada la noche anterior, una mano se cerró con fuerza sobre su brazo, apretándolo hasta el dolor. Antes de poder reaccionar, fue girada bruscamente, y tuvo que afianzar su agarre sobre Bethany al chocar de lleno contra el pecho de lord Lindsey.

—¡Pequeña necia! —gruñó—. ¿No tenéis el sentido común que se les dio a las cabras para saber cuándo tragaros el orgullo y aceptar la caridad?

Un pensamiento fugaz atravesó su mente en ese instante. «Este hombre no reconocería un tono amable ni una palabra gentil, aunque se los estampasen en la cara». Era, sin duda, lo opuesto a su querido padre. Emma abrió la boca para protestar por su cruel comentario, pero la voz de Mamá Smythe la alcanzó antes de que pudiera hablar.

—Muchacha, deberíais iros con él —dijo su amiga con tristeza, para su consternación.

—No tengo un plan para nosotros -para la señora y para mí- mucho menos sé cómo
ayudaros a vos, a Alice y a Langdon —añadió el posadero, con voz carente de emoción.

Emma se giró para mirar al señor Smythe con la boca entreabierta, antes de volver la vista hacia su esposa.

—Vamos, niña. Por Bethany, debéis hacerlo.

Una rápida mirada a Alice le confirmó que su rostro solo reflejaba la misma hostilidad hirviente de siempre, mientras que la expresión de Langdon, como era habitual, resultaba inescrutable.

—No pienso quedarme bajo la lluvia todo el día mientras llegáis a la conclusión de que no tenéis otra opción —le advirtió lord Lindsey.

Emma se preguntó si alguna vez había usado un tono que no fuera cortante o arrogante. Le dirigió una fugaz mirada de rabia, creciendo su furia aún más al darse cuenta de que, a diferencia de ellos, él parecía completamente inmune a la lluvia. Su ropa, perfectamente confeccionada, no mostraba el menor indicio de humedad. Su cabello, negro como la noche, no absorbía ni una gota de agua y, en todo caso, los gruesos mechones solo se habían encrespado un poco más, pero sin verse afectados en absoluto. Incluso sus relucientes botas hessianas, observó Emma con creciente irritación, no parecían mínimamente preocupadas por el barro que se acumulaba en el patio.

—Id ya, cariño —insistió Mamá Smythe con un sollozo ahogado, al ver que Emma parecía dispuesta a negarse una vez más.

Más lágrimas acudieron a sus ojos cuando Emma comprendió que, en efecto, no tenía otra opción. Debía pensar en Bethany. No podía pretender alojar a la niña en los establos indefinidamente. Con un nuevo torrente de lágrimas, corrió hacia los Smythe y los abrazó con fuerza. No encontró palabras, pues el dolor de abandonar el único hogar y la única familia que había conocido en los últimos nueve años la estaba desgarrando. Mamá Smythe tomó a Bethany en brazos, sollozando aún más ante la idea de perder a la pequeña, y la estrechó contra su pecho, acunándola con angustia.

Alice sorprendió a Emma al acercarse y ofrecerle un abrazo propio, y un susurro al oído.

—Tendrá buen cuidado de vos… Solo no le permitáis excesos. —Con aquella advertencia enigmática, Alice se apartó y se dirigió a los establos.

El joven Langdon dio un paso al frente para despedirse, extendiendo la mano con timidez. Pero Emma siempre había sentido especial cariño por aquel muchacho tartamudo y, en lugar de estrechársela, lo envolvió en un abrazo que él, tras un instante de vacilación, correspondió.

—Cuidaos mucho, Langdon —sollozó ella.

—Lo… lo haré, señorita Emma —murmuró, ruborizándose intensamente antes de dar un
paso atrás, justo cuando Mamá Smythe le devolvía a Bethany.

—Pero me escribiréis cuando… cuando sepáis qué hacer, cuando encontréis dónde ir… ¿Nos reuniremos de nuevo, verdad? —Emma volvió a mirar a los Smythe con desesperación.

Asintieron, aunque sin demasiada convicción, lo que alarmó a Emma. Con un último abrazo, los Smythe y Langdon se refugiaron en los establos, dejando a Emma observándolos mientras se alejaban. La joven se quedó mirando la puerta abierta y vacía durante varios segundos, llorando y deseando con todas sus fuerzas correr tras ellos y quedarse con su gente.

—Venid —llamó lord Benedict desde detrás de ella, con un tono que, por primera vez, sonaba más suave.

Emma se volvió y tomó aire profundamente, aferrando con fuerza a Bethany entre tanto caminaba hacia donde él sostenía abierta la portezuela del carruaje. Vaciló apenas un instante antes de subir y acomodarse en un lado del vehículo, con Bethany en su regazo. Observó cómo lord Benedict plegaba su imponente figura en el asiento frente a ella y golpeaba con los nudillos el techo para indicar al cochero que partieran. Cuando sus oscuros ojos se encontraron con los suyos, Emma apartó la mirada con brusquedad, fijando su atención en la ventana. Se obligó a observar cómo la imagen de lo que quedaba del King’s Arms se desvanecía poco a poco en la distancia. Permitió que solo una lágrima más se deslizara

por su mejilla, mientras el temor a lo desconocido la consumía. En cambio, aquel sentimiento no se vio aliviado en lo más mínimo, pues el hombre frío que tenía enfrente no hizo intento alguno de iniciar conversación.

Así, el trayecto de casi una hora hasta Benedict House transcurrió en un silencio casi absoluto, roto únicamente por los balbuceos ocasionales de Bethany.

Emma mantenía una postura dolorosamente rígida, permitiéndose observarlo solo cuando estaba segura de que su atención estaba centrada en el paisaje tras la ventanilla. De manera periférica, notó cómo, en varias ocasiones, su mirada distante se posaba con cierta curiosidad sobre Bethany, aunque seguía sin decir palabra. También sintió aquellos breves instantes en los que aquellos ojos grises y oscuros se deslizaban hasta incluirla a ella en su escrutinio y, cuando lo hacían, la calidez de su mirada le llegaba hasta la punta de los pies. Un leve escalofrío la recorrió y, con cautela, intentó analizar al hombre sentado frente a ella sin ser descubierta.

Debía admitir, con toda honestidad, que en su primer encuentro le había parecido increíblemente atractivo… Eso, por supuesto, hasta que abrió la boca. Pero resultaba difícil ignorar aquel cabello oscuro y espeso, naturalmente ondulado, que caía sobre su frente de un modo que podría tentar a cualquier muchacha a desafiar su mirada acerada solo por el placer de apartarle un mechón. Y era imposible no notar su imponente figura: más alto y robusto que la mayoría, sin necesitar de los jubones acolchados tan populares entre la élite. Y luego estaban aquellos ojos… profundos y penetrantes, encendidos con pasiones que sin duda lo impulsaban y que, de proponérselo, podrían consumirla por completo. En un momento de debilidad, podría haber reconocido que la imagen de sus labios, de aquellas líneas firmes y generosas, la había atormentado durante días después de su primer encuentro.

Se había sorprendido imaginándolos suavizados en una sonrisa -quizás una sonrisa de asombro dirigida a ella- y había sentido que sus rodillas flaqueaban con solo considerar aquella posibilidad absurda. Pero bastó una última mirada fugaz a la dureza de su

mandíbula, tensa con su característico desdén arrogante, para que Emma se librara por completo de aquellas ideas inútiles -y, en verdad, peligrosas- y volviera a preocuparse por lo que el futuro le deparaba.



La primera impresión de Emma sobre Benedict House fue tan sobrecogedora como había imaginado. Situada al norte de Southwark, la mansión se alzaba en lo más profundo de un amplio valle, su fachada de piedra clara brillando contra el verde vibrante de los árboles y los cuidados jardines que la rodeaban. Un camino extenso y perfectamente mantenido serpenteaba alrededor de un estanque artificial que decoraba la entrada principal de la casa.

Con una inmensa sensación de asombro, Emma no hizo el menor esfuerzo por ocultar su expresión mientras miraba por la ventanilla del carruaje, justo cuando este se detenía ante un imponente conjunto de puertas de madera pulida, situadas en lo alto de una amplia escalinata.

Esta vez, cuando el carruaje se detuvo, lord Lindsey sí aguardó a que un lacayo, que salió de inmediato de la casa, abriese la portezuela y colocase un pequeño escalón en el suelo para su comodidad. El conde bajó primero y, para sorpresa de Emma, extendió la mano dentro del vehículo para ayudarla entre tanto ella intentaba maniobrar con Bethany, ahora dormida, en brazos.

—Os lo agradezco —murmuró con suavidad en cuanto sus pies tocaron el suelo. A continuación, alzó la vista, siguiendo con la mirada las impecables líneas de la piedra color miel, deteniéndose en las enormes ventanas y preguntándose cuántas habitaciones habría en aquella mansión. Pero el conde no le concedió demasiado tiempo para admirar su hogar.

Apoyando todavía la mano en la parte posterior de su brazo, la guio al interior, donde fue
recibido con un gesto casi reverencial por parte de un mayordomo anciano, pero de modales impecables.

—Thurman —se dirigió el conde a su hombre de confianza—, id a buscar a la señora
Conklin, pues la señorita Ainsley y la niña necesitarán habitaciones y que se les prepare un baño.

—Sí, milord —entonó el mayordomo con precisión, cerrando la puerta tras ellos para cumplir la orden sin olvidar ni por un instante su deber.

Ni siquiera dedicó a Emma y Bethany una mirada más allá de la evaluación superficial de sus ropas arrugadas y cubiertas de hollín. Mientras el anciano desaparecía por un pasillo cercano, Emma aprovechó para observar con detenimiento su lujoso entorno.

El vestíbulo donde se encontraba se alzaba hasta el tercer piso, flanqueado por una doble escalera cubierta con una alfombra rojo oscuro que contrastaba con el suelo de mármol italiano de altísimo valor. A ambos lados de la escalera, colgaban retratos de un tamaño superior al de la propia Emma, representando a condes y familiares de generaciones y siglos pasados. Las paredes que los sostenían estaban empapeladas con un delicado tono azul huevo de petirrojo, adornadas con un sutil patrón floral en tonos suaves.

Sobre su cabeza, suspendida de relucientes cadenas de al menos diez metros de largo, una lámpara de araña de cristal tallado y velas marfileñas centelleaba con la luz de la estancia. Por todo el piso inferior, se alineaban puertas de madera oscura y brillante, que seguramente conducían a estancias tan opulentas como aquel vestíbulo, imaginó Emma. Apartó su aturdida mirada de los lujosos alrededores y la devolvió al conde, quien la observaba intensamente -de manera expectante- con aquellos inquietantes ojos grises.

Tal vez habría dicho algo -cualquier cosa que aliviase el desasosiego que le provocaban aquellas severas miradas suyas- pero se vio librada de ese esfuerzo por la repentina llegada de una mujer regordeta y de cabello entrecano, que avanzó con rapidez desde el

fondo del pasillo, retorciendo nerviosamente las manos sobre su, aunque limpio, desgastado delantal.

—Señora Conklin —se dirigió el conde a la recién llegada, que a todas luces era el ama de llaves—, ella es la señorita Ainsley, y la niña es Bethany. Necesitarán habitaciones para una estancia prolongada, además de un baño y una comida inmediata.

La menuda mujer asintió diligentemente y recorrió a Emma y a Bethany con una rápida mirada evaluadora que, sin embargo, no resultó desagradable.

—Por aquí, señorita —indicó, girándose de inmediato para subir por la escalera de la izquierda.

—¿Queréis que os lleve a la niña? —sugirió el conde, en lo que Emma consideró su primer verdadero intento de amabilidad.

Por el contrario, ella rechazó la oferta con una leve sacudida de cabeza, estrechando con mayor firmeza a Bethany contra su pecho, y se apresuró a seguir a la ama de llaves.

Subió las escaleras con un cansancio palpable y, ya en el segundo piso, apenas prestó atención a la evidente opulencia que la rodeaba mientras seguía a la mujer por un largo pasillo hasta que llegaron a una habitación cerca del final del corredor. En toda su joven vida, Emma creyó no haber visto jamás una alcoba tan hermosa como aquella. Estaba acostumbrada a espacios reducidos, techos bajos y muebles rústicos y escasos. Jamás había contemplado semejante derroche de lujo: paredes altísimas, techos pintados y empapelados con exquisitos diseños. Nunca había estado en una estancia donde las ventanas fueran incluso más altas que ella misma, ni donde el mobiliario duplicase en tamaño al que había conocido hasta entonces.

Contra una pared, encajado entre dos grandes ventanales cubiertos con pesadas cortinas, se alzaba un majestuoso lecho con dosel, tan alto que a un lado descansaba un pequeño y necesario escabel. Sobre la cama se extendía un hermoso cobertor bordado en suaves tonos amarillo pálido y azul, acompañado de más almohadas de las que Emma podría necesitar en toda su vida. Junto a otra pared, un enorme armario, con finos grabados tallados en la madera, hacía juego con un aparador igualmente ornamentado,

ubicado frente al lecho. En una esquina, un tocador de generosas dimensiones, pintado con alegres motivos florales y lazos, añadía un toque de feminidad y elegancia al espacio. Y en otra, estratégicamente colocado junto a más ventanales que daban al jardín norte de la casa, se hallaba un escritorio con papel timbrado, un tintero y una pluma, dispuesto para quien quisiera escribir mientras contemplaba la apacible vista exterior.

Moviéndose con soltura por la habitación sobre la gruesa y mullida alfombra de Aubusson, la señora Conklin abrió una de las varias puertas, mostrando una pequeña sala contigua equipada con un bonito catre cubierto y un escabel. Luego abrió otra puerta, revelando un vestidor decorado en los mismos tonos suaves de amarillo y azul, con dos de sus paredes enteramente cubiertas de espejos. La última puerta dio paso a otro dormitorio completo, este con una gran cuna y una mecedora.

—Es el cuarto del bebé —informó la señora Conklin con amabilidad, y luego preguntó a Emma si esperaba la entrega de sus baúles.

El recordatorio de su lamentable situación hizo que Emma negara con la cabeza.

—Nuestra casa se quemó anoche —le explicó a la ama de llaves —, no tenemos nada.

—No será problema, señorita. Su señoría se encargará de vestiros, sin duda. Bien afortunada sois de haber escapado indemne. —La mujer no pareció alterarse en lo más mínimo ante la noticia.

—Afortunada, en verdad —coincidió Emma y miró la cuna—. Creo que acostaré a Bethany en la cama de aquí. No quiero que despierte asustada; todo esto le será desconocido.

—Buena idea, señorita —asintió la señora Conklin, acercándose para retirar el pesado cobertor del lecho con dosel.

Emma depositó con sumo cuidado a Bethany en el centro de la cama, pensando que nada le apetecía más en ese momento que tumbarse a su lado. Pero comprendía que un baño era una prioridad mayor. Mencionó esto a la ama de llaves, quien, con maternal disposición, se encargó de acomodar las sábanas alrededor de Bethany, que ni siquiera se movió en su sueño profundo.

—Un baño es justo lo que necesitáis, señorita. Dadme unos minutos para hervir el agua y mandar a los lacayos que instalen la tina en el vestidor.

—Os lo agradezco, señora Conklin —dijo Emma, cerrando la puerta tras la mujer cuando esta se marchó. Seguidamente, lanzó otra mirada apreciativa y asombrada a la preciosa estancia antes de comenzar a desvestirse. Se quitó el delantal y el vestido, además de sus resistentes botas y medias, quedándose en su camisón. Ya sin poder resistirse más a la tentación de aquella cama tan acogedora, pensó en recostarse solo un momento mientras aguardaba su baño. Así que trepó con cautela al colchón y apoyó la cabeza sobre los almohadones de plumón de ganso, impregnados con un dulce y reconfortante aroma.

Capítulo 5

Cuando Emma abrió los ojos, se dio cuenta de inmediato de que ya había caído la noche. Sobresaltada, se incorporó de un salto, incapaz de creer que hubiese dormido tanto y con tanta profundidad. Se giró enseguida en busca de Bethany, y su angustia aumentó al descubrir que el espacio a su lado estaba vacío. Saltó de la alta cama con dosel y recorrió la habitación a toda prisa, llamando a la niña con desesperación. Su pánico se intensificó al no encontrar rastro alguno de Bethany en ninguna de las pequeñas estancias contiguas.

En menos de un minuto, presa de la desesperación, tiró con fuerza del alto portón pintado y gritó de nuevo el nombre de la pequeña en el largo pasillo. Sin pensar en lo inapropiado de su atuendo, y sin obtener respuesta alguna, echó a correr descalza por el corredor, decidida a buscar ayuda en su búsqueda. Pero justo cuando alcanzaba la parte superior de la escalera, el dueño de la casa apareció al pie de la misma, con Bethany en brazos, la niña riendo alegremente. El alivio fue inmediato. Emma llevó una mano a su pecho, tratando de calmar los latidos frenéticos de su corazón. La pareja en la planta baja levantó la vista, percatándose de su presencia en ese mismo instante. Y entonces fue cuando ella también se dio cuenta. Seguía vestida únicamente con su fina camisola.

Los oscuros ojos del conde recorrieron su figura de arriba abajo con una intensidad abrasadora, y el calor que provocó su mirada pareció prender fuego a cada centímetro de piel que tocaba. Torpemente, retrocedió un paso cuando él comenzó a subir la escalera.

—Yo… yo no encontraba a Bethany. No pensé… Solo salí corriendo… —balbuceó con dificultad. Su voz se fue apagando a medida que él alcanzaba el descansillo, su mirada finalmente encontrándose con la de ella. Emma hizo lo posible por sostenerle la

mirada, aunque en el fondo solo deseaba que el suelo se abriera bajo sus pies y la devorase.

Por suerte, la propia Bethany acudió en su rescate -y la libró de una vergüenza aún mayor, así como de aquella ardiente inspección- cuando estiró los bracitos desde los brazos del conde.

—¡Mama! —exclamó.

Emma la tomó de inmediato, estremeciéndose ligeramente cuando aquellas poderosas manos rozaron la piel desnuda de sus brazos.

—La oí despertar hace un rato —le explicó el conde, sin dar señales de querer marcharse aún—. Llamé a la puerta, pero al no obtener respuesta, supuse que aún dormíais… —Su mirada se deslizó fugazmente por su rostro—. La señora Conklin me dijo que os habíais «caído redonda como una muerta». Así que pensé en sacar a Bethany antes de que os despertara.

Era incómodo, y se le hizo extraño en la lengua, pero Emma logró murmurar con cierta reticencia:

—Gracias —logró murmurar con incomodidad tras sentir extraña una sensación en su lengua.

Él restó importancia a la gratitud con un simple ademán y revolvió con suavidad los rizos rebeldes de Bethany.

—Anna y Meredith, dos doncellas que trabajan aquí y que también tienen hijos, le dieron un baño y le encontraron este atuendo. —Señaló entonces la ropa nueva que llevaba puesta la niña —. Nos estábamos conociendo.

Bethany era una niña tremendamente curiosa -a veces, incluso traviesa en exceso- lo que llevó a Emma a preguntar con cierta aprensión.

—No os habrá causado ningún problema, ¿verdad? —Podía imaginarse con claridad esas manitas regordetas derribando antigüedades valiosas o preciadas reliquias familiares. Casi se estremeció al esperar su respuesta.

Para su sorpresa, el conde dejó escapar una breve risa, como si encontrase divertido imaginar los peores escenarios de Emma.

—Se ha portado bien, nada de problemas —aseguró él—. Incluso hemos ido a los establos y hemos encontrado un pequeño y

magnífico poni que quizás pueda montar algún día.

Emma pensó que aquel no era el momento de señalarle al conde que, para cuando Bethany tuviera edad suficiente para montar un poni, ellas probablemente llevarían mucho tiempo lejos de Benedict House. Lejos, en efecto, de la vida del conde para siempre. Sin nada más que decir a aquel hombre que tanto la inquietaba, Emma se apresuró a despedirse y se llevó a Bethany por el pasillo hacia sus habitaciones. Aún se estremecía al imaginar los oscuros ojos del conde siguiéndola con cada paso que daba en su estado de *tan* escasa vestimenta. ¡Santo cielo! Desde donde ella lo había dejado, él le anunció que enviaría un baño a su habitación. Emma solo respondió con un leve asentimiento en su dirección antes de cerrarse tras la puerta con Bethany.

Una vez dentro, encerrada en unas estancias que le parecían demasiado opulentas para su gusto, Emma dejó a Bethany sobre la suave alfombra y permitió que la pequeña explorara alegremente su nuevo entorno. Esto le dio un momento para volver a maravillarse con la insistencia del conde en que fuesen acogidas en Benedict House. Cierto era que ella había mantenido una amistad sincera con su padre; el viejo conde era un hombre virtuoso y de noble esencia. Pero Michael Benedict le había contado que llevaba meses sin ver a su hijo y, por lo tanto, posiblemente nunca llegó a conocer la relación que habían cultivado. Echaba terriblemente de menos a Michael.

A decir verdad, a veces le costaba creer que había desaparecido por completo de este mundo. Sin embargo, consideraba al nuevo conde tan distinto de su padre como el cielo lo es de la hierba. Entonces, ¿por qué -se preguntó Emma- sentía él la necesidad de ofrecerles a Bethany y a ella tanta generosidad? ¿Acaso Michael Benedict había incluido en su última voluntad algún deseo expreso de que fueran alojadas allí, de que se dispusieran fondos para que Bethany pudiera aspirar a una vida mejor? Michael le había ofrecido todo eso a Emma en numerosas ocasiones. Y siempre, con amabilidad, pero con firmeza, ella se lo había rechazado, dejando claro que ni ella ni Bethany debían ser su preocupación.

Eso era, empero, lo que más había admirado de él: que se preocupase por ellas y quisiera ayudar simplemente porque tenía la posibilidad de hacerlo. Pero Emma siempre había sido una muchacha orgullosa, y jamás en su vida había aceptado ni la más mínima caridad. Cierto era que en más de una ocasión había sentido la tentación, por el bien de Bethany… Aunque siempre había acabado negándose a sí misma aquella debilidad, pues su orgullo pesaba más que su necesidad. Y, por el contrario, allí estaba ahora.

Sin hogar, sin un solo penique, obligada a depender de la curiosa caridad del hijo de Michael Benedict, quien, hasta el momento, no había mostrado el menor interés en el hecho de que su propio padre había -en esencia- apartado parte de sus riquezas para compartirlas con ella. No había formulado ni una sola pregunta sobre la relación que ella había mantenido con Michael.

Quizás, pensó Emma sin hacer esfuerzo alguno por ser generosa con él, estaba tan ocupado desempeñando su papel de hombre arrogante y prepotente que no le quedaba capacidad alguna para preguntarse sobre estas cosas. Sacudiendo la cabeza para ahuyentar aquellos pensamientos poco caritativos, volvió su atención a Bethany, que intentaba trepar por el frente del enorme armario.

Se apresuró a distraerla con alguna actividad menos peligrosa, aunque no tenía muchas opciones, pues aquella habitación, lujosa y majestuosa, era cualquier cosa menos adecuada para una niña de dos años con una energía inagotable. Mientras buscaba una solución, alguien llamó a la puerta. Emma concedió permiso para entrar y vio aparecer a la señora Conklin, quien le saludó con alegre familiaridad antes de informarle de que en breve unos lacayos instalarían su baño en la estancia contigua. La ama de llaves le aseguró que enviaría a una doncella para que la asistiera con la tarea, pero Emma rechazó la oferta -para horror divertido de la anciana- pues en toda su vida no había necesitado ayuda para una tarea tan simple como bañarse. Sí preguntó, sin embargo, si podría disponer de alguna prenda de vestir -quizás alguna de una doncella con medidas similares- pues su vestido estaba seguramente más allá de toda reparación, con el hollín y el humo del incendio de la noche anterior impregnados en cada fibra. De nuevo, la señora Conklin

pareció escandalizarse ante semejante sugerencia, saliéndose sus pequeños ojos redondos casi de sus órbitas.

—Oh, querida mía, no —exclamó la ama de llaves, casi sin aliento—. Su señoría envió a alguien a la aldea esta misma tarde, mientras dormíais, y os ha procurado un vestuario adecuado. ¡No habéis de poneros ropas de criada! —La agitación de la mujer ante el asunto solo sirvió para despertar aún más preguntas en la mente de Emma.

Con una nueva sacudida de cabeza, sintiéndose cada vez más desconcertada, esperó en silencio entre tanto se preparaba su baño. No obstante, sí aceptó la oferta de la señora Conklin de ocuparse de Bethany mientras tanto. La pequeña, acostumbrada a recibir atención de muchas personas, se fue de buena gana con la ama de llaves, que no dejaba de hacerle arrullos y exclamaciones de deleite ante una criatura tan bonita.



Emma se entregó al placer de sumergirse en la gran bañera de cobre, llena de agua humeante y perfumada. Jamás había podido disfrutar de un baño sin prisas. Siempre tenía que apresurarse, ya fuese porque Alice necesitaba usar la tina, porque Bethany reclamaba su atención o porque sus obligaciones en el trabajo no le permitían perder demasiado tiempo. Se lavó el cabello con una pastilla de jabón especiada con vainilla y frotó su piel con el paño más suave que jamás hubiese sentido, aun cuando se prometió a sí misma que no debía -no podía-acostumbrarse a tales lujos.

Cuando terminó la tarea del baño, le costó abandonar semejante posición privilegiada y recostó la cabeza contra el respaldo acolchado de la tina, cerrando los ojos y deleitándose con aquella magnificencia. Pero pronto el agua se enfrió, obligándola a

salir de la bañera y envolverse en una gruesa y mullida sábana de algodón. Se escurrió el exceso de agua del cabello lo mejor que pudo, aunque sabía que tardaría horas en secarse por completo. Al salir del vestidor, se preguntó cómo se las arreglaría para vaciar la bañera, suponiendo que le llevaría incontables viajes con cubos de agua para lograrlo. Sobre la cama, dispuesto con esmero para su inspección, descansaba un vestido limpio y elegante de un delicado tono azul pálido. Con cautela, deslizó los dedos por la tela, maravillándose ante la suavidad de la muselina, perfecta para una fresca noche de primavera. El corte era modesto, quizás pensado para una muchacha más joven que ella: el corpiño fruncido y la falda cayendo recta desde justo debajo del busto. Junto a la prenda, se hallaban dispuestos los demás artículos: Una enagua blanca inmaculada, con un dobladillo recto y detalles bordados en forma de ojo de perdiz; un canesú de lino fino, más ligero y suave de lo que jamás había usado; unas medias de seda, cuya textura era un mundo aparte de las prendas burdas a las que estaba acostumbrada. Un leve estremecimiento de emoción infantil recorrió su cuerpo.

Oh, desde luego, no permanecería en Benedict House el tiempo suficiente como para acostumbrarse a semejantes refinamientos… Pero eso no impedía que sintiese una inmensa ilusión por la oportunidad de vestir algo tan bonito y bien confeccionado. Se escurrió nuevamente el cabello, asegurándose de que la humedad no dañase la delicada tela, y se vistió con rapidez antes de contemplarse en el gran espejo de cuerpo entero que se alzaba junto al armario. Casi no se reconoció. Estaba tan habituada a vestir colores oscuros y telas pesadas que aquella imagen le resultó extraña.

Levantó su cabello húmedo, simulando sujetarlo en un moño improvisado, y ladeó la cabeza de un lado a otro para observarse mejor. Vio la punta de sus medias asomando bajo el dobladillo del vestido y se preguntó qué habría sido de sus recias botas. Desde luego, no harían justicia a aquel atuendo… Aunque eran todo cuanto tenía. En aquel vestido, se veía más alta y esbelta de lo que jamás se había considerado, aunque atribuyó ese efecto al corte recto de la

falda, pues su ropa habitual solía ajustarse a la cintura y ensancharse desde ahí. Examinó el ceñido corpiño fruncido y el discreto escote redondeado y, una vez más, concluyó que aquella prenda había sido confeccionada para alguien mucho más joven que ella… pero, al parecer, de su misma altura.

En ese momento, la puerta de su alcoba se abrió y Emma se giró bruscamente, dejando caer la masa de su cabello cuando vio entrar a la señora Conklin. En la mano, la mujer traía un calzado de dama en un tono plateado apagado, con un delicado bordado en hilo azul formando un patrón sinuoso sobre la superficie.

—Estas os irán bien, señorita —vaticinó la ama de llaves, señalándole el taburete del tocador para que tomase asiento.

Emma, sin embargo, tenía otra preocupación más inmediata.

—¿Dónde está Bethany? —preguntó, procurando que su voz no sonase alarmada.

—Oh, ese angelito —dijo la señora Conklin, parloteando con afecto—. Se ha ido de nuevo con su señoría, mientras esperan por vos.

—¿Su señoría… me está esperando? —Emma parpadeó, desconcertada. Se llevó la mano
al pecho con incredulidad.

—La cena se ha retrasado por vos, señorita —le explicó la mujer con tono directo—. Ahora SueEllen debería… ah, aquí está ella —anunció la señora Conklin, satisfecha. Y entonces, como si el momento estuviera perfectamente calculado, otra joven entró en la habitación. Era más joven incluso que Emma, y bajó la cabeza con nerviosismo en cuanto cruzó el umbral—. Ella se encargará de vuestro cabello, os lo arreglará bien bonito y luego os llevará al salón, donde su señoría está con la pequeña.

—Os lo agradezco, señora Conklin. —Emma, aunque aún desconcertada por toda aquella situación, inclinó la cabeza en señal de gratitud. Apreciaba los esfuerzos de la mujer en su favor -aunque los consideraba, en gran medida, innecesarios- pero lo que más la inquietaba ahora era aquella inesperada cena con el conde. Porque, de algún modo, tenía la extraña sensación de que no estaba siendo tratada como una simple sirvienta… sino como una dama.



Zachary Benedict se encontraba despreocupadamente tendido sobre la gruesa alfombra del salón de recibo, sin importarle lo más mínimo que estuviese arrugando el traje de noche que Emery, su ayuda de cámara, había preparado meticulosamente para él. Observaba con creciente diversión -y, debía admitir, con un afecto que no esperaba- mientras su pequeña hermana se reía y repetía una y otra vez sus intentos de trepar sobre su cuerpo. Debía de verle como una montaña que escalar, aunque él sospechaba que lo que más le gustaba era la bajada, cuando él le ayudaba un poco, girando el cuerpo para que sus manitas encontrasen el suelo al otro lado y ella rodase sobre sí misma en una voltereta torpe pero encantadora.

—¡Otra vez! —exigía Bethany con su vocabulario limitado tras incorporarse como podía. Y, naturalmente, cuando le dirigía esos ojos magníficamente azules y le sonreía con su boquita de pocos dientes, Zach encontraba casi imposible resistirse. El *«otra vez»* ya se había repetido incontables veces. Si sus colegas de la alta sociedad, aquellos «nuevos ricos» de cuello rígido con los que se reunía en el Parlamento, pudiesen verlo ahora, seguramente cuestionarían su… bueno, su madurez, como poco.

En mitad de la última voltereta de Bethany, escuchó la puerta del salón abrirse y, acto seguido, el inconfundible sonido de una respiración contenida. Bethany logró incorporarse de nuevo, aplaudiendo con entusiasmo, completamente ajena al hecho de que su madre la observaba desde el umbral.

—¡Otra vez! —insistió la pequeña.

—¡Santo cielo, no! —exclamó Emma, avanzando con decisión hacia la escena que se desarrollaba en el suelo—. Bethany, amor —

le reprendió con suavidad—, no debéis… no podéis molestar a su señoría.

Zachary soltó una carcajada, divertido en parte por la expresión horrorizada de Emma, y en parte porque Bethany frunció el ceño con disgusto ante la reacción de su madre. Tal vez no entendiese del todo la reprimenda, pero comprendía el mensaje esencial: no debía seguir haciendo lo que hasta ahora le había parecido tan divertido.

Zach se puso de pie con facilidad, alzando a Bethany con él en un solo y fluido movimiento, elevándola por los aires mientras ella reía a carcajadas antes de acomodarla contra su pecho. Pero, como la hija de su madre que era, la niña no tardó en alargar los bracitos hacia Emma, queriendo volver con ella. Fue entonces cuando Zach dirigió toda su atención a la madre de su hermana. Había notado su cambio de aspecto en cuanto ella apareció en la puerta, pero su perspectiva desde el suelo no había sido *tan* reveladora.

Vestida como una dama, Emma Ainsley no tenía nada que envidiar a las refinadas debutantes de la alta sociedad. Quizás incluso resultaba más intrigante por su total falta de artificio. Era auténtica, lo que la élite llamaría una «incomparable». La belleza que poseía no era algo que se concediese con regularidad, al menos no que Zach hubiese visto jamás. Era fresca, encantadora, y tenía una vitalidad en sus facciones que resultaba fascinante. Por primera vez, comprendió realmente la fijación que su padre había tenido con esta muchacha.

Ante la prolongada mirada de Zach y su silencio inquebrantable, Emma comenzó a sentirse incómoda y cambió levemente el peso de un pie al otro, sobre su delicado calzado.

—Milord, alguien debe de haber cometido un malentendido en algún momento… en algún lugar —dijo, con un deje de nerviosismo —. Se me han asignado aposentos en la segunda planta, y parecen ser habitaciones destinadas a la familia. —Hizo un gesto señalando su vestido con una expresión de perplejidad—. Y la señora Conklin me ha entregado esta prenda tan… innecesaria —prosiguió, sosteniendo el elegante vestido que llevaba puesto—. No podría pasar ni un solo minuto de rodillas con esto puesto; la tela se desgarraría en un instante.

Zach sintió un golpe eléctrico recorrerle el cuerpo con esas palabras, una imagen tan provocativa como perturbadora formándose de inmediato en su mente. Pero el encanto de aquella visión se hizo añicos en cuanto ella continuó hablando.

—No tengo ni idea de cómo se supone que voy a hacer mi trabajo con esto, milord. No puedo fregar, quitar el polvo ni hacer nada parecido vistiendo semejante prenda.

Sacudiendo mentalmente la cabeza, parpadeó un par de veces en un intento de desterrar la
imagen de Emma de rodillas que se había instalado en su mente.

—Señorita Ainsley, el único malentendido aquí parece ser el vuestro. Habéis sido traída a Benedict House, tal y como mi padre lo deseaba, para ascender a la vida que os corresponde, pues es el derecho natural de Bethany. —La encontraba cada vez más desconcertante.

Todo cuanto había deseado -todo lo que, según él, había manipulado a su padre para obtener- estaba ahora al alcance de su mano… Y, sin embargo, se resistía a cada paso. ¿No temía que, si seguía exagerando su pose de inocencia, al final terminase por volverse en su contra? Por un instante, pensó en ceder a su aparente deseo, en encogerse de hombros y decirle que, en efecto, todo había sido un error. Que, naturalmente, sus habitaciones debían estar en la planta baja. Que su carga de trabajo sería agotadora. Le habría divertido ver su reacción. Pero, por ahora, era el turno de Emma de quedarse desconcertada.

—¿El derecho de Bethany? Milord, si me permitís la pregunta… ¿qué estipulaba exactamente el testamento de Michael? —preguntó cautelosa y distraídamente tras alisar el dobladillo del vestido de Bethany sobre su brazo.

—Todo lo que os he mencionado anteriormente —respondió Zach, con un claro desagrado por la conversación, pues detestaba discutir asuntos de finanzas y trivialidades con ella. Estaba a punto de continuar, con la intención de zanjar el asunto de una vez por todas, cuando la llegada de Thurman lo interrumpió.

El mayordomo anunció que la cena estaba servida y, apenas un segundo después, la señora Conklin apareció tras él, declarando que

ella se encargaría de Bethany mientras cenaban. Sin dar espacio para protesta alguna, tomó a la niña en brazos y desapareció rápidamente por la puerta que Thurman aún sostenía abierta.

Zach observó cómo la mandíbula de Emma se tensaba y sospechó que no le hacía demasiada gracia la facilidad con la que le arrebataban una y otra vez a la niña. Imaginaba que, en la posada, Bethany rara vez se apartaba de su vista y que aún más inusuales debían de haber sido las ocasiones en que su cuidado recayó en otras manos. La vio cruzarse de brazos sobre el pecho, como si no supiera qué hacer con ellos cuando no tenía a su bebé entre ellos. Con suavidad, le tocó el brazo para guiarla hacia el comedor.

Había dado órdenes a su personal de que usaran el más pequeño de los dos comedores aquella noche, ya que el principal, con una mesa lo suficientemente grande como para acomodar a cuarenta invitados, resultaría ridículo con solo dos personas cenando.

El comedor pequeño -o la «apanelada», como su madre siempre la había llamado por las ricas maderas oscuras que revestían las paredes- se encontraba en la parte trasera de la casa, con vistas a los extensos jardines de rosas por los que los Benedict eran conocidos. Dentro, Zach tiró ligeramente de la silla situada al final de la mesa y vio cómo Emma tomaba asiento con cierta incomodidad. Él se dirigió al otro extremo -la mesa, aunque más reducida, aún tenía capacidad para doce comensales- y ocupó su lugar, asintiendo a Thurman para que comenzase a servir. Percibiendo que ella seguía confundida por los deseos de su padre, Zachary decidió exponerle los términos y las intenciones del difunto con toda claridad.

—Señorita Ainsley, al parecer, mi padre tenía la firme voluntad de que su hija no fuese criada en la posada King’s Arms. Es posible que la posada sea menos indeseable que otras, pero no deja de ser… Se detuvo abruptamente cuando vio que Emma le miraba fijamente, con los ojos abiertos en una expresión de absoluto asombro. Era como si él acabara de anunciarle que el sol jamás volvería a salir.

Ella cerró los ojos brevemente, frunciendo el ceño con gravedad, y luego los abrió de nuevo, clavándole una mirada penetrante.

—Repetid eso, os lo ruego, milord —pidió en un tono cuidadosamente neutral.

Zach levantó una mano, en un gesto silencioso que preguntaba qué era lo que la había dejado tan atónita, pero accedió a su petición.

—He dicho que parece evidente que mi padre deseaba que su hija no fuera…

—Por favor, deteneos.

Ahora fue Zach quien frunció el ceño. Su interrupción descarada le irritó, pero más aún lo desconcertaba su reacción. ¿Dónde estaba la dificultad en lo que había dicho? Le parecía un planteamiento de lo más sencillo.

—Bethany no es hija de vuestro padre.

Si alguna vez se podía decir que el nuevo conde de Lindsey había estado perplejo y descolocado, debía ser en ese preciso instante. Intentó formular una pregunta hasta tres veces, y en las tres ocasiones cerró los labios sin lograr que las palabras salieran.

—¿Qué? —fue lo único que pudo articular.

—No sé cómo habéis podido llegar a semejante conclusión, milord —dijo Emma, cargada su voz de una creciente inquietud—. ¿Acaso vuestro padre insinuó algo así… de algún modo?

Zach solo pudo negar con un leve movimiento de cabeza sin dejar de mirarla, aunque sus pensamientos estaban perdidos en el desconcierto. No era posible… ¿verdad? Simplemente había asumido que la niña era su hermana. No, no había preguntado expresamente si aquello era cierto porque… bueno, porque lo había dado por sentado. Era lo obvio, ¿no?

Fue devuelto abruptamente a la realidad cuando vio cómo Emma se llevaba una mano temblorosa a la boca, sus ojos abriéndose con una repentina comprensión.

—Oh. —Bajó la mano, transformándose su expresión en una mezcla de

incredulidad y vergüenza—. Me trajisteis aquí… ¡trajisteis a Bethany aquí! —exclamó, la intensidad de su voz reduciéndose a un murmullo ahogado—. Solo porque creísteis que ella era… oh.

Se puso en pie de golpe, la silla tambaleándose levemente con el movimiento, mientras su rostro se encendía en un rubor furioso.

—Santo cielo… qué humillante —murmuró, alejándose de la mesa de manera precipitada—. Disculpadme —atinó a decir sin mirarle, escapando antes de que Zachary pudiera reaccionar, pero no antes de que él alcanzase a ver el brillo inequívoco de las lágrimas en sus ojos.

Capítulo 6

Le llevó unos instantes, pero finalmente Zachary logró disipar la neblina de incertidumbre que lo envolvía. Se levantó de golpe de su silla y salió tras Emma de la sala apanelada, pero no la encontró en el pasillo ni tampoco a mitad de las escaleras. «Debió de correr», pensó. Las lágrimas y el miedo podían empujar a alguien a huir de un lugar a otro con sorprendente rapidez.

Subió las escaleras de tres en tres y avanzó decidido por la segunda planta, golpeando con fuerza la puerta de los aposentos de Emma. Esperó, respirando profundamente, aunque no por el esfuerzo de la persecución. «¿Cómo haré para que se quede ahora?» Si ni siquiera admitía que Bethany era hija de su padre, ¿qué argumento podría usar para retenerla allí? No creía haber malinterpretado las insinuaciones del testamento de su padre. No sabía por qué mentía sobre la paternidad de Bethany, pero sí sabía que algo dentro de él no quería ver a Emma Ainsley fuera de Benedict House. Además, mientras golpeaba la puerta una vez más al no obtener respuesta, pensó que su deseo de mantenerla allí no se encendía tanto por su innegable atractivo, sino por aquella expresión etérea y atormentada que hacía que cualquier hombre quisiera protegerla.

—¡Señorita Ainsley! —llamó, al no recibir contestación. Seguidamente, despreciando cualquier norma de decoro, empujó la puerta y la encontró de nuevo en ropa interior, con el vestido, las medias y el calzado desperdigados caóticamente sobre la alfombra. Parecía agitada, y más aún cuando se percató de su presencia—. Tranquila —dijo Zach, con voz firme pero sosegada, avanzando hacia ella.

—Estoy aquí bajo falsas pretensiones. No debí haber venido… No debí haber aceptado vuestra ayuda. Creí que lo sabíais… jamás imaginé que pensarais que vuestro padre… oh, da igual. Nos iremos

en cuanto sea posible. He pedido a la señora Conklin… —expuso con torpeza y premura.

—No hace falta que os vayáis, señorita Ainsley. —Zach la sujetó firmemente por los brazos y le dio un pequeño sacudón. Su tono se tornó más suave, preocupado ante el evidente desconsuelo de Emma.

Ella intentó zafarse de su agarre, pero él no la soltó.

—Independientemente de quién sea o no Bethany —continuó Zach, considerando que no era el momento de indagar en sus mentiras—, el testamento de mi padre os ampara a vos y a la niña. —Hizo una pausa, asegurándose de que Emma le escuchara—. Sois bienvenidas aquí. —Apretó un poco más sus brazos, como si quisiera afianzar sus palabras—. Señorita Ainsley, ¿me escucháis?

—Sí, milord, os escucho perfectamente, estáis hablando muy alto —respondió Emma, aunque parecía incapaz de sostenerle la mirada.

—¿Y a dónde pretendíais iros vestida así, en cualquier caso? —inquirió Zachary.

Ella negó con la cabeza, visiblemente alterada, aún sujeta por él.

—La señora Conklin iba a traerme algo menos… elegante. Os lo pagaré. No estaba robando. Pero también necesitaría unas cuantas mudas para Bethany y algo cálido para arroparla.

—Basta. No vais a ninguna parte. Permitidme recordaros que no tenéis a dónde ir. —Se inclinó hacia ella, intentando que le mirase, mas Emma se resistió.

—Yo… nosotras… no podemos quedarnos aquí. —Las lágrimas amenazaron con desbordarse de nuevo, acumulándose en sus grandes ojos azules.

—Señorita Ainsley, decidme por qué os negáis a admitir que vuestra hija es fruto de mi padre. ¿Esperáis de mí una furia desmedida?

Aquello sí hizo que ella alzara la vista hacia él. El azul de sus ojos estaba nublado, oscuro, desesperado.

—Milord, Bethany ni siquiera es mi hija, y no conocí a vuestro padre hasta hace menos de un año.

Zachary permaneció escéptico. De hecho, su incredulidad no hizo sino aumentar con aquella afirmación tan audaz.

—Entonces, explicadme por qué mi padre consideró necesario incluir una provisión en su testamento para cuidar de ella.

—No lo sé. Me sorprendió tanto como a vos cuando me lo dijisteis. Intentó muchas veces prestarme ayuda, y siempre me negué…

—¿Esperando algo mejor? —espetó él, mordaz, sin poder contenerse.

Emma se soltó al fin de su agarre, rodeándose a sí misma con los brazos y apartándose de él.

—Pensad lo que queráis. No me importa.

—¡Haced que lo entienda! —exclamó él con furia, deseando desesperadamente que le diera algún motivo para confiar en ella, para creerla. Muy en su fuero interno, en ese rincón donde residía el orgullo masculino, quería que ella le demostrara que no había sido la amante de su padre. Aunque ya lo daba por imposible.

—Milord, disculpad si parezco desagradecida —dijo Emma, con una frialdad que hizo que él se preguntara si era la misma persona que apenas instantes antes había contenido el llanto con tanta valentía—, pero no os debo nada. —Le sostuvo la mirad, desafiante —. Mi relación con vuestro padre era asunto nuestro. Lo que hizo por mí fue decisión suya. Y nada de ello -ni entonces ni ahora- debería ser de vuestra incumbencia.

—Ahora son mis monedas las que se os entregan mensualmente, así que no estoy de acuerdo —replicó él con sequedad.

—Las he rechazado una y otra vez. Consideraos libre de esa carga. —Se giró, dispuesta a poner fin a la conversación, pero no tuvo que soportar más ataques verbales.

La señora Conklin irrumpió en la estancia, visiblemente nerviosa e incómoda. Llevaba en brazos varias prendas oscuras y dirigió a Zachary una mirada inquieta, casi suplicante. El conde asintió con rigidez, y la ama de llaves se apresuró a depositar la ropa sobre el lecho, marchándose con rapidez tras dedicar a Emma una última y

ansiosa mirada. El sonido de la puerta cerrándose resonó en el tenso silencio que quedó en la habitación.

Zachary permaneció rígido y quieto entre tanto Emma revisaba la ropa, escogiendo lo que parecía ser uno de los sencillos vestidos negros de las doncellas de la casa. Luego, sin más, desapareció en el vestidor.

Indeciso -pero resuelto a que debía permanecer allí-, Zach pasó las manos por su cabello y esperó a que ella reapareciera. Cuando lo hizo, al cabo de muy poco tiempo, estaba vestida con aquel sencillo y austero vestido negro y volvía a calzar sus pesados pero funcionales zapatos.

—¿Me atrevo a preguntar qué pretendéis? —intentó decir sin dejar traslucir su irritación, aunque sin éxito.

—Irme de aquí, nada más —contestó la joven escuetamente, sin molestarse en mirarle, mientras caminaba decidida hacia la puerta.

—Esperad —llamó él, soltando un suspiro frustrado.

Pero Emma no se detuvo. Entonces Zach reaccionó con rapidez y llegó a la puerta justo cuando ella hacía ademán de abrirla. Su palma se aplanó sobre la gruesa madera y la cerró de golpe.

—He dicho que esperéis —exigió, esta vez con dureza—. Pensad en lo que estáis haciendo. ¿Adónde iríais? ¿Cómo os las arreglaríais para cuidar de Bethany?

Ella no se giró, solo inclinó la cabeza, con una mano aún en el pomo y la otra apoyada sobre la madera, justo debajo de la del conde.

Zach solo veía su cabello sedoso, recogido con esmero en lo alto de su cabeza; la piel de
su nuca, expuesta y cremosa; y la desesperación que se reflejaba en la caída de sus pequeños
hombros.

—Dejadme marchar —susurró, suplicante.

Zach negó lentamente con la cabeza, aunque ella no lo vio. Debería hacerlo, lo sabía. Debería dejarla ir, desterrarla de su casa y de su mente.

—No puedo —admitió con voz ronca—. No más que antes. Si lo que decís es cierto, entonces debo saber qué es lo que os hacía tan

especial para mi padre, qué le cautivó tanto como para sentirse obligado a cuidar de vos.

Emma se volvió de golpe, alarmada por la proximidad entre ambos, pues sus rostros quedaron apenas a unos centímetros de distancia.

—¿No podéis imaginar que simplemente sintió lástima por mí, y nada más? —preguntó, con la voz temblorosa—. Yo no busqué su compasión. No la alenté, pero quizá fue solo eso. Fue amable conmigo, y yo disfrutaba de su compañía. A veces pensé que era un alma solitaria que incluso esperaba con ilusión el tiempo que pasaba con Bethany y conmigo. Él era… mi amigo. —Su voz comenzó titubeante, pero poco a poco ganó firmeza al proclamar aquella verdad—. Y le echo tanto de menos —sollozó.

Zachary escuchó sus palabras, entendió lo que decía… pero sus sentidos estaban fijados en otra cosa: en sus labios. Los vio moverse al pronunciar cada palabra, vio su lengua deslizarse para humedecerlos… e imaginó su sabor y textura. A menos que se atreviera a comprobarlo por sí mismo…

Sin meditar más sobre el conflicto que sus acciones pudieran causar, simplemente inclinó la cabeza y la besó, percibiendo la rigidez sorprendida de Emma y, al mismo tiempo, el suave calor de sus labios. Se atrevió un poco más, acercando su cuerpo, apoyando una mano en la desnuda curva de su nuca y atrayéndola hacia él. Sintió cómo un suspiro -mitad resistencia, mitad deseo inexperto- escapaba de ella. Aprovechando aquella indecisión, Zach presionó sus labios con más firmeza, justo cuando su cuerpo se inclinaba por completo contra el de la joven.

Emma jadeó ante el contacto de pies a cabeza, y Zach también aprovechó aquello, recorriendo con su lengua el borde de sus labios hasta deslizarse con satisfacción en su interior, tocando la suya, rodeándola con la suya propia, como tantas veces había imaginado. Sintió la suavidad de sus pechos apretados contra su torso, y entonces, la rigidez inicial de su cuerpo se desvaneció. Por el más breve de los instantes, se derritió contra él, y su propio cuerpo reaccionó con un deseo arrollador. Pero aquella rendición duró

apenas un latido, pues en el instante siguiente, Emma empujó sus manos entre ambos y contra su duro pecho.

—No. —Eso fue todo lo que dijo. Firme y resuelta, dio un último empujón y se apartó, liberándose de quedar atrapada contra la puerta.

Respirando con fuerza, pasándose la mano por la mandíbula, Zach siguió con la mirada su agitada trayectoria por la habitación. No parecía dirigirse a ningún sitio en particular, más bien daba la impresión de estar conteniendo algo dentro de sí. Finalmente, se volvió para enfrentarlo, el rostro tenso y ansioso, mientras él volvía a fijar la vista en su boca. «Hecha para ser besada. Oh».

—¿Es por eso que insistís en que me quede, milord? —su voz era áspera y baja, cargada de un dolor evidente—. ¿Porque pensáis que podéis continuar donde creéis que vuestro padre lo dejó?

Su mirada se clavó bruscamente en Emma, su mandíbula se tensó, pero no respondió de inmediato. Se lo merecía. Apenas perceptiblemente, negó con la cabeza, apretando los labios en un gesto de consideración, sus ojos fijos en los de Emma.

No debería haberla besado, lo sabía. Y el daño que se filtraba en su voz lo hacía sentirse aún más arrepentido. No tenía una justificación razonable para aquel beso, más allá de que, desde que había conocido a Emma Ainsley, no había logrado pensar en otra cosa. Aunque tuvo el buen juicio de no compartir aquella información, convencido de que no serviría para calmarla.

En su vida, pocas veces se había visto obligado a ofrecer disculpas; y, para ser sinceros, aún menos veces había considerado que la persona ante él mereciera semejante molestia. Pero esto era distinto. Emma Ainsley bien podía ser tan inocente como aseguraba ser. Sus ojos apoyaban su afirmación de pureza, y si se concedía un momento de reflexión justo, su respuesta torpe e inexperta a su beso también lo confirmaba.

—Mis disculpas —dijo él con rigidez.

Ella no dio ninguna señal de haberle oído siquiera. Permaneció inmóvil, con los brazos cruzados con desconfianza sobre el pecho, como si esperara… algo más.

—No debéis imaginar que insisto en que os quedéis solo por eso. Lo hago porque sé que no tenéis a dónde ir y, siendo completamente honesto, aún no estoy del todo convencido de que Bethany no sea mi hermana. Lo que no he logrado resolver es por qué podríais estar mintiendo sobre ello.

—Pero no lo hago —rebatió con desdicha, y era evidente que pensaba que jamás lograría convencerlo de lo contrario.

—Supongo que vuestro papel en el nacimiento de Bethany podría probarse o refutarse con facilidad —sugirió Zach con crudeza —. A menos, por supuesto, que haya habido otros.

Aquello, sin embargo, no pareció provocar la indignación que debería, y Zach se preguntó si ella siquiera había comprendido la insinuación.

Emma volvió a cuadrar sus pequeños hombros y tomó aire profundamente.

—Milord, mencionasteis la cantidad que vuestro padre me asignó como pensión mensual. No deseo en absoluto depender de vos, pero os pediría que se me concediesen dos meses de dicha asignación. Eso me permitiría alquilar habitaciones para Bethany y para mí durante muchos meses. No pido más, ya que puedo trabajar para mantenernos. Y… supongo que no está en vuestro poder negarme un dinero que, en esencia, me pertenece.

Un músculo en la mandíbula de Zach comenzó a contraerse. No, no tenía poder para negarle ese dinero. Y lo cierto era que nunca tuvo la intención de hacerlo. Aunque lo que realmente no quería era verla marcharse, sin importar la verdadera filiación de Bethany. No obstante, ignoró su petición por el momento.

—Explicadme, si os place, cómo es posible que Bethany no sea vuestra hija. Se os parece -dejando a un lado el color del cabello- y esos ojos son bastante inconfundibles.

Un suspiro agotado precedió la respuesta de la joven.

—Mis padres murieron cuando yo era muy pequeña. Mi hermana, que tenía siete años más que yo, y yo compartíamos una habitación en el King’s Arms. Gretchen trabajaba para mantenernos a ambas mientras yo era demasiado joven para hacerlo. —Se detuvo un momento y luego se encogió de hombros mientras explicaba—.

Gretchen tenía muchos admiradores. Murió al traer a Bethany a este mundo. Yo… No podía simplemente dejar a la bebé de mi hermana en uno de esos horribles orfanatos. Y los Smythe fueron increíblemente comprensivos.

—¿Y mi padre?

—Vuestro padre llegó por primera vez a la posada durante una tormenta. Su carruaje quedó atascado en el camino. Yo estaba trabajando en la taberna, ya que Alice se había quedado atrapada por la lluvia. Vuestro padre fue amable. De hecho, fue protector, incluso antes de que llegara a conocerle bien. Aquella noche hubo una pelea y yo quedé atrapada en medio. Me rompí un dedo, y vuestro padre tuvo la gentileza de enviar a su propio médico. Regresó una semana después para ver cómo me encontraba. Se encariñó con Bethany. Así empezó todo.

—¿Y? —Tenía que haber algo más. Un hombre no incluía a una muchacha en su testamento a menos que hubiese algo más.

Ella se encogió de hombros de nuevo.

—¿Y… qué? Nos visitaba con regularidad después de aquello. Nos llevó al mercado de Lambeth. Nos mostró su nuevo *Landau*. Le compró una muñeca a Bethany. Intentó persuadirme de que dejase la posada.

—Y teníais una relación con él —añadió Zachary para confirmar.

—Pues sí —admitió, como si la pregunta hubiese sido innecesaria—. Quería a Michael.

No era como esos «nuevos ricos», engreídos y egocéntricos. Fue, quizá, el hombre más bondadoso que he conocido.

Sintiendo un torbellino agitarse en su interior tras aquella confirmación, Zach no supo qué más decir. Saberlo con certeza no le tranquilizaba en absoluto, y ciertamente no hacía más fácil lidiar con el ardiente deseo que ella le despertaba. Seguía queriendo probar sus labios de nuevo. Seguía queriendo explorar más. Pero no lo haría. No podía.

Decidió en ese instante que la intención de Emma nunca había sido embaucar a su padre para sacarle dinero; con toda probabilidad, ni siquiera comprendía hasta dónde podía llegar un hombre solo por el deseo de cuidarla. Bastaba una mirada a esos

hipnóticos ojos azules para que cualquiera estuviera dispuesto a renunciar a mucho con tal de verla sonreír. Su resolución no tardó en llegar:

—Os ayudaré a adquirir una casa. No necesitáis vivir en habitaciones comunes. —Alzó la mano para frenar sus inminentes objeciones—. Ese punto no es negociable. Pero insisto en que os quedéis en Benedict House hasta que se encuentre una residencia adecuada.

—Entonces insisto en trabajar por mi alojamiento.

«¡Ay!» ¡Qué testaruda era! Zach estuvo a punto de sonreír, preguntándose si su propio padre también habría sentido la misma exasperación ante su inagotable obstinación.

—Ya tenéis bastante con cuidar de Bethany.

Al ver que Emma abriría la boca para contraargumentar, Zachary decidió emplear otra táctica.

—No puedo permitir que mi personal se encargue de vuestra hija pues ya tienen suficiente trabajo. No, no lo consentiré. Y, dado que vuestra estancia aquí solo se prolongará unas semanas, a lo sumo, no puedo permitirme integraros en la servidumbre para luego retiraros de inmediato. Eso causaría demasiadas alteraciones. —Ah, la culpa. Esa era el arma con la que podía vencerla. Lo comprendió en cuanto vio cómo Emma mordía su mejilla, cediendo, sin ganas de alterar el equilibrio de la casa.

Zachary estuvo a punto de soltar una carcajada al ver lo fácil que había sido. Era evidente que su padre jamás había recurrido a la culpa para lograr que Emma Ainsley hiciera lo que él deseaba. Bueno, al menos no para todo.

Su humor se agrió de nuevo. La idea de que esta muchacha hubiese sido amante de su padre era sencillamente insoportable. Con tono seco, Zach le informó entonces de que pediría a la señora Conklin que trajese a Bethany y que harían bien en prepararse para retirarse por la noche. Se dio cuenta de que Emma solía plantarle cara, sin dejarse amilanar en ciertos momentos, pero cuando sabía que estaba derrotada, como en ese caso, adoptaba una actitud sumisa. Frunció el ceño, preguntándose si aquello le complacía o no. Tal vez, después de haber pasado su vida formando parte de la

servidumbre, no le resultaba fácil mantener siempre un aire desafiante.



Emma volvió a sentarse frente al conde de Lindsey en su carruaje, este con el techo descubierto, pues el día era espléndido y los últimos vestigios de una primavera fría y lluviosa parecían haber desaparecido por completo. Como de costumbre, le lanzó miradas furtivas, aún cautivada por su atractivo, aunque no por su carácter. Desde el decreto de hacía tres noches, en el que él le había impuesto permanecer en Benedict House hasta encontrarle una vivienda, Zachary Benedict se había mostrado como una presencia imponente. Había insistido en que cenase con él, se había enfurecido cuando ella rehusó educadamente y, cuando finalmente asistió a la cena en la sala apanelada, tras haber irrumpido en sus aposentos y exigido su presencia con ira, se mostró como un anfitrión desagradable durante toda la velada.

Por mediación de la señora Conklin, quien se deshacía en elogios sobre la «generosidad de su señoría», él le había hecho llegar varias prendas más: vestidos, zapatos, capas y hasta un sinfín de cosas para Bethany. De nuevo, Emma intentó resistirse, pero fue en vano. Así que ahora estaba sentada frente a él, vestida con alegría con un vestido de algodón blanco de talle imperio, los zapatos más adorables, adornados con cintas rosas, y un sombrero elegantísimo, como jamás había visto, ribeteado con perlas y lazos, protegiendo su piel, no del todo pálida, del brillante sol. Solo deseaba sentirse tan alegre como, sin duda, parecía.

Se dirigían a una pequeña propiedad y casa que él había encontrado y que consideraba una posible opción para su nuevo hogar. Emma no estaba entusiasmada. Este era ya su tercer viaje en

busca de una vivienda y, hasta el momento, el conde se había mostrado un comprador sumamente exigente, hallando defectos en todo: desde el tamaño de las habitaciones, hasta el estado del jardín, pasando por la ineptitud del cuidador.

En ese momento, se dirigían a Daisies Cottage, una propiedad situada en las afueras de Hertfordshire, con Perry Green como el pueblo más cercano. El carruaje avanzó con cuidado por un sendero arbolado que llevaba a la casa, y tanto Zach como Emma giraron la cabeza para verla a medida que se abría paso ante ellos.

La casa de piedra y enredaderas descansaba en un pequeño valle, y Emma pudo ver que, al salir por la puerta principal -pintada en un alegre tono azul brillante-, uno se encontraría directamente con caminos sinuosos y unas vistas impresionantes del valle y las tierras de cultivo. Al norte, había un huerto de manzanos y perales, y en su interior se encontraban dos sillas de mimbre y una mesita. A Emma le pareció encantadora a primera vista y, posiblemente, del tamaño perfecto para sus planes, pero se cuidó de no ilusionarse demasiado, pues el conde probablemente encontraría algo en ella que le pareciera inaceptable.

Cuando el carruaje se detuvo, el conde descendió y le ofreció la mano. Emma posó su mano enguantada en la suya, esforzándose por ignorar el destello de calor que la recorría cada vez que sus pieles se rozaban. Llevaba tres días negándose con firmeza a recordar su beso, aunque con escaso éxito, pero estaba decidida a que no hubiese repetición de aquel abrazo; su cuerpo y su mente habían vibrado con su contacto, y eso solo podía acarrearle desdicha.

Sacudiéndose mentalmente esas ideas, bajó del carruaje y pisó con alivio el suelo firme. El trayecto no había sido demasiado largo, pero Emma se notaba algo rígida tras mantener una postura inmóvil en su incómoda cercanía.

—Es realmente encantadora —comentó, preparándose para la inevitable búsqueda de defectos.

—Hasta ahora, sí —la sorprendió él al coincidir con su impresión.

En ese momento, un hombre apareció desde un lateral de la cabaña, avanzando con lentitud sobre unas piernas que parecían adelantarse con las rodillas por delante.

—Vos debéis de ser el conde —aventuró—. Esta de aquí es nuestra Daisies Cottage, aunque no he visto margaritas aquí en treinta años.

Hablaba tan despacio como caminaba y, por su aspecto, Emma calculó que debía de contar con más de setenta años. Lo observó moverse con dificultad, meterse una mano en el cinturón de cuerda y con la otra apartarse de la frente un mechón de cabello fino y alargado.

—Ah —dijo de pronto, dándose una palmada en la frente—. Yo soy Henry, el cuidador. Supongo que querréis ver el interior. —Y sin esperar respuesta, se encaminó con parsimonia hacia la puerta principal.

Emma echó un vistazo apreciativo a los jardineros que adornaban las dos ventanas que flanqueaban la puerta. Frunció el ceño y miró al conde para ver si él también se había percatado de la profusión de margaritas en ellos. Al parecer, sí lo había hecho, pues le dedicó una sonrisa escueta, pero encantadora al notar la ironía de la situación, teniendo en cuenta que Henry acababa de asegurar que no había margaritas en la zona desde hacía décadas.

Siguieron a Henry al interior de la cabaña y, al instante, Emma quedó encantada con el diseño diáfano de la planta baja. El vestíbulo tenía el suelo de losas bien cuidadas y las paredes estaban empapeladas con un delicado estampado floral. Justo enfrente de la entrada, una escalera de madera con adornos tallados, sin moqueta, conducía al segundo piso. A la izquierda se encontraba el salón, con vigas nudosas en el alto techo y muebles de aspecto acogedor. A la derecha, un pequeño despacho con estanterías repletas de libros, luminoso a pesar de la pesadez de la madera oscura que lo revestía.

Henry no dijo nada, sino que pasó de largo por aquellas habitaciones, guiándolos por un amplio pasillo junto a la escalera, hacia la parte trasera de la casa, donde se encontraba la cocina. Aquel cuarto era pequeño, pero de nuevo el techo alto le confería una sensación de mayor amplitud. Emma vio que, además de los

enseres habituales de cocina, había una bomba de agua en un fregadero alto y ancho. Siguieron a Henry, que cruzó una amplia despensa y llegó hasta el pasillo trasero. Allí, con esfuerzo, subió una estrecha escalera de caracol y caminó por un pasillo bien iluminado en la segunda planta.

El conde fue abriendo las puertas de las tres habitaciones, todas luminosas, agradables y bien amuebladas. Una cuarta puerta, abierta para dejar entrar la luz del sol por sus grandes ventanales, revelaba una salita modesta que conectaba con una de las habitaciones.

—Escaleras a los aposentos de servicio, cuatro de ellos, y puede que algo de almacenamiento o lo que sea. —Henry señaló con parsimonia otra puerta más adelante en el pasillo. Al final del corredor, Henry giró una pequeña esquina y comenzó a descender por otra escalera, llevándolos de vuelta al vestíbulo principal—. Pues ahí lo tenéis —indicó, y pareció esperar una decisión inmediata.

Emma miró de forma interrogante al conde.

—Ah —agregó entonces Henry—, y el comedor pequeño está atravesando salón, por ahí. —Señaló en aquella dirección con el pulgar—. Es contiguo a la cocina también, después de la despensa.

Emma asintió, pensando que aquella era, de lejos, su favorita entre todas las casas que habían visitado. Pero en su fuero interno le parecía absurdo hacerse ilusiones, pues con toda seguridad el alquiler superaría sus posibilidades, fueran las que fuesen. Y estuvo a punto de desmayarse cuando el conde se volvió hacia ella y le preguntó si le gustaba. De no haber estado tan sorprendida por aquella consulta, habría analizado mejor su motivo para hacerla, pues no le había pedido opinión sobre las tres casas anteriores que habían visitado. Pero la verdad era que sí le gustaba, y mucho.

—Sí, me encanta. Es muy luminosa y el jardín es precioso. No está demasiado lejos de Perry Green, imagino que podría ir andando en un día agradable. —Observó cómo el conde asentía—. ¿Cuánto costaría alquilarla mes a mes? —Vio cómo Henry miraba al conde, y tuvo la sensación de que no estaba acostumbrado a hablar de negocios con una mujer.

—Emma… —comenzó a decir el conde.

—En venta, milord, no en alquiler —dijo Henry al mismo tiempo, mirando al conde.

A Emma se le encogió el corazón. No sabía mucho sobre el coste de las cosas, pero tenía claro que una compra directa quedaba totalmente fuera de su alcance.

—Oh… —fue todo lo que logró decir. Desanimada, sintió cómo sus hombros se hundían, suponiendo que aquel lugar, tan encantador, ya no era una opción. Sin embargo, levantó la mirada, de pronto reanimada, al oír al conde decir—: La tomaremos, entonces.

—¿Milord? —Emma se giró bruscamente.

Pero Zach no le prestó atención, más allá de colocar su mano en la parte posterior de su brazo cuando ella se acercó a él, y luego dijo a Henry que informara a su empleador, lord Darby, el actual propietario, de que sus abogados se pondrían en contacto para cerrar el trato. Con eso, Henry inclinó la cabeza cortésmente, primero hacia el conde y luego hacia Emma, tras lo cual el conde la guio fuera de la casa.

—Milord —protestó Emma—, por el bien de Bethany, no me opongo a aceptar la herencia de vuestro padre, pero no creo que…

—Bien, entonces no empecéis a pensar —interrumpió el conde, haciendo que Emma frunciera aún más el ceño—. Confiad en mí, hay de sobra. Y aún os queda suficiente para vuestras necesidades diarias.

No tenía idea de qué había hecho para despertar aquel mal humor en él. Él le había preguntado si le gustaba; ella había respondido que sí, y nada más. «Entonces, ¿por qué estaba enfadado ahora?»

Permitió que Zach la ayudara a subir de nuevo al *phaeton* y emprendieron el trayecto de veinte minutos de regreso a Benedict House en absoluto silencio, aunque Emma no pudo evitar fijarse en la vena que palpitaba en su sien, mientras él mantenía su mirada fija en el camino, mostrándole solo su perfil.

Capítulo 7

Una vez de vuelta en Benedict House, Emma bajó del *phaeton* antes de que el conde pudiera siquiera ofrecerle su ayuda. No podía estar más ansiosa por alejarse de él. Sí, era cierto que había tenido la amabilidad de comprarle una casa tan costosa, pero cuando la generosidad se ofrecía de forma tan brusca, parecía dejar de ser un acto de bondad. Y, en cualquier caso, recordó que no era su amabilidad en absoluto, sino la de su padre.

Emma comenzó a convencerse de que el conde estaba tan ansioso como ella por verla fuera de su casa. No se molestó en disimular su malestar y ni siquiera ofreció una excusa; simplemente subió corriendo las escaleras sin la más mínima cortesía de despedirse. Era insufrible, decidió, y le resultó imposible no compararle con su encantador padre, encontrando una vez más que el nuevo conde carecía de muchas de sus virtudes. ¡Oh, cuánto echaba de menos a Michael!

Al llegar a sus aposentos, se topó con la señora Conklin, que salía en ese momento de la habitación contigua, el pequeño cuarto del bebé.

—Acaba de dormirse, señorita —susurró la ama de llaves, llevándose un dedo a los labios—. Ha sido un ángel, sin duda.

—Gracias, señora Conklin —respondió Emma—. Ha sido muy amable en cuidar de ella.

—No ha sido molestia, señorita, aunque verdaderamente no sé cómo os apañaréis cuando os marchéis.

«Marcharse. No podía hacerlo lo suficientemente pronto», pensó con irritación Emma, aunque no dejó entrever esto en su rostro.

—Nos las arreglaremos perfectamente, señora Conklin. La verdad es que no estoy acostumbrada a tener tanto tiempo libre. Volveremos a nuestras costumbres de siempre, solo Bethany y yo —añadió, aunque últimamente algunas nuevas ideas habían

comenzado a rondar su cabeza. Se giró entonces y sintió la presencia del conde.

En cuanto la señora Conklin se alejó por el pasillo, Emma vio al conde alcanzando el rellano del segundo piso. Su rostro mostraba la misma ceñuda expresión de los últimos días, pero sus ojos parecían devorarla, y esa severa mirada hizo que Emma se apresurara a entrar en su habitación.

Pasó el resto del día sola y, más tarde, con Bethany cuando la niña despertó. Ya había resuelto que bajo ningún concepto cenaría con el conde, y si era necesario, cerraría la puerta con pestillo. Aunque no tuvo que llegar a tanto, pues más tarde, Thurman le informó de que el conde enviaba sus disculpas: esa noche cenaría con unos amigos. Emma estuvo a punto de lanzar un grito de alegría por aquel golpe de suerte, pero en su lugar se limitó a disfrutar de una velada más relajada, sin tener que preocuparse por los cambiantes humores del conde ni por su mirada oscura y taciturna. Cuando Bethany llevaba ya casi una hora dormida, Emma la cogió con cuidado de su propia cama y abrió la puerta del cuarto del bebé, depositando con suavidad a la pequeña en la alta cuna. Posteriormente, dejó la puerta entreabierta y salió de su habitación con la intención de buscar la muñeca de Bethany, que debía de haber quedado olvidada en algún lugar de la planta baja.

Asegurándose de anudar con más firmeza el cinturón de su batín, Emma recorrió el salón en penumbra y después la sala de estar, pero todo fue en vano. La casa estaba silenciosa a esas horas, y, en verdad, se sentía un poco como una ladrona merodeando a escondidas. Desde su llegada a aquella casa imponente, había intentado pasar desapercibida tanto como le había sido posible. No era tarea sencilla, no con Bethany, que hacía notar su presencia incluso cuando Emma prefería lo contrario. De hecho, ni siquiera recordaba cuándo había visto la muñeca por última vez y comenzó a preguntarse si alguna diligente doncella la habría recogido del suelo de alguna habitación. Asomó la cabeza en otra estancia de la planta baja, sorprendida al descubrir que se trataba, sin duda, del despacho del conde.

El cuarto era amplio y majestuoso, con paneles oscuros y una pared entera cubierta de altos ventanales que dejaban entrar la luz de la luna. Gracias a ella, Emma pudo ver que, efectivamente, la muñeca de Bethany descansaba sobre el escritorio, al otro lado de la habitación. Se deslizó hacia dentro, sin saber muy bien por qué se movía de puntillas, ni cómo la muñeca habría acabado allí. Soltó un leve jadeo de sorpresa cuando, en la pared de paneles brillantes, detrás del escritorio, distinguió un hermoso retrato de Michael.

«Oh…» gimió, sintiendo cómo las lágrimas acudían de inmediato a sus ojos. Se cubrió la boca con una mano, mientras la otra se aferraba a la muñeca. ¡Pero qué apuesto, qué elegante, qué distinguido se veía!

El retrato debía de haber sido pintado hacía años, pues su cabello no mostraba aún las canas que había acumulado cuando ella le conoció. Sus ojos conservaban esa calidez maravillosa que tanto recordaba. Estaba retratado de muslos para arriba, ataviado con un ingenioso chaleco de cuello alto, una levita y una fina corbata de seda color crema, anudada con exquisita precisión. Emma sonrió ante el estilo casi *byroniano* de su peinado, con sus oscuros mechones peinados hacia adelante y ligeramente inclinados hacia la derecha.

«Oh, cuánto te echo de menos…» Sus hombros se hundieron. Aparte de los recuerdos, que
además le parecían demasiado pocos, esto era todo lo que le quedaba de él. Decidió que al día siguiente llevaría a Bethany allí. Insistiría en que la niña no olvidase a aquel hombre tan querido.

Estuvo a punto de darse la vuelta y marcharse, con el peso de la tristeza oprimiéndole el pecho, pero al final optó por quedarse un rato más con él. Con una sonrisa de satisfacción, pensando que quizás Michael disfrutaría de su compañía, se deslizó detrás del escritorio y giró la pesada silla de brazos hasta que quedó frente al retrato.

Se sentó, recogió las rodillas contra el pecho, apoyó los pies en el borde del asiento y abrazó la muñeca que Michael había comprado para Bethany, situándose así a escasos metros del cuadro.

«Ojalá estuvierais aquí conmigo, amigo mío».

El retrato era perfecto, pues captaba esa leve sonrisa que siempre parecía asomar en sus labios. Sus ojos parecían brillar con un atisbo de alegría, y Emma imaginó que quienquiera que hubiese pintado su imagen debió conocerle bien. Emma le devolvió la sonrisa.



Zachary Benedict permanecía inmóvil al otro lado de la estancia, habiéndose levantado apenas instantes antes de la misma silla en la que Emma se hallaba sentada ahora, con la simple intención de rellenar su copa de brandy. El sonido de la puerta al abrirse había llamado su atención, y su ceño se había fruncido levemente al verla deslizarse cautelosa en la habitación. No obstante, cualquier sospecha se desvaneció en cuanto la vio alargar la mano hacia la muñeca, que él mismo había notado sobre su escritorio más temprano. Desde su rincón en penumbra, ella aún no había advertido su presencia, y Zach no movió un solo músculo para delatarse. Su leve jadeo al descubrir el retrato de su padre casi le sorprendió. Y entonces, hizo algo inesperado: giró la silla, se acurrucó en ella y se quedó mirándole, como si no quisiera hacer otra cosa que pasar un rato con él. Los susurros de sus suaves palabras llegaron hasta Zach.

Para ser sincero, se sorprendió un poco al oír que se refería a su padre como *su amigo*. Habría supuesto que, creyéndose a solas con él, podría haberse mostrado menos reservada, quizás llamándole *mi amor* o alguna tontería similar. Pero *mi amigo…* Aquello le hizo detenerse. Y después, todas las palabras que siguieron, mientras le hablaba en voz baja, le revelaron tantas verdades que hasta ese instante se había negado a ver o a aceptar.

«Mañana traeré a Bethany aquí» le estaba diciendo. *«No quiero que os olvide».*

Zach pensó que tal vez estaba llorando, pues su voz se quebró cuando continuó:

«Ojalá hubiese sabido que la última vez que os vi… iba a ser la última vez. Habría aprovechado cada segundo para deciros lo maravilloso que erais. Os habría dicho cuánto atesoraba cada minuto que pasábamos juntos. Perdonadme por haberme resistido tantas veces a la ayuda que quisisteis darme. La verdad, nunca la entendí del todo. Quizá me asustaba un poco… la gente rara vez es amable sin un motivo oculto. Pero vos lo fuisteis. Tan ridículamente bondadoso».

Seguía inmóvil junto al pequeño mueble de licores, sosteniendo la fina copa de cristal a la altura de la cintura con una mano y la botella de brandy con la otra. Desde su posición, solo podía ver la parte superior de su cabeza, asomando por encima del respaldo de cuero de la silla. Ella guardó silencio durante largo rato, la cabeza ladeada contra el respaldo, la mirada alzada hacia el retrato.

«Recuerdo la primera noche que llegasteis a la posada, cuando me rompí el dedo».

Su voz sonaba más suave, más melancólica.

«*Fuisteis tan natural, tan dulce con* Bethany*. Había conocido al señor* Smythe *toda su pequeña vida y jamás se había encariñado con él como lo hizo con vos. Así, de inmediato. Fue algo increíble de ver».*

Zach creyó detectar una leve sonrisa en su voz.

«Y no necesitamos volver a hablar del consentimiento excesivo… ya conocéis bien mis opiniones al respecto, como yo las vuestras».

Hubo otra larga pausa, y su tono cambió; ya no sonaba tan suave.

«Vuestro hijo, Michael… deberíamos hablar de vuestro hijo. Oh, Michael… no me hicisteis ningún favor con vuestras descripciones sobre él. Todo ese orgullo paternal no me preparó en absoluto para… lo distinto que es de vos. Parece estar siempre tan… enfadado. O simplemente es terco, no lo sé con certeza. ¿Erais así a

su edad y solo os fuiste apaciguando con los años? No puedo imaginar que vuestra querida Bárbara inculcase tal dureza en él. ¡Ay Michael! ¿Acaso le malcriasteis también? ¿Es por eso que insiste en que todo se haga a su manera? ¿En tener siempre razón? ¿En mirar a los demás por encima del hombro…?»

Los ojos de Zach se abrieron de par en par. Se le revelaba tanto en ese momento, tantas opiniones ocultas tras esas miradas reservadas y cautelosas que ella le dirigía tan a menudo.

«No es culpa vuestra, claro está. Es un hombre adulto, todas sus decisiones -ser desagradable o no serlo- son enteramente suyas. Pero os digo esto, Michael: si descubro que insinuasteis, o directamente dijisteis a vuestro hijo que Bethany es vuestra hija, os prometo que tendremos palabras la próxima vez que nos encontremos. No consigo imaginarme de dónde ha sacado esa idea, así que, disculpadme, amigo mío, pero voy a culparos hasta que se demuestre lo contrario. Sí, le he dicho la verdad. No me cree. Lo veo en sus ojos. Oh, y la mejor parte, que seguro ya sabéis: no le importa mirarme por encima del hombro -una mesonera sin importancia, eso cree que soy- pero ¿qué hace en cuanto tiene la oportunidad? Me besa. ¿Visteis eso?»

Soltó un bufido indignado, Zach estuvo a punto de soltar una carcajada.

«Probablemente lo visteis. Quizá por un instante pareció que disfruté de su beso, pero, Michael, os aseguro que no fue así. Bueno, siendo honesta, yo… ¡no! No. No me gustó ni un ápice. ¡Santo cielo! Me aterra como nadie. Me dijisteis que era inteligente más allá de lo imaginable, que su honor le servía de armadura, y algo más… ¿cómo era? ¡Ah, sí! Dijisteis que "no se dejaba impresionar ni por la apariencia ni por los rumores, sino por el conocimiento y el carácter de una persona, y por la humildad de su corazón". Pues tengo que deciros, Michael, que vuestro hijo no reconocería un corazón humilde, aunque le golpease en plena cara. Está demasiado ocupado siendo mandón e inflexible, y haciendo que la gente se sienta incómoda en su presencia. Otra vez, no es culpa vuestra».

—¿Inflexible? —Zach se preguntó. ¿Lo era? No lo sabía, pero maldita sea si no estaba aprendiendo más de lo que nunca imaginó. Era casi como estar dentro de su cabeza, pensó. Pero se mordió la cara interna de la mejilla, creyendo terriblemente desafortunado que ella tuviera tan baja opinión de él.

La oyó bostezar entonces, un bostezo sonoro y prolongado, y permaneció en silencio varios segundos más, hasta que siguió hablando, con un matiz de melancolía que le caló hondo.

«Espero que os hayáis reunido con vuestra Bárbara. Y quizá hayáis conocido a Gretchen y le hayáis contado lo adorable que es su hija. Siempre decíais que yo era la madre perfecta para ella» dijo, y debió de empezar a llorar, porque su voz se quebró una vez más, «pero ¿Gretchen pensará lo mismo? ¿Le diréis que estoy haciendo lo mejor que puedo?»

Hubo una larga pausa mientras sollozaba contra sus manos.

«No sé lo que estoy haciendo», creyó oír que murmuraba, pero no estaba seguro, ahogada y rota como sonó su voz en ese instante.

Oh, aquello bastaba para romperle el corazón, incluso cuando estaba seguro de que ella creía que no tenía uno.

«Te echo de menos», susurró una última vez, y luego permaneció en silencio, inmóvil durante tanto tiempo que Zach estuvo seguro de que debía haberse quedado dormida en la silla.

Cambiando el peso de un pie a otro, temía moverse por si acaso aún estaba despierta. Mas cuando pasaron unos quince minutos más y no hubo ni el más mínimo sonido ni movimiento por su parte, dejó con sumo cuidado y una lentitud exasperante el decantador y la copa sobre el mueble bar. Fue apenas un ruido mínimo, pero en el profundo silencio de aquella estancia, podía haberse oído si ella aún no dormía. Pero seguía inmóvil.

Zach caminó silenciosamente hacia donde estaba. Justo cuando rodeó la silla por un lado, vio que ella apoyaba el codo en una rodilla doblada, con su pequeña mano cerrada en un puño sosteniendo su barbilla mientras dormía. Su otro brazo rodeaba la muñeca, abrazándola con fuerza. La luz de la luna, que hasta ahora no había alcanzado la esquina donde él se había ocultado, ofrecía la

iluminación justa para distinguir el rastro de lágrimas en sus mejillas y la pequeña arruga de preocupación en su ceño.

«¿Qué voy a hacer con vos?»

Se movió por completo alrededor de la silla, hasta quedar de frente a ella. Apoyó la espalda contra la pared, junto al marco del retrato, y la observó dormir. Quizá ella no era real. No podía serlo. No las hacían así, tan exquisitas, con ese corazón tan hermoso que echaba de menos a su padre, a su hermana, que temía estar fallando como madre de la niña. Y que hablaba con los retratos en mitad de la noche. Ladeó la cabeza y miró el cuadro de su padre, quien, en ese mismo momento, desde aquel ángulo, parecía estar sonriendo mientras la contemplaba dormir, como si nada le satisficiera más que verla allí.

Posiblemente, ella no era real. No podía serlo. No hacían a las mujeres así, tan increíblemente exquisitas y con ese hermoso corazón suyo, que echaba de menos a su padre y a su hermana, y que temía estar fallando como madre de la niña. Y que hablaba con los retratos en mitad de la noche. Inclinó la cabeza y miró el cuadro de su padre que, en ese preciso instante, desde aquel ángulo, parecía estar sonriéndole a ella, como si nada le satisficiera más que contemplarla dormir. Ah, pero era terca, incluso cuando le llamaba inflexible. Pero le había dado la razón de ello: tenía miedo. ¿Miedo de la bondad?

Era tarde. Se sentía agotado. Y consideró que tenía mucho en lo que reflexionar sobre todo lo que ella le había revelado en su conversación con su padre. Por mucho que le disgustara despertarla, sabía que debía hacerlo. Con la mayor suavidad posible, deslizó las manos bajo sus piernas y alrededor de su espalda y la alzó en brazos. La muñeca quedó perfectamente acomodada contra su pecho, y Zach salió de su despacho y cruzó el oscuro pasillo en dirección a la gran escalera. Supo cuándo despertó y tomó conciencia de su situación por la manera en que su cuerpo se tensó en su abrazo.

—*Shh* —murmuró a medida que subía los escalones.

Aunque ella no dijo nada, permaneció rígida en su sujeción. Zach dudó si alguna palabra de su parte podría tranquilizarla, pero

decidió que no era probable, así que no dijo nada más. Llegó al rellano y giró a la derecha, hacia sus habitaciones. La puerta estaba entreabierta, lo que le permitió empujarla con el pie hasta abrirla del todo. La depositó con cuidado sobre la cama, le dedicó apenas una fugaz mirada y le deseó las buenas noches de forma escueta.

No quería que pensara que era algún tipo de monstruo mudo, tal vez sí intransigente, pero al menos no completamente desalmado. Supuso que debía agradecer la absoluta oscuridad de la habitación, ya que así no tuvo que ver qué expresión acompañaba la rigidez de su cuerpo en sus brazos.

Al salir, cerró la puerta tras de sí y cerró los ojos por un instante, intentando imaginar qué esperaba que surgiera de su breve pero gélida relación con ella. ¿Simplemente la instalaría en Daisies Cottage y se desentendería de ella? Su respuesta inmediata, dentro de sí mismo, fue que aquello parecía lo más prudente. Pero ¿por qué? ¿Por qué era prudente no conocerla? Ahí estaba, supuso, la verdadera respuesta: que no quería *no* conocerla. Tal vez eso era todo lo que necesitaba entender en ese momento.



Lo último que Emma quería hacer era aceptar la caridad del conde de Lindsey, aunque esta hubiera sido concebida originalmente por aquel hombre tan superior, Michael Benedict. Pero los hechos eran los hechos: no tenía hogar, ni ingresos, ni familia, y, por tanto, no le quedaba otra opción que aceptar que él había comprado Daisies Cottage para ella y para Bethany.

Aquella mañana, la atormentaba el incómodo recuerdo de la noche anterior, cuando había despertado para encontrarse en los brazos del conde. ¡Santos cielos! ¿Cómo había permitido que ocurriera algo tan dolorosamente tortuoso? Y lo peor era que, por

muy pragmático que hubiese sido aquel abrazo, le había parecido cálido, seguro y… no del todo desagradable. «Ugh». No podía instalarse en Daisies Cottage lo suficientemente pronto. Sin embargo, antes tenía que ocuparse de un par de asuntos.

Emma se acercó a Thurman a primera hora de la mañana, con Bethany de la mano mientras la pequeña estrenaba otro par de zapatos nuevos, cortesía del conde. Ella había dejado de negarse, de insistir y de quejarse por cualquier compra destinada a Bethany. Sencillamente, no tenía sentido hacerlo.

El mayordomo la aguardó con paciencia.

—Me preguntaba si podría disponer de un carruaje ligero para ir a la ciudad —preguntó con toda naturalidad, sin especificar a qué ciudad en particular, por lo que no consideró que estuviera mintiendo.

—Quizá podríais anotar cualquier artículo que necesitéis, señorita —respondió el anciano con amabilidad, alzando levemente sus pobladas cejas grises—. La señora Conklin envía regularmente a un lacayo u otro criado a la ciudad para hacer compras: productos frescos, vestuario y otras provisiones.

—Esto es más bien una cuestión de visitas, de hacer llamadas sociales —aclaró Emma, justo cuando Bethany soltó sus deditos de la mano de su mano y se dejó caer sobre su trasero en el impoluto suelo de baldosas para admirar otra vez sus zapatos nuevos.

—Ya veo —entonó Thurman, moviendo la cabeza en un gesto que Emma estaba convencida de que solo los mayordomos sabían hacer—. Peter estará disponible para llevaros a vuestros compromisos, señorita.

—Oh, no quisiera molestar a nadie, señor Thurman. Soy perfectamente capaz de manejar un pequeño carruaje, tirado por cualquier jamelgo apacible —replicó con una dulce sonrisa.

—Sea como fuere, Peter os llevará a la ciudad.

Emma consideró insistir, pero llegó a la conclusión de que sería más fácil hacer entrar en razón a una cabra que al imponente Thurman.

—Gracias, caballero. —Recogió a Bethany en brazos—. Nos prepararemos y volveremos en un momento.

En menos de una hora, Emma viajaba sentada junto a Peter, un hombre apenas unos años mayor que ella y de trato agradable. Sostenía a Bethany en su regazo, sin intención de seguir perturbando la casa del conde pidiendo una vez más a la señora Conklin que cuidara de la niña.

Había indicado a Peter que la llevara a la posada King's Arms -de forma bastante firme, pensó- y, si aquello le sorprendió, no lo demostró. No sabía exactamente qué esperaba encontrar de su antiguo hogar y lugar de trabajo, pero necesitaba ver a los Smythe y asegurarse de que estaban bien.

Peter resultó ser un acompañante agradable, aunque no muy dado a las conversaciones triviales, por lo que Emma se entretuvo con Bethany durante el trayecto, que duró casi una hora. Al coronar la última colina desde la que se divisaba la posada, Emma se sorprendió conteniendo el aliento. Y, tal como temía, la posada seguía reducida a cenizas, solo quedaba el cascarón calcinado; era evidente que no se habían iniciado obras de reconstrucción, o quizá ni siquiera se tenían planes para ello. Pero ¿cómo iba a encontrar a los Smythe?

—Señorita —dijo Peter cuando el carruaje se detuvo a cierta distancia de las ruinas—,
¿sabíais que esto ya no estaba?

—Sí —reconoció, casi con tristeza—. Pero no sé cómo encontrar a mis amigos -mi familia, en realidad- y pensé que al menos debía empezar por aquí.

—Little Hadham sería la ciudad más cercana —explicó Peter tras un instante de reflexión—. ¿Creéis que podrían haberse mudado allí?

Emma se encogió de hombros con pesar.

—No lo sé. —Apartó la mirada de lo que quedaba del King's Arms y observó al joven lacayo—. ¿Os importaría llevarnos hasta allí?

Peter chasqueó las riendas sobre el lomo del caballo en señal de respuesta y el carruaje reanudó la marcha, alejándose de la posada.

—Les encontraremos, señorita. No temáis.

Little Hadham no ofrecía mucho más que una mercería, unas pocas tabernas y una única posada, todo situado al sur de Hadham

Hall, el antiguo feudo de los Capell, condes de Essex. Emma sugirió que comenzaran la búsqueda en la posada. No obstante, apenas lo hubo dicho, a medida que Peter maniobraba el carruaje por la angosta carretera entre el escaso tráfico, Emma distinguió a lo lejos al joven mozo de cuadras, Langdon, caminando en dirección al muelle del río Ash.

—¡Langdon! —llamó con alegría, emocionada, tras incorporarse en el asiento.

El muchacho giró la cabeza a ambos lados al oír su nombre, pero al no ver a nadie conocido, siguió andando.

—¡Langdon! —volvió a llamarlo Emma, esta vez con más insistencia.

Ahora sí, él se volvió y por fin la vio -agitándose su brazo frenéticamente en el aire-, con el carruaje avanzando hacia él. Entrecerró los ojos, pero enseguida la reconoció. Emma apenas recordaba haberlo visto sonreír alguna vez, pero en ese momento, lo hizo. Langdon se acercó al carruaje justo cuando Peter detenía el caballo al borde del camino.

—¡Señorita Emma! ¿Qué hacéis aquí? ¿Venís a quedaros con nosotros? —Se reflejaba una evidente esperanza en su mirada.

—¿Seguís todos juntos? ¿Estáis con los Smythe? ¿Y Alice también? —Su pregunta avivó el ánimo de Emma.

Esperaba que así fuera. El entusiasmo de Langdon por verla le dio esperanzas.

—Claro, señorita. —Salió del paso—. Era más barato compartir un cuarto que buscar uno por cuenta propia. Nos quedamos en los establos los primeros días, pero fue duro. Alice no paraba de llorar. Pero el señor Smythe y yo vinimos aquí al pueblo a ver qué se podía encontrar. Juntamos lo que teníamos -bueno, los que tenían algo de dinero- y, al menos, ahora tenemos un techo de verdad. Aunque puede que tengamos que irnos a otro sitio, quizá a una ciudad más grande, para encontrar trabajo… para cualquiera de nosotros. Aquí no hay nada. —Y con eso, sonrió y asintió en dirección a los tres ocupantes del carruaje, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir.

Emma se quedó atónita, observándolo sin saber qué decir. En primer lugar, jamás había oído a Langdon enlazar tantas palabras seguidas en su presencia o en la de nadie, hasta donde ella sabía. Después, la sorprendió -para bien, desde luego- saber que los cuatro habían permanecido juntos. Eran, de verdad, una pequeña familia. Sus ojos se humedecieron.

—¿Dónde están?

Minutos después, Emma seguía a un Langdon inusualmente locuaz hasta una casucha en las afueras del pueblo, tras haber pedido a Peter que se quedara con el carruaje. El exterior del edificio era tosco y destartalado, y antes siquiera de entrar, el aire tenía un olor decididamente desagradable. Una vez dentro, Emma apretó a Bethany contra su pecho, sus ojos ajustándose a la penumbra del interior. Escuchó antes de ver a la señora Smythe. La anciana soltó un grito de alegría al divisar a Emma y a la niña, y se abalanzó sobre ellas desde lo que Emma supuso que sería la cocina, cuando finalmente logró enfocar su figura.

—¡Ay, mi niña! —exclamó la señora Smythe entre sollozos—. ¡Nunca he estado más feliz de ver a alguien! Hemos estado tan preocupados por vos. —Sin previo aviso, pero con júbilo, le arrebató a Bethany de los brazos y comenzó a llorar y a hacerle carantoñas a la pequeña—. ¡Pero miradlas a las dos, vestidas de lujo! Oh, ruego que os haya tratado bien. Parece que sí, diría yo.

Emma echó un vistazo alrededor, preguntándose cómo se estarían arreglando allí, pues la vivienda parecía contar con una sola estancia, y además de condiciones bastante improbables para ser habitada.

—¿Pero qué habéis…? —Su pregunta quedó a medias cuando apareció el posadero, el señor Smythe. Ella le dedicó una sonrisa expectante en cuanto cruzó la puerta de la sala. Nunca había sido un hombre cálido ni cariñoso, pero Emma notó que, en cierto modo, parecía complacido de verla.

—Buenas tardes, señor —le saludó.

—Emma, niña —la reconoció él con un leve asentimiento—. ¿Estáis bien, entonces?

—¡Oh, sí, señor! —se apresuró a asegurarle—. Estoy tan feliz de encontraros a todos. ¡Os he echado tanto de menos!

—No volveremos a tener una posada —lamentó el señor Smythe con un leve encogimiento
de hombros y frunciendo los labios—. Pero, por ahora, tenemos un techo… hasta que la señora
Coombs vuelva de Londres el mes que viene y retome su residencia aquí. Así que aún nos queda tiempo para decidir adónde ir. —Asintió con la cabeza y miró a Langdon, quien hizo lo propio, en un gesto que indicaba que ahora eran más compañeros de vivienda que antiguo patrón y empleado.

—¡Por eso me alegra tanto haberos encontrado! —exclamó Emma, posando una mano sobre el brazo de la señora Smythe—. ¿Cuáles son vuestros planes? ¿Vais a reconstruir? ¿Pensáis comprar otra posada? ¿Tenéis otras propiedades o… algún dinero para salir adelante?

La señora Smythe bajó la mirada, esbozando una sonrisa débil. El posadero, por su parte, se removió sobre sus pies.

—Nunca hemos tenido mucho ahorrado. Y lo poco que había se quemó ahí dentro. —Su tono era rudo, y lanzó un gesto con la cabeza en dirección a lo que quedaba del King's Arms. —Hizo una pausa y, aunque intentó sonar resuelto, su tono carecía de verdadera esperanza—. Pero tengo pensado ir hacia el sur, más cerca de Londres. Creemos que quizá allí necesiten un buen gerente con experiencia… ya sabéis, en esas casas públicas más elegantes. Tal vez necesiten también un cocinero y un mozo de cuadras. O puede que otra camarera.

Fue entonces cuando la luz de una de las puertas se oscureció por una figura, y Emma se giró para encontrarse con Alice, que la observaba. La joven no parecía del todo contenta de verla, aunque sus estados de ánimo eran siempre volubles, y su expresión, cuando no estaba sirviendo en la taberna con la esperanza de recibir alguna moneda, solía ser dura. En cambio, había algo distinto en ella, Emma lo notó enseguida. Sus hombros caídos, su mirada apagada. Llevaba un vestido de un tono marrón apagado -más bien lúgubre-, con hilos deshilachados que hablaban de tiempos mejores. Y Emma

supo que aquello debía de avergonzarla profundamente; a Alice siempre le habían encantado los colores vivos y las combinaciones estridentes.

—Hola, Alice —saludó con cautela, sin estar nunca del todo segura de la recepción que tendría.

Alice se limitó a asentir, recorriendo con la mirada la ropa elegante de Emma. Si intentó sonreír, el gesto no fue más que una mueca. Torpemente, metió las manos en los bolsillos de la desgastada prenda que llevaba, ya fuera prestada, robada o conseguida de alguna otra forma.

Emma volvió la vista hacia los Smythe. Miró de uno a otro. Calculó que habían envejecido unos veinte años desde que el incendio les arrebatara todo lo que tenían en el mundo. Tal vez nunca había pensado demasiado en sus edades concretas, pero ahora, observando a Smythe -su cabeza calva y surcada de arrugas, su rostro largo y una complexión que en su día había sido robusta pero que ahora no era más que un recuerdo- supuso que debía rondar los sesenta. Y su esposa, la querida señora Smythe, con su figura baja y robusta, su cabello encrespado y sus ojos bondadosos, quizá tuviera unos pocos años menos.

Se acercó al señor Smythe y posó la mano sobre la áspera tela de su manga. Por un instante, se preguntó si alguna vez le había tocado antes. Llevaba casi una década conociéndole, había trabajado codo con codo con él, sabía que realmente se preocupaba por ella, pero esto se sentía diferente.

—Venid conmigo —invitó con firmeza—. El viejo conde… Michael… realmente dejó provisiones para mí. Bueno, seguramente para Bethany, más bien. —Se giró hacia la señora Smythe, que parecía estar esperando, interesada, aunque sin permitirse aún albergar esperanza—. Su señoría, el nuevo conde, nos ha comprado una casa. —Observó cómo la señora Smythe se llevaba la mano a la boca, con los ojos arrugándose por la emoción contenida—. No, señora, no es así en absoluto, os lo prometo. La casa es para Bethany y para mí. Solo para nosotras. No quería su dinero ni su ayuda, pero… pero tengo que pensar en Bethany. Y Michael… él quería esto para nosotras. —Emma se giró, recorriendo con la

mirada los rostros de sus antiguos compañeros. Alice seguía inexpresiva, Langdon asentía de nuevo, aparentemente de acuerdo, y el señor Smythe fruncía el ceño, aunque parecía más pensativo que molesto. Continuó intentando convencerlos de que aquello podía funcionar—. La casa es lo bastante grande. Está cerca de Perry Green; seguramente allí podamos encontrar trabajo. Aunque creo que, el señor y la señora Smythe, no tendríais que trabajar si no os importara ayudar con la casa —sugirió, entonando de manera esperanzadora y se giró hacia Langdon—. Hay espacio para vos también. Un piso entero con habitaciones que ni siquiera sé cómo llenar. Y hay un pequeño establo, un granero… quizás podamos conseguir un caballo y un carro con el tiempo. —Enseguida, miró a Alice—. En Perry Green hay varias tabernas, incluso una modista y una sombrerera. Seguro que encontramos algo.

Nadie dijo nada. Emma se volvió hacia la señora Smythe.

—Quizá no os importaría cuidar de Bethany si yo encontrara trabajo. —El silencio persistió. Emma giró de nuevo hacia el señor Smythe, con la voz cargada de anhelo—. Nuestra propia casa otra vez…

—¿Qué decís vos, mujer? —Sus ojos se alzaron por encima de Emma para posarse en su esposa.

Cuando Emma volvió la mirada hacia la señora Smythe, la encontró llorando sobre una inquieta Bethany, que hasta ahora había permanecido callada, entretenida con la gente y el ambiente de la habitación, pero que en ese momento extendía los brazos hacia Emma con un
quejido.

—*Shh* —masculló Emma, acariciándole el cabello, pero sin tomarla en brazos. Sus ojos seguían fijos en la señora Smythe—. ¿No vendréis conmigo?

La señora Smythe empezó a asentir con la cabeza mientras trataba de calmar a Bethany con su calor. Emma dejó escapar un sollozo de alegría. Finalmente, la mujer alzó sus ojos húmedos y enrojecidos hacia Emma.

—Oh, siempre fuisteis un encanto, Emma —dijo entre lágrimas —. Y aquí seguís, preocupándoos por todos menos por vos misma.

¡Oh, cuánto os lo agradecemos! —Se inclinó hacia ella y le besó la mejilla. Emma la estrechó con fuerza en un abrazo lleno de felicidad —. Ya no hemos de preocuparnos más, marido —añadió la señora Smythe, volviéndose hacia su esposo.

Emma miró al señor Smythe. Este asintió a las palabras de su esposa y, para su sorpresa, le tocó el brazo con suavidad, en un gesto de agradecimiento.

Unos rápidos golpes en la puerta hicieron que todos volvieran la vista hacia ella. Peter estaba allí, retorciendo su gorra entre las manos. Tenía un aire de disculpa cuando dijo:

—Señorita, odio apuraros, pero he de regresar a Benedict House… Y me imagino que vos también.

—Oh, sí, Peter —afirmó apresuradamente—. Iré enseguida… muy rápido —aclaró, al ver su expresión dudosa. Emma miró entonces tanto a Langdon como a Alice, sonriendo con esperanza—. Vendréis también, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! —se adelantó la señora Smythe con tono maternal.

Langdon se removió en su sitio un instante, ruborizándose ante la atención de todos.

—Bah, señorita, no tengo a dónde ir. Supongo que sois lo único que me queda. Puedo ser de ayuda.

—Lo sé, Langdon. ¡Os va a encantar la casa! —Impulsivamente, Emma lo abrazó, tan feliz de recuperar a estas personas en su vida. Se volvió entonces hacia Alice—. Os encantará Daisies Cottage, es simplemente perfecta…

—Os agradezco la oferta, Emma, de verdad —la interrumpió Alice—. Pero estaré bien aquí.

Emma creyó verla sincera. Nunca habían sido cercanas, pero habían compartido tanto en todos estos años…

—Alice, debéis venir —le dijo con dulzura.

—Alice, muchacha, aquí apenas hay oportunidades, y ya lo estamos comprobando —intervino el señor Smythe.

—Podría haberlas. Estaré bien. —Alice se encogió de hombros.

—¡Alice! —exclamó la señora Smythe—, debéis venir con nosotros.

—Siempre habéis sido justos conmigo, los dos —rebatió Alice, de repente con una actitud inusualmente tímida—, pero creo que ha llegado el momento de seguir adelante. Quiero… necesito algo más que una casita en medio del campo. Llevo un tiempo pensando en marcharme a Londres. La poca familia que tengo está allí.

Emma vio que la señora Smythe se quedaba con el labio inferior tembloroso. El señor Smythe solo asintió, sin decir palabra. Langdon, por su parte, seguía clavando la mirada en Emma. Emma trató de encontrar algo que decir para hacer que Alice cambiara de opinión. Pero la señora Smythe se le adelantó.

—Si estáis segura, querida…

Alice asintió, esforzándose por sonreír como si quisiera reafirmar sus palabras. En cambio, para Emma solo parecía recelosa y, de algún modo, molesta.

—Señorita —intervino Peter de nuevo desde la puerta. No parecía afectado por la escena que presenciaba, quizá solo desinteresado, pero claramente ansioso por partir.

Emma asintió y tomó a Bethany de los brazos de la señora Smythe.

—Debo irme. Volveré, o enviaré noticias, en cuanto estemos instaladas en la casa. Espero que sea pronto. —Besó rápidamente a la señora Smythe y se despidió del resto. Se detuvo una vez más delante de Alice—. Cuidaos, Alice. Volved si lo necesitáis.

Alice asintió de nuevo.

—Adiós.

Capítulo 8

Una parte de ella -la parte que no se veía acosada por tanta intriga en torno al conde- se alegró al saber que él se había marchado a Londres por el día y que, si no le importaba, podría tomar la cena en sus habitaciones. Esto le venía a Emma de maravilla, pues aún no hallaba comodidad en la costumbre ocasional de dejar a la niña con un criado mientras cenaba con el conde en el comedor.

Más tarde esa noche, arropó a Bethany en su cuna justo cuando una tormenta veraniega comenzaba a desatarse con furia. Por suerte, Bethany se había dormido antes de que los truenos resonaran con verdadera intensidad. Emma permaneció un buen rato en la guardería, asegurándose de que la tormenta no la despertara ni la asustara. En cuanto la lluvia pareció alejarse y los relámpagos y truenos comenzaron a desvanecerse, por fin se retiró a su propia cama. No tuvo dificultad alguna en dormirse, pues últimamente parecía llegar al final del día completamente agotada, tanto física como emocionalmente.

Se despertó al escuchar un estruendoso trueno que rasgó el cielo nocturno. Saltó de la cama, imaginando que, si aquel estrépito la había sobresaltado a ella, bien podría haber asustado a Bethany. Pero no oyó ningún llanto cuando cruzó con sigilo la puerta que comunicaba con el cuarto del bebé, la cual siempre dejaba entreabierta. Al dar un paso dentro de la habitación, se detuvo de golpe al encontrar allí al conde.

Su corazón se aceleró con solo verlo. Vestido únicamente con sus pantalones negros, debía de haber oído despertar a Bethany en medio de su preparación para acostarse. Estaba de espaldas a Emma, y la cabecita soñolienta de Bethany apenas asomaba sobre su hombro. La acunaba con un suave balanceo y un murmullo bajo y tranquilizador.

Emma solo pudo quedarse inmóvil, medio horrorizada por la escena -por el simple hecho de descubrir que él tenía un corazón lo bastante tierno como para mecer a una niña asustada hasta dormirla- y medio sin aliento mientras sus ojos absorbían ávidamente la visión de su espalda y sus brazos desnudos. El conde de Lindsey poseía un físico magnífico; a la tenue luz que se filtraba desde la puerta abierta de la habitación contigua -aquella que aún no se había atrevido a explorar- parecía un dios de bronce esculpido en puro músculo. Las sombras bailaban juguetonas por cada contorno y cada hondonada de su piel; la mera envergadura y la perfección tallada de sus brazos le hicieron llevarse la mano al pecho, como si eso pudiera apaciguar el frenético latir de su corazón. Era cierto que Emma había pasado muchos años trabajando en una posada, pero jamás había visto a un hombre casi desnudo antes y, aun así, estaba segura de que ninguno podría rivalizar con la figura de aquel hombre.

Un relámpago rasgó el cielo justo cuando él se inclinaba para acostar a la dormida Bethany, y el estruendo lo hizo detenerse un instante. Esperó hasta asegurarse de que la niña seguía durmiendo y después se estiró sobre el borde de la cuna, desplegando su magnífica forma. Su piel y sus músculos se movieron en perfecta sincronía con su gesto, sombras y volúmenes apareciendo y desvaneciéndose, brazos flexionándose y tensándose.

Emma suspiró justo cuando él volvió a incorporarse, un gesto que no pasó desapercibido para él. Se giró con brusquedad, ofreciéndole una vista privilegiada de su torso desnudo y su vientre esbelto. Un fino vello nacía justo bajo su mandíbula, descendiendo por su pecho hasta afinarse en una única línea recta que se hundía bajo la cintura de sus pantalones. Sus pezones, desnudos como los de un recién nacido, eran oscuros y pequeños, pero firmes y sugerentes. La propia forma de su pecho le resultaba ajena, cuadrado y firme, opuesto a la redondez y suavidad del suyo.

Sabía que el conde la observaba mientras ella lo devoraba con la mirada, pero no conseguía apartar los ojos de él, atrapada en una fascinación hipnótica. Solo cuando Zach avanzó hacia Emma -ella percibiendo vagamente sus pies desnudos y largos sobre la

alfombra- fue capaz al fin de alzar la vista hacia los suyos. Pero él no se detuvo. Se acercó aún más, respirando pesadamente por la nariz, con un aire casi furioso. Sin previo aviso, le apresó el brazo con una fuerza casi dolorosa, la giró y la arrastró de vuelta a sus propias habitaciones. Sin apartar la vista de ella, cerró la puerta de la guardería con una mano, sin soltarla con la otra.

Aún no habían intercambiado una sola palabra, Emma completamente incapaz de hablar bajo la profunda impresión de su gloriosa presencia. Cuando giró sobre sus talones y se encontraron cara a cara, ella seguía sin poder articular palabra, sin poder siquiera apartar los ojos de su torso. Una audacia inusual, invocada por la visión embriagadora de él, la llevó a alzar la mano y posar los dedos sobre su pecho. Sus dedos finos rozaron el vello corto y áspero, sus uñas apenas perfiladas exploraron la calidez de su piel. Él inhaló con fuerza al sentir su tímida incursión. Esto hizo que ella alzara los ojos hacia los suyos, buscando en ellos una respuesta, tratando de descifrar aquel brillo fiero y primitivo. Y entonces, la realidad -y la vergüenza- la invadieron.

—No paréis —murmuró y justo la joven Retiró la mano de golpe y cerró los dedos en un puño

Emma negó con la cabeza, horrorizada, aún más cuando creyó distinguir en su tono una sonrisa indolente.

«¡Una tabernera desvergonzada, sin duda!» Acababa de darle la razón sin querer, acababa de justificar cualquier ofensa que hubiera podido sentir por el beso que él le robó días atrás. Cerró los ojos contra la vergüenza que la abrumaba, aunque sabía que ningún sentimiento de culpa podría deshacer lo que acababa de ocurrir. Tiró del brazo que él aún sujetaba y trató de girarse. Pero él no se lo permitió.

No podía -no quería- mirarle ahora. Pero oía su respiración agitada, sentía la tensión que ahora lo embargaba. Tragó saliva con dificultad y negó otra vez con la cabeza, por si él tenía la intención de llevar esta locura aún más lejos.

—No sé por qué yo… —balbuceó, con la vista clavada en la inmensa y desordenada cama.

Percibió, apenas en el borde de su visión, que el conde asintió. Fue un gesto contenido, silencioso. Zach la observó un instante más. Quería decir algo, lo sabía. Más no lo hizo. Finalmente, le soltó la mano, se giró sobre sus talones y salió de la habitación, regresando a la guardería por donde había venido.



A la mañana siguiente, Emma se acercó al conde en la sala de desayunos con las mejillas incómodamente encendidas, los labios resecos por el disgusto y el estómago encogido de aprensión. Murmuró una disculpa atroz, balbuceando excusas como «No tengo idea de en qué estaría pensando… aún estaba medio dormida» y «Me pillaste por sorpresa… sin camisa ni nada…» Nada de aquello salió con la entereza que le habría gustado.

Zach alzó la vista de su periódico matutino, observándola con una severidad muda que le provocó un escalofrío aún mayor. Como no respondió de inmediato -aunque su mirada pareció suavizarse apenas- Emma huyó de la sala, al borde de las lágrimas, sin prestar atención al llamado que él finalmente le dirigió para que regresara.

Le evitó los días siguientes, convencida de que la pura humillación sería suficiente para enviarla a una tumba prematura. Nunca en su vida se había comportado de manera tan descarada como aquella noche con él. Y, en el fondo, admitía que nunca antes había tenido razones para caer en semejante desenfreno. Se reprendía constantemente, diciéndose que la mera visión de su físico no debía haberla conducido a semejante falta de decoro y que su extrema ternura y afecto por Bethany eran su única redención. Considerando al hombre en su totalidad, Emma concluyó que había sido grosero, autoritario y prepotente desde el primer momento en

que se conocieron. No era tan ingenua como para no comprender lo que él pensaba
de ella. ¡Y ahora sus propias acciones confirmaban su creencia!

Tres días después de lo que Emma había decidido referirse en privado como «su deshonroso y temerario desliz», el conde la encontró paseando con Bethany, bajando de la terraza y recorriendo los impecables jardines de Benedict House.

Su paso decidido sobre el césped perfectamente cortado puso a Emma en un estado de nerviosismo inmediato. Apretó a Bethany entre sus brazos y se giró ligeramente para que el viento dejara de hacer que los volantes de su elegante sombrero le golpearan el rostro. Él se detuvo a varios pasos de distancia, flexionando una rodilla mientras mantenía el peso sobre la otra, con su elegante sombrero alto en la mano, que golpeaba con ligereza contra su muslo. Iba vestido con suma formalidad y, por ello, Emma supuso que acababa de regresar de Londres, ya que solía preferir calzones color gamuza y camisas de muselina cuando estaba en el campo.

Como pareció complacerse solo con observarla, Emma alzó una ceja, imaginando, esperando, que su llegada tuviera algún propósito más allá de examinarla con aquella mirada inescrutable que la juzgaba con tanta severidad.

—He pensado llevar a Bethany a cabalgar conmigo hoy —aclaró su garganta.

Emma no supo qué pensar de lo que sonó a vacilación en su voz. Se preguntó si alguna persona en vida podría afirmar haber oído jamás tal inseguridad en aquel hombre.

—Quizás os gustaría acompañarme también. A cabalgar, quiero decir.

La confundió aún más. Era plenamente consciente de que sabía poco sobre muchas cosas, pero… ¿no sonaba eso fantásticamente parecido a una invitación educada? ¿Una invitación? ¿Del conde? ¿Para pasar tiempo con él? Sintió cómo aquel viento travieso pegaba las faldas de su fino vestido de algodón contra sus muslos. La tela se ceñía a su piel en una caricia involuntaria, y luego se agitaba hacia afuera, revelando con claridad cada curva y línea de sus piernas. La

mirada de él descendió un instante, antes de regresar a la suya en cuanto el viento se disipó, aguardando su respuesta.

—Por supuesto que no sé montar, mi señor. —La testarudez era la única razón que se le ocurría para rechazarle. Pero pensó que debía saberlo. No alcanzaba a imaginar por qué él podría haber pensado lo contrario—. Pero estoy segura de que a Bethany le gustará la experiencia.

En verdad, no había razón alguna para privar a la niña de semejante ocasión solo para evitarse a sí misma una situación incómoda… como lo era cada momento que pasaba en presencia del conde. No habría dicho que él pareciera particularmente decepcionado cuando se acercó a ella y alzó las manos hacia Bethany. La niña, encantada, apartó sus brazos del cuello de Emma y se inclinó hacia él.

—¿Os gustaría aprender a cabalgar? —preguntó Zach entonces, tomándola por sorpresa.

Como suponía que jamás poseería su propio caballo y, al tiempo que se le pasaba por la mente lo poco probable que era que alguna vez pudiera dominar a una bestia de semejante tamaño, negó con la cabeza.

—Creo que no. Pero os agradezco la oferta.

La expresión del conde no cambió. Tampoco se movió, ni siquiera para llevarse a Bethany a los establos en busca de una montura. Incomodada, Emma le dedicó una sonrisa breve y alzó ligeramente sus faldas.

—Esperaré a Bethany en la casa, entonces. —Y se alejó. Le pareció lo más natural que podía hacer, dado que él había dicho tan poco y acababa de afirmar que se disponía a montar.

Sin necesidad de volverse, supo que él aún no se había movido. Y tuvo la desconcertante y ruborizante certeza de que seguía observándola. Caminar recto y con aparente calma le costó el doble de esfuerzo, mientras el viento continuaba su juego travieso, hasta el punto de levantar sus faldas casi hasta las rodillas.

Una vez de vuelta en la casa, y sin ninguna tarea que atender, se preguntó si podría deambular por la propiedad. Movida por la curiosidad de conocer aquella imponente residencia, pero sin querer

parecer irrespetuosa, decidió consultar con la señora Conklin si semejante exploración sería vista con malos ojos. La ama de llaves se limitó a encogerse de hombros.

—Solo están su señoría y vos en la casa, señorita. A excepción de sus aposentos personales, si encontráis una puerta sin cerrar, sentíos libre de explorar. Claro está, la planta baja es para los criados, pero la primera, la segunda y la tercera os mostrarán habitaciones muy bonitas, aunque pocas visitas las hayan visto en los últimos tiempos.

—¿El conde no recibe invitados?

—Su señoría encuentra todas sus diversiones en la ciudad, señorita. No ha habido un solo evento aquí desde que vivía la condesa, y de eso hace más de una década.

Emma se dio cuenta de que, quizá, había dado por sentado que la gente de alta alcurnia solía organizar cenas y veladas con regularidad, o alguna otra frivolidad semejante. Agradeció a la señora Conklin y se dirigió a sus propios aposentos, donde se quitó el sombrero y la chaqueta antes de regresar al pasillo. Apoyando las manos en las caderas, echó un vistazo a ambos lados del corredor, sopesando por dónde empezar. Aquella planta debía de estar compuesta, en su mayoría, por dormitorios: los aposentos de la familia Lindsey. Caminó hasta el final del pasillo y subió una estrecha escalera hasta el tercer piso. La primera puerta que encontró no resultó ser una gran revelación; en su día, bien podría haber sido un pequeño y encantador dormitorio, pero ahora se había convertido en un almacén improvisado. Cajas, baúles y muebles se amontonaban en cada rincón, como si cada nuevo objeto hubiese sido dejado justo dentro de la puerta y empujado a la creciente montaña de cosas en desuso.

Esperanzada en hallar algo más interesante, Emma pasó a la siguiente habitación. Y luego a la siguiente. Y a la otra. Todas parecían ser dormitorios, más refinados que los de los criados, pero sin el esplendor de los apartamentos de la segunda planta. Jamás había visto tantos aposentos bajo un mismo techo. En mayor o menor medida, cada estancia había sido ocupada a lo largo de los años o utilizada para almacenar muebles y objetos descartados, de

modo que ninguna le resultó especialmente llamativa. Excepto la tercera antes de la última. Emma se detuvo en el umbral, sorprendida por la elegancia y el aire femenino de la estancia, mucho más refinada que cualquier otra que hubiese visto hasta el momento. A diferencia de las demás, parecía haber escapado a la intención de quienes buscaban un sitio donde guardar enseres en desuso. Dio un paso al interior, observando con detenimiento la marcada tonalidad rosada que aún dominaba la habitación, a pesar de las sábanas polvorientas que cubrían la mayoría de los muebles, incluida la cama. Las paredes, las alfombras y los cortinajes compartían aquel delicado motivo de rosas en distintas variantes: cortinas a rayas, papel pintado con flores de chintz y una gruesa alfombra de Aubusson que, en su momento, bien podría haber sido de un magenta vibrante.

Emma levantó los bordes de una de las sábanas polvorientas, revelando la madera sutilmente barnizada de un armario. Otro pliegue levantado dejó al descubierto un bonito escritorio de madera tallada. Sin pensarlo demasiado, apartó por completo la tela y tiró del cajón del escritorio para abrirlo. O al menos lo intentó.

El cajón estaba atascado, aunque tuvo la impresión de que no era por la cerradura, sino porque estaba abarrotado de papeles, algunos de los cuales asomaban por la pequeña abertura que había logrado forzar. Colocándose frente al escritorio, dio otro buen tirón y luego deslizó los dedos dentro hasta poder apartar lo suficiente de aquel obstáculo invisible. Finalmente, el cajón cedió.

Tal y como había supuesto, estaba repleto de papeles: cartas dobladas y hojas extendidas con una caligrafía firme y marcada. Emma tomó la primera carta de la pila y giró el grueso papel para ver la firma: George Fiske. Un vistazo rápido a los demás escritos le indicó que todas las cartas estaban redactadas por la misma persona. Una frase garabateada, «*hasta que nos encontremos de nuevo*», atrapó su atención. La fecha en la parte superior del papel indicaba enero de 1774. Curiosa, pero convencida de que unos documentos tan antiguos eran juego limpio -pues no creía que su intromisión pudiese causar daño a persona alguna-, Emma leyó la carta completa, descubriendo que aquel tal George Fiske parecía

sufrir una pasión distante por su «*Queridísima Caralyn*», que, según los sobres, respondía al nombre de Caralyn Withers.

«Mi amor me ha vuelto egoísta. Ojalá tu mano estuviera firmemente enlazada a la mía».

Intrigada, Emma tomó todo el contenido del cajón, uniendo todas las cartas, y encontró entre los papeles una bonita cinta rosa, arrugada y suelta entre la pila de escritos. En su momento, aquellas misivas de amor habían estado cuidadosamente atadas. Emma recordó que el cajón había estado en desorden, imposible de abrir por la maraña de papeles en su interior. ¿Habría venido alguien, en algún momento, en busca de una carta en particular? ¿La habrían arrancado del lazo con desesperación, dejando tras de sí aquel caos?

Dándole vueltas a esta idea, cruzó la estancia y se sentó en el suelo, justo en el borde de la alfombra, que alguna vez debió de ser de un color vibrante, bajo el juego de ventanales dobles que dejaban entrar abundante luz para leer. Pensando que la historia de George y Caralyn se revelaría con mayor claridad si ordenaba las cartas cronológicamente, dedicó unos minutos a ello, procurando que los sobres que aún conservaban sus cartas no se separaran de ellas. Cuando terminó, contó veintiocho misivas. Tras apoyar la espalda contra el lateral de la cama, aún cubierta por la sábana, Emma comenzó a leer las palabras de George Fiske.



Zach regresó a la casa casi una hora después de haberle arrebatado Bethany a Emma. Lo cierto era que la criatura le encantaba. Era fácil de complacer, había disfrutado de la monta tanto como él había esperado y no había protestado en absoluto cuando le dijo que habían terminado por hoy.

—Nos lo hemos pasado bien, ¿verdad? —le preguntó mientras recorrían distintas habitaciones en la planta baja, pero no encontraron rastro de la señorita Ainsley.

Bethany no respondió, y Zach pensó que quizá estuviera cansada. Subió las escaleras y llamó a la puerta de Emma, pero no escuchó ninguna invitación para entrar. Un vistazo rápido al interior le confirmó que la habitación estaba vacía. De vuelta en la planta baja, por fin divisó a alguien: su ama de llaves, que salía del comedor con un bloc de notas y un lápiz en la mano.

—Ah, señora Conklin. ¿Sabe usted dónde podría estar la señorita Ainsley?

En cuanto la señora Conklin le informó de que la señorita Ainsley había pedido recorrer toda la casa, él se preguntó distraídamente qué hacer ahora con la niña. Su ama de llaves soltó una risa y el propio Zach sonrió, pues supuso que su pregunta había sonado como un *«¿Y ahora qué hago con ella?»*

—Diría que es la hora de su siesta —sugirió la señora Conklin, estirando los brazos para tomar a la pequeña.

—¿Y qué implica eso exactamente? —preguntó Zach, lo que hizo que su ama de llaves volviera a bajar los brazos.

—La señorita Ainsley suele leerle en la mecedora del cuarto de los niños. La pequeña apenas se resiste. De verdad, tiene el temperamento más encantador. Y luego la acuesta y suele dormir más de una hora —le explicó la señora Conklin un tanto sorprendida por su pregunta y su repentino interés.

—No parece muy complicado —concluyó Zach. Y se alejó con Bethany aún en brazos—. Estad atenta, señora Conklin. Puede que regrese en busca de ayuda. Pero si no me veis en la próxima media hora, podéis asumir que he logrado acostar a una niña sin incidentes —añadió sobre su hombro. Y lo hizo.

Dentro del cuarto de los niños, sobre una pequeña mesa junto a la mecedora, había una pila de libros perfectamente ordenada. Zach tomó el primero y se acomodó en la silla. *Tommy Thumb's Pretty Song Book*, según la portadilla de aquel tomo claramente querido y muy usado, fue el que empleó para adormecer a Bethany. La

pequeña señaló con su dedito las ilustraciones a pluma y tinta de las páginas a medida que Zach leía en voz baja distintas rimas, algunas de las cuales no recordaba haber oído nunca. Pronto, su manita quedó inmóvil sobre el libro abierto en su regazo, y Zach continuó meciéndose unos minutos más para asegurarse de que dormía antes de depositarla con suavidad en la cama bajita. Se irguió y la observó por un momento, pensando en lo entrañable que le resultaba ya aquella niña y sintiéndose, además, bastante satisfecho con la hazaña que acababa de lograr.

Por supuesto, se podría argumentar que la intensidad de su paseo y la emoción de la jornada habían tenido tanto peso en el sueño de Bethany como su lectura, pero Zach estaba dispuesto a compartir la gloria de la tarea bien hecha. Dejó el libro a un lado y se preguntó aún dónde se habría metido la señorita Ainsley.

Le había decepcionado que no mostrara interés alguno en cabalgar con él, y al parecer tampoco en aprender. Por el contrario, se lo había negado con educación, sin que él pudiera percibir segundas intenciones en su negativa, así que no tenía motivo alguno para estar molesto.

¿Dijo que iba a recorrer la casa, no? Tal vez recordaba poco del hogar de su propia familia, o quizá siempre había vivido en la posada, por lo que Benedict House debía de parecerle un palacio, con sus interminables pasillos y corredores, y más habitaciones de las que una casa con cien habitantes podría aprovechar del todo.

Asomando la cabeza en la biblioteca, la sala de estar, el salón de billar y varias otras estancias, no logró encontrar rastro de la señorita Ainsley. No tenía una razón concreta para buscarla, salvo el hecho de que últimamente no dejaba de rememorar la sensación de sus dedos en su pecho. Le había dado su espacio durante varios días, convencido de que la disculpa balbuceada por ella a la mañana siguiente había debido de saberle a tragar arena. Y, si decía la verdad, lo mejor para ella era que él también la evitase. Había revivido aquel momento tantas veces, había imaginado tantos desenlaces diferentes -ninguno de los cuales terminaba con él saliendo de su habitación aquella noche- que estaba seguro de que, si se hubiera encontrado con ella antes de haber logrado desterrar la

idea de que fue un necio por no haberla tomado entre sus brazos y haberla besado hasta hacerla olvidar su propio nombre, habría acabado haciéndolo. Ahora era seguro. Luz del día. Totalmente vestido. Ella estaría a salvo de su deseo, estaba convencido de ello.

No habría imaginado que la tercera planta pudiera llamarle la atención, pues solo albergaba habitaciones pequeñas de uso esporádico. Zach mismo no había subido allí desde que llevaba pantalones cortos, pero como no la había encontrado en la segunda planta, pronto se halló asomándose a diferentes estancias del piso superior. Casi la pasó por alto. Incluso al detenerse ante la puerta entreabierta y asumir que debía de estar dentro, no la vio de inmediato y ya se giraba para marcharse cuando sus ojos captaron la parte superior de su cabeza. Solo la coronilla, el brillo de su cabello castaño caoba en contraste con la sábana de lino que cubría la cama, llamó su atención. «Se hallaba sentada en el suelo, al otro lado de la cama», reflexionó Zach.

Con curiosidad, Zach rodeó la cama, sus pasos amortiguados sobre la alfombra descolorida. Emma estaba sentada con las piernas recogidas bajo su cuerpo, rodeada de montones de papeles que flotaban a su alrededor, con la cabeza inclinada mientras leía la hoja que sostenía. En su mano derecha, además de sujetar el papel, por un lado, sostenía también un lazo rosa. Sus altos botines de montar debieron de ser lo primero que vio cuando él apareció junto a la cama, alertándola de su presencia. Emma dejó escapar un leve jadeo y alzó la mirada.

Zach, al darse cuenta de que estaba completamente absorta entre docenas de cartas, estuvo a punto de bromear sobre la asombrosa cantidad de correspondencia que parecía haber acumulado en el poco tiempo que llevaba allí. Pero el rostro que ella le mostró -ojos brillantes velados por gruesas pestañas húmedas, la nariz enrojecida y los labios torcidos con tristeza-hizo que frunciera el ceño en lugar de sonreír. Se adelantó completamente hasta situarse justo frente a ella, y sus ojos lo siguieron con atención.

—Señorita Ainsley. Oh, ¿qué ha sucedido? ¿Son malas noticias esas cartas?

Emma asintió y bajó la barbilla hasta apoyarla contra su pecho, extendiendo una mano para
señalar el mar de misivas desperdigadas a su alrededor.

—Oh, es simplemente horrible —dijo, y rompió a llorar.

Zach se acuclilló a su lado, pero ella no levantó su rostro cubierto de lágrimas. Echó un vistazo a las cartas y dedujo que debían de proceder de un hombre, pues la caligrafía que alcanzó a ver no era ni delicada ni elegante. Su labio se curvó con desdén, suponiendo que algún desgraciado sin mérito alguno acababa de partirle el corazón.

—Vamos, vamos, señorita Ainsley —trató de consolarla torpemente—. Ningún hombre merece semejante llanto… y menos aún uno incapaz de darse cuenta de lo excepcional que es…

Sin embargo, la expresión de la joven cambió en medio de sus palabras. Se volvió inexpresiva, tanto que él interrumpió su discurso. Quizá, en su opinión, sí que había algún hombre que valiera esas lágrimas. Pero no. De repente, Emma dejó escapar una risita nerviosa. Y entonces, aquella risa titubeante se transformó en carcajadas alegres, aunque un tanto inquietas. Se cubrió la boca con una mano mientras agitaba la otra, en la que aún sostenía una de las cartas, moviéndola de forma un tanto descontrolada. Por encima de sus dedos temblorosos, sus ojos azules y húmedos centelleaban con una chispa de diversión.

—No son mías —le aclaró.

Zach la observó sin comprender al principio. Tardó un par de segundos en serenarse lo suficiente como para explicarse mejor.

—Estaba curioseando y me topé con estas cartas antiguas en el escritorio. —Apartó la mano de su boca y señaló el pequeño mueble que Zach tenía a un lado, en su campo de visión periférica.

Zach soltó entonces una carcajada aliviada y se dejó caer al suelo, bajo la ventana, apoyando la espalda contra la pared. Era preciosa cuando lloraba. Honestamente, aquel rubor y enrojecimiento no hacían más que resaltar el azul perfecto de sus ojos, volviéndolos aún más brillantes, más intensos, más llenos de vida. Y esa sonrisa… Por ella, un hombre sería capaz de prometerle estrellas del cielo o agua en pleno desierto. Y lo que era más,

probablemente habría muchos dispuestos a intentarlo con tal de ser recompensados con esa expresión suya.

—Pero entonces, ¿por qué lloráis? —preguntó Zach, aunque en ese momento estaba más hechizado por su preciosa sonrisa que por su respuesta.

Los hombros de Emma se desplomaron. Bajó de nuevo la cabeza, contemplando todas las cartas desperdigadas sobre su regazo, la alfombra y el suelo.

—Este hombre, George Fiske, escribió estas cartas a una mujer llamada Caralyn… —sus ojos azules volvieron a encontrar los suyos —. ¿Conocéis a alguna Caralyn Withers? ¿Es de la familia Lindsey? ¿Una pariente? ¿Una sirvienta, tal vez? Debió de alojarse aquí o haber vivido en esta casa. Pero debió de suceder algo terrible, porque no le devuelve el amor que él le profesa… aunque él parece estar convencido de que en realidad ella lo desea. Y por tanto estas cartas quedaron aquí, abandonadas, desperdigadas como si no importasen. No puedo creer que ella renunciara voluntariamente a tanto amor.

—Mmm —murmuró Zach, dándole vueltas al asunto, aunque lo cierto era que seguía más cautivado por el fulgor cristalino de sus ojos que por la historia en sí—. No hay ninguna Caralyn en nuestra familia, al menos que yo sepa. Y el apellido Withers tampoco me resulta familiar.

—Estas cartas fueron escritas en 1774.

—Ya veo —comentó Zach, aunque aquello no arrojaba ninguna luz sobre la identidad de la tal Caralyn—. Eso lo hace aún más difícil. No creo que ninguno de los criados actuales estuviera aquí en aquella época.

—Más de cuarenta años atrás —reflexionó Emma—. Pero escuchad esto. —Movió las manos sobre los papeles esparcidos en el suelo, revolviendo entre las cartas hasta dar con la que buscaba y leyó en voz alta:

«Os vi anoche en la cena, nada fascinante, de los Winthrop. Sabíais que os observaba. Mi amor, no podíais no haberlo sabido. Seguramente vuestro cuello se estremeció con la conciencia de ello. Seguramente vuestra respiración se contuvo por el asombro.

Nuestros corazones se comunican, incluso cuando nosotros no lo hacemos. Pero ¿por qué, oh, por qué insistís en resistiros? Lo dijisteis vos misma: el corazón quiere lo que el corazón quiere. Y, sin embargo, os negáis la oportunidad de explorarlo. Y, aun así, vuestro beso persiste en mi memoria y, de hecho, en mi propio corazón roto».

Zach pensó que sonaba a pura palabrería sentimental y de inmediato creyó haber comprendido la situación: una dama se permitió un beso con un hombre enamorado, luego se arrepintió y no supo cómo deshacerse de él. Qué cosa más… tediosa. Aunque, por supuesto, el entusiasmo que la señorita Ainsley mostraba por aquellas apasionadas declaraciones le resultaba enternecedor. Decidió no arruinar su ensoñación romántica con su propia opinión al respecto.

Emma tomó otra carta del desordenado montón y continuó leyendo:

«Es misericordia, es vergüenza, es alegría y un dolor insoportable, haber compartido aquel momento -ahora veo que sólo fue un instante- en el que amamos, dimos amor y fuimos amados. Y entonces, os fuisteis».

Volvió a mirarle, dejó escapar un suspiro entrecortado y tortuoso.

—Oh, pobre señor Fiske… Y esta parte… —volvió a consultar la carta.

«Tuve un sueño, y en él estabais vos».

Su mano temblorosa revoloteó sobre su pecho, como si sintiera en carne propia la emoción de aquellas palabras.

Zach sonrió, convencido casi por completo de que aquel pretendiente sufría un amor no correspondido, preguntándose si la inflexible señorita Caralyn no habría considerado aquella correspondencia tediosa y exagerada.

—Sois una romántica, señorita Ainsley —afirmó, divertido, teniendo en cuenta la evidente reacción de la señorita

Aquello le resultaba de lo más ajeno. Las mujeres de su entorno desperdiciaban poco tiempo en tales fantasías. El amor no era más que un afortunado subproducto de una unión conveniente, y desde

luego, no la razón fundamental para casarse. No podía decir que conociera a ninguna pareja que estuviera verdaderamente enamorada. Varios de sus amigos habían sentido deseo inicial por las esposas que se les habían asignado; algunos incluso llegaban a tener un afecto sincero por ellas, pero ningún hombre, y rara vez una mujer en los tiempos que corrían, malgastaba sus sueños en una idea tan nebulosa. Y ciertamente, no con el mismo ardor tortuoso del efusivo señor Fiske.

—Os costaría encontrar a una mujer que leyera estas palabras y no deseara que hubieran sido escritas para ella por el objeto de su afecto —admitió la señorita Ainsley y sonrió. Su tono tenía un matiz de simple pragmatismo, como si solo estuviera enunciando un hecho sin carga dramática, sin revelar si aquella era también su propia aspiración—. Otra cuestión completamente distinta sería si llegara a admitirlo —se encogió de hombros.

—Tenéis un corazón muy tierno, señorita Ainsley.

«A pesar de vuestra constante obstinación en todo lo que a mí respecta».

De repente, se sintió invadido por un deseo inesperado de conocer más sobre ella. Se sorprendió de sí mismo, pues no recordaba haber estado jamás en presencia de alguien que le despertara tal ansia. Más. Más conocimiento, más tiempo, más de ella. Sacudió la cabeza, recriminándose internamente. Buen Señor, las codiciosas palabras del viejo Fiske debían de haberle causado más impresión de la que creía.

—¿Sois de las que sueñan con recibir tales palabras de vuestro amado, señorita Ainsley? —Había empleado un tono cuidadoso, sin dejar entrever sus propios pensamientos.

—Los sueños no son para todo el mundo —contestó evasivamente.

Su actitud cambió por completo entonces. Con la mandíbula súbitamente tensa, empezó a recoger las numerosas cartas, ordenándolas con esmero. No las apilaba de cualquier manera, sino que consultaba cada una antes de colocarla en la pila con precisión, insertándolas en
diferentes posiciones dentro del conjunto.

—Os pido disculpas por haber husmeado y por haber dejado este desorden —dijo, sin mirarle.

—Señorita Ainsley. —Zach se sintió un canalla.

—Y qué vergüenza la mía, ni siquiera os he preguntado por vuestro paseo o…

—Señorita Ainsley.

—O, cielos, ¿dónde está Bethany? Qué tontería e irresponsabilidad la mía, haberla olvidado… Oh, pero está con la señora Conklin, ¿verdad?

—Señorita Ainsley —su voz era más firme. Alargó la mano y detuvo las suyas, inquietas, con un leve toque de la suya propia—. Bethany está durmiendo la siesta.

Emma alzó la vista y asintió, tornándose sus mejillas de un atractivo color rosado. Permaneció quieta entonces, permitiendo que Zach recogiera las últimas cartas desperdigadas cerca de sus piernas y las ordenara antes de tendérselas.

—Gracias.

—¿No tenéis sueños, señorita Ainsley?

La necesidad de escuchar su respuesta pareció imponerse sobre cualquier otra cosa: su repentino bochorno, e incluso su propio deseo de abofetearse por haberle causado semejante incomodidad.

—Cuando erais niña, ¿no soñabais con… algo? —aclaró ante su mirada perpleja.

—No tenía sueños —supuso ella en voz baja—. ¿Soñar con qué?

—Con lo que esperabais de vuestra vida.

Una sonrisa apareció en sus hermosos labios, pero carecía de alegría.

—Quizás no sepáis, mi señor, que la gente de las clases bajas no tiene sueños accesibles. No tenía sueños, mi señor. Solo imaginaba que crecería, envejecería y esperaba que los Smythe vivieran para siempre, para poder seguir teniendo techo y trabajo.

—Eso denota una falta de imaginación —rebatió él con el ceño fruncido—, y estoy convencido de que no os falta en absoluto.

Emma solo se encogió de hombros y apretó los labios, como si intentara impedirse a sí misma decir más. Zach reflexionó sobre ello, convencido de que debía estar omitiendo algo. Ninguna niña con un

corazón como el suyo pasaba toda su infancia en asuntos tan prácticos, sin albergar algún deseo más personal.

—¿Y qué soñabais vos de niño? ¿Soñabais con convertiros en miembro del Parlamento?

—No, estaba convencido de que sería apicultor cuando creciera.

—¿Apicultor? —rio Emma, a pesar de sí misma—. ¿De abejorros?

—De abejas melíferas —negó con la cabeza. Seguidamente, le sonrió de manera encantadora—. Cuando era niño, mi tutor, el señor Fellows, tenía un gran interés por la apicultura y le permitieron practicarla aquí, en Benedict House. Criábamos y cuidábamos nuestras propias abejas, producíamos nuestra propia miel… Era algo muy emocionante y… tenía propósito, me parecía. Mis padres fueron indulgentes y, para ser sincero, no recuerdo que intentaran disuadirme jamás.

—Entonces… ¿qué pasó con vuestro sueño?

—La vida, supongo. Me fui a Eton y luego a Cambridge, y el señor Fellows pasó a instruir a otro joven afortunado, que quizá ahora lamente tener que llevar peluca y pasarse el día escuchando a políticos pomposos lanzarse pullas con fingida cortesía, mientras tan pocas agendas llegan realmente a cumplirse, en vez de estar bajo el velo del apicultor, rodeado del hermoso zumbido de miles de abejas melíferas.

—No obstante, ¿por qué no tenéis… o mantenéis? ¿Es esa la palabra? ¿Por qué no tenéis colmenas ahora? Tenéis los medios y… Oh, ¿requiere demasiado tiempo? Viajáis a menudo y con regularidad. Pero incluso eso —hizo un gesto con la mano, como si no fuera relevante—, tenéis sirvientes a los que podríais formar para ayudaros.

—Lo he pensado. En cambio, pierde algo de su encanto si solo se trata de pagar a alguien para que haga el trabajo. Para ellos no sería más que eso: una tarea, un oficio.

—Sois un hombre bastante inteligente —le dijo—, así que me sorprende que os debatáis con esto. Mi señor, el Parlamento no está en sesión todo el año. Buscad a la persona adecuada, quizá entre vuestro propio personal, alguien que comparta vuestra pasión. Y

cuando estéis disponible, disfrutaréis de todos los beneficios de hacer algo que amáis, y cuando estéis ocupado en otros asuntos, confiaréis en que aquella persona a quien hayáis confiado la tarea la desempeñará con la misma entrega que vos.

—Decís no tener sueños, ¿qué sabéis entonces de los beneficios de hacer algo que se ama? —preguntó el conde, incapaz de resistirse al encanto de Emma Ainsley, quien decía no tener sus propios sueños, pero ahora exigía con astucia que él hiciera realidad los suyos.

—Tengo a Bethany, así que todos los días tengo algo que amo.

Zach aceptó aquella respuesta, aunque ambos sabían que no respondía realmente a su pregunta.

—Pero ahora vuestra situación ha cambiado. Siempre tendréis un techo sobre vuestra
cabeza y no necesitáis preocuparos por un empleo, pese a lo que afirmáis. ¿Tenéis ahora el lujo de poder soñar?

—Tendré que reflexionar sobre ello y daros una respuesta en otro momento —le dijo Emma
con un tono pausado, como si realmente lo estuviera considerando

Zach arqueó una ceja y lamentó que ella se incorporara y devolviera el atado de cartas al cajón. Percibió en ella un dilema interno: marcharse o quedarse, hablar o callar. A regañadientes, decidió facilitarle la huida y le ofreció una salida.

—Os veré en la cena esta noche.

Pareció que ella soltaba el aire contenido ante esas palabras. Sin mirarle de nuevo, hizo una rápida reverencia.

—Que tengáis un buen día. —Se marchó de la habitación.

Zach levantó una rodilla y dejó caer el brazo sobre ella, observando a Emma Ainsley en ese preciso momento, más que reflexionando sobre la conversación que acababan de compartir. No era fácil separar a la mujer de su belleza, pero decidió que, incluso cuando ella parecía no ser consciente del hechizo que ejercía, su atractivo físico era tan parte de ella como lo era su corazón bondadoso, su innata sensación de responsabilidad y su convicción de que no merecía soñar.

Suspiró, no sin cierta frustración. No podía negar que se sentía atraído por ella, no podía negar que no le importaría explorar aquella fascinación. Aunque ese deseo había nacido cuando aún la creía mucho menos inocente de lo que ahora sabía que era. Y sus pensamientos actuales no merecían más espacio en su mente, pues los juzgaba inapropiados y, en última instancia, acabarían por arruinar a Emma si les daba rienda suelta. En el momento en que la besó días atrás, se preguntó por qué debía sentirse culpable. Ahora conocía la respuesta: no tenía derecho a jugar con una criatura tan inexperta. La atracción, como tantas veces antes, acabaría por desvanecerse. Y, sin embargo, seguía ardiendo en deseos de conocerla más y de mostrarle más. Ah, pero eso sería un juego peligroso.

Pronto se marcharía, tomaría posesión de su cabaña y se alejaría de él. ¿Cómo se las arreglaría una muchacha insignificante como Emma Ainsley en el no tan tranquilo pueblo de Perry Green? No le gustaba la idea de que viviera sola. Le parecía imprudente y peligroso; la veía demasiado ingenua, demasiado blanda. Por el contrario, no tenía derecho a oponerse, ni a desafiar el testamento de su padre. No podía quedarse en Benedict House sin arruinar su reputación como joven soltera. Este acuerdo temporal era aceptable, pero si se prolongaba, solo le traería problemas. Si hubiese crecido en la ciudad, si tuviera, aunque fuera un ápice del escepticismo necesario para sobrevivir sin heridas, estaría menos preocupado por su bienestar. Le sorprendía que no fuese más desconfiada, habiendo crecido en una posada de viajeros. Sería mérito de su madre, su hermana y los Smythe, que supieron proteger la pureza de su corazón y mantenerla resguardada.

¿Llevarla a Londres? Oh, pero era la solución perfecta. Podría matar dos pájaros de un tiro. Podría introducirla en una sociedad más amplia, una que no siempre era amable, aunque solo fuese brevemente, pues tampoco le gustaría verla perder su visión cándida del mundo. En cambio, con una muestra justa del verdadero carácter de la gente, tal vez quedaría mejor preparada para vivir por su cuenta, y él sentiría que había hecho algo para ayudarla a fortalecerse. Y, además, el otro asunto que le tenía frustrado desde

hacía tiempo podría resolverse… si conseguía convencer a la señorita Ainsley de que le prestara su ayuda.

Capítulo 9

—Quería pediros un favor —dijo el conde a Emma, a través de la extensa mesa del comedor aquella noche.

—¿A mí? —Su sorpresa, fácilmente discernible tanto en su tono como en sus cejas arqueadas, no hacía más que acentuar lo absolutamente cautivadora que lucía aquella velada. Aquello debía de ser lo mejor del lote de vestidos que la señora Conklin había adquirido bajo sus instrucciones en la modista de Perry Green. Aunque sencillo, como correspondía a su entorno campestre, el azul pálido del vestido era el fondo perfecto para la cremosidad de su piel y el brillo oscuro de su cabello.

—Sí. A vos. —Zach sonrió.

—No se me ocurre nada que podáis necesitar de mí. —Esto lo dijo con un recelo enorme.

«Ah, si ella supiera». Zach bajó la vista a su plato, fingiendo un gran interés en las chuletas de cordero.

—Tengo una cena en Londres. Me gustaría que me acompañarais. —Atravesó un trozo de cordero con su tenedor y alzó la mirada hacia ella.

Emma le observó con la más absoluta perplejidad. Casi cómicamente inexpresiva, salvo por la forma en que su mandíbula quedó entreabierta. Él había decidido ser franco al invitarla. Franco, en lo que a uno de sus objetivos respectaba.

—La cena se celebrará en casa de un miembro veterano del Parlamento, cuyo apoyo es vital para un proyecto de ley que será sometido a votación en un futuro muy próximo. Un proyecto que yo mismo he impulsado.

Emma cerró la boca y tragó saliva.

—¿Pero por qué iba a asistir yo? No sé nada sobre leyes presentadas ante el Parlamento ni sobre cenas en compañía distinguida. No tengo vestuario adecuado para semejante ocasión, pese a lo generoso que habéis sido hasta ahora. —Comenzó a

sacudir la cabeza—. Solo os haría pasar vergüenza. No sé nada sobre cómo relacionarme en… ese tipo de círculos.

—Señorita Ainsley, os subestimáis. Os aseguro que podéis desempeñaros más que dignamente —insistió el conde a pesar del evidente desasosiego que la embargaba. Enseguida, sostuvo la mirada—. Os lo he pedido como un favor porque esta invitación tiene un propósito. ¿Me permitís explicároslo?

Aquello también lo había planeado. Ya esperaba su negativa. Había aprendido un par de
cosas sobre la señorita Ainsley, una de ellas, que no podía resistirse a socorrer a quien lo necesitara. No tenía reparos en aprovecharse de ello.

Emma asintió, dejando notar una leve arruga en el ceño. Seguro que el hecho de que él pidiera permiso le había desconcertado.

—El anfitrión y parlamentario, lord Kingsley, tiene una hija. —El ceño de la joven se frunció aún más. Zach apostaba a que su mente ya iba a toda velocidad—. Su hija es… no encuentro palabras amables, lo lamento… un obstáculo para mi propósito de hablar con el hombre en un entorno y en un estado de ánimo que le hagan más receptivo a la política que deseo explicarle con mayor persuasión.

—¿Un obstáculo? —Sus encantadoras cejas arqueadas se alzaron hasta su frente.

—Ha desarrollado una admiración por mí —le informó con tono neutro.

Una *admiración* era decirlo suavemente. Aquella insufrible dama había redefinido el significado de la palabra *tenaz* y había provocado en Zach más de una ocasión el ferviente deseo de poder librarse de cualquier consecuencia desastrosa si tan solo pudiera suplicarle que cerrase la boca durante cinco benditos minutos.

—Su padre ha insinuado que bien podría mostrarse favorable a mi proyecto de ley si lograse corresponder a su… afecto. Presumiblemente, mediante un compromiso matrimonial. Por supuesto, no tengo intención alguna de venderme para ganar votos, así que había pensado que… —Se detuvo al ver cómo los adorables labios de Emma comenzaban a curvarse en una sonrisa traviesa.

—Queréis llevarme con vos para que el hombre crea que ya habéis… forjado un apego en otra parte —dedujo ella, acertadamente.

Zach imaginó que su propia sonrisa había tomado un cariz un tanto avergonzado. Tratando de adoptar una expresión más seria y solemne, se enderezó y apoyó las muñecas sobre el borde de la mesa, reprimiendo el gesto.

—Habéis dado en el clavo, señorita Ainsley. —Esperaba que su aparente diversión ante su predicamento fuese una buena señal para la respuesta que ella pudiera darle—. Pensé que, si acudía con alguien que pareciera haber capturado mi… afecto, eliminaría ese obstáculo para conseguir su apoyo.

Ella siguió sonriendo, volviéndose el azul de sus ojos más luminoso a medida que la sonrisa se ensanchaba. Luego se mordió los labios, intentando contener la risa justo cuando Zach decidió que, efectivamente, se estaba riendo de él.

—Pobre lord Lindsey, objeto de un afecto no correspondido —bromeó—. Qué… vulgar.

El conde puso los ojos en blanco, pero sin rencor, permitiéndole disfrutar de su diversión.

—Honestamente, milord, la idea de acudir a una reunión tan formal, en la que sin duda destacaré como un pez fuera del agua, me aterra. Seguramente me arrepienta de esto, pero debo aceptar, simplemente porque mi naturaleza inquisitiva me obliga a conocer a la mujer que ha puesto en jaque vuestras aspiraciones políticas con su inoportuna y lamentable fascinación por vos.

Más allá del hecho evidente de que Emma estaba disfrutando enormemente de su desdicha, Zach se dio cuenta de que él mismo experimentaba un placer fantástico en su presencia en ese preciso instante. Le gustaba que hubiese dejado a un lado la actitud recelosa y tensa que solía adoptar cuando estaba con él. Que le hubiese gastado una broma y sonreído de manera tan espontánea *frente a él*. *Con él.*

Le gustaba la forma en que sus ojos se iluminaban increíblemente cuando sonreía. Le gustaba, y mucho, su espíritu. Que esta muchacha, que temía sentirse como una extraña entre la

aristocracia, estuviese dispuesta a acompañarle porque lo consideraba un reto entretenido y porque, él lo sabía bien, anhelaba ser útil y necesaria. Su mirada se posó en sus labios, aún curvados en esa preciosa y condenadamente tentadora sonrisa. Le gustaban demasiadas cosas de ella.



Partieron a la mañana siguiente hacia Londres, con Emma sentada frente al conde en su elegante carruaje una vez más. Se removía inquieta, sacudiendo motas de polvo invisibles de su falda, ajustando las mangas de su chaqueta hasta que quedasen exactamente a la misma distancia de sus muñecas, recolocando su sombrero para que el flequillo que asomaba por su frente estuviese perfectamente equilibrado de un lado y del otro. Oh, pero no había pensado en esto con la debida calma. Había aceptado bajo algún tipo de hechizo, cautivada por la casi tímida actitud del conde la noche anterior en la cena, como si jamás en su vida hubiese pedido un favor a nadie. También por la idea de que, de algún modo, podría prestarle su ayuda. Sin embargo, esa parte resultaba bastante dudosa, pues no podía imaginar cómo alguien podría creer que el magnífico conde de Lindsey hubiese formado un apego por una don nadie como ella.

Y, como si no estuviese ya lo suficientemente nerviosa, como si no hubiese pensado ya que había mordido más de lo que podría masticar, él le había informado aquella misma mañana de que Bethany no podría viajar con ellos. En su residencia londinense no había nadie que pudiese ocuparse de la pequeña mientras ellos estuviesen fuera. Había mencionado que su ama de llaves no era precisamente del tipo *amable y afectuosa*.

—Tranquilizaos, señorita Ainsley —le dijo ahora.

Emma alzó la vista de sus puños cerrados sobre el regazo y encontró los ojos grises del conde, hoy menos intensos, más suaves. Inspirando hondo, le sonrió, o al menos lo intentó. Se lo había prometido y, por tanto, cumpliría con su palabra. Por su parte, él estaba increíblemente apuesto, aún más que de costumbre, con su chaleco de brocado y sus calzones de ante, cubiertos por un frac, rematada con sus habituales botas hessianas. Junto a él, y a pesar de su vestido de moda y su bonito *spencer*, que hasta ese momento le había parecido encantador, Emma se sintió torpe, o, al menos, impostora.

—Podríamos ponernos de acuerdo en algún trasfondo —sugirió él—, ya que es probable que la gente haga preguntas acerca de cómo nos conocimos, cuánto tiempo llevamos así, cosas por el estilo.

—¿Una historia ficticia para dar credibilidad a nuestro falso… apego?

Reconoció su certera ironía con una leve inclinación de cabeza.

—Cuanto más sencilla sea la historia, más fácil será recordarla y tomarla por cierta. No la adornéis demasiado; cuanto menos se diga, mejor. Digamos simplemente que somos primos, en cierto modo, por parte de mi madre. La familia Morrissey es mucho menos conocida que los Benedict, y vos os habéis mantenido en la casa familiar en Hertfordshire hasta este año, cuidando de vuestra madre enferma, lo que explicará por qué nadie en Londres os conoce.

—¿Debo usar mi propio nombre? —Santo cielo, ya sonaba peligrosamente enrevesado.

—Por supuesto —frunció el ceño.

Emma asintió. «Primos. Morrissey. Hertfordshire. Madre enferma».

—De acuerdo. —Fue en ese momento cuando el plan le pareció, de repente, menos una diversión y más una auténtica artimaña, y sintió un nudo desagradable retorcerse en su estómago.

Su ansiedad se disipó un poco cuando se acercaron a la ciudad y, finalmente, entraron en Londres. Emma descubrió que no podía abarcarlo todo: el tamaño, la magnitud, la altura de aquella urbe. Miró por la ventana de la izquierda y luego por la de la derecha,

rebosante su mirada de asombro. Nunca había estado en Londres y, en verdad, no tenía idea de qué esperar, pero la realidad no daba ninguna validez a sus imaginaciones previas. Era ruidoso y enorme y bullicioso, con el carruaje abriéndose paso entre las calles repletas de vida, los conductores y peatones vociferando y parloteando, las calzadas y aceras atestadas de gente, y los edificios alzándose cercanos y elevados, tan imponentes. No obstante, sonrió a medida que lo absorbía
todo. Era sencillamente fascinante.

En cuanto el carruaje redujo la marcha, para acomodarse al denso tráfico, la atención de Emma quedó atrapada por una pareja que caminaba por la acera. El caballero vestía un llamativo frac naranja y un sombrero más largo que su propia cabeza, mientras empujaba un bastón de madera reluciente con cada paso que daba. La dama llevaba un abrigo largo de lo más suntuoso, cerrado con pasamanería y del exacto tono de la hierba fresca en primavera. Sobre su cabeza, el sombrero más asombroso que Emma había visto jamás: enmarcaba su rostro con unos laterales rígidos y festoneados, y en su parte superior lucía lo que parecía ser un jardín entero en flor. Su caminar estaba perfectamente sincronizado, aunque sus elecciones cromáticas no lo estuviesen. Su pierna izquierda y el bastón se movían al mismo tiempo que la pierna derecha de la mujer, su paso tan acompasado que parecía casi ensayado. Emma apartó los ojos de la pareja y encontró la mirada del conde, preguntándose si este habría sido testigo de semejante espectáculo. Pero él no estaba observando por la ventana como ella, estaba observándola. Y la tormenta había regresado a su mirada mientras la contemplaba con tanta intensidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven, convencida de que algo debía de haber sucedido desde su último intercambio de palabras para provocar un cambio tan severo en él. Se había esfumado la afabilidad, la casi simpatía de momentos antes, sustituida por lo que ella percibía como un gesto hosco y bastante inquietante.

—¿Qué ocurre con qué? —Y, así como así, su expresión quedó sellada. La oscuridad abandonó su mirada, dejó de apretar la mandíbula y alzó una ceja con su contra pregunta.

Emma se sacudió la inquietud, relajó el ceño y volvió a girarse hacia la ventana. Se sentó con más compostura, decidida a comportarse con menos aire de provinciana recién llegada a la ciudad, presumiendo que su animado entusiasmo por el espectáculo de la calle había sido lo que instigó el repentino mal humor del conde.

Apenas unos segundos después, se sobresaltó cuando el conde golpeó el techo del carruaje con su bastón. Pero no era más que una señal para que el cochero detuviese el vehículo, y Emma se inclinó de nuevo hacia la ventana para ver cuál era su destino.



El conde saltó del carruaje casi antes de que este se detuviera, y mucho antes de que el cochero pudiera bajar a abrir la puerta. Supuso que no sería de buen gusto abordar a su ingenua invitada, y falsa prometida, dentro del vehículo, antes incluso de que hubiese disfrutado un solo instante de la ciudad. Pero, maldita sea, si su pequeña damisela de campo no era la criatura más asombrosamente atractiva… y más aún cuando su rostro se iluminaba con entusiasmo ante cosas a las que él jamás habría prestado atención, incluido un estridente abrigo zanahoria y un sombrero que podría atraer a tantas aves como personas.

No había pretendido mostrarse brusco, ni parecer malhumorado, pero ella lo había tomado desprevenido, justo cuando la recorría con la mirada de manera nada inocente. Se había vuelto hacia él con aquella sonrisa radiante, sumada a su expresión tan condenadamente encantadora. No le agradaba en absoluto haber sido sorprendido contemplándola de esa manera. Menos aún le gustaba haber caído en la debilidad de dirigirle esas miradas largas y hambrientas, mientras se preguntaba cómo podría seducirla y

hacerla suya, aun sabiendo que no podía -ni quería-ofrecerle nada a cambio. Ah, si tan solo fuese un libertino con menos escrúpulos.

Ella no preguntó por qué se habían detenido ni cuál era su destino, simplemente deslizó su mano en la suya cuando él la ayudó a bajar del carruaje y siguió girando la cabeza de un lado a otro, absorbiendo cada detalle de aquella ciudad sucia y pretenciosa.

La guio hasta la tienda más cercana, cuyo letrero anunciaba que era la modista de la señora Shabner. Una campanilla tintineó sobre la puerta cuando la empujó y dirigió a la señorita Ainsley al interior. Zach no visitaba modistas con la suficiente frecuencia como para saber si la tienda estaba concurrida o no, pero la sala principal mostraba a varias damas y a un caballero rechoncho y aburrido deambular alrededor de mesas repletas de prendas confeccionadas, bufandas, guantes y un mostrador con muestrarios de telas. Al comprender dónde estaban y a qué habían ido, Emma lo miró, nerviosa.

—Todo esto es muy necesario para la farsa, señorita Ainsley —la tranquilizó de inmediato.

Aún sostenía su mano, no solo para que la modista -que acababa de salir de la trastienda y, al notar la llegada de un personaje de importancia, había ensayado su mejor sonrisa- se percatara de que la señorita Ainsley era alguien favorecido y, por tanto, su trato hacia ella sería cortés, casi servil. La mantenía también porque le gustaba la sensación de su mano en la suya, la manera en que encajaban y la suavidad de su piel. No obstante, la soltó después de que la dueña de la tienda tomara nota de ello. La modista, ignorando a los demás clientes, se desplazó entre mesas y personas hasta plantarse ante el conde. Las modistas tenían un talento especial, un don, podría decirse, para discernir quién tenía dinero y quién, sin duda, gastaría.

—Milord —le saludó la modista. Sus labios pintados se extendían ampliamente en su rostro.

—Señora Shabner, os presento a la señorita Ainsley.

La mujer recorrió a Emma con la mirada, de arriba abajo, con un escrutinio despiadado

—Necesitará vestimenta para tres días en Londres.

—Por supuesto, milord. ¿Algún evento en particular? —Podía ver con claridad cómo la mujer hacía cálculos en su cabeza. Su sonrisa se amplió.

—Una cena y un baile. Varias salidas diurnas…

—¿Un baile? —Emma alzó la vista hacia él, sus ojos brillando de emoción—. ¿De veras? —Su entusiasmo era tan palpable, tan contagioso, que Zach no pudo evitar sonreír, aun sabiendo que el coste de todo aquello acababa de dispararse. La modista, con ojo entrenado, había percibido perfectamente su indulgencia.

—¿Zapatos? ¿Sombreros? ¿Guantes? ¿Ropa interior? —enumeró la modista, arqueando una ceja.

Zach agitó los guantes en su mano con aire de tedio, tal y como se esperaba de él.

—Un vestuario completo, si sois tan amable. Vestido de cena para mañana por la noche y traje de baile para el sábado.

La modista mostró entonces un leve atisbo de alarma, ante lo cual Zach alzó una ceja en un gesto desafiante. La mujer entornó los ojos y forzó una sonrisa tensa. Sabía bien que él se marcharía sin dudarlo si no podía atender su petición. Y había muchas otras modistas en las cercanías que sí podrían.

—Como deseéis, milord. Venid conmigo, querida —dijo, llevándose a Emma consigo. Se detuvo junto a la mesa de telas y, sin volverse, preguntó—: ¿Preferencia por algún color?

—Azules —respondió él con decisión.

—¿Tonos vivos?

—Pasteles —aclaró con severidad, respondiendo implícitamente a la pregunta no formulada sobre el papel de Emma en su vida: amante o prometida. «Supuesta prometida», se corrigió a sí mismo.

—¿Corte? —insistió la modista.

—Discreto.

—¿Estilo? —La mujer señaló un maniquí con un ostentoso sombrero decorado con lazos y plumas.

—Elegante —corrigió él—. No necesita adornos, como podéis ver claramente.

—Mmm… —murmuró la modista, examinando la piel clara y perfecta de Emma. Luego alargó la mano y tomó un mechón suelto

de su cabello, que se había escapado del sombrero. Volviéndose de nuevo hacia Zach, dijo—: Muy bien. La necesitaré al menos una hora.

—Buscaré un asunto que atender cerca y volveré a recogeros.

—Oh… está bien. Gracias, milord —agradeció Emma. Pero sus ojos decían lo contrario. Claramente, habría preferido que él se quedara con ella. Sin embargo, debía aprender a desenvolverse sola.

Tras un breve asentimiento, Zach giró sobre sus talones y salió hacia la puerta. Justo antes de cruzarla, alcanzó a oír cómo la modista le decía a Emma en un tono apenas disimulado.

—Le tenéis bien atrapado, señorita Ainsley.

—Somos primos. De algún modo —contestó Emma inocentemente sin entender la insinuación.

—Estoy segura de que sí… —soltó la modista con una risita, justo cuando Zach cerraba la puerta tras de sí.



Emma se alegró aquella noche de quedarse en la casa del conde en Mayfair, sin sentirse aún del todo preparada para enfrentarse a las multitudes, por así decirlo, en una salida pública. Se sintió inmediatamente cautivada por la residencia, aunque apenas guardaba parecido con Benedict House, con su aire imponente y su frialdad. Los suelos eran de baldosas, las puertas estaban pintadas de negro y no había ni un solo retazo de papel pintado en toda la casa. Le habían asignado una habitación sencilla pero elegante en tonos azules, que aun así resultaba mucho más bonita que sus antiguos aposentos en el King’s Arms.

El conde no había exagerado cuando mencionó que su ama de llaves en la ciudad, la señora Downing, distaba mucho de ser una mujer cálida o afectuosa. Alta y delgada, con el rostro alargado y la

boca perpetuamente caída en las comisuras, ni siquiera se dignó a devolverle el saludo a Emma cuando esta la recibió con su mejor sonrisa. Emma se alegró entonces de no haber traído a Bethany, pues no se imaginaba a gusto dejando a su hija bajo el cuidado de semejante mujer.

—La cena es a las siete en punto —anunció la mujer con sequedad, o más bien gritó por encima del hombro mientras conducía a Emma escaleras arriba, mientras el conde se quedaba en el vestíbulo, revisando de inmediato los mensajes y cartas acumulados desde su última visita.

—¿Dónde está vuestra doncella, señorita Ainsley? —preguntó la mujer al llegar al segundo piso, sin ralentizar el paso ni volverse.

—No tengo ninguna.

Esto hizo que la estirada ama de llaves se girase de repente, con tal brusquedad que Emma estuvo a punto de chocar contra ella.

—¿Ni una doncella personal? —Toda la desaprobación del mundo parecía haberse concentrado en el rostro de la mujer.

El primer impulso de Emma fue responder que nunca había tenido doncella alguna, que de hecho *ella* había sido una doncella. Pero, recordando el papel que debía desempeñar en la ciudad, y la farsa que estaban representando, se encogió de hombros con la mayor naturalidad que pudo y respondió con fingida indiferencia:

—Por desgracia, la pobre tuvo que quedarse… en casa.

Su mentira le valió un bufido de incredulidad que dejaba claro que no le creía ni por asomo o, si lo hacía, la consideraba una completa tonta. Emma se preguntó si la mujer sería capaz de transmitir con su pétreo rostro -hasta ahora solo había visto en él dos expresiones: su ceño fruncido y su ceño aún más fruncido- lo que pensaba de la invitada del conde. Decidiendo que en realidad no le importaba lo más mínimo, le dio las gracias por mostrarle su habitación y recibió como respuesta un seco recordatorio de la hora de la cena. Emma cerró la puerta tras ella e hizo una mueca, reflejo exacto de su opinión sobre aquella gélida mujer.

Apenas pasaban de las cuatro, así que pensó que bien podía echarse un rato antes de la cena. Se quitó los zapatos y la chaqueta, imaginando que algún ayuda de cámara le llevaría en breve su

pequeña y prestada valija con sus escasas pertenencias, para poder colgar el único vestido que, quizás, lograría superar el escrutinio de la señora Downing.

Cuando Emma había bajado del carruaje frente a la casa de la ciudad, pensó en recoger la valija, pero recordó, tras haber visto cientos de carruajes detenerse en el King's Arms, que una dama nunca llevaba su propio equipaje. Estaba segura de que, fuera como fuese que lograse sobrevivir los próximos días en la ciudad, dependería en gran medida de todo lo que había observado en la alta sociedad que, a lo largo de los años, había ocupado las habitaciones de la posada. Las damas mantenían la barbilla alta y se conducían con el aire de quien espera que todas sus necesidades sean atendidas antes incluso de haberlas expresado. En su mayoría, Emma y el resto de los empleados eran invisibles para los nobles, hombres o mujeres. Esto le había convenido perfectamente y, por lo general, era un mal día aquel en que dejaba de ser invisible, pues significaba que alguien la había identificado como su recadera personal, como solían decir ella y Gretchen. La gente rara vez era abiertamente desagradable, pero jamás dejaban que olvidase en qué lado de la moneda se encontraba. Así pues, Emma aprovecharía al máximo sus muchos años de servicio en la posada, ya que estaba bastante segura de que podría imitar con éxito a una dama distinguida. O, al menos, a la pobre prima de una dama distinguida.

Unos golpes en la puerta la hicieron llamar a quien fuese que estuviera al otro lado, esperando la llegada de un lacayo. Se sorprendió cuando fue el conde quien empujó la puerta para abrirla. Le seguía, eso sí, un lacayo que hizo una leve inclinación de cabeza y depositó la única valija de Emma sobre la cama.

—Milord —dijo Emma, sin el menor atisbo de picardía.

Él frunció el ceño. Siempre estaba haciéndolo. Emma no tenía idea de qué lo provocaba en esta ocasión. Ignorándolo, abrió la valija y comenzó a sacar sus escasas pertenencias.

—Pensaba llevaros a dar un paseo por el parque —informó el conde, pasando su mirada del lecho, donde yacía su chaqueta, al suelo, donde descansaba su calzado.

—Oh, bueno, no lo sabía… pero aún podéis hacerlo —se apresuró a añadir cuando vio que el ceño seguía sin relajarse.

Sin sospechar en lo más mínimo que estaba cometiendo un error garrafal, se sentó en el pequeño taburete que luego le serviría para subirse a la cama y se puso de nuevo su pequeño calzado de tacón. Se apartó las faldas hasta la altura de la rodilla y ató firmemente las cintas, pues en realidad los zapatos le quedaban una talla grande. Luego apoyó las manos sobre sus rodillas y se impulsó para ponerse en pie, captando de reojo la expresión del conde. Seguía fulminándola con la mirada.

—¿Qué pasa ahora? ¿Por qué fruncís el ceño? —resopló llevando sus manos a las caderas, visiblemente impacientada.

Él abrió la boca dos veces, pero no salió palabra alguna. A la tercera, logró articular con voz tensa:

—Señorita Ainsley, no os vistáis jamás -ninguna parte de vos- delante de un caballero. ¡Ni delante de *ningún* hombre!

Emma puso los ojos en blanco y agarró su bonita *spencer* de algodón azul de manga larga.

—No lo habría hecho delante de *ningún* caballero —se defendió, poniéndose la chaqueta y abrochando los tres botones a la altura del pecho.

—¿Es que no soy ningún caballero? —inquirió él, menos ofendido que aún molesto por su falta de decoro.

—Sois diferente —respondió con vaguedad antes de volverse a encararlo—. Ya me habéis visto en mi camisón. Y en más de una ocasión, milord. Estoy segura de que la visión de mis espinillas cubiertas por medias no debería haceros perder la compostura. —Su expresión cambió. Primero, su boca perdió el ceño fruncido y, poco después, la oscuridad de su mirada se disipó y sus cejas se relajaron. Le gustaba mucho más cuando llevaba casi cualquier otra expresión en el rostro que no fuera su perpetuo ceño.

—Necesitáis un sombrero o un *bonnet*… o algo —sugirió él.

—¿De veras es necesario?

—Absolutamente. Sería como presentarse a cenar sin vestido, ir a dar un paseo en el parque sin sombrero.

—Oh, vaya fastidio. —Agarró el más cercano, que reposaba sobre la pila de ropa que había desempacado, se lo colocó rápidamente en la cabeza y ató las cintas bajo su barbilla.

Satisfecho al parecer, el conde le ofreció el brazo, a través del cual Emma deslizó su mano. A continuación, salieron de sus aposentos.

—Milord, ¿es apropiado que estéis dentro de mi alcoba? —Y antes de que él pudiera responder, continuó—. Parece un crimen mayor que enseñaros mis tobillos.

—*Touché*, señorita Ainsley.

El lujoso carruaje del conde aguardaba listo justo al borde de la acera frente a la puerta principal. Un cochero diferente, este de edad avanzada y complexión robusta, esperaba pacientemente en el pescante. Emma permitió que el conde la ayudase a subir al *barouche*, cuyo capote permanecía bajado, y tomó nota de la excelente calidad de los caballos que tiraban del carruaje. El conde se sentó junto a ella y partieron.

—¿Por qué no hemos usado simplemente el carruaje y los caballos en los que llegamos hace menos de media hora?

—El propósito de pasear en Hyde Park es ser visto, y ser visto en todo su esplendor —le explicó.

«Ah».

—De ahí el vehículo elegante y los caballos costosos.

—Exactamente.

—¿Visitáis Hyde Park a menudo? ¿Así?

—En absoluto —admitió, mirándolo de soslayo—. Pensé que os divertiría presenciar todo el desfile y bellezas de la *beau monde* durante la hora más concurrida.

Emma se vio inmediatamente asaltada por dos pensamientos al respecto. Primero, que era un gesto muy considerado por su parte -lo cual no encajaba del todo con la idea que tenía de él- el pensar que podría gustarle este paseo. Y segundo, que, a juzgar por su tono irónico y la elección de sus palabras, debía de parecerle una tontería suprema, lo que le hizo agradecerle aún más que la hubiese complacido. Lo que no esperaba, empero, era el verdadero significado de desfile y belleza, ni tampoco estaba preparada para la

cantidad de personas entregadas a tal espectáculo. Para cuando entraron en una fila de carruajes que avanzaban lentamente por un camino dentro del parque, Emma se sintió, una vez más, dolorosamente fuera de lugar, consciente de lo insuficiente de su atuendo para la ocasión.

Un número mayor de carruajes del que jamás había visto reunido a la vez se congregaba allí, dentro del parque: vehículos de dos y cuatro ruedas, tirados por una pareja o un cuarteto de caballos; algunos con cocheros, otros sin ellos; y unos pocos luciendo los escudos familiares que identificaban a sus ocupantes. Y dentro de estos elegantes carruajes, un deslumbrante despliegue de color, telas y diseños era exhibido de la mejor manera posible por personas que se sentaban con porte regio, las narices apuntando al cielo, su marcada condescendencia en evidente contraste con su propia asistencia al evento.

Además, la acera bullía de gente que deambulaba de un lado a otro, y jinetes solitarios sorteaban con facilidad los carruajes, desplazándose entre ellos para alcanzar a diferentes conocidos.

—Posando, sin duda —murmuró Emma, observando a una joven que golpeaba con su sombrilla cerrada el lateral de su propio carruaje. Un caballero, que cabalgaba muy cerca y mantenía una mano apoyada en la puerta abierta del vehículo, la retiró de inmediato como si hubiese recibido una auténtica herida, y la joven estalló en un ataque de risa estridente y empalagosa.

El conde rio y señaló algo al otro lado de Emma, guiando su mirada hacia una dama que paseaba con un perro que le llegaba hasta la cadera. Tanto la mujer como el animal llevaban idénticos *spencers* de cuadros rosas.

—Oh, cielos —exclamó Emma, boquiabierta.

—¡Lindsey! —se oyó una llamada a su izquierda, atrayendo la atención de ambos en esa dirección—. ¿Me engañan los ojos?

—*Lady* Marston —saludó el conde con afabilidad a una dama entrada en años, que iba sola en un carruaje antiguo que se desplazaba en dirección opuesta, pero que en ese instante se detenía junto a ellos.

—Jamás pensé que llegaría el día en que el tan admirado conde de Lindsey paseara por el parque con el resto de nosotros, los plebeyos.

—Pobre del hombre que crea que hay algo plebeyo en vos, *lady* Marston —replicó el conde.

Emma percibió en su tono un marcado aprecio, comprendiendo que debía admirar o, al menos, disfrutar de la compañía de *lady* Marston, pues en su voz se intuía un genuino afecto.

—Permitidme presentaros a la señorita Ainsley —dijo el conde —. Ha tenido la amabilidad
de aceptar pasar unos días en Londres conmigo.

—Encantada de conoceros. —Emma sonrió a la dama e inclinó la cabeza con educación.

La mujer, vestida con severidad en un gris oscuro y envuelta en lo que parecían innumerables capas -debajo de las cuales, sin duda alguna, debía de estar sofocada bajo el sol de junio-, recorrió a Emma con una mirada crítica de ojos verdes. Por su parte, Emma tuvo la inmediata impresión de que la mujer solo *parecía* maliciosa, pues entornó los ojos y frunció los labios, tomándose su tiempo para formarse una opinión sobre la compañía del conde. En cambio, cuando su escrutinio se prolongó hasta volverse casi descortés, Emma se atrevió a arquear una ceja. Solo entonces relajó los labios y esbozó una sonrisa.

—Me encuentro estupendamente, muchacha. La verdadera cuestión es, ¿cómo lo habéis conseguido? ¿Llevar a *este* hombre a *este* parque a esta hora del día?

—Me ha invitado. —Emma se encogió de hombros.

—¿Ah, sí? —preguntó la dama, arqueando una ceja en dirección al conde. Sostenía un bastón con ambas manos, justo delante de sus rodillas. Lo golpeó contra el suelo de su carruaje y su sonrisa se ensanchó—. Supongo que eso responde bien a cualquier otra pregunta que pudiera haber tenido.

—Mi prima acaba de llegar de Hertfordshire y, como nunca ha estado en Londres, he pensado que sería una buena forma de mostrarle el esplendor de nuestra ciudad —le informó el conde, imperturbable ante las insinuaciones de la mujer.

—¿Esplendor? Queréis decir este vil espectáculo —bufó *lady* Marston.

—Oh, pero a mí me parece espléndido —intervino Emma—. No conozco a ninguna de las personas aquí reunidas, pero me resulta fascinante su… entusiasmo por una ocasión tan simple como pasear por el parque.

Los labios de la dama emitieron un resoplido divertido.

—Ah, una diplomática. Os felicito, Lindsey. Solo vos podríais atraer a alguien con un carácter tan similar, alguien cuyas palabras suenan tan bonitas hasta que uno las examina con atención y descubre la burla que ocultan. Bien hecho. ¡Ahora, fuera de mi vista! No soporto los carruajes que se detienen demasiado tiempo, intercambiando trivialidades cuando nadie escucha lo que decimos, de todos modos. —Propinó un golpe con el bastón en el respaldo del asiento de su cochero y el carruaje se puso en marcha sin que la dama se dignara siquiera a despedirse con un mínimo de cortesía.

El suyo avanzó, uniéndose de nuevo al lento desfile de carruajes. El conde se llevó la mano al sombrero alto en señal de saludo a varias personas, tanto hombres como mujeres. Emma se percató del interés de más de una joven que le dirigía miradas anhelantes, contenidas apenas con un suspiro, claramente embelesadas por él. Por supuesto, esto no la sorprendió en absoluto. Zachary Benedict era un hombre extraordinariamente apuesto, sin duda digno de recibir segundas miradas. Y terceras, al parecer. Emma se mordió los labios para contener una sonrisa cómplice, preguntándose qué habrían pensado o hecho algunas de esas damiselas embelesadas si hubieran encontrado al conde de Lindsey tal como ella lo había visto: sin camisa y con la apariencia de un dios esculpido en bronce. *Maravilloso*, lo había sido… hasta que se convirtió en *Su Vergonzoso e Imprudente Desliz*, claro.

Inevitablemente, las miradas arrebatadas abandonaban al conde para posarse sobre Emma, frunciéndose sus cejas de inmediato, dejando claro que consideraban que su persona no era digna de la compañía que tenía. Emma se obligó a sacudirse esos pensamientos. Debía dejar de preocuparse por sus propias insuficiencias. Lo más probable era que nunca más tuviera la

oportunidad ni la necesidad de visitar Londres. Quería disfrutar de cada aspecto de la experiencia y no permitir que sus infantiles e innecesarias inseguridades la arruinaran.

Cruzaron un pequeño puente que salvaba un estrecho tramo de agua. A ambos lados del camino sobre el puente, se apostaban numerosos artistas, pintores con sus caballetes y lienzos dispuestos con esmero, encarados hacia el agua. Sus manos hábiles giraban, punteaban y deslizaban pinceles empapados de pintura sobre sus obras en curso. Varias damas posaban a lo largo del puente, con los parasoles abiertos y la mirada inclinada hacia algún artista que trasladaba su imagen al primer plano de su cuadro. Los carruajes avanzaban lentamente debido al tráfico congestionado. Emma se inclinó hacia su derecha, apoyando los brazos en el costado del vehículo para poder contemplar mejor cada pintura mientras avanzaban a paso pausado.

Uno de los artistas, mezclando colores en su paleta, se percató de ella justo cuando el carruaje pasaba. Emma le sonrió. El hombre, vestido con una holgada blusa de lino beige, dejó caer la mandíbula y, con la distracción, metió su pincel de cualquier manera en su azul cerúleo. Luego frunció los labios en un beso que le envió a Emma, seguido de una sonrisa ladina y descarada. Emma se echó a reír ante esto y le saludó con la mano a medida que el carruaje se alejaba lentamente del puente. Cuando el pintor volvió su atención a su modelo, Emma se giró y se encontró con el conde observándola, sorprendiéndola con una sonrisa amplia y generosa.

Dieron casi una vuelta completa al parque antes de salir, tras consultar el conde su reloj de bolsillo y anunciar que la sesión de aquel día comenzaría en menos de una hora y que debían dar por concluido el paseo. Emma pasó la velada sola, echando ya de menos a Bethany y sin ganas de ocupar su tiempo curioseando por la casa por miedo a encontrarse con la formidable señora Downing. Con poco más que hacer tras cenar en su habitación, se cambió para dormir y se retiró temprano, aunque pasó un buen rato batallando contra la ansiedad, el desasosiego y
contra los pensamientos sobre Zachary Benedict, la fuente de la mayor parte de su inquietud.

Capítulo 10

Echando un vistazo al suntuoso salón privado de la inmensa residencia londinense de *lady* Marston, Zach ignoró la taza de té que le esperaba sobre una mesa cercana y aguardó la inimitable presencia de su madrina. Aparte de habérsela encontrado en Hyde Park el día anterior, no la veía desde el funeral de su padre.

Leticia Durham, de soltera Brent, y su madre habían sido amigas íntimas desde antes de casarse. Leticia era tan dura y cínica como Bárbara Benedict había sido dulce y encantadora; era fría donde Bárbara había sido cálida, pero aun así habían sido inseparables. Zach recordaba que su padre nunca había tenido demasiada paciencia para *lady* Marston mientras su esposa vivía, aunque la toleraba por mantener la paz. Irónicamente, tras la muerte de su madre, la relación entre su padre y su madrina había cambiado. Se habían convertido en una suerte de compañeros inseparables, encontrándose a menudo en eventos sociales, y *lady* Marston, viuda desde hacía muchos años, servía en ocasiones de anfitriona para su padre tanto en Benedict House como en la ciudad. Nunca se le había pasado por la cabeza que hubiese algo más en su relación que una necesidad mutua de aferrarse a los recuerdos de su madre.

—Fue el mejor de los hombres —le había sorprendido *lady* Marston, pronunciando esas palabras ante la tumba de su padre.

En ese momento, *lady* Marston entró en la elegante estancia, reservada estrictamente para la familia y amigos íntimos, con la notoria excepción de sus nueras, recordó Zach con un asomo de diversión.

—Menos mal que no me habéis hecho tener que rastrearos por toda la ciudad, muchacho —gruñó la dama justo cuando Zach se puso de pie.

Los labios del conde se curvaron en una leve sonrisa. Su carácter en privado era mucho más entretenido que su endurecida

fachada en público, aunque Zach sabía que su mordacidad era más ruido que otra cosa.

—Imaginé que tendríais preguntas —reconoció, tomándole la mano y guiándola hasta el sillón de alas de damasco azul. Se sentó en la butaca a juego, al otro lado de una pequeña mesa—. Y, por desgracia, necesito vuestra ayuda también.

Lady Marston soltó una carcajada seca.

—No estoy segura de que así sea, muchacho. No creo haber visto jamás a una pareja esforzándose tanto en intercambiar miradas furtivas como si nadie pudiera verles.

—No estoy del todo seguro de querer saber a qué os referís, señora. —Zach rio y negó con la cabeza.

La mujer suspiró, mirándole con exasperación.

—Dejaré de lado ese sinsentido y permitiré que me contéis de dónde habéis sacado a una criatura tan peligrosamente desvalida.

—¿Desvalida? ¿Emma? —Zach arqueó una ceja.

—Me es indiferente lo extraordinaria que creáis que es. Esa muchacha no es rival para vos —soltó la anciana, mientras por fin se tomaba la molestia de preparar su té, habiendo permanecido el servicio intacto entre ambos hasta ese momento.

Zach meditó sus palabras, sopesando la afirmación de la dama frente a lo que él mismo sabía sobre la testarudez de Emma Ainsley.

—Mi padre le dejó una bonita suma en su testamento.

Esto hizo que la formidable mujer alzara una ceja, hasta que la bajó y sus labios se entreabrieron.

—Rogadme que no me digáis que es el diablillo de alguna posada en Hertfordshire.

—¿Os habló de ella? —Zach quedó atónito.

Por el contrario, *lady* Marston negó con la cabeza de inmediato.

—Le reprendí por haber faltado a una cena que organicé. Dijo que le habían retenido allí abajo… Pero, esperad, mencionó específicamente a una *encantadora rubia con hoyuelos*. Esas fueron sus palabras. Oh, le di un buen rapapolvo, le dije que ya era demasiado viejo para esas cosas. En cambio, vuestra señorita Ainsley, aunque admito que es cautivadora, ni es rubia ni tiene hoyuelos. —Sus ojos se entrecerraron con astucia.

Zach se sintió bastante complacido de poder desconcertar a su madrina con la noticia.

—Ah, pero su hija sí lo es.

Lady Marston se recostó en su mullido sillón al tiempo que una serie de emociones cruzaban su rostro: la mandíbula se le cayó por la incredulidad, los ojos se le estrecharon con cálculo y la nariz se le arrugó con desagrado.

—Por todos los demonios, ¿qué hizo?

Para ahorrarle más conjeturas erróneas, Zach le relató la verdad sobre la historia de Emma y la conexión de su padre con ella, o al menos la verdad tal como él la entendía. Su padre había dado con ella cuando su carruaje quedó atascado. Quizá al principio se sintió atraído por la decencia de Emma, pero más aún por la pequeña Bethany, hasta el punto de visitarlas con frecuencia y, movido por su bondad, mejorar su situación a través de su última voluntad.

Lady Marston puso los ojos en blanco y giró la cabeza al concluir la historia.

—Fue un necio. Lo digo con cariño, ya lo sabéis. Por las llagas, era demasiado blando. No obstante, hay buenas noticias, y es que la niña no es suya. ¿Estamos seguros de esto? —dijo tras un largo y pesado suspiro.

—Relativamente. —Zach se encogió de hombros.

Los ojos azules volvieron a girar en sus órbitas. *Lady* Marston consideró a Zach durante un largo instante, lanzándole una buena mirada de evaluación mientras sopesaba la situación y sus propias opiniones al respecto.

—¿Y dónde nos encontramos ahora? Sois distante y taciturno, muchacho, pero no habéis conseguido disimular esas miradas vuestras, hirvientes… ¿me atreveré a decir, llenas de anhelo? —Su tono dejó claro lo poco que le agradaba este punto en particular—. ¿Por qué traerla a Londres? ¿Por qué no dejarla allí abajo, bien escondida en esa casa? No podéis casarte con ella. Y sé que jamás caeríais tan bajo como para deshonrar a esa dulce criatura. Entonces, ¿qué pretendéis?

—Mi intención era doble —respondió el conde, incómodo—, aunque solo una parte no era enteramente egoísta.

—No me sorprende.

Zach le explicó brevemente su propósito al traer a Emma a Londres, centrándose en la ayuda que su mera presencia le brindaría para evitar el estorbo de *lady* Prudence Kingsley sin perder el apoyo de su padre. Obstinadamente, restó importancia a su otra intención: ofrecerle a Emma una breve exposición al *beau monde*, no para que sacrificase nada de sí misma, sino para que comprendiese mejor a las personas más allá de su pequeño mundo.

—Después de soltarme todo ese discurso, os digo ahora mismo que es la mayor sarta de sandeces que he escuchado en mi vida. ¿Pretendéis que me trague ese supuesto desinterés altruista, cuando yo misma os vi devorarla con los ojos? No os atreváis a insultarme, Zachary Benedict. La habéis traído aquí para obtener mi aprobación. Queréis que, de algún modo, cambie las normas de la alta sociedad u os dé permiso para ignorarlas, para que así podáis… ¿qué? ¿Casaros con ella? —Soltó una carcajada desdeñosa—. Sois el conde de Lindsey. No podéis casaros con una plebeya. Una prima lejana de campo, tal vez, aunque incluso eso os lo desaconsejaría. Pero ¿una camarera? Tenéis un futuro brillante en la política, muchacho, que no debería verse arruinado por un capricho. Y, seamos honestos, hay muchas como ella… ordinarias.

—¿Lo son, realmente? ¿Ordinarias?

—¡Oh! Estáis enamorado de ella. —*Lady* Marston se quedó boquiabierta.

Zach no dijo nada. Su mandíbula se tensó. Algo en su interior le impedía refutar aquella suposición, aunque esa idea, exactamente esa, jamás había llegado ni siquiera a rozar la periferia de su mente. Literalmente, vio a su madrina recomponerse, forzándose a respirar despacio, enderezando los hombros.

—No, supongo que no lo son. No hay muchas como ella. Son raras, y ¿no tuvimos suerte vuestros padres y yo de darnos cuenta? Pero, Zachary, querido, esto es distinto. Solo para vos es valiosa. Se la comerán viva. Nunca lograría alzarse por encima de ello… no la dejarían. ¿Eso es lo que queréis hacerle? No acabaría bien.

Zach permaneció en silencio, frustrado.

—Sé que no es lo que queríais oír. Pero estáis destinado a ser un gran estadista. Necesitáis una compañera fuerte, astuta, alguien dispuesto a jugar el juego a vuestro lado. Ella no es esa persona. Todo lo que ahora amáis de ella desaparecería.

Zachary se permitió un instante de cavilación mientras observaba a su madrina, mordiéndose el interior de la mejilla.

—Todo eso, extraído de un encuentro tan breve. Bastante notable, incluso para vos, *milady*.

La anciana le lanzó una mirada fulminante, sin molestarse en replicar. Él agitó una mano con aire negligente.

—Sea como fuere, necesito que le consigan una invitación para la cena de los Kingsley esta noche. —Su madrina no era precisamente una gran admiradora de *lady* Kingsley, pero como dama de la alta sociedad, pocos se atreverían a negarle nada—. Además, necesito que la apadrinéis mañana en el baile de Clarendon.

Lady Marston parpadeó lentamente, como si aquello le costase un gran esfuerzo, y luego asintió.

—Muy bien. Pasaré a recogerla a las ocho. Y vos no llegaréis hasta las nueve. Al menos intenta aparentar cierta indiferencia. ¡Y solo podréis bailar con ella una vez! En eso no cambiaré de opinión.

—Francamente, *milady*, ni siquiera sé si sabe bailar. —Zach esbozó una sonrisa burlona.

Las finas y arqueadas cejas de la anciana se elevaron hasta su línea de nacimiento del cabello.

—Vais a ser mi ruina, muchacho —espetó con un siseo de exasperación.

Zach se marchó poco después, satisfecho de haberse divertido un poco a costa de su madrina. Pero una vez sentado en su carruaje, alejándose de la casa, su sonrisa se desvaneció. «¿Enamorado de Emma Ainsley?»



Hizo un esfuerzo titánico por no dejar que el conde advirtiera lo nerviosa que estaba, lo cerca que se hallaba de suplicarle que la liberase de su promesa de ayudarle. Como siempre, él parecía leerla con una facilidad pasmosa, a pesar de que no había pronunciado una sola palabra dentro del carruaje hasta el momento.

—Señorita Ainsley, por favor, no os inquietéis —dijo en la oscuridad—. No es más que una cena. Quizá haya unas veinte personas, no muchas más.

Emma intentó esbozar una sonrisa y agradeció las sombras, pues seguramente lo que emergió en su rostro fue una mueca de pura aflicción.

—Pensad en ello como si estuvierais en el comedor abarrotado o en la taberna del King's Arms. Repleto de personas con una insólita estima por su propia importancia, que solo querrán hablar de sí mismas y que, sin duda, no prestarán la menor atención a vuestras respuestas, por muy educadamente que formulen sus preguntas, si es que llegan a hacerlo. Deberíais estar preparada para aburriros hasta las lágrimas con tanta charla sobre política, y os pido disculpas de antemano por ello.

Apenas unos minutos después, se encontraban ya en el vestíbulo de la casa señorial de lord y *lady* Kingsley. La entrada era una muestra impecable del diseño clásico inglés: suelos de baldosas en blanco y negro, pilastras de rico mármol y paredes revestidas de seda dorada en tonos apagados.

El conde la ayudó a despojarse de la capa, que había llegado junto con el vestido que ahora vestía. Cuando sus hombros quedaron libres de la suave y ligera capa de terciopelo azul celeste, Emma se volvió hacia él, aunque su mirada se deslizó rápidamente sobre su vestido, alisando con los dedos una arruga imaginaria en la

falda. Nunca en su vida había poseído ni vestido seda, y aquella noche estaba rodeada de ella. La dulce seda del vestido era de un azul estival, con el corpiño y la falda generosamente adornados con bordados de *fleur de lis* en hilo dorado. El escote de estilo campesino estaba rematado con un cordón dorado y el bajo de la falda, que rozaba justo sus tobillos, lucía un único encaje dorado con el mismo motivo. Bajo el vestido, sus piernas estaban envueltas en medias de exquisita seda y sus pies, cubiertos calzado de raso dorado de tacón bajo.

Se sentía como una princesa, y aún revivía con deleite la expresión que el conde había adoptado al verla aparecer horas antes en el vestíbulo de su residencia en Mayfair. Su mirada la había recorrido con una fascinación innegable, y la sonrisa que había curvado sus hermosos labios se había dibujado con tal lentitud que el escalofrío de emoción que le provocó la inquietó más de lo que debería haberlo hecho. El conde le ofreció el brazo, posando la otra mano sobre los dedos que Emma colocó con delicadeza sobre su manga, y juntos avanzaron para ser presentados a sus anfitriones.

Emma casi olvidó estar nerviosa cuando el conde inclinó la cabeza.

—Estáis deslumbrante, señorita Ainsley —le susurró al oído, con su aliento acariciando los rizos de su sien, lo que le hizo olvidarse lo nerviosa que estaba.

Y ella pensó, sin lugar a dudas, que aquello era infinitamente más embriagador que su anterior y más comedida apreciación.

—Bien hecho, señorita Ainsley.

—Lindsey —dijo su anfitrión, un hombre rechoncho que apenas superaba en altura a la propia Emma. Lord Kingsley doblaba con facilidad la edad del conde, con un cabello cada vez más ralo y un rostro que parecía plegarse sobre sí mismo, comprimiendo sus ojos y labios dentro de una piel hinchada.

—Lord Kingsley, permitidme presentaros a la señorita Emma Ainsley —anunció el conde.

El anciano arqueó una ceja gruesa y desordenada, lanzando al conde una mirada de desagrado que sofocó con rapidez antes de esbozar una sonrisa fina en dirección a Emma. Al tomar la mano que

él le ofreció lentamente, ella realizó una reverencia adecuada y respetuosa.

Junto a su rechoncho esposo, *lady* Kingsley parecía extremadamente alargada, aunque se hallaba embutida con tal severidad en su vestido de seda color mandarina que Emma temió que, con cualquier exhalación demasiado fuerte, botones, volantes y adornos salieran disparados en todas direcciones. Lo más probable es que aquel vestido le hubiese quedado impecable una década atrás, pero aquella noche su función no parecía muy distinta de la de una funda de embutido. Su expresión era tan poco complacida como la de su marido ante la presentación de Emma, y la examinó con ojos entrecerrados, de arriba abajo, fijándose en su elegante vestido.

No obstante, la dama se recompuso con rapidez y aceptó el saludo y la reverencia de Emma con una sonrisa pintada y forzada.

—Me complació poder atender la solicitud de *lady* Marston para añadir un invitado más a mi mesa. —Las siguientes palabras, y el tono altivo con el que fueron pronunciadas, hicieron que la emoción de Emma se desvaneciera casi de inmediato—. Aun cuando ello ha desbaratado mis números, como lo haría con cualquier anfitriona con tan poca antelación. —Acompañó la declaración con una risita aguda, como si aquella nimiedad pudiese suavizar la dureza de sus palabras.

—*Lady* Marston no erró en su juicio sobre vos, *lady* Kingsley, asegurándome de vuestra encantadora generosidad y espíritu hospitalario —contestó el conde con fluidez.

Emma alzó la vista con rapidez hacia el conde, sorprendida de oírle emplear un tono tan pretencioso y servil. Sin embargo, pareció surtir el efecto deseado, pues la dama quedó lo suficientemente satisfecha, al menos por el momento. Emma comenzó a imaginar que no solo lord Kingsley y su hija, la «Molestia», ansiaban atraer al conde a su familia.

Fueron conducidos al salón de la planta superior, donde los demás invitados se reunían mientras aguardaban la cena. Aquella estancia no tenía los techos altos ni el diseño clásico del imponente

vestíbulo, pero resultaba encantadora con su bonito mobiliario de estilo Reina Ana y sus delicados tonos en azul y marfil.

Emma creyó percibir un leve y fugaz silencio en la sala cuando el conde, con la mano en la base de su espalda, la guio al interior. Allí se encontraban, quizás, una docena de personas. Varias cabezas se giraron en su dirección; varias miradas abandonaron a la recién llegada pareja en cuanto Emma posó sus ojos en aquellas personas.

Una risa animada y nerviosa llegó hasta ella, y una joven se interpuso en su camino.

—Parecéis hecha -o vestida- expresamente para esta sala —describió la joven. Señaló el vestido azul y dorado de Emma y luego el conjunto de la estancia, que mostraba tonos similares, antes de indicar con precisión un diván de rayas doradas adornado con suaves *fleur de lis* azules.

Emma rio ante aquella coincidencia, encontrándose con los bonitos ojos verdes de la joven.

—Soy *lady* Margaret —se presentó la muchacha, su sonrisa parecía tanto genuina como amistosa.

—Emma Ainsley —pronunció, mientras, a su derecha, un joven se abalanzaba sobre el conde y captaba su atención.

—¿Y ese es Lindsey? —preguntó *lady* Margaret, a quien Emma decidió otorgarle algunos años menos que ella misma.

Emma bajó la voz, inclinándose ligeramente hacia *lady* Margaret, imitando su tono de confidencia.

—Lo es.

—Mi hermana se alegrará de su llegada —afirmó la muchacha —. Santo cielo, no ha hablado de otra cosa en todo el día. ¡Oh, y mil disculpas, pero no le hará ninguna gracia el desafío que representáis!

—¿Desafío? —preguntó Emma, extrañada.

Lady Margaret le tomó la mano y la alejó del conde, que seguía enzarzado en conversación
con el otro caballero.

—Un desafío por el afecto del conde. ¿También estáis enamorada de él?

Sobrecogida y sin estar del todo preparada para responder a preguntas sobre su relación con el conde tan temprano en la velada, Emma tragó saliva.

—Bueno, él y yo…

—Oh, va a ser tan divertido ver a Prudence contrariada. Siempre ha hablado como si él ya la amara, cuando cualquiera con la mitad de un cerebro en la cabeza os diría que ni siquiera ha notado su existencia —la interrumpió *lady* Margaret y rio.

—Estoy segura de que el conde…

—Prudence siempre encuentra excusas para justificar el hecho de que él no haya ido a visitarla ni haya mostrado interés en concertar una cita, negándose a aceptar la verdad de que no le interesa en absoluto —soltó *lady* Margaret con una risilla maliciosa —. ¡Esta noche promete ser mucho más entretenida de lo que pensaba! —Sin soltar la mano de Emma, la llevó consigo, adentrándose aún más en la sala—. Venid, os presentaré a las personas que realmente importan.

A medida que la conducían lejos, Emma lanzó una mirada hacia el conde, sin estar del todo segura de si quería separarse de él tan pronto. Rodeado ahora por dos caballeros, él seguía observándola. Inclinó levemente la cabeza, lo justo para que Emma entendiera que no pondría objeción a que *lady* Margaret la apartara con tanta premura y la paseara por la sala como si se tratara de una pieza de exhibición.

—¿Es vuestra doncella quien ha dispuesto vuestro cabello con tanta habilidad, señorita Ainsley? —*Lady* Margaret resultó ser un pequeño torbellino por sí sola, interrumpiendo su presentación de Emma a una mujer de porte majestuoso llamada *lady* Stanhope. Emma fue presentada a un untuoso caballero de mediana edad, titulado lord Shirley—. Limitad vuestra conversación a un simple saludo, milord, pues ha llegado del brazo de Lindsey.

Emma estaba segura de que jamás había conocido a nadie como *lady* Margaret. Y cuando pasaron diez minutos, y afortunadamente se vio libre de tener que responder preguntas sobre sí misma o sobre su llegada con el conde -pues Margaret había contestado por ella a la mayoría de las cuestiones-, se

encontró frente a la Molestia, *lady* Prudence, la hermana mayor de Margaret y la razón por la que Emma había sido traída a Londres.

Lady Prudence era más alta que Emma, con un cabello rubio y brillante y unos labios de capullo de rosa. Su primera impresión fue la de una mujer muy atractiva, incluso si deseaba ser hermosa. Calculadora, con una confianza exterior que parecía cuidadosamente ensayada. Utilizando un tono impregnado de reprimenda, primero amonestó a su hermana para que usara un tono de voz más adecuado para interiores y, a continuación, dirigió a Emma una sonrisa inhóspita cuando Margaret la presentó.

—¿Era vuestra intención eclipsar a vuestra anfitriona con vuestra elección de vestido, señorita Ainsley, o acaso pretendíais pasar desapercibida?

Emma recalculó. «Enfadada, insegura y parecida a Alice en el sentido de que probablemente menospreciaría a cualquiera si pensaba que eso incrementaría su propio valor». Pero Emma había tratado con suficientes personas de su calaña a lo largo de los años en la posada, incluida Alice, por lo que solo necesitó un momento para recomponerse y responder.

—¿No creéis que más bien me mimetizo con el entorno? —entonó de pronto—. Deberé reprender a Lindsey por el espantoso hecho de que bien podría confundírseme con los cortinajes.

Lady Margaret soltó una carcajada estridente ante esta ocurrencia.

—Y decidme, ¿cuál es exactamente vuestra relación con Zachary? —*Lady* Prudence no se anduvo con rodeos.

Emma sonrió ante el evidente intento de la dama de asumir una relación más íntima con el conde de la que realmente existía.

—El conde y yo somos primos…

—Apenas, me atrevería a decir —interrumpió con altanería la mujer—, pues los Benedict no son precisamente una familia numerosa.

—Por parte de su madre —concluyó Emma con serenidad, alzando una ceja de forma educada y curiosa hacia *lady* Prudence—. ¿Acaso estáis familiarizada con la familia Morrissey? ¡Oh, pero debéis estarlo! Somos tan prolíficos… —Y rio, con tanta dulzura e inocencia

como *lady* Margaret lo había hecho antes. Esto solo sirvió para salvarla de más condenas verbales, aunque no de la mirada de desdén que la dama le dedicó.

Lady Kingsley, que había entrado en el salón para reunirse con sus invitados junto a su marido, avanzó con determinación hacia sus hijas y Emma justo cuando sonó el tenue *gong* de una campana. Dos lacayos empujaron las puertas dobles, insinuando que el grupo descendería ahora al comedor.

—Oh, señor Pickering —llamó *lady* Kingsley, con los ojos fijos en Emma, aunque dirigiéndose al caballero que se aproximaba—. ¿No tendríais la amabilidad de acompañar a señorita Ainsley hasta la mesa?

Emma tenía la vista fija en el tirante corpiño de *lady* Kingsley, preguntándose si las costuras resistirían la cena. Cuando el señor Pickering se situó frente a ella con una sonrisa complacida y el brazo ofrecido, Emma le sostuvo la mirada con afabilidad y le devolvió una sonrisa
agradecida.

—Os lo agradezco, caballero. —Colocó su mano sobre su brazo, en lugar de enlazarla a su codo, como había observado que *lady* Stanhope hacía justo delante de ella, y juntos siguieron a las demás parejas fuera del salón.

—¿Tendréis que soportar mi compañía durante la cena, señorita Ainsley? —preguntó el señor Pickering.

—No la soportaré, sino que la disfrutaré muchísimo —rebatió ella, completamente consciente de que *lady* Kingsley, o quizás Prudence en persona, había orquestado la situación para que el conde acompañase a la Molestia hasta la mesa—. ¿Sois, caballero, miembro del Parlamento?

—Tengo el honor de representar a Ockendon en los Comunes, señorita Ainsley. Aunque, sin duda, debéis pensar que mi presencia en la mesa de *lady* Kingsley se debe más bien a mi aguda inteligencia y amena conversación.

—Sin duda, lo imagino. Espero estar debidamente entretenida durante la velada, caballero. —Emma le tomó cariño de inmediato, apreciando el brillo risueño en su mirada.

Al entrar en el comedor, cuya puerta cerrada hasta ese momento había mantenido la estancia oculta a los invitados, los ojos de Emma se abrieron de par en par al contemplar la lujosa mesa y su disposición. El señor Pickering la guio hasta el otro extremo y sostuvo la silla para ella en la parte media de la mesa antes de tomar asiento a su lado. Había dispuesto suficientes mesas en la posada como para tener un conocimiento aceptable del servicio que tenía ante sí, pero aceptable como mucho. Con creciente inquietud, contó once piezas de cubertería, siete piezas de porcelana con borde dorado y tres copas de cristal diferentes. Su mirada se cruzó con la del conde, que, tras sentar a Prudence en su lugar, hizo varias observaciones a otro caballero, alejándose -a propósito, pensó Emma- de la Molestia, para luego, casi con descuido, tomar asiento a varios puestos de distancia de la dama, justo enfrente de Emma.

—Todo irá bien —le susurró en voz baja, lo suficientemente tenue como para que nadie más lo oyese mientras todos se acomodaban en sus asientos.

—Decidme, señorita Ainsley —dijo el señor Pickering a su lado —, tengo tres hijas de más o menos vuestra edad que esta noche han salido a un baile público. Decidme, querida, ¿es realmente necesario que el proceso de vestir a tres mujeres implique a catorce personas en mi casa y requiera más de siete horas?

—Oh, cielos —sonrió Emma de forma comprensiva hacia el, posiblemente, atribulado caballero.

—Vos parecéis estar arreglada de manera bastante notable —observó Pickering, manteniendo cortésmente la mirada en sus ojos —. Tengo la sensación de que no habéis necesitado semejantes despropósitos.

—Toda joven sueña con ser la princesa del baile, me atrevería a decir —razonó la joven.

—Ojalá al menos una de ellas hubiese heredado los rasgos de su madre en lugar de los míos —suspiró él con aire resignado, y después le aconsejó probar la solla rellena cuando un lacayo se situó entre ellos con aquella fuente.

Encantada con su conversación, Emma disfrutó de la compañía del señor Pickering a medida que los platos iban llegando a la mesa,

siete en total. Contó veinticuatro personas en torno a la espléndida disposición. Observó con atención al conde y al señor Pickering, imitando cada uno de sus gestos y escogiendo los cubiertos adecuados en cada momento, convencida de que estaba actuando correctamente durante toda la velada.



Maldición, no lo había pensado bien en absoluto. Para empezar, le habían hecho creer que los invitados a la cena serían miembros del Parlamento y sus esposas o acompañantes. Lord Kingsley le había apartado a un lado la semana pasada, a las puertas de la Cámara, y le había insistido en que debía asistir a la cena, diciéndole expresamente:

—Habrá mucha conversación sobre ese proyecto de ley vuestro, Lindsey.

Sin embargo, aquel evento formal resultaba ser más bien una expedición en busca de maridos, probablemente orquestada por la esposa de Kingsley, pues -además de la pegajosa y poco agraciada hija mayor, Prudence- había otras dos hijas más, igualmente necesitadas de esposo y con las mismas escasas probabilidades de encontrar uno que su hermana mayor. Kingsley y su esposa debían de haber decidido que lo mejor era lanzar a las tres al ruedo y esperar que al menos una despertase algún interés. Zachary echó un vistazo al otro lado de la mesa, donde la hija mediana -no recordaba su nombre- lanzaba miradas insinuantes a Simon Fenton, sentado a su lado. Fenton, por su parte, parecía tan interesado como cualquier otro hombre presente, dedicando una atención desmesurada a su sopa blanca con la clara intención de permanecer ajeno a todo lo demás. La otra parte, que sin duda debería haber previsto pero que no había considerado, era la cantidad de miradas que Emma estaba

atrayendo. Por supuesto, no le sorprendía en absoluto y, a decir verdad, sintió cierto orgullo al ver que era tan bien recibida, convirtiéndole en la envidia de más de un caballero aquella noche. Y justo cuando se permitió aquel pensamiento tan complaciente, Simon Fenton alzó al fin la vista de su sopa. No dedicó la más mínima atención a la señorita Kingsley, sino que dejó caer una mirada anhelante sobre Emma, lo que hizo que Zachary curvase el labio con desagrado. Ni por casualidad ni por accidente, Zach se aseguró de que el joven captase su reacción cuando sus ojos codiciosos abandonaron momentáneamente a Emma para posarse en él. Como era de esperar, la sopa volvió a acaparar de inmediato toda la atención de Fenton.

Zach terminó por convencerse del verdadero propósito de aquella reunión cuando la cena llegó a su fin y *lady* Kingsley no insistió en que las damas se retirasen al salón para que los caballeros pudiesen disfrutar de sus cigarros, su brandy y sus conversaciones más trascendentales. En su lugar, la anfitriona proclamó con una risita que se asemejaba bastante al cacareo de una gallina nerviosa:

—Vosotros, caballeros, seguid con vuestro humo y vuestra bebida. A nosotras no nos importará, siendo la reunión tan reducida, parece absurdo separarnos.

Zach dudaba haber escuchado jamás una excusa más torpe y obvia. Con un suspiro, resignándose a posponer su conversación privada con lord Kingsley, se levantó de la mesa y se encaminó hacia dos conocidos que ya estaban sirviéndose del carrito del mayordomo, donde reposaban copas a medio llenar de lo que seguramente era un brandy excelente.

Emma seguía absorta en conversación con el caballero que tenía a su lado, el señor Sydney Pickering. En algún momento, debería instruirla sobre la norma de etiqueta que dictaba prestar atención equitativa a las personas sentadas a ambos lados durante la cena. No obstante, dado que lord Middleham estaba claramente más entretenido con la viuda Stanhope y su ingeniosa forma de exhibir sus encantos a su izquierda, parecía un asunto irrelevante por el momento.

Zach se unió a los lores Wharton y Ryley junto al brandy, desestimando con un gesto la oferta de un lacayo, que le acercó una bandeja repleta de excelentes cigarros y *cheroots*.

—¡Vaya, Lindsey! —exclamó Ryley, un joven vizconde que siempre le había parecido a Zach al borde de la risa, incluso en la Cámara—. ¿Trajisteis a la encantadora señorita Ainsley solo para frustrar los planes de *lady* Kingsley?

—Un verdadero obstáculo para las esperanzas de tres damas en particular y su bienintencionada madre —añadió Wharton, quien mantenía la cabeza erguida y ladeada hacia la derecha, una afectación curiosa que le confería un aire de altivez, aunque por lo general era un tipo afable.

Zach bebió un sorbo de brandy, siguiéndole el rastro con su mirada a estos dos hombres hasta posarse, una vez más, sobre Emma. Aunque ella seguía sentada, conversando con Pickering, lord Shirley se encontraba ahora de pie detrás de ambos, inclinado con atención hacia sus palabras. Las aletas de la nariz de Zach vibraron al ver cómo Shirley deslizaba la vista hacia el escote de Emma, realzado por el bonito vestido azul pálido. Por supuesto, no haría comentario alguno, ni se prestaría a discutir sobre la señorita Ainsley con quienes no eran dignos de la conversación. Enseguida, sintió crecer un gruñido de desagrado en su interior cuando vio a Prudence Kingsley caminar en su dirección, con una falta de sutileza tal que no dejaba lugar a dudas sobre su propósito. Iba decidida a plantarse a su lado y reclamar su atención. Dado que era inevitable, Zach simplemente se giró para recibir su compañía, asegurándose al mismo tiempo de mantener a Emma en su campo de visión, justo cuando la atrevida joven se detenía ante él.

—Lord Lindsey, mi padre me ha comentado que habéis mostrado cierto interés en el proyecto de ley sobre los católicos romanos irlandeses. —Zach puso los ojos en blanco por dentro. No tenía intención de desperdiciar su discurso sobre aquella ley, en la que había invertido tanto tiempo y esfuerzo, con aquella mujer embelesada—. Declara que la lealtad que esa gente ha demostrado a lo largo de la guerra debería granjearles cualquier beneficio que les corresponda. ¿Consideráis, milord, que han sido privados

demasiado tiempo de sus derechos constitucionales esenciales? —Era su táctica habitual, una que ya había empleado antes con el mismo nulo efecto. Fingía interés en la política, se creía ingeniosa y versada en la materia, y esperaba transmitirlo. La realidad, empero, era que no hacía más que repetir como un loro las palabras de su padre. No sentía un interés genuino por el tema; su único propósito era atraer la atención sobre lo que pretendía hacer pasar por una mente aguda.

La mirada de Zach se alzó apenas por encima de su cabeza, aún fijada en Emma. Aquel granuja de Shirley seguía merodeando alrededor de ella, sonriéndole con indulgencia, como si fuera él quien le concediera el honor de su atención. Emma sonreía, aunque prácticamente ignoraba a Shirley -bien por ella- y conversaba con entusiasmo con Pickering, un hombre del que Zach no podía encontrar defecto alguno. El hecho de que fuese más del doble de su edad ayudaba a su generosa evaluación. Seguidamente, levantó una ceja en dirección a Emma, complacido al ver cómo su sonrisa se ensanchaba cuando sus miradas se encontraron.

—Señorita Kingsley, os ruego que no turbéis vuestra delicada mente con asuntos políticos, especialmente cuando vuestra querida madre tiene ambiciones mucho más urgentes para esta velada.

Ryley contuvo una carcajada. Wharton acababa de dar una calada a su cigarro y, al soltar el humo, tosió y se atragantó estrepitosamente. Y entonces Zach leyó los labios de Emma, desde los casi seis metros que los separaban.

—Disculpadme, señores. —Todo mientras mantenía el contacto visual con él. Encontró
algo completamente embriagador en observarla erguirse, desprenderse con elegancia de aquellos hombres y caminar alrededor de la mesa en su dirección, sin apartar la mirada de él en ningún momento.

—Vaya —murmuró Wharton, mirando en la misma dirección que Zach, quizá habiendo advertido exactamente lo mismo que a él le dejó sin aliento.

Emma llegó hasta su lado, momento en que Zach se desplazó un paso a la izquierda, haciéndole sitio entre él y la frustrada y

desairada Prudence Kingsley. Dejando de lado el hecho de que casi olvidó que Emma solo estaba interpretando un papel, y a petición suya, Zach se vio por completo atrapado cuando ella deslizó su mano en el pliegue de su codo y le sonrió como si él hubiese colgado la luna en el cielo.

—Creo que he monopolizado el tiempo del pobre señor Pickering más de lo debido —aseveró ella, con aquellos fabulosos ojos azules aun atrapando la muy apreciativa mirada de Zach—, así que he venido a reclamar algo de vuestro tiempo, milord. *lady* Kingsley había sugerido que el señor Pickering me acompañase a dar un paseo por los jardines, justo tras esas puertas…

¡Zach apostaba lo que sea a que lo había sugerido, la vieja arpía astuta!

—Pero el pobre señor Pickering se excusó, con alguna queja sobre alergias, por lo que pensé en rogaros a vos que me hicierais de guía.

¡Oh, aquellas palabras, pronunciadas con tal encanto por esa mujer, eran lo más endiabladamente irresistible que había escuchado en su vida! Si no fuera porque todo era una artimaña. Y una de su propia creación.

Tras una rápida mirada y un leve asentimiento a los presentes -lo que le permitió advertir a Ryley y Wharton dominados por una patente envidia, mientras la desdichada *lady* Prudence, aún sin reponerse de la más reciente indiferencia de Zach, mostraba los ojos entornados y la boca tensa-, Zach tomó a Emma del brazo y la condujo hacia las puertas francesas que daban a la terraza.

Emma retiró sus dedos de su brazo cuando él abrió la puerta y la guio al exterior con una ligera presión en la parte baja de su espalda. Dejando las puertas entreabiertas, Zach la llevó hacia el extremo más alejado de la terraza, donde mejor se contemplaban los jardines de los Kingsley. En cambio, Emma no prestó atención alguna a la explosión de coloridas flores que luchaban por destacar en aquel sin duda vasto y excelso jardín, sino que se giró hacia él con los ojos brillantes. Y la sonrisa -esa que lo había desarmado y tentado hasta sumirlo en un hambre voraz momentos atrás- desapareció, sustituida por una sonrisa conspiradora.

—¿Creéis que lo he hecho con éxito? La verdad, estaba disfrutando enormemente de la
compañía del señor Pickering -es un apasionado de la vida al aire libre y cuenta las historias más increíblemente entretenidas-, pero, afortunadamente, recordé mi propósito y acudí en vuestro rescate. De nada —agregó con un tono juguetón.

Oh, cómo deseaba besarla en ese preciso instante. Besarla a conciencia, que ese fuese el motivo de un rostro tan radiante y de una sonrisa tan deslumbrante.

—Sois muy buena en esto. Sorprendentemente buena —dijo, en cambio.

—Empiezo a creer que me preocupé sin motivo. Todo el mundo es muy amable y, mientras escuche con atención y comente con propiedad, todo resulta… muy llevadero. Y no es ninguna molestia atender al señor Pickering ni charlar con él; bien podría haber sido un gran seductor en sus tiempos mozos.

Todo el mundo era amable porque Emma era una belleza de rostro luminoso, cuya sonrisa bien podría hacer que los hombres cayeran de rodillas. Ella imaginaba que estaba interpretando un papel, pero Zach tenía claro que simplemente estaba siendo ella misma: considerada, cautivadora y absolutamente encantadora.

—¿Y lord Shirley? —sugirió, preguntándose si su buena opinión se extendía también a ese hombre.

—Ese requiere un poco más de actuación, si os soy sincera. Por el contrario, creo que lo he logrado —admitió, encogiéndose de hombros.

—Estoy seguro de que sí.

La sonrisa de la joven se desvaneció.

—Pero aún no habéis hablado en privado con lord Kingsley —lamentó—. Lo que, en cierto modo, anula todo el propósito de esta velada.

Zach observó su expresión caída, consciente de que su objetivo aún no se había cumplido.

—Generalmente me frustra el afán de *lady* Kingsley por buscar esposos para sus hijas.

—La más joven, *lady* Margaret, es un encanto —concedió Emma —. Parece quedar un poco relegada entre dos hermanas mayores y una madre dominante. Tal vez deberíais hablar con *lady* Kingsley sobre vuestro proyecto de ley. Me atrevería a decir que bajo su vestido lleva pantalones. Y *lady* Prudence también.

Zach la miró fijamente. Maldición, tal vez tuviera razón. Su sonrisa se extendió lentamente a medida que nuevas ideas tomaban forma en su mente. Se había esforzado tanto en evitar a Prudence Kingsley que ni siquiera había considerado que podría resultarle útil.

Los ojos de Emma brillaron.

—Oh, pero vuestra mente está maquinando algo. ¿Vamos a cambiar de táctica, entonces?

El conde asintió y, repentinamente envalentonado, se lanzó sobre ella, sujetando su rostro
entre las manos y besándola con firmeza. Luego se detuvo, apartó su boca de la de ella y se quedó completamente quieto, con apenas unos centímetros separándolos. No había tenido intención de hacer eso, pero se sentía tan agradecido porque ella hubiese razonado mejor que él…

«Maldita sea».

Las palabras de *lady* Marston resonaron en su cabeza: *«Ay, estáis enamorado de ella».*

Permanecieron inmóviles. Sus dedos seguían enredados sobre sus orejas, entre su cabello. Emma había soltado un leve jadeo al sentir su beso y ahora solo miraba su barbilla, aunque su mano se alzó y cubrió la de él. Sus dedos no descansaron con suavidad, sino que se clavaron en la piel de su mano con una especie de ansiosa incertidumbre. Zach respiraba con fuerza. En ese momento, con una lentitud exasperante, la soltó. Sus manos resbalaron por su piel mientras sus uñas se separaban de la suya y sus brazos caían a los costados.

—Lo siento… —murmuró el conde.

Emma tragó saliva. Él observó cómo ese movimiento tenso y forzado recorría su mandíbula y descendía por su esbelto cuello. Ella alzó la mirada, esbozó una débil sonrisa y negó con la cabeza, en un intento de aliviar su culpa. Lamentablemente, la culpa no era en

absoluto la emoción dominante en ese momento. Necesidad. Deseo. Hambre. Todas estas sensaciones lo consumían.

Unas voces llegaron hasta ellos, disipando el momento sin aliento y empujándolos a separarse aún más. La joven *lady* Margaret se encontraba justo dentro de las puertas abiertas junto a un claramente disgustado lord Shirley, lo que sugería que *lady* Kingsley seguía trabajando arduamente incluso ahora. Enderezándose y rechinando los dientes, Zach tocó con su mano el codo de Emma y la condujo de vuelta al interior.



Pasaron las siguientes horas inmersos en una dedicada discusión, primero con *lady* Prudence y luego con *lady* Kingsley. Emma era consciente de que, al principio, su presencia fue notada con algo parecido al desdén y, por lo tanto, ignorada. Las damas no la incluían en la conversación. Ella solo participaba cuando alguno de los caballeros, a veces el conde, solicitaba su opinión. Al principio, estaba contenta de permanecer al margen, con la intención de aprender sobre el proyecto de ley del conde antes de opinar al respecto. Por su parte, él presentó un caso convincente, pensó ella, aunque se sintió más cautivada por su comportamiento, sin que ello restara interés a su argumento; era encantador y práctico, buscando apoyo en la verdad y los hechos, utilizando la emoción solo de manera esporádica. Este conde de Lindsey, el que buscaba respaldo para algo que claramente le apasionaba, representaba la primera ocasión en la que sintió que se parecía mucho a su padre. Y luego le pareció curioso sentirse particularmente orgullosa de él y de estar con él, aunque fuera de manera tenue.

Al final de la velada, cuando regresaron a la casa del conde y él, solícito, le quitó la bonita capa de terciopelo, mostró de nuevo cierta

molestia, una que ella ya había presenciado anteriormente. Su ceño fruncido sobre sus oscuros ojos, sus mejillas contrayéndose de una manera que sugería dientes apretados mientras la miraba fijamente. Su mayordomo, que ahora sostenía ambas capas sobre su brazo, permanecía atento, evitando mirar a la pareja, al tiempo que Emma se preguntaba una vez más qué podría haber hecho para provocar tal desagrado en él. O, ¿había ocurrido o se había dicho algo inapropiado que hubiera eliminado esa mirada feroz pero hipnotizante que le había dirigido cuando la besó? La misma mirada que le había captado en varias ocasiones durante el resto de la noche, la que, de hecho, la hacía desear estar en sus brazos. ¿O había malinterpretado lo que percibió como deseo? Solo tenía el semblante del conde para juzgar.

Emma se encontraba en ese momento preguntándose si él estaría pensando nuevamente en su beso, lo que planteaba la pregunta: ¿estaba enojado consigo mismo por haberla besado, o molesto por no haberlo llevado más lejos? Ella conocía su propia respuesta a este dilema, pero no se atrevía a expresarla, ni siquiera en su propia mente.

Capítulo 11

Emma descendió las escaleras apresuradamente, sus pies ligeros en su lujoso calzado de seda. Su sonrisa era radiante mientras sostenía la falda de su vestido para exhibirlo con efecto dramático. Aunque la noche anterior había encontrado gracioso que el señor Pickering lamentara lo largas y arduas que eran las preparaciones de sus propias hijas para un baile, Emma misma acababa de pasar tres horas arreglándose. En secreto, lo había encontrado agotador y exagerado, pero nunca se lo habría dicho al conde, ya que él había organizado que su atuendo para esta velada fuera entregado junto con dos doncellas para vestirla y peinarla. Después de soportar sus atenciones durante las últimas tres horas -con un efecto hermoso, estaba feliz de admitir- y sabiendo que probablemente nunca volvería a estar vestida de manera tan elegante, Emma planeaba obstinadamente aprovechar al máximo cada momento de diversión y frivolidad en esta circunstancia. Y no tenía intención alguna de permitir que los a veces cambiantes humores del conde arruinaran su proverbial desfile.

El conde la esperaba al pie de las escaleras, resplandeciente en su atuendo formal completamente negro. Su mirada cálida -de hecho, emocionante- enardeció a Emma incluso más que su propia elegancia. Sin embargo, la pura magnificencia del vestido la animaba, y danzó alrededor del conde cuando llegó al primer piso.

—¿No es precioso? Nunca he llevado un vestido tan hermoso.

Estaba muy complacida con las telas que ella y la señora Shabner habían elegido, y aunque pensaba que su vestido para la cena de ayer era encantador, imaginaba que este era más de cuento de hadas, con su túnica circasiana redonda de crepé azul pálido sobre una enagua de satén blanco, adornada en el borde con flecos de borlas de satén azul. Un corpiño de campesina de seda azul, atado al frente con cordones de plata, daba paso a mangas cortas de estilo español, embellecidas con pliegues de crepé blanco y

rematadas en los bordes con bandas de plata. Era ridículamente precioso, y Emma estaba feliz de que su cabello hubiera sido arreglado para hacerle justicia, y los rizos sueltos que quedaban fuera del moño recogido rebotaban cerca de sus mejillas y frente mientras danzaba alrededor del conde. Este último no se giró mientras ella se deslizaba a su alrededor, pero ella captó su sonrisa mientras giraba dos veces frente a él.

—Muy hermoso, en verdad.

—Tampoco nunca había tenido a otra persona que me arreglara el cabello —confesó, sonriendo de forma contagiosa—. Es terriblemente aburrido, simplemente sentarse allí, pero mirad los adorables rizos que lograron. —Se detuvo frente a él y sacudió ligeramente la cabeza, haciendo que los rizos se movieran aún.

El conde fue lo suficientemente amable como para sonreír indulgentemente ante su devoción por todo su atuendo, pero luego arruinó todo con sus siguientes palabras.

—Aunque este retozar es ciertamente elegante, señorita Ainsley, me temo que debo preguntar: ¿estáis familiarizada con los bailes que probablemente se ejecutarán en la gala de esta noche?

—Vaya, vaya... —Emma se quedó completamente inmóvil y lo miró fijamente. Aparte de jugar de manera tonta con Gretchen, y eso había sido hace años, Emma nunca había bailado realmente—. Quizás deberíamos haber dedicado más tiempo a preparar esta farsa que hemos traído a Londres. —Sus hombros cayeron, la sonrisa desapareció de su rostro—. Lo siento mucho. Deberíais haber elegido a alguien que supiera mejor cómo desenvolverse en sociedad. Deberíais haber…

—Yo os quería a vos.

Emma dejó de respirar en ese momento.

—Quería que vierais Londres, y vos estabais convenientemente disponible —aclaró su garganta con gran efecto.

—Sí, por supuesto.

—Es demasiado tarde para preocuparnos por el baile…

—Pero es un *baile* de gala.

—*Lady* Marston nos ayudará, estoy seguro. —Permitió que solo una ligera y momentánea frustración cruzara sus facciones.

—¿*Lady* Marston?

—Sí. —Miró de reojo al alto reloj cerca de las columnas de la escalera—. Ella llegará en cualquier momento. Ella os acompañará, ya que sería inapropiado que lo hiciera yo. —Ante la expresión vacía de Emma, explicó—: Esencialmente, necesitáis una patrocinadora. No podéis simplemente irrumpir en la alta sociedad sin una invitación ni un apoyo.

—Oh.

—El carruaje de la condesa viuda acaba de llegar, mi señor —anunció el mayordomo, cerca de la puerta. Agarró el pomo, pero no lo abrió de inmediato.

El conde rodeó a Emma y tomó su capa para la velada, que el mayordomo había estado sosteniendo. Emma miró casi ciegamente las escaleras por las que había bajado alegremente solo momentos antes. ¿Cómo no había considerado que no sabía lo más mínimo sobre el baile? El noble, colocando su capa sobre sus hombros justo cuando el anciano mayordomo abría la puerta, hizo que Emma se sobresaltara. Él la giró para enfrentarle y dejó sus manos sobre sus brazos, sobre el suave terciopelo de la capa.

—No estoy preocupado, y vos tampoco deberíais estarlo. Lo resolveremos.

Emma estaba segura de que su expresión transmitía adecuadamente su incredulidad al respecto, pero como suponía que era demasiado tarde para retractarse, le sonrió con resignación al conde y le permitió conducirla afuera hacia el reluciente carruaje de la matrona.

—Ahí está —dijo *lady* Marston desde dentro del vehículo cuando se abrió la puerta—, la extraordinaria joven que arrastró al predispuesto Lindsey al parque hace solo dos días.

—Sed amable, mi señora —reprendió el conde con una sonrisa mientras pasaba a Emma al interior del carruaje.

—Podéis contarlo —animó la dama de tal manera que Emma pensó que no debía contarlo en absoluto.

—Os veré en una hora —prometió a Emma, y cerró la puerta. Se volvió hacia la condesa viuda y le dedicó una sonrisa nerviosa, antes de pensar en agradecerle su patrocinio.

—Predispuesto, en el sentido de cínico, querida —explicó la dama mientras el carruaje se alejaba de la casa del conde.

—Lo supuse —reconoció Emma, aunque no diría exactamente que el conde era cínico. No todo el tiempo—. Mi señora, aunque os agradezco vuestro apoyo esta noche, temo que debo revelaros lo que acabo de compartir con el conde: que no tengo experiencia ni conocimiento de baile.

Lady Marston, con bastón en mano y vestida con un traje matronal de azul real, emitió un sonido que parecía no tener propósito, o al menos ninguno que Emma pudiera interpretar.

—Esto no me sorprende, señorita Ainsley. Al menos, menos a mí que a vuestro muy benevolente conde —comentó encogiéndose de hombros.

A Emma le agradaba de alguna manera, a pesar del toque de sarcasmo que parecía no estar nunca lejos y que ahora rodeaba la palabra «benevolente». Sonrió amablemente a la matrona, incluso a medida levantaba una ceja ante las palabras de la mujer. No la conocía en absoluto, pero sospechaba que *lady* Marston no se preocupaba por muchas cosas en su vida.

—Mi ahijado me dice que conocíais a su padre.

Como Emma debía suponer, por la personalidad de la dama, que no era alguien a quien se le mintiera, imaginó que el conde le había contado toda la verdad.

—Así es. Era un hombre maravilloso.

—Sí, lo era. Y me han dicho que tenéis una hija también.

Ah, así que iba a ser un interrogatorio. El hecho de que el conde fuera su ahijado podría
explicar esta línea de preguntas. Emma no presumiría abiertamente de saber a dónde se dirigía, pero en privado pensaba que tenía una buena idea. De hecho, el tono suspicaz y conocedor, que *lady* Marston no se molestaba en ocultar, decía casi tanto como las propias palabras.

—Sí. Se llama Bethany.

—Encantador —declaró de tal manera que Emma estaba convencida de que la dama no lo pensaba realmente así—. ¿Y qué esperáis ganar, si vuestros esfuerzos por mantener las muy afiladas

y desagradables garras de *lady* Prudence fuera de la persona de Lindsey son en realidad o de alguna manera exitosos?

—¿Ganar? No espero ganar nada, salvo haber ayudado al conde, ya que él -por medio de su padre- me ha ayudado a mí.

—Y ahora habéis hecho notar vuestra presencia: paseo en el parque, cena con los Kingsley y esta noche el baile en el Clarendon. Habéis hecho notar vuestra presencia de manera asombrosa. El paseo por Hyde Park por sí solo ha hecho que las lenguas murmuren. Esta noche debería ponerlas en ebullición.

Emma se mordió el labio, sin estar segura de qué esperaba la buena dama como respuesta.

—¿Me equivoco, señorita Ainsley? —quiso saber *lady* Marston, apoyando las manos sobre la parte superior de su bastón, que Emma estaba segura de que empleaba más como un adorno.

—Quizás no estéis acostumbrada a ser objeto de tantos rumores, pero vuestra inédita aparición en el parque contradice eso, ¿no es así?

—No os equivocais, *lady* Marston. La verdad nunca me molesta. Pero los rumores… ¿cómo es eso posible? —la sonrisa de Emma seguía intacta. Seguidamente, inclinó la cabeza, sin atreverse siquiera a señalar a *lady* Marston que ella había sido la única persona con la que habían hablado dentro del parque.

Una sonrisa astuta torció la boca de la anciana.

—Fuisteis vista, y por cientos de personas. O más bien, Lindsey fue visto, y vuestra presencia fue notada. Los rumores abundan. —Se inclinó hacia adelante, sus ojos invitando a Emma a hacer lo mismo, lo cual ella hizo—. Y es más que probable que no fui la única que notó cómo su mirada prácticamente os devoraba. Como un perro salivando por su hueso.

Emma se enderezó, apartando la vista de la mujer, sintiendo una gran falta de aprecio por la comparación. Cuando volvió a mirar a la dama, se dio cuenta de que parte de su aprensión hacia ella había disminuido, al igual que parte de su respeto.

—¿Qué es lo que deseáis decirme, mi señora, que os hace andar con tantos rodeos y usar comparaciones tan burdas?

Lady Marston arqueó una ceja delgada.

—Él está jugando con vos, nada más. No va a casarse. No puede casarse con vos. —Dejó que eso calara antes de añadir—: Es simplemente así, muchacha. Os lo digo no para desbaratar vuestros sueños, sino para traeros la realidad al frente. Simplemente no puede. Él y yo ya lo hemos discutido, y sabe que su carrera es demasiado prometedora, demasiado importante, para jugar con ella, y ciertamente no por algo tan efímero como la lujuria. Y dicho esto, creo que lo siguiente es menos necesario, pero enfatizaré el punto de todos modos: no se casará con vos, así que no le permitáis ninguna oportunidad de haceros promesas que no cumplirá. Dirá que lo hará, o que lo haría, casarse con vos, por supuesto; eso es parte del juego. ¿Me entendéis? Sí, veo que lo hacéis. Ese rubor es bonito, señorita Ainsley. Viene con la inocencia, la ingenuidad y la esperanza, todas cosas peligrosas de poseer en una ciudad llena de disolutos y embaucadores.

—Es una suerte entonces que, después de mañana, probablemente nunca vuelva a ver esta ciudad —dijo Emma, ahora bastante indignada por los evidentes juicios y falsas suposiciones de la mujer—. Como le dije al conde hace solo unos días, mi señora, personas como yo no tienen el privilegio de soñar. Vuestro ahijado está a salvo de cualquier manipulación por mi parte.

La carreta aminoró entonces la marcha y se alineó en la fila frente a la grandiosa casa de lord y *lady* Clarendon.

—Aseguraos de que así sea —habló *lady* Marston tras guardar silencio durante un largo rato, apenas unos segundos antes de que se abriera la puerta del carruaje.

Emma, entonces, se preparó para no disfrutar en absoluto de la velada, ya que *lady* Marston le había arrebatado toda la anticipación alegre que sentía. Sin embargo, una vez que entraron en la residencia del duque de Clarendon, la actitud de *lady* Marston hacia Emma cambió. Quizás, habiendo expresado ya lo que pensaba, la matrona hizo lo que evidentemente el conde le había pedido: presentó a Emma de manera encantadora, como si fuera alguien de considerable importancia; le sonrió en varias ocasiones, como si la conociera de toda la vida y realmente disfrutara de su compañía.

—Si no fuera porque os marcháis de Londres mañana, apostaría a que os convertiríais en la sensación de la temporada. Pero maldito sea Lindsey, no tendré un momento de paz esta noche.

Después de recorrer el vestíbulo y la planta baja junto a *lady* Marston, finalmente llegaron al salón de baile en el segundo piso. Emma quedó maravillada y giró sobre sí misma, absorbiendo el esplendor de la sala. Los techos eran tan altos y la habitación tan amplia que pensó que toda la estructura de la posada King's Arms podría caber dentro. Curiosos farolillos de papel colgaban por doquier, y numerosas plantas en macetas y flores frescas adornaban la sala. Emma abrió la boca en asombro al darse cuenta de que el suelo había sido decorado con un dibujo de tiza. La sala ya estaba abarrotada, lo que le impidió discernir el diseño completo, pero distinguió claramente varias secciones que mostraban árboles, un sol poniente, un caballo montado y la figura de un hombre representado gallardamente con un uniforme militar inglés. No obstante, frunció el ceño. A pesar de lo hermoso del arte en tiza, observó cómo varias mujeres con vestidos de cola larga cruzaban la pista, alterando y difuminando la escena con los bajos de sus trajes.

—Costoso, pero desperdiciado —comentó *lady* Marston a su lado, notando hacia dónde dirigía Emma su mirada—. Ah, aquí viene vuestra nueva amiga, *lady* Prudence —añadió entonces, bajando la voz—. Ella cree que me agrada, espera ganar el favor de Lindsey a través de mi aprecio, lo cual nunca sucederá. —Y cuando la dama se plantó ante ellas, ataviada espléndidamente con una vaporosa confección en amarillo pálido, *lady* Marston sonrió ampliamente y dijo—: Tengo entendido que ya habéis conocido a nuestra dulce señorita Ainsley.

—Así es —afirmó *lady* Prudence, mirando a Emma por encima del hombro, recorriendo su mirada el vestido de la joven como si lo encontrara de mal gusto. Quizás habría dicho más, pero un joven se acercó a ellas, dirigiendo a Emma una mirada de apreciación desmesurada.

—Iros, Yeardley. Podréis hacer notar vuestra excepcional presencia a la señorita Ainsley cuando esté disponible. En este

momento, está ocupada —le reprendió *lady* Marston antes de que el joven abriese la boca.

Así frustrado, y aún boquiabierto, el hombre lanzó una última mirada a Emma, quien le sonrió de forma comprensiva antes de girarse y alejarse con paso apresurado.

—En algún momento, me gustaría poder hablar con vos sobre… —se dirigió *lady* Prudence a *lady* Marston.

Otro caballero irrumpió en su pequeño círculo, inclinándose con cortesía ante la matrona, ignorando a la Molestia y sonriendo con entusiasmo a Emma.

—Hola —saludó Emma, cuando pareció que el hombre no tenía intención de hacer otra cosa que quedarse mirándola sin articular palabra.

—¡Por las llagas, Rutherford, decid algo a la señorita Ainsley, no sea que piense que sois un idiota aún mayor del que aparentáis con tan lamentable primera impresión! —ladró *lady* Marston sin paciencia ni disimulo.

—Yo… es que… ¿cómo estáis? —tartamudeó el hombre, de unos ojos azules grandes y hermosos.

Emma le sonrió, y su rostro pareció derretirse del todo.

—Muy bien, caballero —contestó con amabilidad.

—Es el marqués de Dorcester —espetó *lady* Prudence—, por tanto, milord.

—Seré lo que desee la encantadora señorita Ainsley que sea —aclaró él, habiéndose ya recompuesto, y demostrando ser un caballero de bien al salvar con elegancia la vergüenza de Emma tras su pequeña metedura de pata—. Primero, espero tener el honor de ser su pareja esta noche para un baile. —Sus ojos no se apartaron ni un instante de Emma.

—Así será —intervino *lady* Marston con tono suave—, pero volved más tarde, Rutherford, para reclamar tal honor. La señorita Ainsley tiene aún muchas presentaciones por hacer.

Lord Rutherford se inclinó, sus ojos todavía fijos en Emma, y se retiró dando unos pasos hacia atrás.

—No voy a tener ni un solo momento de paz esta noche, ¿verdad? —dijo *lady* Marston con una sonrisa que insinuaba un

orgullo casi maternal, aunque no terminaba de alcanzar sus ojos.

«Todo es una fachada», pensaba Emma.

—Como decía, me gustaría… —*Lady* Prudence no se dejó disuadir.

Lady Marston volvió su rostro arrugado hacia la Molestia, alzó una mano de su bastón y la agitó con desdén.

—Parece, querida, que no habrá esta noche tiempo alguno para diálogos que no estén directamente relacionados con el revuelo causado por el debut de la señorita Ainsley. —Y mientras decía esto, y notaba el ceño de desaprobación que se marcaba en el rostro afilado de *lady* Prudence, dos caballeros más avanzaron con paso decidido hacia el trío.

Lady Marston desalentó o directamente negó cualquier petición de baile para con Emma durante la siguiente media hora, de forma similar y casi descortés. Aun así, sí tuvo la gentileza de presentarla de manera generosa y favorable a damas de cierta relevancia, ya lejos de la vigilancia y la lúgubre compañía de *lady* Prudence. Las damas no se esforzaron por conocerla ni entablar verdadera conversación con ella, sino que hablaban a su alrededor y sobre ella, como si no estuviese justo delante. Emma sonreía con educación, aunque la expresión se le fue entumeciendo con el paso del tiempo… hasta que finalmente divisó la llegada del conde.

—Y aquí está Lindsey ahora —indicó una de las damas que conversaban con *lady* Marston—. Veo que los rumores no han mentido. Como un ave de presa, la forma en que su mirada encontró a su señorita Ainsley con tal rapidez es impresionante.

Emma se irguió y dirigió la vista hacia la puerta. Sí, allí estaba él, acompañado por dos hombres, ambos exhibiendo una postura ensayada de aburrimiento, mientras que la mirada del conde estaba efectivamente fija en Emma, aunque no pudo atribuir ninguna emoción a la ligera mueca que acompañaba su observación. Le sonrió, teñida de cierta exasperación y un dramático giro de ojos, para expresar su opinión sobre toda la tediosa charla, arropada como estaba en el seno de *lady* Marston y sus compañeras. Volvió la vista hacia las damas, pero no antes de captar el casi imperceptible relajamiento de su ceño. Por un breve instante, sus oscuros ojos se

iluminaron y sus labios parecieron esbozar una leve sonrisa. Seguidamente, Emma sonrió a las damas que la rodeaban, al tiempo que varias cejas se alzaban en su dirección, aunque ninguna pregunta acompañó esas miradas curiosas. Pocos segundos después, varias miradas se ampliaron y se fijaron más allá del hombro de Emma. Un escalofrío de conciencia, un cálido cosquilleo acariciando su nuca, le indicó que el conde se acercaba. Enderezando los hombros, presionó los labios hacia adentro, conteniendo la sonrisa que amenazaba con aparecer.

La joven no se giró, simplemente mantuvo la mirada fija en *lady* Walcott, una mujer inmensa tanto en altura como en corpulencia, a quien siempre recordaría como «la Dama de Gris», pues su vestido, su tez y su cabello compartían tonalidades similares. Los ojos de esta se movieron rápidamente bajo sus cejas fruncidas, alternando su mirada entre Emma y, presumiblemente, el conde que ahora se encontraba detrás de ella.

—*Lady* Marston, *lady* Walcott, *lady* Chester.

Era, sin duda, el conde. Su voz la envolvía con una calidez que estaba segura ninguna otra persona podría igualar. Finalmente permitiendo que la sonrisa aflorara, se giró, encontrándolo muy cerca, tanto que su mano rozó la de él a medida que sostenía una copa con algún líquido oscuro.

—Señorita Ainsley —saludó, como si no la hubiera acomodado en el carruaje de *lady* Marston poco más de una hora atrás.

—Lord Lindsey. —Detectó un atisbo de sonrisa en su mirada, lo cual le pareció improbable, ya que, siempre que había leído algo en su mirada, más a menudo era enojo o alguna otra emoción oscura.

Más tarde, culparía a su mirada decadente y afable por ponerla en la posición de tener que bailar en este abarrotado baile, en los brazos del hombre del que temía se estaba enamorando, y sin el más mínimo conocimiento de los pasos de ningún baile, y menos aún de un vals.

—Bailará conmigo, señorita Ainsley —dijo sin más, sosteniendo la mirada.

No fue una invitación, ni una expectativa esperanzada, sino una declaración, como si fuera algo inevitable, lo que hizo que Emma

tragara saliva y asintiera ante la arrolladora y confiada presencia de Zachary Benedict, conde de Lindsey.

Entonces, su mano quedó entrelazada con la del conde, y este la condujo hacia la pista de
baile, donde solo quedaban pequeños parches de colores, difusos y desvaídos, de la costosa pintura de tiza. Alejarse de las no tan agradables matronas le proporcionó una sensación de calma que se vio inmediatamente interrumpida al recordar que aún no sabía bailar, cuestión que no tardó en recordarle al conde.

—Espero que no estéis bajo la errónea suposición de que, entre el momento en que subí al carruaje de su madrina y este preciso instante, haya adquirido alguna habilidad que me sea útil en la pista de baile.

Zach dejó su copa vacía en la bandeja de un sirviente que pasaba y se colocó frente a Emma mientras los músicos comenzaban a tocar. Retrocedió hacia el perímetro de la pista, llevándola consigo.

—Sospecho que podría guiaros adecuadamente en un respetable vals —contestó, levantando la mano a la altura de su hombro, con la palma abierta.

—No tengo idea de por qué debería confiar en que estéis en lo cierto. —Consideró su fuerte mano, esperando por la suya. Lentamente, y con una profunda y valiente respiración, colocó su mano en la de él—. En cambio, lo hago.

Los labios de Zach se curvaron. Ella pensó que podría haberse sentido orgulloso de su audacia.

—Colocad vuestra otra mano sobre la parte superior de mi brazo —indicó, y cuando la joven obedeció, la acercó un poco más y colocó su mano libre debajo de su brazo y alrededor de su espalda.

Emma levantó la vista hacia él, lamentando la pérdida de su respiración pausada y su valentía.

—Os guiaré. No penséis en los pasos ni en hacia dónde debe ir. Escuchad la música y sentid mis movimientos, bajo vuestras manos y espalda. Es un movimiento muy sencillo de paso-deslizamiento-paso, comenzando con vuestro pie derecho hacia atrás.

Emma asintió. Cerró los ojos, concentrándose en la sensación del conde, una propuesta peligrosa para empezar, solo

marginalmente menos debido a la tarea que él le había encomendado. Hundió sus dedos en la firmeza de su brazo superior. Cuando Zach comenzó a moverse, ella mantuvo los ojos cerrados. Por tanto, retrocedió justo cuando él avanzó. Su tacto percibió su intención, el cual ella conoció por el sutil movimiento de su mano izquierda que necesitaba moverse hacia su izquierda. Y luego la mano en el lado derecho de su espalda apretó ligeramente y la envió en esa dirección. Aún no había abierto los ojos, dejando que los movimientos del conde instruyeran los suyos propios. Ciertamente, le tomó varias vueltas hasta dominar el deslizamiento-paso, pero sintió una cierta confianza en esto bastante rápido.

Finalmente, Emma abrió los ojos y encontró la mirada ardiente del conde sobre ella, iluminada con una luz inescrutable.

—Habéis sido muy valiente al deshaceros de vuestra cautela —afirmó Zach, aun girándola con tanta facilidad que parecía casi una segunda naturaleza para él.

Emma se encogió de hombros, más hacia adentro que hacia afuera.

—No tengo nada que perder, salvo causaros vergüenza. Me iré de Londres mañana, y si no os preocupa ser asociado con una muchacha cuyo nombre probablemente será olvidado antes de que siquiera regrese a Hertfordshire, entonces a mí tampoco.

—Podríais quedaros unos días más.

Emma vaciló ligeramente, pero el firme agarre del conde mantuvo el ritmo de su danza, recuperando la sincronización de inmediato.

—Paso, deslizamiento, paso —le recordó—. Creo que estáis disfrutando de vuestra estancia en Londres.

No dijo *«Me agrada teneros aquí»*. No dijo *«Por favor, quedaos conmigo»*. ¡Qué tonta había sido al darse cuenta justo ahora de que esas eran las palabras que anhelaba escuchar! Solo podía esperar haber ocultado con éxito la tristeza detrás de su sonrisa.

—Mentiría si dijera que no estoy disfrutando de esta visita a Londres. Pero echo de menos a Bethany, como podréis imaginar. Más que nada, estoy deseando verla mañana.

—Ah, de algún modo esperaba que esa fuera vuestra respuesta.

—¿Creéis que hemos cumplido nuestra misión en lo que respecta a la Molestia?

Zach soltó una breve carcajada.

—No me disteis su nombre cuando discutimos este plan por primera vez; solo era -en vuestras palabras- una molestia. La verdad sea dicha, incluso después de conocerla, seguía siendo *la Molestia* en mi cabeza —sonrió Emma.

—Eso es cierto —coincidió Zach—. Sin embargo, me atrevería a decir que hemos dejado clara nuestra postura. Este vals refuerza nuestra causa, ya que se habrá notado que ni vos ni yo hemos bailado ni bailaremos con nadie más esta noche.

—Eso suena bastante presuntuoso, milord —rebatió con otra sonrisa—. Creo que ya le he cogido el truco a esto de bailar. Podría probar estas habilidades recién adquiridas con algún pobre…

—No hagáis eso —dijo, perdiendo de inmediato el buen humor.

Emma apretó los labios. No. Él no tenía derecho a hacer eso. No le permitiría empañar esta velada con su constante y desconcertante deseo de controlarla.

—Lord Lindsey, yo…

La música terminó. «Muy abruptamente», pensó Emma, aunque en realidad no había prestado atención a las notas en varios minutos. El conde dejó de moverse, pero no la soltó; de hecho, apretó sus dedos alrededor de su mano.

—No os resultará tan fácil, tan perfecto, con nadie más que conmigo. Me refiero a bailar.

—Sois muchas cosas, milord: autoritario, terco, dictatorial, por nombrar algunas. Añadiré arrogante a la lista —bromeó.

El conde sonrió. Había algo de conocimiento y de desafío en su mirada.

—¿Acaso no tengo ninguna cualidad positiva a vuestros ojos?

Emma intentó retirar su mano, y él permitió que se deslizara. La pista se había despejado casi por completo. ¿Cualidades positivas? Dolorosamente apuesto. Indudablemente atractivo. A veces, muy amable. Tal vez lo que había soñado cuando era niña, antes de saber que los nobles no se enamoran de las criadas.

—Sois un bailarín excelente.

Le sonrió por última vez con tristeza y lo dejó allí, de pie, sobre lo que ahora era casi invisible: la cabeza de un caballo dibujado con tiza en la pista de baile.

Capítulo 12

Una hora más tarde, aburrida y algo desilusionada, ya que *lady* Marston apenas le permitía hablar con otras personas y había amenazado, provocado y avergonzado a varios pretendientes que se atrevieron a acercarse, Emma deseaba que la velada terminara. Cuanto antes regresara a la casa del conde, antes podría dormir, y así llegaría más rápido la mañana para poder marcharse. Le habría gustado bailar nuevamente, pero temía que el conde tuviera razón y que fracasaría estrepitosamente si no estaba en sus brazos. Había observado con cierto deleite varios de los *reels* y cotillones, pero no se sentía preparada para aventurarse en la pista con la mera esperanza de ejecutar correctamente los pasos.

Miró al reloj, muy ornamentado, situado sobre el arco de la entrada. La hora tardía explicaba en parte su fatiga; normalmente ya estaría en la cama a estas alturas, pues solía levantarse con el sol. Santo cielo, estaría agotada mañana.

—Nos dirigiremos abajo para la cena ahora —dijo en ese momento *lady* Marston—. No me gusta hacer fila como si fuera una mendiga en la sopa boba. Si nos movemos ahora, podríamos encontrarnos cerca del frente, aunque no se servirá hasta dentro de un cuarto de hora, al menos.

—Honestamente, no puedo imaginar poner algo en mi estómago a estas horas de la noche —declinó Emma.

Lady Marston resopló.

—Eso explicaría vuestra figura enclenque. Muy bien, quedaos aquí con *lady* Walcott. No os apartéis de su lado.

—Sí, mi señora.

La anciana se alejó tambaleándose, usando el bastón más de lo que lo había hecho durante la mayor parte de la noche, lo que llevó a Emma a preguntarse si realmente lo necesitaba. Sintiendo culpa por haber dejado a la dama a su suerte, Emma estuvo a punto de correr tras ella para ofrecerle su brazo como apoyo adicional cuando

vio que un hombre se acercaba a *lady* Marston. Compartieron una risa por algo, y el caballero extendió su brazo, al cual *lady* Marston se aferró sin vacilar.

La Dama de Gris estaba profundamente inmersa en conversación con otra matrona, prácticamente ignorando u olvidando la presencia de Emma, de modo que cuando un hombre se acercó y se plantó ante ella, Emma sonrió automáticamente, dando la bienvenida a la
distracción. Era sumamente apuesto, casi demasiado, si es que tal cosa era posible.

—He hecho averiguaciones —dijo el hombre—. No podía dejar de preguntarme quién podríais ser y cómo podría conoceros, señorita Ainsley.

—Me tiene en desventaja —reconoció la joven, enfrentándolo plenamente. Él tenía aproximadamente la misma altura que el conde, con hombros casi tan anchos, y le dirigió un par de vívidos ojos azules. Los ojos, notó ella, mostraban evidencia de frecuente buen humor, como lo indicaban las diminutas líneas de risa en sus comisuras.

—Tristan Noel, y por favor disculpad mi franqueza, pero hablemos de vos. —Se inclinó hacia adelante y comentó en voz baja —: Temo que los minutos disponibles para esta audiencia se verán reducidos una vez que *lady* M se entere.

Emma se mordió el labio, sonriendo.

—¿Me habéis estado espiando, señor? ¿O debería decir milord?

—Llámame señor, o *míster*, u *honorable*, o quizás *mi amado*. Lo que os plazca.

—Muy pretencioso.

—*He* estado espiándoos, mas sólo durante la mayor parte de la velada. No podía creer mi buena fortuna cuando *lady* M osó dejarla sin compañía, siendo de común conocimiento que jamás ha encontrado un bufé que no le agradase. Y dado que Lindsey parece haber dejado de fruncirle el ceño desde el otro lado de la sala, consideré oportuno presentarme.

—Es usted muy observador, debo decir, honorable señor Tristan Noel.

—Habéis omitido el *«mi amado»*. —Le guiñó un ojo—. ¿Bailareis conmigo?

—No lo haré.

Él se golpeó el pecho con la mano, como si estuviera mortalmente herido.

—*Lady* M, como decís, no lo vería con buenos ojos —explicó Emma—. Aunque podría pasear con vos.

—Eso bastará. Por ahora. Aunque no supongo que me permitáis llevaros lejos de esta multitud, a algún lugar más privado.

—No lo haría.

Comenzaron a caminar, Emma esperando que la Dama de Gris no la llamara para que permaneciera a su lado. Se mantuvieron en el perímetro de la sala, con la mano del caballero en su codo cuando era necesario sortear a otras personas.

—La señorita Ainsley debe de tener algo maravilloso entre esas dos palabras tan impersonales en su nombre.

—Así es.

—¿Y me diréis cuál podría ser ese nombre?

—Ese sería mi nombre de pila —respondió evasivamente, incapaz de evitar sonreír—. Creo que el vuestro es Tristan. Yo también tengo uno. Todos lo tienen, generalmente otorgado al nacer.

—Me estáis tomando el pelo de forma terrible, señorita Ainsley.

—En realidad, estoy pensando en qué hombre tan ingenioso sois, al haber convertido una pregunta tan simple en algo tan ocurrente.

—Y, sin embargo, este hombre tan ingenioso aún no ha aprendido vuestro nombre, lo que indica que mis sueños ahora serán tan condenadamente anónimos, con solo una señorita Ainsley danzando en ellos. Ahora estamos caminando, pero os ruego que no nos dejemos desviar por otros, que también pueden haber notado la ausencia de *lady* M y podrían verse tentados a aprovechar este momento.

—No lo haré. Decidme, honorable señor Tristan Noel, ¿es así como os encuentra en compañía de muchas jóvenes? ¿Abalanzándoos a ellas cuando no hay una carabina cerca?

—Creo, señorita Ainsley, que mis métodos podrían ser aplaudidos, por su creatividad y por la enorme paciencia que he demostrado.

—Pobre honorable señor Tristan Noel…

—Vuestro amado.

—Cuyos planes son tan enormemente subestimados.

—Señorita Ainsley del nombre secreto, ¿qué os trae a Londres? ¿Y cuánto tiempo podrá la ciudad deleitarse con vuestra presencia?

—He venido en una misión, en realidad.

—¿Del tipo misterioso?

—Naturalmente. ¿Hay algún otro tipo que merezca ser mencionado?

—No lo hay.

¡Oh, pero cuánto le agradaba Tristan Noel! ¡Qué buena compañía!

—Y este sería normalmente el momento en que revelase vuestra misión secreta —le instó.

—Señor Don Honorable Tristan Noel, no sería muy secreta si la divulgase ahora, ¿verdad?

—Ciertamente no lo sería. A menos, claro está, que supierais con certeza que los oídos que os escuchan no hablarán de ello.

—No conozco oídos que puedan hablar, Señor Don Honorable Tristan Noel.

—Oh, señorita Ainsley —pronunció, su sonrisa en ese momento diabólicamente encantadora—. Me alegra sobremanera que hayáis venido a Londres en una misión secreta, pero estamos perdiendo el tiempo ahora mismo, y debemos cesar con estas bufonadas para que yo pueda…

Emma se tapó la boca con la mano, sofocando una carcajada.

—¿Qué he dicho?

—Bufonadas. Qué palabra tan fabulosa. Ojalá la gente la usara más. Gracias por hacerlo, Señor Don Honorable Tristan Noel.

—Cualquier cosa por complaceros, señorita Ainsley. —Dejó de caminar y tomó su mano para mantenerla cerca. Cuando volvió a hablar, y mientras Emma aún le sonreía, él desvió su mirada de su rostro a algo detrás de ella. Su propia sonrisa se desvaneció, su tono

se volvió serio y habló rápidamente—. Temo que nuestro tiempo está a punto de ser abrupta y lamentablemente interrumpido. Os visitaré mañana. Decidme dónde y prometed que me recibiréis.

—Mañana ya no estaré aquí.

—No debéis marcharos.

—Pero lo haré.

—Os encontraré…

—Beckwith.

Emma se quedó helada al escuchar la voz del conde detrás de ella, provocándole una gran inquietud y no poca culpa. Ella y Tristan Noel se giraron al mismo tiempo. Él soltó su mano al hacerlo. El conde estaba allí, mirándolos con furia, habiendo observado cómo sus manos se separaban. Más específicamente, fulminaba con la mirada a *sir* Don Honorable Tristan Noel, quien debía ser, en realidad, milord Beckwith.

—Lindsey —contestó Beckwith, empleando el mismo tono gélido.

—Hola de nuevo, milord —dijo Emma.

El conde pasó unos segundos más mirando con malevolencia a lord Beckwith antes de decir:

—Venid, señorita Ainsley, *lady* Marston solicita vuestra presencia. —Levantó su mano.

Emma miró su mano, debatiéndose en rechazarlo. Pero no, no podía. Había venido a Londres para ayudarlo, no para causarle… lo que fuera que había endurecido su expresión y encendido ese fuego en su mirada. Colocando su mano en la de él, se volvió hacia lord Beckwith y le sonrió una vez más.

—Ha sido un placer, milord.

La mirada de Beckwith se mantuvo en la de ella. Asintió, si bien la joven pudo ver que deseaba decir más. Notó las venas palpitantes en su cuello, sobre su sedoso *cravat* de color crema. Con una feroz mueca que no se molestó en ocultar, miró nuevamente al conde y luego hizo una reverencia a Emma, suavizando su mirada.

—El placer ha sido enteramente mío, señorita Ainsley.

El conde la condujo lejos del caballero y del salón de baile, guiándola escaleras abajo, donde Emma supuso que *lady* M la

esperaba.

Su mano sobre el brazo de ella era firme -no dolorosa, pero sí notablemente pesada-mientras la dirigía por los escalones y luego, sorprendentemente, hacia una habitación oscura en el primer piso, lejos del bufé y de su madrina. Una vez dentro de la estancia, iluminada solo por la tenue luz de la luna que se filtraba a través de una pared de ventanas, el conde cerró la puerta y la giró hacia él.

—No podéis -¡no debéis!- encontraros a solas, y tomando de la mano, y riendo, por el amor a la bondad, con ningún hombre. Y jamás -¡nunca!- con Beckwith. Y absolutamente no podéis permitir que él u otro cualquiera se aproveche tan fácilmente de vuestros encantos.

—No lo he hecho…

—Sí lo habéis hecho —interrumpió—. Le sonreísteis, y maldita sea, él lo aprovechó, lo tomó como la invitación que pretendíais.

Emma lo miró, atónita. Y muy enojada. Estaba siendo irrazonablemente ridículo.

—e habéis abordado y sacado de la sala pública, y arrastrado a una habitación oscura y vacía, y me habéis hablado en este tono detestable, y ahora pretendéis instruirme sobre lo que puedo o no puedo hacer… ¿porque he sonreído a una persona?

Y allí estaba de nuevo esa famosa mueca, la respiración por la nariz, el *tic* en la mejilla, la mirada tormentosa de la que había sido destinataria en demasiadas ocasiones para contar. ¿Oh, la detestaba tanto? Como había notado previamente cuando él le había dirigido tantas miradas similares, sus ojos se movieron de la mirada airada de ella a sus labios y de vuelta. En ese momento su mano, aun sosteniendo la de ella, la tiró hacia él, con tal fuerza que casi chocó contra su pecho. Solo su otra mano, levantada y presionada entre ambos, evitó que realmente colisionara con él. Abrió la boca para protestar por este trato salvaje, pero encontró sus palabras ahogadas por su beso.

Zach la besó con fervor, soltando ahora su mano para envolverla en sus brazos. Su abrazo era fuerte, su beso castigador. Emma gimió, lo que de inmediato disminuyó la severidad de su abrazo, aunque no abandonó el beso. Sus manos se extendieron por su

espalda, una subió hasta la piel desnuda sobre la parte posterior de su vestido, sus dedos dejando un rastro de llamas punzantes a su paso. Su boca se deslizó sobre la de ella, su lengua se introdujo entre sus labios. Ella gimió de nuevo, pero no de miedo. Sus dedos se aferraron a las delgadas solapas de su chaqueta, su rostro se elevó hacia él, su lengua encontró la de él y un calor comenzó a crecer en lo más profundo de su vientre. Torpemente, sabiendo solo lo que su beso anterior le había enseñado, Emma deslizó sus manos por su chaqueta, sobre sus anchos hombros y hasta el cabello en su nuca. Inclinó la cabeza, dándole mejor acceso, devolviendo su beso con igual fervor, mientras se presionaba contra la firmeza de su cuerpo. El conde besaba, lamía, provocaba y saboreaba, y ella no podía hacer más que seguir su guía, feliz de ir donde él la llevara.

Una de sus manos abandonó su espalda, deslizándose hacia el frente, entre sus cuerpos, y tomó el pleno peso de su pecho en el preciso instante en que Emma fue consciente de su creciente erección, presionando justo debajo de su vientre. La consciencia la atrapó. Bajó sus manos y, con toda la débil fuerza que le quedaba, lo empujó alejándolo. Jadeando, llevó sus dedos a sus labios hinchados y lo miró fijamente. Él respiraba pesadamente, y aquella ceñuda expresión aún permanecía, o había regresado. Y finalmente, Emma creyó entender. Los ceños fruncidos y las miradas oscuras no representaban particularmente enojo hacia ella. Debía considerar seriamente que todas aquellas veces que lo sorprendió mirándola tan febrilmente, tan aterradoramente, el conde estaba simplemente asediado por esta necesidad de besarla. ¿No eran ceños fruncidos en absoluto, sino el conde luchando consigo mismo, intentando no besarla? ¡Santo cielo, eso sugería tantas ocasiones de una batalla interna, librada consigo mismo, para… no besarla! ¿Podría ser esto cierto?

Pero ¿por qué no querría besarla? Ella conocía sus propias razones prácticas y cautelosas para esperar que él no la besara, aunque tantas partes de ella desearan que lo hiciera. Pero ¿cuáles podrían ser sus razones para no permitirse besarla?

Su propia respuesta, -¡Oh, sus besos eran peligrosos!-, era otra cuestión desconcertante por completo.

Las palabras anteriores de *lady* M, sus advertencias pronunciadas dentro de su elegante carruaje, resonaron en la mente de Emma en ese momento. «Él está jugando con vos, nada más».

Emma descargó su frustración en él, la molestia de no saber realmente qué estaba sucediendo entre ellos, el temor de que *lady* M simplemente hubiera dicho la verdad.

—Debéis decidir qué es lo que estáis haciendo conmigo, o qué pensáis de mí, o qué… No podéis un día decirme que luzco deslumbrante y luego besarme. Pero lográis parecer como si no quisierais besarme. Y luego actuáis como si nada hubiera pasado. Y luego bailáis tan maravillosamente un vals conmigo y ahora me regañáis por simplemente hablar con un hombre y luego… y luego me besáis de nuevo, aunque parecéis como si no pudierais soportar verme. No entiendo este comportamiento. ¿Y vos? ¿Acaso entendéis siquiera lo que estáis haciendo? ¿Qué motiva vuestros besos y vuestro malhumor y vuestro a veces muy agradable trato hacia mí?

Zach la miró fijamente. Al final, cuando ella pensó que podría ofrecerle alguna disculpa, habló, pero sus palabras solo la dejaron más desconcertada.

—¿Están los besos de alguna manera relacionados con el *a veces muy agradable trato*?

Fue perfecta, en realidad, su respuesta despreocupada. Tal vez solo esta noche, en medio de aquel beso y lo que vino justo después, se había convencido a sí misma de que él podría sentir un interés genuino y serio por ella; quizá él también estaba asediado por pensamientos sobre ella, como le pasaba a ella con él tan malditamente a menudo; tal vez su deseo de besarla nacía de un afecto real; tal vez aquella no sería su única visita a Londres, quizá volvería a caminar a su lado. La realidad se desplomó con sus palabras, y justo a tiempo.

«Qué ridícula soy. Me estoy enamorando de él, y para él no soy más que un capricho pasajero, sigo siendo la doncella de Hertfordshire que puede o no haber sido amante de su padre».

Así que esa parte de él que luchaba tantas veces por no besarla -si es que ahora entendía todo con claridad- no era más que el

pequeño ápice de honor que aún le quedaba, negándose a aprovechar la ocasión para arruinarla. Quizá -¿y qué sabía ella, en realidad?- su parte más baja se sentía atraída por la doncella, pero su yo recto no podía permitir semejante bajeza. No importaba. Desde el día en que se conocieron, habían estado en desacuerdo. Lo más sensato y seguro era que siguiera siendo así.

—A partir de ahora me comportaré con mayor contención —le dijo, sacudiéndose mentalmente el poder que él ejercía sobre ella, aunque en ese momento él ni siquiera la rozaba. Le dedicó lo que esperaba con todas sus fuerzas que fuera una mirada de desprecio, se dio media vuelta y lo dejó atrás.

No buscó a *lady* M, sino que se retiró a un rincón tranquilo de la planta superior, una habitación apartada del salón de baile. Supuso que se trataba de la sala de música, pues en una esquina de la estancia empapelada de rojo se alzaba un piano de cola, y cerca de este, un alto y dorado clavecín, cuyas cuerdas punteó distraídamente al pasar junto a él.

—Ah, una nota melancólica, si alguna vez he oído una.

Emma dio un respingo, llevándose ambas manos al pecho, y se giró para encontrar a un anciano sentado solo en un gran sofá rojo de rayas.

—Lo siento muchísimo —balbuceó—. No sabía que la habitación estaba ocupada.

El hombre alzó unos cansados ojos verdes hacia ella, bajo unas cejas pobladas que seguramente lucían más cabello que la parte superior de su cabeza, aunque por encima y alrededor de sus orejas, un cabello gris y encrespado caía peinado hacia adelante, rozándole las
mejillas con estudiado esmero.

—No os disculpéis, querida —dijo amablemente.

—¿Os encontráis bien, señor? —preguntó, dando unos pasos más hacia él, preocupada al verlo inclinado hacia la izquierda.

Ante su expresión de inquietud, él se irguió.

—Oh, me encuentro perfectamente. Solo matando el tiempo hasta que podamos regresar a casa —apoyó el brazo en el reposabrazos del sofá y se sostuvo la barbilla con la mano.

—¿Puedo? —preguntó Emma, y se sentó en el centro del sofá cuando él asintió con una sonrisa—. ¿A quién está esperando? ¿Quién es ese «podamos»?

—A mi hijo —contestó, con un tono que dejaba entrever que llevaba ya un buen rato esperando.

—¿Habéis comido algo? Puedo traeros…

Él alzó una mano y agitó los dedos con suavidad.

—Sois pura bondad, querida mía, pero no tengo mucha hambre.

—¿Os molesta que le haga compañía, o prefiere que le deje solo?

El hombre retiró la barbilla de la palma de la mano y se giró para mirarla bien.

—Sois una jovencita encantadora. No me importaría la compañía, pero una muchacha tan simpática como vos probablemente querrá estar bailando y viendo a algún joven necio pelear por su atención.

Emma soltó una carcajada.

—Esta muchacha no, señor. Soy Emma Ainsley, y me complace acompañaros. Creo que por esta noche ya he tenido suficiente de necios, jóvenes y no tan jóvenes.

—Perdonadme por estar demasiado cansado como para levantarme y hacer una reverencia en condiciones, señorita Ainsley —dijo, moviéndose ligeramente y ofreciéndole la mano derecha—. Hadlee. Encantado de conoceros.

Emma le estrechó la mano, y él se la apretó con cortesía.

—¿Puedo haceros una pregunta? Es un poco embarazosa.

El hombre se irguió, pareciendo de repente más despierto. Una ceja poblada se alzó por encima de unos ojos agrandados por el interés.

—Suena intrigante. Adelante, preguntad.

—No soy… nadie, en realidad. Más bien una impostora aquí, siendo sincera —confesó rápidamente, aunque añadió enseguida—: Aunque he venido con el patrocinio de *lady* Marston —aclaró con premura, al ver cómo se le fruncía el ceño tras sus primeras palabras —. No quiero avergonzarme ni avergonzarla a ella, pero cuando os habéis presentado simplemente como

Hadlee… ¿Qué significa eso? ¿Es su título? ¿Su apellido? ¿Y cómo debería dirigirme a vos?

Al ver que él parecía algo desconcertado, Emma se mordió el labio y se cubrió la cara con las manos.

—Qué humillante —murmuró entre los dedos.

—Venga, señorita Ainsley —comentó el anciano, estirando la mano para darle unas palmaditas y apartarle una de las manos del rostro—. Solo me habéis sorprendido, nada más. No os preocupéis. Le he dado mi título: Hadlee. Cuando alguien se presenta con un solo nombre, debe suponerse que es un lord. Si no perteneciera a la nobleza, supongo que me presentaría con mi nombre y apellido. —Frunció los labios—. Quizá solo con el apellido. No estoy del todo seguro. Encantado de conoceros. Soy el señor Fiske —añadió, como si estuviera recapacitando—. No creo que nadie fuera de la nobleza diga: «Hola, soy George Fiske».

—¿George Fiske? —Emma se llevó una mano al pecho con un golpe.

El hombre soltó una risa áspera, antigua como una montaña.

—No había oído ese nombre en años. Llevo tanto tiempo siendo Hadlee…

—¿Pero vos sois George Fiske?

—Sí, lo he sido toda la vida. Pero no podéis dirigiros a mí así delante de otras personas. Suelen ponerse un poco…

—He encontrado vuestras cartas. Tengo vuestras cartas a Caralyn Withers —soltó Emma de golpe.

Y ahora fue él quien se quedó pasmado, con la mandíbula colgando, mirándola como si acabara de anunciar que había encontrado el Santo Grial. Pero Emma asintió con entusiasmo, el corazón latiéndole con fuerza.

—¿Cómo conocéis a Caralyn? ¿Quién *sois*?

—No soy nadie, os lo aseguro. Pero estuve… alojada en casa del conde de Lindsey, en Hertfordshire. Yo… bueno, estaba curioseando un día, simplemente explorando aquella casa tan antigua y magnífica, y encontré un montón de cartas. Encontré las cartas que escribisteis a Caralyn.

Le sonrió, mientras el rostro del anciano se volvía tan pálido como el mármol del suelo.

—¿Qué pasó? ¿Es vuestra esposa? —Sus ojos se agrandaron—. ¿Está aquí?

Todo su cuerpo delgado pareció hundirse en el sofá. Los hombros caídos, las manos muertas a los costados, la mirada clavada en el regazo.

—¿Milord? —Caralyn Withers no era su esposa, dedujo Emma. Su corazón y sus hombros
también se vinieron abajo—. Lo siento. Qué imprudente por mi parte. No obstante, me hizo
tanta ilusión saber que erais vos… ni siquiera pensé que quizás…

Se detuvo cuando él empezó a negar con la cabeza.

—No tenéis que disculparos. Solo… me sorprendisteis. Hacía… hacía cuarenta años que no oía ese nombre.

Emma guardó silencio, permitiéndole al anciano recuperar la compostura y los recuerdos.

—Cuarenta años. —Tras largos minutos, su mirada, húmeda, volvió a encontrarse con la de ella.

—Lloré al leer esas cartas. Eran tan hermosas —relató Emma suavemente.

—Estaba loco por ella. —Esbozó una sonrisa con mueca.

—Lo sé. Está todo tan claro, tan sincero en lo que escribió. ¿Qué… puedo preguntar qué pasó?

—Ella no me amaba. —Sus hombros frágiles se alzaron en un encogimiento.

—Eso no puede ser verdad —replicó Emma, aunque no estaba nada segura. Pero no quería que fuera cierto. Con una risita nerviosa, confesó—: Me enamoré un poco del George Fiske que escribió aquellas palabras tan preciosas.

Él se recostó, se enderezó ligeramente, y deslizó las manos arriba y abajo por los muslos.

—La amé desde el primer momento en que la vi. Había venido a Londres con *lady* Julianne Morrissey, como su acompañante. No pertenecía a la nobleza.

Emma no interrumpió, pero reconoció aquel apellido, Morrissey. Era, esencialmente, el linaje que ella fingía tener, un vínculo con los Morrissey.

George Fiske se volvió hacia Emma y sonrió de manera afable.

—Como vos, ella destacaba. Era imposible no verla. Claro que muchos se echaban atrás por no tener un buen linaje, por ser simplemente una parienta pobre. Ah, pero era extraordinaria, tenía unos ojos increíbles, y su risa… su risa era como el canto de los ángeles, os lo juro. —Volvió a sonreír, seguramente divertido por su propio arrebato, pensó Emma—. Nos conocimos, hablamos, nos enamoramos. O eso creía yo. Cuando la temporada estaba a punto de terminar, le pedí su mano. Me rechazó.

—¿Pero por qué? —Esa había sido, durante tanto tiempo, la pregunta que ardía dentro de Emma.

—Nunca lo dijo —su voz se quebró—. Después de todas esas cartas, solo me respondió una vez… para pedirme que dejara de escribirle. —Miraba al frente, quizá viendo solo el pasado—. ¡Ay! Pero qué terca era, estaba convencida de que no hablaba en serio, que solo estaba coqueteando —admitió, y con una sonrisa ladeada dirigida a Emma, confesó—: La verdad es que en aquella época era algo canalla.

Emma sonrió. George Fiske era un hombre muy amable, quizás suavizado por los años.

Intentó imaginar cómo habría sido en su juventud, su porte, su rostro.

—¿Pero dónde está? Tengo la sensación de que se marchó de Benedict House con bastante prisa.

George Fiske suspiró, y con ese suspiro se le escapó una profunda tristeza.

—Fui a aquella casa, vi a Caralyn justo antes de Navidad, en 1774. *Lady* Morrissey estaba muy enferma. Caralyn apenas podía, o quería, dedicarme unos minutos. Cuando su señora falleció tres días antes de Navidad, ella simplemente desapareció… sin aviso, sin decir adónde iba. Se marchó… me dejó.

—Lord Hadlee, lo siento muchísimo.

—No hace falta. Fue hace tanto tiempo ya…

—Pero aún la echa de menos.

Hizo una mueca.

—Solo cuando pienso en ella —reconoció, y luego se volvió hacia Emma, girándose de verdad para encararla—. Sin embargo, habéis dicho que ahora estáis bajo el patrocinio de *lady* Marston. Ella conocía a Caralyn Withers. Se criaron prácticamente juntas, junto con la madre de Lindsey, Bárbara Morrissey. *Lady* Julianne era la tía abuela de Bárbara, si no recuerdo mal.

—Entonces *lady* M podría saber qué fue de su Caralyn —sugirió Emma, con una chispa de esperanza.

Él negó con la cabeza.

—La interrogué en su día. No tenía más idea que yo. Curiosamente, *lady* Marston -en aquel entonces era simplemente *lady* Leticia- y yo estábamos destinados a casarnos. No obstante, yo había conocido a Caralyn y ella se había fijado en Marston, así que ambos nos retiramos. A las familias no les hizo ninguna gracia, pero lo permitieron. Los Marston eran una familia muy adinerada.

—Pero tiene un hijo, así que al final debió casarse.

—Amelia Frere. Algunos años mayor que yo. Parecía una elección segura, no intentaría arrebatarme el corazón que ya pertenecía a Caralyn, no es que pudiera hacerlo. No era… terrible. Simplemente, no era Caralyn. Murió hace ya una década, quizá más.

Emma se mordisqueó el labio, atrapada en sus propios pensamientos.

—Lord Hadlee, ¿os gustaría recuperar esas cartas?

Su rostro se iluminó, sus cejas se alzaron con sorpresa.

—¿Creéis que sería posible?

—Son vuestras, milord. Por supuesto que debéis tenerlas.

—Me gustaría mucho. —Inclinó la cabeza y volvió a frotarse las manos sobre los muslos.

Emma pasó el resto de la noche con George Fiske en la sala de música, sin pensar apenas
en el conde o en *lady* Marston, que quizá la buscaban o, al menos, se preguntaban dónde podría estar. Gente entraba y salía de la sala, buscando también un respiro del bullicio y la aglomeración del baile. Más de una vez, una pareja joven irrumpía con la clara esperanza de

encontrar el lugar vacío, y se marchaban con premura al ver que no lo estaba. Tras aproximadamente media hora, durante la cual lord Hadlee y Emma intercambiaron más historias de vida y anécdotas del pasado, un hombre entró en la sala. Esta vez, no se marchó al ver a la pareja tan poco habitual sentada en el sofá, sino que se dirigió hacia ellos con paso decidido.

—Mi hijo —anunció Hadlee. Por muy animado que hubiera estado en la última media hora, su tono ahora se volvió agrio—. Demasiado parecido a su madre —susurró a Emma, antes de alzar la voz—. Ah, ahí estáis, Peter.

El hombre, que a juicio de Emma no se parecía en absoluto a una versión más joven de George Fiske, se plantó ante el sofá y la miró con una lasciva estudiada. Fue profundamente incómodo.

—Por todos los infiernos, Peter —gruñó lord Hadlee—, dejaos de… lo que demonios sea esa expresión lamentable que intentáis poner. Solo veo desesperación y sinsentido.

—¿Pero no vais a presentármela, padre?

Peter Fiske era bajo, donde su padre era alto y esbelto; regordete, frente a la delgadez de lord Hadlee; y tenía un cutis desafortunado, lleno de manchas y cicatrices. Pero lo que más repelía a Emma eran sus ojos: oscuros y salvajes, pasando nerviosamente de entrecerrados a muy abiertos, la observaban como si no fuera más que un manjar sobre el *buffet*, y él, un hombre famélico.

—No lo haré. Aún es muy inocente, no ha conocido a personas como vos. —George Fiske se levantó del sofá. Le tendió la mano a Emma y la ayudó a ponerse en pie también—. Os acompañaré de vuelta con seguridad hasta lord Lindsey.

—Puedo llevarla yo —se ofreció Peter, dejando escapar una fina línea de saliva tras la propuesta.

Tanto lord Hadlee como Emma se erguían notablemente ante Peter Fiske.

—No es una mascota que necesite salir a pasear —espetó lord Hadlee a su hijo mientras
apartaba a Emma de él—. Os lo juro, señorita Ainsley, intenté durante años cogerle

cariño. No puedo.

Emma frunció los labios ante aquella triste confesión, aunque se había dado cuenta bastante
pronto de lo distintos que eran lord Hadlee y su hijo.

Salieron al vestíbulo y se toparon de frente con *lady* Marston y el conde, que estaba acomodándole la capa sobre los hombros cerca de la puerta principal.

—¡Ahí estáis! —exclamó *lady* M, claramente molesta. Y entonces se le escapó un suspiro visible cuando vio quién acompañaba a Emma.

—Llevo veinte minutos buscándoos —dijo el conde, con cierto tono de reproche, sin parecer preocupado por tener audiencia.

Quizá ni siquiera la tenían. Emma ignoró al conde y observó el silencioso intercambio entre *lady* M y lord Hadlee, sin poder creer lo que veían sus ojos al notar cómo un leve rubor subía por las mejillas de la anciana.

—Cuánto tiempo, ¿eh, Leticia? —saludó lord Hadlee.

—Así es, George.

Emma se giró de golpe para mirar a *lady* M, intentando imaginar de dónde había salido esa mujer que hablaba con voz suave y musical, con mejillas sonrosadas y ojos dulces. Se llevó la mano a la boca para contener una risilla. *Lady* M se comportaba como una quinceañera atolondrada.

«Está enamorada de él», comprendió Emma, con los labios entreabiertos. «Madre mía».

—Quizá estemos un poco mayores para esto, Letty —dijo lord Hadlee, arqueando las cejas con picardía y una sonrisa torcida.

—Hablad por vos, Georgie —replicó *lady* M, golpeando juguetonamente el suelo con su bastón—. Este cacharro me servirá durante muchos años más. Eso, y dos copitas de brandy al día.

—Me alegra veros, Letty. —Lord Hadlee soltó una carcajada.

—Y a mí, anciano.

Emma observó cómo *lady* M se alejaba, más erguida y alta de lo que habría imaginado. Miró hacia arriba, a lord Hadlee. Se dio cuenta de que él no tenía ni idea, viendo cómo la sacaba de su mente en cuanto se dio la vuelta.

—¿De verdad queréis que baje a vuestra casita y recoja mis cartas?

—Tenéis que hacerlo, sin falta. —Emma le cogió las manos y le sonrió con ternura. Seguidamente, se volvió y vio al conde, que aguardaba con la capa de Emma colgada del brazo, contemplando su intercambio con Hadlee.

—¿Podría lord Hadlee ser bien recibido en Benedict House?

—Por supuesto —concedió el conde, visiblemente desconcertado, aunque cortésmente conforme.

—Enviad un aviso a Benedict House con sus planes. Ellos harán llegar cualquier nota hasta
mí. —Emma le sonrió a lord Hadlee. A continuación, se puso de puntillas y besó sus mejillas arrugadas, primero una, luego la otra. Apretando sus manos, casi chilló de emoción—: Estoy encantada de haberle conocido. No puedo esperar a vuestra visita.

—¿Cómo? ¿Benedict House? —quiso saber Peter Fiske, que también había llegado al vestíbulo.

George Fiske ignoró por completo a su hijo.

—Me habéis alegrado el día… diría incluso que el año —le dijo a Emma, apretando sus fríos dedos alrededor de los de la joven—. Nos veremos dentro de unas semanas.

Emma permitió que el conde le colocara la capa sobre los hombros. Además, le consintió que dejara las manos apoyadas ahí un instante más de lo estrictamente necesario. Saludó con la mano a lord Hadlee y se dispuso a marcharse junto al conde, pero entonces vio a Tristan Noel, apoyado con desgana en una columna cerca de las escaleras. Le sonreía, y tuvo la osadía de guiñarle un ojo, aunque Emma estaba segura de que el conde lo había visto también. Y de pronto, le dio absolutamente igual. Le devolvió la sonrisa a Tristan Noel y también le saludó con la mano.

—Buenas noches, excelentísimo señor *sir* Tristan Noel —expresó, mientras tomaba el brazo del conde y salía de aquella imponente casa.

Por supuesto, semejante atrevimiento no quedó sin castigo.

—Señorita Ainsley, os convendría recordar a quién debe vuestro patrocinio. No deberíais haberos comportado con tanta… familiaridad

con un hombre tan respetado como lord Hadlee. Y desde luego, no deberíais haber sido tan imprudente con Beckwith. Es un libertino de primera categoría —declaró de manera gélida una vez dentro del carruaje negro como la noche del conde, iluminado únicamente por un farol que oscilaba en su interior.

—Sí, milord —respondió la joven con rapidez, lo que pareció sorprenderle y, al mismo tiempo, apaciguarle. A Emma no le interesaban lo más mínimo las opiniones del conde -ni las de *lady* M- sobre lo que consideraban una conducta adecuada. Beckwith y lord Hadlee habían sido lo mejor de su noche. Y aunque aún no comprendía del todo la mentalidad del *beau monde* en lo relativo al comportamiento en público…

—¿Así sin más? ¿Sin discutir? —interrumpió el conde sus pensamientos.

Emma soltó un suspiro cansado.

—*Lady* M pasó la noche siendo cada vez más desagradable con cualquiera que intentara
hablar conmigo, hasta el punto de que fue tan embarazoso que deseé que el suelo se abriera bajo mis pies. Espantasteis a un hombre con una mirada feroz solo porque se atrevió a hablar conmigo -ese hombre tan osado que, imaginaos, me trató como si nuestras mentes y nuestras personas estuviesen al mismo nivel- ¡el descaro! Y luego, si no recuerdo mal, fuisteis vos quien realmente me abordó en una habitación oscura, poniendo vuestras manos y sus labios sobre mi persona de una forma de lo más íntima y escandalosa… cosa que, por cierto, lord Beckwith no hizo. Por favor, milord, continuad ilustrándome sobre el comportamiento decoroso y aceptable. Soy toda oídos.

El resto del trayecto, tras las palabras de Emma, transcurrió en completo silencio.

Capítulo 13

De algún modo, a la mañana siguiente, Emma no se sorprendió del todo cuando la señora Downing le informó con frialdad que el conde ya había salido de la casa y que ella regresaría sola a Benedict House.

«¡Alabado sea el Señor!», fue su respuesta silenciosa ante semejante noticia.

No perdió tiempo y avisó a la ama de llaves de que estaría lista en menos de una hora. Subió corriendo las escaleras justo después del desayuno y preparó ella misma su pequeño equipaje.

Alguna forma despreciable de melancolía le impidió llevarse el fabuloso vestido de baile azul, que quedó extendido sobre la cama cuando se marchó. Le dio una última caricia a los flecos del bajo y, con su bolsa y su capa en mano, salió de la habitación.

Casi dos horas más tarde, llegó a Benedict House. Debieron de ver la polvareda que levantaba el carruaje en la carretera principal, porque la señora Conklin, SueEllen y Thurman la esperaban en los escalones de la entrada. Emma solo tenía ojos para Bethany, que reposaba dulcemente en brazos de la ama de llaves. Aunque estaba segura de que la señora Conklin le habría dicho a Bethany a quién esperaban, los ojitos de su hija no se iluminaron hasta que Emma puso un pie fuera del carruaje. La niña corrió directamente hacia ella, y la señora Conklin avanzó también, encantada de facilitar aquel reencuentro. Bethany chillaba y reía, y luego se retorcía cuando Emma la apretaba contra sí con todas sus fuerzas.

—¿Os ha gustado Londres, señorita? —preguntó la señora Conklin, rondando alrededor de ambas a medida que apartaba con cariño un mechón del cabello caído de Emma, aunque esta aún tenía el rostro enterrado en la carita de Bethany.

Emma respiró hondo y alzó la mirada hacia la señora Conklin.

—A decir verdad… ha sido tan maravilloso como horrible.

La ama de llaves y el mayordomo se sonrieron con complicidad.

—Probablemente esa sea la percepción general —dijo la señora Conklin.



Una semana después de su regreso de Londres, durante la cual el asiento del conde en el
Parlamento lo mantenía a menudo lejos de Benedict House, Thurman -como era habitual últimamente- le informó a Emma que la transacción se había completado y que la casa estaba lista para ser ocupada de inmediato. Emma interpretó esto como que debía marcharse y ya.

Como no tenía más pertenencias que una maleta prestada con las prendas recién adquiridas, Emma respondió de forma apresurada y entusiasta a Thurman que estaba lista para marcharse en ese mismo momento. Si al mayordomo le sorprendió semejante anuncio, no lo demostró. Asintió amablemente y le dijo que haría preparar el carruaje. Así pues, Emma y Bethany, tras despedirse de la señora Conklin y de varias doncellas, subieron al carruaje abierto y se alejaron de Benedict House sin mirar atrás. La señora Conklin se había inquietado con su partida, preguntándose si no sería mejor esperar a que su señor regresara de Londres. Mientras Peter y el carruaje aguardaban, Emma fingió no oírla y subió con Bethany, que insistía en subir sola y ocupar su propio asiento. Y así lo hizo, y ambas saludaron alegremente con la mano a los pocos miembros del personal que habían salido al patio a despedirlas.

Veinte minutos después, Emma se encontraba en el interior de su nuevo hogar, aún maravillada por su buena fortuna, bendiciendo en silencio a Michael Benedict por la hermosa persona que había sido y rezando -a medias- para no volver a ver jamás al actual

conde. Pensó que tal vez se toparía con Henry, el encargado, pero no encontró rastro de aquel hombrecillo peculiar.

Con la necesidad de mantenerse ocupada, Emma subió con Bethany en brazos y tomó decisiones sobre qué habitaciones ocupar. Buscó y encontró sábanas limpias para las camas. Imaginó que era un buen momento para que Bethany dejara la cuna y pasara a una cama infantil, y eligió para ella el dormitorio del frente. Para sí misma, escogió la habitación contigua, orientada al este. Le gustaba recibir el sol al despertar, y había tenido esa suerte en su antigua estancia en el King's Arms. Como anteriormente había sido su oficio, Emma tardó poco en hacer las camas, vigilando con un ojo a Bethany, que exploraba curiosa su nuevo entorno. Por un momento se preocupó por el efecto de tantos cambios recientes en una criatura tan pequeña, pero al recordar el carácter alegre y constante de Bethany, volvió a pensar en la querida señora Smythe y en su sabio consejo: un niño sigue el ejemplo del adulto, y si ella mostraba alegría y fortaleza, su hija también lo haría.

Cuando terminó esta tarea, ambas exploraron el resto de la planta baja. Emma se sorprendió al ver que la despensa y las alacenas estaban abastecidas, y que frutas y verduras frescas reposaban en cuencos y cestas sobre la mesa de cortar en medio de la cocina. Tomó un tomate y lo apretó levemente para comprobar su firmeza, pero se giró con brusquedad al oír abrirse la puerta de la cocina. Se relajó de inmediato al ver a Henry en el umbral, con las rodillas dobladas de tal modo que parecía dispuesto a sentarse, aunque el resto de su cuerpo no acompañara la intención.

—Buenos días, señorita —la saludó Henry. Luego reparó en Bethany, que intentaba trepar por un taburete de patas altas junto a la mesa de cortar—. Y una pequeña señorita, también.

—Hola, Henry —respondió Emma, y presentó a Bethany únicamente por su nombre. No tenía claro el protocolo en estos casos: ¿debía contarle a todo el mundo la historia de Bethany, incluso a quien no le incumbía?

—Pensaba que quizá mañana podría llevarla al pueblo, enseñarle dónde tiene que ir para hacer sus compras, esas cosillas.

—Henry, ¿no os marcháis con la familia que antes era dueña de esta casa? —Emma frunció el ceño. Temía su respuesta, porque Emma, desde luego, no tenía dinero para pagarle ni su tiempo ni su trabajo.

—El conde arregló que me quedara con Daisies Cottage, señorita. Tal vez solo por unas semanas, hasta que estéis asentada.

La noticia alegró a Emma, y no pudo evitar sorprenderse por la consideración del conde en este asunto. Le parecía poco propio de él. Aunque rápidamente se dijo que eso era un juicio injusto y apartó el pensamiento de su cabeza.

—Me alegra teneros aquí, por el tiempo que sea, Henry. Y espero no seros una molestia.

Pero Henry solo agitó la mano a medida que observaba los persistentes intentos de Bethany por subirse al taburete.

—Forma parte del trato, señorita, tanto si sois una molestia como si no.

—Oh… bueno, eso está bien —dijo Emma, aunque captó la media sonrisa del anciano y respiró algo más tranquila. Por un instante, pensó que tal vez debería preguntar al conde cuál era el acuerdo exacto con Henry, por aclararlo.

Y justo cuando su nombre cruzaba fugazmente por su mente, su imagen apareció ante ella, de pie en el mismo umbral por donde había entrado Henry.

—Ah, ahí estáis, milord —hizo un gesto a Henry a modo de saludo—. Me marcho entonces, señorita. Hasta mañana.

—Gracias, Henry —saludó, mientras este salía de la casa, saludando con la cabeza a Zachary Benedict al pasar a su lado. Emma deseó que Henry se hubiese quedado. La expresión en el rostro del conde hablaba claramente de disgusto, aunque solo podía suponer cuál era el motivo.

—Tuve la sensación de que os fuisteis de Londres con cierta enemistad entre nosotros. No quería -no quiero- que eso se mantenga —habló con brusquedad.

Y justo cuando Emma pensaba que tal vez podía aferrarse a esa rama de olivo, él volvió a hablar, dándole razones para pensar que en realidad disfrutaba del conflicto.

—En cambio, luego cabalgué sin descanso desde Londres en cuanto tuve oportunidad, y descubrí que os habíais marchado de Benedict House sin tan siquiera un «con vuestro permiso».

Emma se irguió, ofendida tanto por el tono como por las palabras. Casi entre dientes, habló antes de pensar mejor lo que iba a decir.

—Milord, no sabía que le debía nada. No se me informó de que el legado de vuestro padre viniera con condiciones implícitas.

Eso pareció irritarle aún más.

—La mera cortesía debería haber bastado para haceros reflexionar. Al menos podríais haber esperado a que regresara antes de marcharos.

—¿Y habéis venido ahora para ilustrarme al respecto?

¿Por qué -¡santo cielo, por qué!- lograba este hombre provocarle tal grado de hostilidad?

No obstante, aquella última muestra de aspereza no pareció despertar en él ningún reproche. Durante un instante, pareció más bien desconcertado. Y eso, a su vez, suavizó el hielo en Emma. En el fondo, no tenía derecho a dirigirle tal animadversión.

—Lo siento, milord. Desde luego no os debo esta acritud. Os pido disculpas. Parece que estamos siempre enfrentados. Quizá di por hecho que, inevitablemente, volvería a veros. Me emocionó tanto saber que la casa ya estaba lista para nosotras que… perdí el sentido común.

Bethany, mientras tanto, había logrado por fin alcanzar la cima del taburete y se había sentado a la mesa de cortar, dando palmadas de alegría sobre la madera. Al parecer, sus esfuerzos por alcanzar esa altura habían sido tales que no había oído al conde entrar. Como se encontraba al otro lado de la mesa, tampoco lo había visto hasta ahora, y en cuanto lo hizo, sus ojos se iluminaron con júbilo. Alzó sus manitas regordetas y las juntó aplaudiendo al ver al conde. Su ceño fruncido -tan habitual en presencia de Emma- se suavizó de inmediato al ver a la niña, y más aún al notar su entusiasmo por verle.

—Hola, pequeña —dijo, y se acercó a ella para alzarla en brazos.

—¡Zachy! ¡Zachy! —canturreó la niña, y en seguida se puso a destrozar el nudo impecable de su corbata.

Emma casi palideció ante la alegría de Bethany. ¿Cómo iba a alejar a ese hombre de su vida cuando todo lo demás que conocía ya se había desvanecido? Al ver al conde entretener a la niña, Emma sintió al instante esa extraña y molesta sensación que se tiene cuando uno se da cuenta de que no le queda más remedio que hacer algo que no le gusta, algo que considera peligroso. «Temor», pensó que se llamaba eso.

—¿Habéis venido solo a reprenderme? —Emma exhaló un suspiro, deseando que este pasara desapercibido.

El conde alzó la cabeza, y sus ojos -ahora menos tormentosos- se fijaron en ella. Estuvo a punto de sonreír.

—También he venido para asegurarme de que os estáis instalando bien. Para ver si necesitabais algo.

Desde luego que tenía una necesidad. Necesitaba no alterarse tanto con la mera presencia de ese hombre. Necesitaba no pensar en él en absoluto cuando no estaba cerca. Necesitaba olvidar que sus labios eran como el cielo sobre los suyos. Necesitaba, con urgencia, dejar de pensar sin cesar en la posibilidad de más besos.

—Ya hemos dispuesto nuestras habitaciones arriba. Bethany pasará ahora a dormir en una cama para niños. —Se encogió de hombros. No sabía qué más decir—. He visto que la despensa y la alacena están surtidos. Gracias.

El conde asintió, pensativo durante un momento. Luego, una sonrisa extraña curvó sus labios y le dio un aire casi juvenil.

—Odio preguntar esto, Emma, pero… ¿sabéis siquiera cocinar?

Se quedó mirándole, atónita. Sus labios se movieron para responder, pero no salió ninguna palabra hasta que, finalmente, logró articular algo.

—Pues… no.

Aprendería. Con el tiempo, supuso. Aunque, con la llegada inminente de la señora Smythe, no se le había ocurrido preocuparse por sus propias carencias. No sabía si debía o no contarle algo sobre la llegada de los Smythe y Langdon. ¿Lo desaprobaría? ¿Los rechazaría? ¿Podía hacerlo?

Él soltó una carcajada ante su respuesta. Emma sonrió también.

—No puede ser tan difícil… ¿verdad? Cortar, picar y… —vaciló, mirando hacia las verduras en los cestos— y hervir cosas.

—No parece nada complicado. —Zachary asintió, con tono cómplice. Su fachada de seriedad se desmoronó entonces y estalló en una carcajada abierta, justo al mismo tiempo que Emma. Bethany se unió a la risa, sin tener ni idea de qué se reían, pero encantada de participar igualmente.

—No supongo que me fuerais de mucha ayuda —acusó Emma, cuando la risa empezaba a apagarse, aunque su tono dejaba ver un atisbo de esperanza.

—¿Yo? En absoluto. Incluso cuando serví con Wellington, tenía personal que cocinaba por mí. —El conde fingió ofenderse levemente. Dejó entonces a Bethany en el suelo, que ya se retorcía por liberarse y volver a encaramarse al taburete—. Pero quizá tengas razón: no debería ser tan difícil. «Calentad la comida» parece ser la base de todo.

—Exacto —asintió Emma, aferrándose a ese principio como si de una verdad fundamental se tratase—. Sé encender un fuego —dijo orgullosamente. Pensó un momento y luego añadió, con menos seguridad—: Hacer pan tal vez sea más complicado.

—Mmm —hizo un gesto de acuerdo—. Y los postres, seguramente, requieren algo más de conocimientos.

Emma frunció el gesto.

—Y las salsas, las empanadas, las gachas, los guisos… Supongo que todos esos platos pueden ser bastante enrevesados.

Gracias al cielo que los Smythe venían. Pronto, esperaba.

—Empieza a sonar como un problema —opinó Zachary, en tono neutro.

—Mmm, sí —murmuró, mordiéndose el labio con determinación —. Aunque nada que no pueda solucionarse, imagino. No vamos a morirnos de hambre mientras tanto.

—¿No?

Emma le frunció el ceño.

—Quiero decir, no, claro que no —rectificó él, con una sonrisa.

Ante eso, Emma volvió a reír. Hasta ahora, más allá de su constante ternura con Bethany, no había visto en él mucho más que rudeza y altanería. Esta era una faceta agradable y del todo inesperada. Y, de inmediato, se puso en guardia; ya había deseado sus besos cuando era un hombre poco deseable, y si ahora se volvía encantador, ¿qué más podría llegar a anhelar?

—Menos mal que he llegado justo a tiempo —comentó el conde, llenando ese breve silencio—. Propongo que vayamos directamente a Perry Green a ver qué sustento nos pueden ofrecer.

Su mente gritó un rotundo «¡No!», pero como él le sonreía de forma tan encantadora, y como su risa tan juvenil la había conquistado por un instante… accedió.



Perry Green era un pequeño pero próspero pueblo de mercado en el este de Hertfordshire, aunque por el momento solo contaba con una vía principal, High Street. Además de esta, había dos caminos traseros, Back Lane y Weir Lane, que permitían a los comerciantes acceder al interior de los edificios, en su mayoría de estilo georgiano, para colocar sus mercancías. Dado que Hertfordshire estaba convenientemente cerca de la capital inglesa, gran parte de la zona pertenecía a la nobleza, lo cual impulsaba regularmente la economía local de Perry Green gracias a esa riqueza.

Esta sería la primera vez que Emma vería Perry Green con buenos ojos, y de verdad esperaba que estuviera a la altura de todo lo que había prometido a los Smythe y a Langdon.

En High Street se encontraba el Crown Inn, una posada de postas que servía principalmente a los nobles que viajaban desde Londres hacia sus casas de campo. Aunque Emma siempre había

considerado el King’s Arms como una posada respetable y bien cuidada, no tenía mucha base de comparación, ya que apenas había visitado otras. Por eso se llevó una grata sorpresa al encontrar el Crown Inn tan bien acondicionado y con un público tan distinguido. Sin embargo, al instante siguiente, al observar la gran sala de comidas con su chimenea abierta y toda aquella gente elegante sentada, se sintió incómodamente como la persona pobre y poco distinguida que, en realidad, era.

El conde, al parecer, no percibió ni remotamente esta incomodidad y la condujo hasta una mesa junto a las ventanas, solicitando al camarero una silla más alta para Bethany. Su porte elegante y el evidente aire de nobleza que desprendía hicieron que todo sucediera con rapidez y, en cuestión de minutos, Bethany estaba instalada en una silla que se ajustaba perfectamente a la mesa, con un asiento y reposabrazos lo bastante pequeños como para que quedara bien sujeta. Quizá entonces el conde captó el desasosiego de Emma -ella sintió una vez más su mirada atenta sobre ella- porque no permitió que tuviera que tomar decisiones, sino que se dirigió al camarero y pidió la comida y la bebida por ambos. Esta vez, Emma agradeció su habitual autoritarismo. Se le ocurrió, de pronto, que jamás había estado al otro lado del oficio de la hostelería.

—Diría que quizá preferiría aprender a cocinar —soltó sin pensarlo demasiado, sintiéndose observada e incómoda.

Zachary Benedict soltó una carcajada sonora ante esto, por encima del murmullo general del local, aunque no pareció importarle lo más mínimo.

—No son diferentes de vos o de mí —interrumpió acertadamente la expresión insegura de Emma.

—No son diferentes de vos —aclaró la joven—, pero yo sigo situada muy por debajo de vos.

El conde se inclinó hacia delante, cruzando la mesa.

—Mi madre me enseñó desde pequeño que todos nos ponemos los pantalones igual, una pierna cada vez.

Aquello descolocó a Emma, tanto que clavó sus ojos brillantes en los del conde.

—Vuestro padre también suscribía esa verdad.

—Ah, entonces el trabajo de mi madre al final dio sus frutos —comentó Zachary con una sonrisa.

En ese momento apareció una mujer junto a la mesa, vestida con mucha más elegancia de lo que jamás lo estuviera ningún camarero del King's Arms, y dejó frente a ellos una jarra de limonada para Emma y otra de cerveza para Zachary. Seguidamente, anunció su nombre con bastante desparpajo -Molly- y posó la mirada con aprecio sobre el conde.

—Si necesitáis algo más, milord, por favor, no dudéis en pedírmelo —dijo antes de alejarse contoneándose.

—¿Y si fuera yo la que necesitara algo? —se dibujó una sonrisilla juguetona en los labios.

Los hombros de Zachary temblaron mientras contenía una carcajada por semejante ocurrencia.

—Entonces imagino que podríais pedírselo a cualquiera de los caballeros presentes, y seguramente se lanzarían a complaceros —rebatió, con apenas un leve matiz de reproche. A continuación, dio un pequeño sorbo a su cerveza y luego sorprendió a Emma al tomar su jarra de limonada para ofrecérsela a Bethany, ayudándola a beber con facilidad aquel refresco afrutado.

Se entretuvieron durante un buen rato con Bethany, que parecía haberle cogido un gusto serio a la bebida y se mostraba incansable en su empeño por conseguir más. Poco después, llegaron los platos: un estofado de cordero para Emma y pato asado para Zach. Emma lamentó en voz alta que quizá nunca lograría cocinar algo así.

Algo que él había dicho hacía poco volvió a su mente. Aquello la llevó a recordárselo.

—Probablemente ya lo sepáis, incluso de primera mano, pero siempre me gustó cómo hablaba vuestro padre de vuestra madre. La adoraba, ¿verdad?

Intuyó que lo había sorprendido por la expresión que siguió: un leve ceño fruncido. El conde la observó pensativo durante un instante.

—¿Él os hablaba de la condesa?

Emma asintió, sin saber muy bien cómo -o si *debía*- continuar.

—También hablaba de vos, siempre con un orgullo inmenso.

Zachary seguía pensativo. Tras unos segundos, en los que solo había mirado fijamente a Bethany, alzó sus oscuros ojos hacia Emma.

—Ojalá hubiese pasado más tiempo con él estos últimos años. Le echo de menos.

—Yo también —admitió Emma. Pensó que debía parecerle extraño a él oírla decir eso—.

Sé que no tenéis hermanos, pero tenéis familia. Recuerdo que vuestro padre me habló de su hermana, Augusta, y de sus encantadores hijos… ¿Edith y Giles? —Creía recordarlo bien, y supo que acertaba cuando Zachary puso los ojos en blanco al oír sus nombres—. Mmm, ¿no tan encantadores? —bromeó, y luego se compadeció—. ¡Qué horror haber crecido con primos tan poco recomendables! ¡Y que siempre os culpasen de los líos en los que se metían!

—¿Lo sabía mi padre? —Zachary ladeó la cabeza, intrigado por esa última afirmación.

—¿Que rara vez -si es que alguna vez- era culpa vuestra? Sí, lo dijo. Afirmaba que castigaros a vos, en lugar de a ellos, era en realidad un favor. Primero, porque mandaros lejos como castigo os alejaba de vuestros primos, que era lo que vos queríais, al fin y al cabo. Y, además, creía que erais lo bastante fuerte como para soportar la desaprobación de cualquier familiar o miembro del servicio que hubiese presenciado vuestra reprimenda. Decía que os convertía en un hombre mejor —declaró esta última parte con lentitud, como si las palabras estuvieran calando en ella justo en ese momento.

Cuando Michael hablaba de su hijo, Emma nunca había conseguido ponerle un rostro, y las anécdotas y relatos tenían entonces un peso menor. Pero ahora, conociéndole, las historias de Michael adquirían un nuevo sentido. Sus labios se curvaron levemente, con un gesto pensativo, al considerar esa perspectiva que se le brindaba, incluso aunque contradijera gran parte de lo que el conde le había mostrado, dejando al margen el encanto que había

desplegado aquel día. Al cabo de un instante, alzó la vista y encontró a Zachary observándola con atención.

—Tengo ganas de oír más historias que padre pudiera haberos contado. —Su ceño se notaba ligeramente fruncido. Se pasó la servilleta por la boca de forma algo distraída y luego la devolvió a su regazo.

Emma bajó la cabeza, fingiendo un gran interés por su comida, sin tener la menor idea de cómo interpretar un comentario tan ambiguo. Daba a entender que habría más encuentros entre ellos, lo que le hizo preguntarse hasta qué punto su atención se debía simplemente a una vigilancia justa por haber sido ella la destinataria de la generosidad de su padre. O si su compañía no era más que el efecto colateral de querer ver a Bethany, de quien Emma sospechaba que él seguía creyendo que podría ser su hermanastra.

Fuera como fuese, y cualesquiera que fueran las razones tras ese repentino comportamiento afable, Emma sabía que le convenía mantener su relación en un terreno neutral y sin amenazas. Él seguía siendo un hombre, y como mamá Smythe le había recordado en múltiples ocasiones a lo largo de su vida, algunos hombres pensaban que el mundo entero -y todo lo que contenía- les pertenecía por derecho. Las palabras de *lady* Marston no habían hecho sino reforzar las advertencias de la señora Smythe. Y los besos del conde ofrecían una prueba más de que ambas
mujeres no iban desencaminadas al aconsejar cautela.

Con esto en mente, buscó un tema de conversación adecuado e impersonal, y pensó en preguntarle por la última sesión parlamentaria de la semana pasada. Por el contrario, fue el conde quien la sorprendió.

—¿Cómo era vuestra hermana?

Un tema muy personal, sin duda, pero uno que Emma se alegraba de abordar por lo que sonrió con dulzura.

—Era maravillosa. De verdad, parecía que se había tragado el sol, era tan alegre. No nos parecíamos en nada: Gretchen era esbelta, una belleza perfecta de cabello rubio. Y tan… valiente. Nada la asustaba. —Le dio varias cucharadas más de estofado a Bethany, y pensó en voz alta—: No se alarmó demasiado por su situación,

estando soltera y ya siendo responsable de mí. Jugábamos a inventar nombres para ayudarla a decidirse. En su tiempo libre tejía y cosía ropita de bebé. Y aquello no la frenaba en absoluto… trabajó igual de duro hasta que… esta pequeña preciosidad llegó. —Una sonrisa agridulce se dibujó en su rostro a medida que observaba a Bethany masticar el estofado, usando su rechoncho dedo índice para toquetear los botones de la manga del abrigo del conde. Sus ojos se deslizaron de la diminuta mano de Bethany a la del conde, por sus largos dedos, por la fina pelusa de vello oscuro que asomaba en la parte superior de su muñeca antes de que la manga ocultara el resto del brazo. Dejó que su mirada vagara más arriba, por el antebrazo, siguiendo la línea del bíceps, cuya forma resaltaba bajo la manga perfectamente entallada de su chaqueta, y cruzó un hombro ancho hasta llegar a su rostro… para encontrarse con sus ojos oscuros fijos en ella.

La había observado todo el tiempo. Emma se sonrojó y volvió a centrar su atención en el estofado.

—¿Qué tal está vuestro pato? —preguntó al cabo de un momento, cuando el silencio se volvía incómodo únicamente porque ella sabía que él seguía mirándola. Alzó los ojos con intención, levantando una ceja a la espera de su respuesta. Y descubrió que su mirada estaba ahora fija en sus labios.

—Delicioso —contestó Zach.

Emma parpadeó. Por suerte, la muchacha de la cocina volvió a aparecer, rompiendo el hechizo y disipando lo que Emma pudiera haber interpretado de esa respuesta quizás llena de matices. La camarera preguntó al conde si todo estaba a su gusto. Este aseguró que sí, y la joven se marchó, provocando una carcajada perpleja de Emma, al notar que la encantadora Molly no se había molestado en preguntar si su comida también era de su agrado.

—Está cortejando al que lleva la bolsa, me imagino. —Pero incluso él sonrió ante el
comportamiento tan evidente de la joven.

—Y con gran destreza, diría yo.



Henry llegó bastante temprano a la mañana siguiente con su pequeño carruaje, y comenzó a contarle a Emma toda una historia sobre Perry Green, que ella escuchó con educación… hasta que temió tener que interrumpirle para mencionar que debían cambiar de rumbo, ya que la aldea local no era, en realidad, su destino aquel día.

—Henry, en realidad hoy no tengo ningún asunto en Perry Green —intervino justo cuando él tomaba aire—. ¿Sería una molestia muy grande pedirte que me llevarais a Little Hadham? Tengo amigos allí y es imperativo que los vea cuanto antes —suplicó—. Sé que está un poco más lejos…

Henry pareció tan sorprendido como podía parecer ante un cambio de planes. Su sorpresa se limitó a levantar una ceja -solo una-, que casi, pero no del todo, alcanzó el borde de su sombrero. Pero Henry accedió de buen grado y pronto puso el carruaje rumbo oeste.

En Little Hadham, Emma solo encontró a la señora Smythe en la casa que tenían prestada.

—Alice se ha marchado, querida —informó la anciana con tristeza—. No quiso escuchar a nadie, insistimos en que se quedara con nosotros. Conoció a un hombre, supongo, hace una semana que no se deja ver. Solo puedo rezar para que esté bien.

La señora Smythe le contó que su marido y Langdon estaban «por el pueblo» intentando encontrar un carruaje o carromato económico con el que pudieran trasladarse hasta Emma cuando ella estuviera lista para recibirlos.

—Oh, no hace falta que os preocupéis por eso. Yo mandaré a buscaros. Para eso he venid, ¡ya está todo listo! —exclamó Emma emocionada.

—¿Tan pronto? —La señora Smythe parecía desconcertada.

—¿Envío el carruaje mañana, o preferís uno o dos días más? —No podía imaginar qué podría retrasarlos, ya que apenas tenían posesiones.

—Oh, no, querida —respondió la señora Smythe, llevándose la mano al pecho—. No podemos marcharnos hasta fin de mes, cuando regrese la dueña de la casa. Prometimos cuidarla en su ausencia. Ese fue nuestro acuerdo.

—Ah, ya veo —lamentó Emma, algo decepcionada, pero solo por un momento—. No pasa nada, señora, eso son solo unas semanas.

Le habló entonces de Daisies Cottage y le pidió que enviara una nota cuando estuvieran listos, y ella enviaría un carruaje para recogerlos. Más adelante se preocuparía por qué decirle exactamente al conde sobre sus planes para su familia y la casa, y también sobre cómo podría arreglárselas para que el lujoso carruaje de Benedict House se presentara a buscar a los Smythe y a Langdon.

Capítulo 14

Emma y Bethany se acomodaron en una rutina bastante regular durante los días siguientes. Sus mañanas comenzaban temprano, como siempre lo habían hecho, ya fuera por el trabajo de Emma o por el horario de sueño de Bethany. Habían empezado a caminar hasta Perry Green, ya que el tiempo era templado y permitía esas excursiones. El paseo resultaba un tanto agotador para Bethany, y Emma solía acabar llevándola en brazos durante más de la mitad del trayecto, pero una vez en el pueblo, la pequeña se animaba con el bullicio y la actividad de aquella pintoresca aldea.

Entablaron amistad con el carnicero, quien respondía amablemente a las preguntas de Emma sobre qué cortes de carne comprar para guisos y platos similares, e incluso se tomó la molestia de darle algunas nociones básicas sobre cómo cocinarla. Emma había decidido que, aunque la señora Smythe viniese más adelante, debía aprender a cocinar por sí misma. También encontró a una buena modista, tres puertas más allá de la carnicería, cuyos precios eran razonables para confeccionar algunos vestidos más para Bethany, aunque Emma le explicó que tendría que comprarlos de uno en uno. La mujer, de origen francés, le preguntó sin rodeos cuál era su situación en la vida. Con cierta reticencia, Emma explicó de manera vaga que recibía una pequeña renta mensual.

—De un hombre, sin duda —aseguró la mujer, con marcado acento y las cejas arqueadas de forma provocadora, inclinando ligeramente la cabeza hacia Bethany.

Emma se irguió un poco.

—No exactamente —contestó, con un tono que dejaba claro que no diría nada más al respecto.

Curiosamente, la mujer le ofreció un trabajo. Le explicó que su limpiadora habitual, que acudía tres veces por semana después del horario de atención, había fallecido recientemente, y le propuso a Emma ocupar el puesto a cambio de un conjunto de ropa -para ella

o para Bethany- cada dos semanas, además de un salario muy modesto. Emma aceptó la oferta con entusiasmo, ya que le parecía bastante razonable, y prometió comenzar la semana siguiente. Madame Carrière soltó un leve bufido cuando Emma preguntó si podría llevar consigo a Bethany, hasta que esta le aclaró que solo sería durante las primeras semanas, hasta que la señora Smythe llegara para hacerse cargo de la niña. No obstante, se preocupaba un poco por el horario. No debía presentarse hasta después de las siete de la tarde, y se imaginaba que limpiar el taller de dos plantas podría llevarle varias horas, por lo que le inquietaba tener a Bethany fuera tan tarde y luego tener que volver andando a casa en la oscuridad. Aun así, decidió que podía al menos probar y ver cómo funcionaba realmente el trabajo, y no perdía de vista que solo sería por unas semanas, hasta la llegada de los Smythe, que probablemente podrían ayudarle con Bethany.

De camino de vuelta a su nuevo hogar, Emma no pudo evitar pensar en la pregunta de la mujer francesa. ¿Cómo iba a explicar su situación a sus vecinos, o en este pueblo? Bethany la llamaba *mamá* desde el día en que Michael insistió en que era completamente apropiado. La gente asumiría que era… como su hermana. O peor. Se mordía el interior de la mejilla, con el ceño fruncido mientras cavilaba sobre ello. Estuvo a punto de no oír el sonido de un caballo al trote, los arneses y las ruedas girando.

Justo cuando el carro estaba casi encima de ella, Emma se percató de su presencia y alzó a Bethany en brazos, apartándose hacia un lado del camino. Emma se giró cuando el carro redujo la marcha, protegiéndose los ojos del sol del mediodía mientras evaluaba al hombre que conducía el carruaje.

—Buenos días —saludó él, con una sonrisa amable y un atractivo natural—. Vos debéis de ser la señorita Emma —aventuró, deteniendo por completo el carro, al tiempo que Emma permanecía de pie entre las hierbas del borde del camino—. Soy Callum MacKenzie, vuestro vecino más cercano. —Debió de haber alguna pregunta en su mirada, porque entonces añadió—: Henry nos ha hablado de vos y de vuestra pequeña —saludó con un movimiento de dedos a Bethany, que se limitó a observarlo con curiosidad.

—Un placer conoceros, señor MacKenzie —el tono de Emma era correcto.

—¿Queréis que os acerque?

Le gustaba su voz grave.

—Sois muy amable, pero no, gracias.

—No me causa molestia alguna, señorita. Paso por delante de vuestra casa para llegar a la mía —se movió a un lado del asiento del carro—. No seáis tímida ahora, señorita.

—Bueno, está bien, si estáis seguro —aceptó Emma, pensando que la oferta haría el trayecto más fácil para Bethany. Subió a la niña al carro, y el señor MacKenzie la ayudó a sujetarla mientras Emma se recogía la falda y subía al vehículo. Una vez sentada, acomodó a Bethany en su regazo y dio las gracias al señor MacKenzie por el favor.

—Ahora que somos vecinos, señorita, debería llamarme Callum. Nada de formalidades, que esto no es la ciudad —aclaró sonriente, lanzándole una mirada de soslayo. A Emma le cayó bien al instante.

Era apuesto, eso era cierto, con hombros anchos, un cabello castaño claro y espeso, y una
curiosa hendidura justo en medio de la barbilla. Sus ojos eran de un azul grisáceo y su sonrisa, lo más amable que Emma había visto en mucho tiempo.

—Mirad, allí se ve el tejado de vuestra casa —avisó entonces, señalando hacia adelante. Emma siguió la dirección de su dedo y, en efecto, se divisaba la cima del techo de paja de Daisies Cottage—. Ahora bien, yo vivo por ese caminito, a medio kilómetro más o menos, así que soy vuestro vecino más cercano. Winn Klein, al borde de la colina, está más cerca por el lado norte. Pero si necesitáis algo que el viejo Henry no pueda resolveros, podéis venir a mí, señorita.

—Sois muy amable, señor Mac… Callum —contestó Emma con una sonrisa propia, mientras Bethany se alborotaba, emocionada por poder ver tan de cerca los caballos del carruaje.

—Solo es cosa de vecinos, señorita, nada más. ¿Y qué os lleva hoy hasta Perry Green?

—Si voy a llamaros Callum, insisto en que me llaméis Emma. Por favor —añadió, al ver que parecía dispuesto a rechazar la idea—. Bethany y yo solo queremos conocer un poco el pueblo, supongo. No hay nada concreto que me lleve a Perry Green, pero es una buena excusa para salir un poco de la casa.

Su vecino asintió a esto.

—Cuando la señora Finch vivía allí -justo antes que vos- solía atar un lazo de color vivo en el porche cuando necesitaba algo del pueblo, o si quería que la llevase. Así yo lo veía al pasar y la recogía o le hacía algún recado.

—No querría ser una molestia —replicó Emma, humildemente—. En cualquier caso, tengo familia que llegará en unas semanas. —Lo miró de forma encantadora a su vecino.

Él pareció algo decepcionado ante aquella última noticia.

—No sería molestia ninguna, señorita.

Una vez frente al corto sendero de entrada de Daisies Cottage, Callum dejó a Emma y Bethany cerca de la pequeña verja y le preguntó si sabía ya si querría que la llevase al día siguiente.

—Sois muy amable, Callum. No tengo planes de momento, y creo que ir y venir andando quizá me ayude a que esta pequeña eche una buena siesta.

El hombre asintió con comprensión, inclinó la cabeza a modo de despedida y dio un chasquido con las riendas para poner en marcha el carro. Emma se quedó un momento observándolo a medida que Callum guiaba el carruaje por el estrecho camino, deseando que todos sus vecinos fueran tan agradables como él.



La siguiente vez que Emma vio a Callum MacKenzie fue en Daisies Cottage. Ella y Bethany estaban intentando dar algo de forma al huerto, o a lo que quedaba de él. Henry se había ofrecido,

si ella lo deseaba, a encargarse del proyecto él mismo, pero Emma había rechazado la propuesta, alegando que sería una buena forma de que ella y Bethany se mantuvieran ocupadas en algo útil. En realidad, aquello había sido quedarse corta, pues Emma se encontraba bastante absorbida por el trabajo. El patio trasero inmediato estaba convenientemente delimitado por setos altos, lo que ayudaba a mantener a Bethany cerca. Por desgracia, su hija no mostraba tanto entusiasmo por desherbar y podar como Emma habría esperado.

En ese momento, Emma alzó la vista, empujando el ala ancha de su sombrero hacia arriba, y vio que Bethany estaba entretenida persiguiendo una pequeña mariposa amarilla por el jardín. Se quitó uno de los guantes de algodón grueso que Henry le había proporcionado para la tarea y se secó las pequeñas gotas de sudor que comenzaban a formarse en su frente. Observó el resultado de su trabajo hasta el momento -quedaban aún, por lo menos, dos tercios del pequeño terreno por arreglar- y pensó que necesitaría bastantes días más para dejar el huerto listo para plantar. Al parecer, había estado abandonado durante bastante tiempo.

—¡Hola, vecina! —se oyó entonces una voz desde un lateral de la casa.

—¡Hola! —exclamó Emma, reconociendo la voz de Callum MacKenzie.

El hombre apareció en la verja de la esquina del jardín, asomándose por encima de las tablas de madera antes de entrar. Emma se incorporó para saludarlo, estirando la espalda para deshacer el pequeño nudo que tenía por haber estado tanto rato inclinada.

—Buenos días, Callum —lo saludó, preguntándose de pronto por su familia y su granja. Seguramente un hombre tan atractivo y agradable como Callum MacKenzie, que aparentaba estar ya en la treintena al menos, estaría bien casado y con hijos.

—Señorita Emma —se quitó el sombrero y girándolo entre las manos—, voy hacia Perry Green, por si necesitáis algo.

—Qué amable sois, Callum —afirmó Emma con una sonrisa, agradeciendo el detalle—. No tengo ninguna necesidad urgente,

gracias —añadió con un encogimiento de hombros, aunque en seguida pensó en algo con lo que su vecino podría ayudarla—. Callum, me preguntaba si podríais ayudarme con un pequeño dilema que tengo.

—Lo que necesitéis, señorita Emma.

—Pues… he conseguido un trabajo en Perry Green. La semana que viene empiezo a limpiar el taller de Madame Carrière después del horario comercial. Bethany y yo podemos ir andando después de cenar, pero me preocupa que la vuelta sea demasiado tarde tanto para ella como para mí. ¿Sería pedir demasiado que vinierais a recogernos por la noche? —Aunque él no mostró en absoluto intención de negarse, ella se apresuró a aclarar—: Solo sería por unas semanas, como mucho. Hasta que llegue mi familia. Entendería perfectamente si no podéis hacerlo —continuó con rapidez—, parece algo atrevido por mi parte presuponer algo así tan poco después de habernos conocido. —Le hizo una mueca, esperando su respuesta.

—No estáis muy acostumbrada a pedir ayuda, ¿verdad, señorita? —Los ojos gris azulados de Callum se arrugaron ligeramente en las comisuras. —La observó negar con la cabeza—. Puedo pasar a recogeros por la noche. No es ningún problema.

—Sois muy amable, Callum. Solo serán dos noches a la semana, y creo que no sería más tarde de las nueve o así. ¿A vuestra esposa o familia no les importará?

—No, señorita. Vivo solo allí. No tengo esposa —aseguró, bajando un poco la cabeza y moviendo los pies con cierta incomodidad.

Emma habría jurado que, en ese momento, un leve rubor asomó en sus mejillas tostadas por el sol.

—Puedo pagaros por el transporte —ofreció. O al menos eso creía.

—No aceptaría vuestro dinero, señorita Emma. No sería muy propio de un buen vecino.

Un grito de Bethany hizo que ambos giraran la cabeza hacia la parte trasera del jardín, justo a tiempo para verla caer desde los setos por los que intentaba trepar. Emma corrió de inmediato hacia

ella, la alzó mientras la niña lloraba y comprobó si tenía arañazos o heridas.

—Está bien, creo —le dijo a Callum, que se mantenía cerca—. Solo se ha asustado, nada más. ¿A que sí, cielo?

Y acurrucó a Bethany contra su pecho mientras se incorporaba, con la niña apoyando la cabecita en su hombro.

—Es una niña encantadora, su hija —afirmó Callum—. Tiene vuestros ojos.

Emma se sonrojó. Siempre le resultaba difícil explicar el origen de Bethany a quienes la conocían. Michael insistió en que no debía preocuparse por ello, y Emma empezaba a pensar que tenía razón. Bethany era su hija, en su corazón y en su mente.

—Sí, los tiene —asintió tras un momento de reflexión, con voz suave. Luego, con más franqueza—: Pero todavía no sé de dónde ha sacado esa osadía.

Callum rio ante el comentario y comenzaron a caminar hacia la casa.

—Bueno, me voy ya, señorita Emma. Y recordad que estoy encantado de ayudaros. Os
veré la semana que viene.

—Gracias, Callum. Gracias por todo. —Observó cómo Callum salía por la verja y luego se dirigió hacia la puerta trasera. Era la hora de la siesta de Bethany y, a decir verdad, Emma estaba muy ilusionada porque planeaba preparar su primera comida: hoy iba a intentar preparar un guiso. Pero todas las ideas y el entusiasmo respecto a esa tarea desaparecieron al alzar la vista hacia la puerta trasera. El conde de Lindsey estaba allí.

Zachary Benedict estaba de pie en el umbral abierto. No parecía enfadado, exactamente, pero sí molesto por algo. Había en él una especie de tormenta contenida. Emma, solo por un instante al verle, sintió un vuelco en el estómago por el porte que tenía. Era exageradamente atractivo para su tranquilidad mental, y recordó -de inmediato y con todo detalle, a medida que deseaba con todas sus fuerzas no hacerlo- la sensación de sus labios al besarla.

—Buenos días, milord —lo saludó, y este se hizo a un lado para dejarla entrar en el pasillo trasero que conducía a la cocina.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó él directamente, sin molestarse en saludar.

«Ah», pensó ella con una mueca de fastidio, «ahí estaba el meollo del enfado de hoy».

—Ese era Callum MacKenzie. Es mi vecino. ¿Me disculpáis un momento? Voy a acostar a Bethany para su siesta.

El conde asintió con un gesto seco, y Emma salió de la cocina, consciente de que él empezaba a quitarse la chaqueta de montar, preguntándose cuánto tiempo pensaba quedarse. Volvió quince minutos después, el aire fresco le había ayudado a que Bethany se durmiera. En la cocina encontró a Zachary sentado en el único taburete junto a la mesa de cortar, y le dedicó una sonrisa algo nerviosa mientras él la observaba. Se lavó las manos en una palangana con agua ya templada y se secó con un paño que aprovechó también para pasarse por la cara. Finalmente, se giró hacia el conde.

—¿Qué os trae hoy por Daisies Cottage, milord?

Lucía tan informal… con sus pantalones color ante, las altas botas de montar, la camisa abierta al cuello, un pie apoyado en el peldaño inferior del taburete. Le sonreía mientras ella se acercaba a la mesa, y su corazón volvió a dar un vuelco. Sin previo aviso, él se inclinó hacia adelante por encima de la mesa estrecha y le quitó el paño que Emma aún retorcía entre las manos. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Desconcertada, Emma se inclinó un poco, sin saber qué pretendía, hasta que Zach le limpió la mejilla, donde probablemente quedaban manchas de tierra del trabajo en el jardín.

Se negó firmemente a dejarse afectar por el contacto de su otra mano sujetándole la
barbilla, mientras él usaba el paño como ella misma se lo pasaría a Bethany treinta veces al día.

A tan corta distancia, sus miradas se encontraron; el paño ya había bajado, pero él aún le sostenía el rostro. La miraba con tanta intensidad que parecía escudriñarle el alma. Por fin, justo cuando sus mejillas comenzaban a encenderse bajo aquella mirada hipnótica, él la soltó.

—¿Y con qué os ha prometido ayudaros ese tal MacKenzie la semana que viene? —quiso saber entonces, con una voz apenas disimuladamente molesta.

Emma se encogió de hombros, sin entender por qué le ponía tan nerviosa contarle el puesto que había aceptado en el taller de Madame Carrière.

—He conseguido un trabajo que empiezo la semana que viene —soltó de golpe, dándole la espalda a su mirada inquisitiva y fingiendo un gran interés por las verduras que pensaba usar para la cena. Se volvió hacia la ventana que daba al patio trasero—. El horario es por las tardes, solo unos días a la semana, y Callum se ha ofrecido a venir a recogerme para que Bethany y yo no tengamos que volver andando de noche. —No necesitaba girarse para notar su reacción. Podía sentir la desaprobación del conde irradiando como chispas de una hoguera. Pasó casi un minuto entero antes de que hablara, y en ese tiempo Emma no fue capaz de hacer otra cosa que reorganizar nerviosamente las zanahorias, patatas y cebollas frente a ella.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —dijo él a su espalda, con la voz teñida de incredulidad y enfado—. Número uno: no vais a aceptar un trabajo. Número dos: desde luego no vais a aceptar un empleo que os mantenga fuera hasta tan tarde. Número tres: ni siquiera conocéis a ese hombre -llevas aquí apenas unos días- y no vas a confiar en él para que os lleve ni a vos ni a Bethany a ningún sitio. —A medida que hablaba, su tono iba subiendo, más alto y más colérico—. Y número cuatro: ¿vais a hacer algo con esas verduras u os conformáis con que vuestra cena sea simplemente una bonita exposición de lo que *podríais* haber cocinado?

Enfurecida por su actitud autoritaria -otra vez-, Emma se dio la vuelta para enfrentarlo, sorprendida al descubrir que ya no estaba sentado en el taburete, sino justo delante de ella. Dio un respingo al verlo tan cerca, y las palabras que tenía preparadas se le enredaron en la cabeza.

—Sois un… no tenéis ningún derecho… ¿Quién os creéis…? Si quiero trabajar, no sois nadie para…

—Emma, pensad —le interrumpió bruscamente, el ceño fruncido reflejando el fastidio que sentía—. Recibís dinero suficiente para vivir cómodamente cada mes. ¿Por qué demonios creéis que necesitáis un trabajo? Y si realmente necesitarais uno, ¿por qué aceptar uno con un horario tan nefasto para vos?

—Pero ahora tengo la casa en Daisies Cottage —balbuceó—. No debe de quedar mucho
dinero. Y todavía me incomoda aceptar dinero de vuestro padre, que ahora, en esencia, es vuestro.

—Ya hemos hablado de esto. ¿Por qué no aceptáis lo que ya tenéis a vuestra disposición? —Zach soltó un suspiro de frustración.

Emma ardía por dentro, furiosa de que él la tratara como si fuera una ingenua. Su tono lo decía todo.

—Me cuesta aceptar ese dinero precisamente por esto. Porque creéis que eso os da derecho a decidir por mí. A tener voz sobre mi vida y mis decisiones.

—Solo intento ayudaros…

—¡No estáis intentando ayudarme! ¡Estáis intentando controlarme!

En ese momento, a Emma le pareció que el conde hizo un esfuerzo visible por calmar su enfado.

—Nunca habéis tenido que valeros por vos misma del todo, ¿verdad?

Emma dudó, pero acabó negando con la cabeza.

—Solo quiero que no cometáis errores ni os metáis en una situación que pueda haceros daño.

—Es solo que… siento que no me lo he ganado. Que no tengo derecho a ello.

El conde asintió. «¿Estaba de acuerdo?» Se preguntó ella.

—Mi padre, evidentemente, pensó que sí lo habíais hecho. Escuchadme, Emma, lo hecho, hecho está. Ya es vuestro. Eso es lo que intento deciros. Tenéis una cuenta en Perry Green. Esa es otra de las razones por las que he venido hoy: quería entregaros los documentos y explicaros cómo acceder a dinero para vuestros gastos y demás.

Emma puso los ojos en blanco y alzó las manos.

—¿Cómo voy a tener dinero para caprichos si esta casa seguramente costó más de lo que vuestro padre quería dejarme?

—Está claro que no tenéis ni idea de la cantidad que mi padre reservó para vos, Emma. Hay de sobra, creedme. Así que no necesitáis trabajar para tener dinero para vosotras, todo os espera ahí. También tenéis una cuenta en la tienda del pueblo. Podéis abrir más, si lo deseáis. —Soltó una risa breve.

Emma se dejó caer contra la encimera que tenía a la espalda.

—Yo… me siento tan incómoda con todo este arreglo. ¿Por qué hizo esto por mí? Le dije muchas veces que yo… —Dejó la frase en el aire, odiando que una lágrima solitaria le resbalase por la mejilla.

—Está hecho. —Zachary se encogió de hombros, con un destello de fastidio en sus ojos oscuros. Como Emma no dijo nada más en ese instante, Zachary añadió—: No hablemos más de dinero ni de trabajos que no vais a necesitar. Y podéis decirle a ese tal MacKenzie que deje
de rondar, que su ayuda no será requerida.

—Eso es innecesariamente grosero —le acusó Emma—. Callum no ha hecho más que ser amable conmigo, y vos lo hacéis sonar como si… ¡como si fuera un perro buscando sobras!

—¡Exactamente! —le espetó Zachary.

Emma se alejó de él, rodeando la mesa de preparación hasta quedar frente a él por el otro lado.

—¿Y eso qué os convierte a vos, milord?

—*Touché*, querida. Pero vuestro argumento no se sostiene —dijo con una voz untuosa, poco atractiva—. Creo recordar que fuisteis vos quien respondió tan complacida a mi beso durante unos buenos instantes.

El labio inferior de Emma tembló de mortificación ante aquel recordatorio.

—Yo no… no quería que me besarais. —mintió de forma patética.

—Permitidme discrepar.

«De acuerdo», pensó Emma con un resoplido, «esta discusión no la iba a ganar».

—Creo que deberíais marcharos ya. —Y cogió el bol de verduras perfectamente ordenadas y comenzó a cortarlas con furia sobre la mesa, fingiendo -en vano- que él ya se había marchado.

Y, al minuto siguiente, realmente se había ido. Emma oyó el suave cerrar de la puerta de la cocina y volvió a respirar, dejando caer ambas manos sobre la mesa para recomponerse.

En un buen día, si supiera siquiera lo que hacía al preparar un guiso, tal vez habría tenido éxito en su empeño. Hoy, por el contrario, con aquella escena tan desagradable repitiéndose una y otra vez en su cabeza -y sin tener aún un verdadero conocimiento de lo que conllevaba hacer un buen guiso-, Emma estaba bastante segura de que no hacía otra cosa que malgastar verduras frescas y un buen trozo de carne en un intento de apartar de su mente lo que en realidad la atormentaba. No creía que hubiesen resuelto nada entre los dos, y no era tan ingenua como para pensar que aquellos asuntos no volverían a surgir.

Sin embargo, en menos de media hora, tenía ya lo que intuía podía ser un buen comienzo de cena hirviendo en el gran puchero colgado sobre la chimenea abierta. Se limpió las manos en el delantal que se había puesto -cuando se acordó de hacerlo, tras su marcha- y, por casualidad, miró por la ventana hacia el patio trasero.

Parpadeó un par de veces, quedándose clavada en el sitio, sorprendida al ver al conde de Lindsey trabajando en su huerto apenas labrado. Inmóvil, observó cómo había encontrado una pala mucho más grande que la pequeña de mano con la que ella había estado luchando antes, y cómo removía la tierra con bastante más soltura y rapidez de la que ella había logrado. Como siempre, Emma quedó cautivada por la pura belleza del hombre y su figura. Golpeaba la tierra endurecida con la pala y luego aplicaba gran fuerza para hundirla más en el suelo antes de volcar la tierra, y todo el tiempo los músculos de su torso se marcaban con claridad bajo la fina tela blanca de su camisa. Retiraba la herramienta del suelo y repetía el proceso una y otra vez, hasta que todo el terreno -quizás de tres por cuatro metros- quedó trabajado, mostrando una tierra oscura y fresca, lista para plantar.

Cuando hubo terminado, apoyó un antebrazo sobre la empuñadura de la pala, ahora clavada con firmeza en la tierra, y con el otro se enjugó el sudor de la frente. Alzó entonces la cabeza, entornando los ojos hacia el sol del atardecer, siguiendo con la mirada el vuelo de un mirlo en el cielo.

Muchos pensamientos cruzaron la mente de Emma mientras contemplaba a Zachary Benedict, y se sorprendió al comprobar que, en aquel momento, ninguno de ellos era de naturaleza crítica. No obstante, hubo uno, inquietante, que comenzó a asomar. No quiso dejar que se formase del todo, pero ya estaba ahí, su base firmemente asentada. Si tan solo…



Zachary devolvió la pala al lugar donde la había encontrado, junto al lateral de la casa, donde Henry, evidentemente, guardaba muchas de las herramientas necesarias para el jardín. Fue entonces cuando advirtió, por encima de los setos, que muchos de los árboles del huerto de perales y manzanos, más allá de los arbustos, parecían necesitar algo de atención. Observó el montón de útiles apilados junto a la casa, escogió varias podaderas distintas y una sierra, para posteriormente adentrarse en el huerto para ver qué podía hacerse con aquel vergel tan mal cuidado.

Contó catorce árboles, dos de los cuales no supo identificar, y comenzó a podar el peral más cercano, aclarando el ramaje superior con la mayor eficacia posible, procurando no dañar en exceso las ramas sanas ni las flores tardías de primavera. Tareas físicas y humildes como aquella eran justo lo que necesitaba para apartar de su mente el hecho de que deseaba -de hecho, había pensado poco en otra cosa durante todo el día- besar de nuevo a Emma. Su mente y su cuerpo no parecían atender al hecho de que, en realidad, la

mayor parte del tiempo no hacían más que contrariarse el uno al otro. Ella hablaba, se quejaba, se enfadaba… y aunque él escuchaba sus palabras, la mayor parte de su atención se centraba en sus labios. Aquella suavidad ya la conocía, bien probada, y sospechaba que no habría hombre que, tras haber probado aquellos labios, pudiera pensar en otra cosa estando cerca de ella… o incluso lejos, se
imaginaba.

Naturalmente, aquel pensamiento -otro hombre besándola- oscureció aún más su ya turbio ánimo. Ese era un camino que mejor sería no transitar. Reconocía, aunque de mala gana, que ella tenía un pasado, igual que él. Rápidamente, negando con la cabeza a medida que apretaba la mandíbula, puso fin a aquellos pensamientos descontrolados justo cuando vio a Emma caminar hacia él.

Se acercaba, no rígida, sí algo tímida, extendiendo la mano con un vaso de limonada fresca. Zach se apartó de las ramas, sin apartar los ojos de los suyos, aunque ella parecía mirar a cualquier parte menos a los ojos de él, y tomó el vaso que le ofrecía.

—Gracias.

—No teníais que hacer esto, lo sabéis —dijo ella, cruzando los brazos sobre el pecho, en ese gesto suyo tan protector o defensivo, mientras echaba una ojeada a su huerto—. Ya me encargaré yo de estas tareas… día a día, supongo.

—Necesitaba desahogarme un poco —reconoció, con un tono a medias entre la broma y la verdad.

Ante esto, ella volvió sus ojos encantadores hacia él, evaluando cuán en serio hablaba. Una media sonrisa asomó en sus labios. Zachary, como siempre, quedó inmediatamente hechizado. Si ella le pidiese que arara los míticos «dieciséis hectáreas del fondo», probablemente lo haría sin rechistar. Jamás, en toda su vida, entre todas las mujeres que había conocido, se había dejado llevar tan fácilmente… y todo por alguien que parecía no darse cuenta en absoluto. Por dentro, se maldijo por necio.

—Apuesto a que por fin hicisteis algo con todas aquellas verduras. Espero que haya tenido algo que ver con un gran puchero

negro, un buen corte de carne y, como vos decís, «cosas hervidas».

Emma correspondió a su pequeño chascarrillo con una sonrisa completa.

—Os haré saber que he logrado preparar un guiso de aspecto estupendo —respondió con cierto desparpajo, en tono jocoso.

—Enhorabuena.

—¿Os… os apetecería quedaros a cenar? —agregó tímidamente lo cual la pareció entrañable a Zach.

—¿Me lo pedís porque deseáis mi compañía? ¿O me invitáis simplemente como plan de respaldo, por si la cena se arruina? —dijo el conde, incapaz de resistirse a provocarle otra sonrisa.

—He dicho que la cena *parece* bonita; no tengo ni idea de cómo sabrá en realidad. Podría
ser necesario teneros cerca por si se presenta la urgencia de una escapada nocturna a Perry Green.

«Así me gustáis», quiso decir Zach. Era algo que le encantaba de ella. Cierto era que a menudo se enfadaba con él, y no sin razón, admitía, pero no era de naturaleza rencorosa, y su ánimo parecía, en el fondo, bendecido por una notable facilidad.

—Entraré en seguida a asearme un poco.

Ella asintió, volviendo a mostrarse tímida, y se giró para volver al interior de la casa. Por tanto, le fue fácil imaginar que ella era suya y que aquello les pertenecía a ambos. Tan fácil… y tan gratificante.

Zach apartó la mirada de ella a la fuerza y centró su atención en los brotes que crecían al pie del árbol, sin permitir que su mente se dejase llevar por lo que ella había estado dispuesta a ofrecerle aquel día.

La cena fue, por razones evidentes, una velada de lo más informal, con el conde incluso ayudando a poner la mesa, mientras Bethany, ya despierta de su siesta, le seguía allá donde fuera. Emma se había cambiado su vestido de faena por una sencilla bata de un azul pálido. Se había aseado, y hasta se había puesto una gota de extracto de vainilla de la despensa en las muñecas y el cuello, sin detenerse siquiera a analizar por qué había sentido el impulso de hacerlo. No tenía tiempo para entretenerse demasiado con el cabello, así que simplemente se recogió los lados en la parte trasera de la cabeza, dejando caer el resto en una cascada suelta por la espalda.

Todo lo que había en el robusto puchero negro tenía buena pinta, y Emma solo esperaba que supiera tan bien como prometía su aspecto. Pensó que al conde tal vez le apeteciese una copa de vino con la cena, pero no tenía nada que ofrecerle, y se sintió avergonzada por ello, disculpándose con Zach quien, muy cortés, insistió en que lo que realmente le interesaba era su guiso. Emma rio y le confesó que justo eso era lo que más le preocupaba.

Cuidadosamente, sirvió dos platos hondos y generosos del guiso, habiendo espesado el
caldo tal como el carnicero le había indicado días atrás. Sirvió también una ración más pequeña en un platito para Bethany, y llevó los tres platos al comedor, entre tanto el conde le sostenía la puerta. Emma los dispuso sobre la mesa, colocando al conde en la cabecera, sin saber exactamente por qué, pero suponiendo que años de servidumbre le habían enseñado a actuar así.

Se sentaron todos a la vez, subiéndose Bethany a su silla habitual en el centro de la mesa pequeña, mientras Emma tomaba asiento en el extremo más próximo a la cocina. Vio al conde mirar su plato con entusiasmo y observó cómo acomodaba la servilleta -otra cortesía de la antigua propietaria- en su regazo. El conde alzó la vista hacia Emma y a esta se le encogió el corazón cuando le vio levantar su vaso de limonada en un brindis.

—Por vuestra primera comida casera en Daisies Cottage —dijo con sencillez.

—Salud —respondió Emma, alzando su propio vaso.

—¡Solúd! —exclamó Bethany, pero su tacita ya estaba en los labios.

Zach y Emma rieron ante aquello y ambos cogieron sus tenedores, aunque Emma dudó un instante, fingiendo animar a Bethany a comer -aunque la niña rara vez necesitase ánimo en ese aspecto- al tiempo que aguardaba ansiosa la reacción de Zach. Este último pinchó una zanahoria y un trozo de carne, los llevó a la boca y, mientras masticaba, ya parecía calcular el siguiente bocado al volver a mirar su plato. Emma deseó que la tierra la tragase cuando pareció que él tenía dificultades para masticar y frunció el ceño justo antes de tragar.

—Ay, Señor bendito —murmuró, lo cual hizo que él alzase los ojos hacia los suyos. Su expresión de sufrimiento -tuvo que dar un largo trago a su vaso para conseguir tragarse el bocado- desapareció al instante en cuanto se dio cuenta de que ella le observaba.

—Un poco duro —reconoció. No había mentira que pudiera justificar la contorsión de sus facciones al tragar—. Suele pasar. Este estará mejor —señaló, y valientemente ensartó otro trozo de carne en su tenedor, junto con un pedazo de patata, y se lo llevó a la boca.

Emma lo observó, entrecerrando los ojos con sospecha a medida que él hacía todo un espectáculo al masticar y tragar con facilidad esta vez.

Insegura de si lo hacía solo para evitar herir sus sentimientos, Emma miró su propio plato y probó un trozo de carne. No estaba tierna, no como la que la señora Smythe solía preparar, pero tampoco era demasiado dura. Quizás él realmente había tenido un trozo rebelde. Aparte de eso, el sabor era bueno; el carnicero había acertado con la mejorana y las cebollas. Convencida entonces de que había preparado al menos una comida decente, Emma comenzó a preocuparse -como cualquier anfitriona lo haría- por la falta de conversación. Aparte del constante parloteo de Bethany entre bocados, reinaba el silencio en la mesa.

—Mi señor, ¿estáis…?

—Me preguntaba si vos…

Ambos hablaron al mismo tiempo. Sonrieron, de repente incómodos, como si esta necesidad de ambos por llenar el silencio fuera un testimonio de la verdadera inquietud que de repente llenaba la habitación. Emma hizo un gesto de limpiarse delicadamente la boca con la servilleta, permitiéndole hablar.

—Solo me preguntaba qué planes teníais para el jardín.

—No lo he pensado mucho, para ser honesta. Limpiar los escombros parecía una tarea obvia, pero supongo que me gustaría tener algunas hierbas y quizás solo unas pocas verduras. —Levantó su vaso de limonada, pero no bebió inmediatamente—. Recuerdo -vagamente, eso sí- que mi madre tenía un jardín, mucho más grandioso de lo que yo podría aspirar.

El conde inclinó la cabeza ante esto, frunciendo el ceño con curiosidad.

—¿Os importa si os pregunto qué les ocurrió a vuestros padres?

—No me importa en absoluto. No es una gran historia. Se casaron jóvenes y tenían una pequeña granja un poco al norte de aquí; no puedo recordar dónde. Mi padre murió en un accidente de caza cuando yo tenía cuatro años y mi madre de neumonía cuando tenía nueve. Ya nos habíamos mudado al King's Arms después de que papá muriera, y mi hermana ya trabajaba junto a mi madre. Los Smythe se apiadaron de nosotras y nos permitieron quedarnos. —Hizo una pausa, desprevenida ante la melancolía que se apoderó de sus ojos, pero había pasado un tiempo desde que hablaba de esto. Con nostalgia, le dijo—: Gretchen era hermosa y vivaz… todos la querían. Quizás porque dependía tanto de ella, porque la tuve más tiempo, la lloro más a ella… y también por Bethany, porque nunca conocerá a su verdadera madre.

—No pretendía apenaros, Emma —reflexionó Zach con voz profunda y suave desde el otro extremo de la mesa.

—No lo habéis hecho, en verdad —le aseguró, encontrándose con su tierna mirada—. El duelo es saludable, sabéis, ayuda al corazón a sanar —afirmó con una sonrisa forzada, pensando en aligerar el ambiente—. Ahora, quisiera poder ofreceros algún postre, pero mis conocimientos son decididamente limitados, y aparentemente incluso esto necesita mejora.

El conde soltó una leve risa ante esto.

—Os subestimáis, Emma. Habéis preparado una comida excelente…

—Y vos sois un mentiroso consumado, pero os lo agradezco igualmente.

—Imagino que necesitaréis tener algún personal aquí. Os pido disculpas por no haber pensado en ello antes.

Oh, pero esa era la oportunidad perfecta que necesitaba, decidió Emma.

—Puede que no sea necesario, mi señor —comenzó, con brillo en los ojos—. Quería deciros que he encontrado a los Smythe… Al ver su expresión de desconcierto, explicó—: ¿Los propietarios de la posada King's Arms? Sí, pues los encontré en Little Hadham, ¡y Langdon y Alice también están allí! —gritó, emocionada—. Todos están juntos, mi señor, pero en circunstancias precarias. Oh, fue tan maravilloso encontrarlos, incluso a Alice, aunque creo que desde entonces ha partido en busca de mejores oportunidades. Parecían muy sorprendidos de verme, en verdad. Os he contado que, como siempre me han cuidado, pensé en devolverles la amabilidad. Así que llegarán, espero, a finales de mes. Bueno, no llegarán por sí mismos, ya que necesitaré vuestro carruaje más grande para recogerlos. —Soltó todo eso casi en una sola respiración. Y esperó. Sus manos apretaban la servilleta en su regazo. ¿Por qué, oh, por qué la ponía tan nerviosa?

Zach pareció entonces reflexionar sobre esto, no con tanto esfuerzo como lo había hecho con ese primer bocado de su estofado, pero pasaron varios largos segundos antes de que hablara.

—Son vuestros sirvientes entonces, supongo. Un mayordomo, ama de llaves y lacayo…

—Mi señor —lo interrumpió—, parecéis estar intentando atribuirme un estatus mayor del que mi nacimiento justifica. Soy de la clase trabajadora, igual que los Smythe y Langdon. No estoy por encima de ellos, independientemente del beneficio que tan amablemente me proporcionó vuestro padre. Son mi familia. Trabajaremos juntos en esta casa, y probablemente también con ocupaciones fuera de ella…

El conde levantó la mano y Emma dejó de hablar.

—Emma, solo quería decir que emplear a los Smythe y a Langdon es una decisión lógica. Tendréis sirvientes aquí —insistió. Y justo cuando ella abría la boca para refutar esto, pensando en el gasto, añadió—: Además, la herencia de mi padre cubrirá fácilmente sus salarios. ¿Por qué querríais que todos anduvieseis por las aldeas buscando trabajos, cuando hay posiciones buenas, limpias y manejables dentro del hogar? Los Smythe y Langdon recibirán un salario y vos vuestra asignación mensual.

—Pero ¿qué necesidad tengo de un mayordomo o un lacayo?

—¿Qué necesidad tengo yo de un centenar de sirvientes en tres propiedades? La finca puede permitírselo y ofrece empleo a quienes podrían tener dificultades de otro modo. Es simplemente cómo se hacen las cosas. —Zachary se encogió de hombros.

—Pero ¿qué harían realmente durante todo el día?

—Lo que les indiquéis, lo que deseéis que hagan —esto último, con una mirada bastante
significativa, que Emma interpretó como que las posiciones eran más una formalidad para ofrecerles un ingreso, además de algo de complacencia y compañía.

—Oh, ya entiendo.

—El muchacho, Langdon, puede dividir su tiempo entre aquí y Benedict House, si lo deseáis. Hay mucho trabajo en los establos allí.

—Eso le agradaría. —Emma se levantó entonces para recoger la mesa, llevando a Bethany fuera de su silla y hacia la cocina para limpiarla. Sintió al conde entrar también en la cocina, trayendo platos consigo. Los dejó cerca del fregadero profundo y la bomba, muy cerca de Emma. Su brazo rozó el suyo mientras atendía a Bethany. El contacto, aunque ligero, hizo que ambos se pusieran rígidos. De pronto, el conde se detuvo después de soltar los platos. Emma permaneció inmóvil, cerrando los ojos hasta que él se alejó. Su proximidad, incluso con Bethany tan cerca, era, como siempre, algo muy peligroso. Se dio cuenta de que no podía hacer esto. No podía tenerlo aquí así, fingiendo que todo estaba bien, que no deseaba sus besos ni anhelaba una de sus sonrisas, no cuando él no tenía idea del efecto que su mera presencia tenía en su corazón.

«Él no se casará contigo».

Zach era un conde y ella, nada más que una doncella, incluso si ya no ocupaba esa posición. No había nada más que él pudiera desear de ella que lo obvio. Y Emma sabía que no participaría en eso. Su corazón, de hecho, su propia alma, no podría sobrevivir a eso. Se volvió hacia él con esa mirada temida ante Zach, pues este se lo pensó solo un momento antes de agradecerle por la comida y anunciar su intención de marcharse. Incluso entonces, estaba en ella rogarle que se quedara. Pero no lo hizo.

Capítulo 15

Fue una desdicha para Emma que el conde repitiese sus visitas a Daisies Cottage en varias ocasiones cuando Callum MacKenzie ya se hallaba allí o estaba a punto de marcharse. Callum solía pasarse con regularidad, siempre atento a las necesidades de Emma, llevándola a ella y a Bethany a Perry Green en las primeras horas de la mañana. Ella consideraba esto desafortunado porque parecía que la mera presencia de su vecino despertaba la bestia en Zachary. Aparentemente, él podía olvidar toda su buena crianza al chasquear los dedos, pues la presentación de ambos hombres estuvo cargada de algo que Emma no podía nombrar, pero que sentía en el aire; y dos encuentros posteriores hicieron que el conde casi gruñese, apenas levantando el labio mientras saludaba con un escueto gesto a Callum. Aunque este último no parecía inmune al inconfundible desagrado de Zachary al encontrarlo una y otra vez en Daisies Cottage, en general no se mostraba perturbado por la altivez del conde. Emma deseaba preguntarle al conde cuál era exactamente su intención. Si visitaba únicamente para importunarla a ella y a su vecino con su mal humor, entonces no deseaba su compañía.

En el primer día de la semana siguiente, cuando Emma estaba lista para comenzar su trabajo en la tienda de la modista, el conde llegó, como ya era su costumbre, poco después del mediodía. Emma acababa de regresar a casa, pues Callum la había llevado a ella y a Bethany a Perry Green para visitar al carnicero. Bajó del carro de Callum y también ayudó a Bethany a descender, extendiendo la mano hacia Callum para recibir sus compras justo cuando el elegante carruaje del conde se detenía en el pequeño camino frente a las margaritas. Emma casi gimió en voz alta ante esta inoportuna coincidencia. No prestó atención al vehículo reluciente y a los finos caballos del conde estacionados junto al carro bien usado y el equipo de trabajo de Callum, pero sí renunció a la idea de invitar a Callum a almorzar, como había pensado hacer en agradecimiento por

toda la ayuda que le brindaba. Se limitó a despedirse de Callum con otro «gracias» y «buen día», y luego rodó los ojos al observar cómo los dos hombres casi se enfrentaban, entrecerrando los ojos el uno al otro antes de que Callum sacase su carro del patio y se dirigiese por el camino.

El conde accionó el freno del carruaje y descendió con fluidez para situarse ante Emma, tomando a Bethany en brazos, ya que ella siempre se alegraba de verlo.

—En verdad, mi señor, debéis absteneros de espantar a mis visitas —dijo ella a medida
que se dirigían hacia la puerta, saludando a Henry, que estaba en el huerto, aunque no parecía
tener herramienta alguna en mano ni estar ocupado en tarea alguna.

El conde sostuvo la puerta principal abierta para Emma y la siguió al interior, hacia la cocina.

—No me agrada —fue todo lo que dijo.

—Me da igual. Callum es un muy buen amigo y siempre se porta bien con nosotras. Y corregidme si me equivoco, milord, pero creía que era dueña de mí misma y tomaba mis propias decisiones —replicó Emma de manera desenfadada.

Tras dejar la carne sobre la mesa, Emma se sorprendió al sentir que el conde la giraba bruscamente, con su enorme mano apretándole la muñeca. Aún llevaba a Bethany en brazos, pero ni siquiera la niña amortiguó la frustración en su voz.

—Emma, ¿qué demonios estáis haciendo? ¿Lo queréis a él o a mí?

—¿De qué habláis? —El ceño fruncido de ella rivalizaba con el suyo.

—Emma, no podéis andar dejándoos cortejar por dos hombres. Al final, tendréis que descartar a uno.

—¿Cortejar? ¿Quién ha dicho algo sobre cortejo?

—Por todo lo sagrado, ¿qué pensáis que estoy haciendo yo?

—¿Vos me estáis cortejando? —El tono de su voz transmitió a la perfección su estupefacción. Tartamudeó, se quedó bloqueada y no supo qué responder, mientras notaba de reojo -aunque vagamente-

que Bethany los observaba con los ojos como platos. Al final, balbuceó—: Yo… yo pensaba que solo intentabais… —No encontró un término educado para lo que realmente había imaginado.

—¿Qué? —Zachary alzó una ceja, esperando.

—Bueno, admitid que vuestra técnica deja algo que desear. Si vuestra idea del cortejo implica ser autoritario, controlador y gruñón, entonces supongo que debería haberlo adivinado —lo entretuvo con torpeza al tiempo que su corazón daba volteretas en el pecho.

—Y besos —añadió el conde—. No olvidéis los besos.

¡Como si pudiera!

Entonces, a Emma se le ocurrió algo. Tal vez lo que él llamaba cortejo -y su objetivo final- y lo que ella entendía por cortejo -y el resultado deseado que imaginaba- eran dos cosas distintas. Ahora todo cobraba sentido. Ahora lo entendía. Oh, no dudaba que la deseaba. No era ciega ante sus miradas atentas y cargadas de admiración, ni una piedra insensible a sus besos, pero en su interior sentía que sus deseos serían algo pasajero. De inmediato, una imagen de su hermana cruzó su mente. Hombres como el conde solo se embarcaban en relaciones con muchachas como ella por un motivo. Y, como tan a menudo ocurría, las palabras de advertencia de *lady* M la acecharon en ese instante. Seguidamente, lo miró fijamente a los ojos con tristeza.

—Lo siento, milord. Yo… no deseo que me cortejéis.

No mudó el semblante. Bien percibía ella que trataba de descifrarla, aunque sus ojos permaneciesen enervantemente inescrutables. Una vena en su cuello se hinchaba y deshinchaba, repitiendo el movimiento, por lo que Emma supuso que libraba en su interior alguna pugna, tal vez conteniéndose de pronunciar ciertas palabras apretadas entre sus dientes. No hubo necesidad de fingir tristeza; sólo intentó proyectársela a él, no a sí misma.

—Tal vez os di la impresión equivocada —mintió—, de que… deseaba o disfrutaba… vuestro beso. Sólo mi inexperiencia puede culparse, y espero que sepáis perdonarme semejante yerro en el juicio, y desde luego, cualquier otra cosa que os llevase a pensar que querría ser… cortejada.

¡Santo cielo! Por mucho que se congratulase de haber podido decir aquello con cierta convicción, pocas palabras le habrían sabido tan falsamente horrendas al salir de su boca. Él seguía mirándola. O más bien, fulminándola. Le dirigía una mirada airada, sin duda.

Transcurridos unos instantes, cuando ya temía que contener el aliento con tal vehemencia resultase letal, el conde avanzó y le entregó a Bethany. Sorprendida, Emma tomó a su hija entre los brazos y sintió al instante una cierta paz, por mínima que fuera; la niña actuaba de escudo, al que se aferró con alivio. El conde se dirigió a la puerta con paso firme y decidido. De pronto, se volvió.

—Por supuesto que mentís —lo cual quebró cualquier atisbo de paz que hubiera alcanzado—. Pero os daré tiempo para que os vayáis acostumbrando. Alejad a MacKenzie, Emma. Sois mía.

No era justo que un hombre pudiera obrar así: cortejarte con promesas que anhelaba que creyeras, todo con la intención de precipitar tu ruina al final. Ella no sería partícipe de su propia caída.



A las seis y media de la tarde, Emma y Bethany salieron a pie rumbo a Perry Green. Emma había vestido a Bethany con el camisón, suponiendo que la niña se dormiría antes de que regresasen a casa. Apenas habían comenzado a bajar por el sendero cuando Callum MacKenzie se les acercó en su carro. No se molestó en fingir que estaba allí por otro motivo que no fuera llevar a Emma a su trabajo. Ella le sonrió con alegría. De verdad, era un caballero excelente.

—En serio, Callum, sois demasiado bueno conmigo —protestó mientras él alzaba a Bethany para sentarla a su lado—. No espero que me llevéis de un lado a otro constantemente. Ella también subió, y Callum chasqueó la lengua, y partieron.

—No me agrada la idea de que caminéis hasta Perry Green ni siquiera a esta hora, señorita Emma.

Emma rio, sujetándose el sombrero, pues la noche estaba algo ventosa.

—Callum, ¿cuándo dejaréis de decirme «señorita» y empezaréis a llamarme simplemente Emma?

Si no supiera mejor, habría jurado que el hombretón al otro lado de Bethany se sonrojaba antes de responder, dirigiéndole una sonrisa tímida.

—Eso dependerá de vos, imagino.

—¿De mí? Ya os he dado permiso para ello.

—No sería asunto mío, señorita Emma, pero… ¿exactamente qué representa ese conde tan refinado para vos?

Emma apartó la mirada, cubriéndole un leve rubor las mejillas.

—No es nada para mí —negó, sabiendo, incluso al pronunciarlo, que no era cierto—. Absolutamente nada.

—Mucho protestáis, si me permitís —indicó Callum con suavidad —. Francamente, señorita Emma, si fuerais mía, os llamaría Emma. Pero tengo la sensación de que vuestro corazón ya está comprometido.

La joven sospechaba lo mismo, por espantosa que le resultara la mera idea. Con los ojos humedecidos, miró a Callum, quien la observaba con una sonrisa triste, y no pudo hacer más que encogerse de hombros, ese único gesto expresando un torbellino de emociones y pena.

Llegaron frente al atelier justo entonces, y antes siquiera de que Emma pudiera moverse, sintió su mano sobre la suya, en su regazo.

—Estaré aquí a las diez.

—No hace falta. No quiero que penséis… —Emma negó con la cabeza.

—Seguís siendo mi amiga. Cierto es que desearía más, pero veo que vuestros afectos están en otro lugar —le apretó la mano.

—Y eso, ojalá fuera distinto —asintió Emma, con tristeza.

—Nadie puede dictarle al corazón a quién ha de amar —confesó él con sabiduría, soltándole la mano.



Emma entró en la tienda de High Street justo antes de que Madame Carrière pudiera haber cerrado por la noche. La pequeña mujer francesa bajaba por la escalera de la bellamente decorada *boutique*, con una cinta métrica colgada al cuello y un acerico bien ceñido a la muñeca. Se detuvo, cerca del último peldaño, mirando a Emma con expresión de perplejidad. Esta última sonrió y saludó a la mujer, que descendió lentamente el resto de los escalones.

—He venido para empezar a trabajar para vos —dijo Emma, al ver que la mujer no parecía comprender el motivo de su presencia.

—*Non, ma petite* —respondió Madame Carrière—. El hombre grande -el conde- vino a verme. Dijo que vos ya no aceptaríais el puesto —continuó en un inglés fuertemente acentuado—. He contratado a otra muchacha… ahora mismo está arriba, fregando.

Emma se quedó boquiabierta. ¡Qué atrevimiento el suyo! Tan sumida estaba en su furia que ni reparó en que Bethany había empezado a encaramarse por los muebles finos de la modista. Los ojos cada vez más abiertos de Madame Carrière, fijos en la niña, alertaron a Emma de que había problemas. Tomó a Bethany en brazos y se disculpó apresuradamente con la modista, saliendo a toda prisa antes de que las lágrimas terminaran de correr por sus mejillas.

Hirviendo de rabia, echó un vistazo arriba y abajo por High Street, preguntándose si Callum aún andaría cerca, pero no fue así. Caminando a tal ritmo que Bethany tenía que dar saltitos para seguirle el paso, Emma emprendió el regreso a casa, sintiendo una furia mayor que cualquier otra que pudiera recordar. ¡No tenía derecho! ¡Ella no era de su propiedad!

Al darse cuenta de lo que estaba haciendo sufrir a la pobre Bethany, redujo el paso de inmediato y relegó su ira a la actividad de su mente. Y cuando el cielo, encapotado durante la mayor parte del

día, se abrió sobre ellas antes siquiera de alcanzar la mitad del camino, sus lágrimas se convirtieron en sollozos y ambas acabaron caladas hasta los huesos. Cargó con Bethany y echó a correr, tarea nada fácil con el barro bajo sus pies, el vestido empapado entorpeciendo cada movimiento, y una Bethany que ya era demasiado grande para ser llevada en brazos durante mucho tiempo.

La gratitud la invadió cuando, casi media hora más tarde, divisó por fin a Daisies Cottage a lo lejos. Emma frunció el ceño, pensando que bien podría seguir caminando… tendría que informar a Callum de que no hacía falta que la recogiera. Siguió bajo la lluvia, maldiciendo a Zachary Benedict con cada paso que daba, hasta llegar a la puerta de Callum, donde golpeó con fuerza para que sus golpes se oyesen por encima del aguacero. Ni siquiera había un alero que las protegiera, y nadie acudía a abrir. Enseguida, Bethany empezó a llorar, miserable en su ropa mojada, y Emma continuó llorando, convencida de que aquel conde era el hombre más ruin que jamás hubiese conocido. Renunció a su empeño de avisar a Callum, pues al mirar a su alrededor comprobó que ni él ni su carro se hallaban por ninguna parte, y emprendió de nuevo el camino, cuesta arriba, hacia Daisies Cottage. Se encontró con Callum a mitad del trayecto. Supo que él la había visto porque su carro aceleró de inmediato y se detuvo bruscamente a su lado. No perdió tiempo en formalidades: alzó a Bethany hasta él y subió ella justo después, entre sollozos, para contarle que, al final, no tenía trabajo alguno. Su bondadoso vecino se culpó enseguida mientras giraba el carro para llevarla de vuelta a casa.

—Debiera haber aguardado para asegurarme de que quedabais bien instaladas…

—¡No, Callum! —le gritó ella por encima del estruendo de la lluvia—, esto no es culpa vuestra, y os ruego que no me pidáis explicación alguna. Sólo deseo volver a casa y darme un buen y largo baño.

Callum, siempre caballero, no hizo preguntas, sino que instó al tiro a acelerar de nuevo, y en apenas unos minutos llegaron de

nuevo a Daisies Cottage. Ella le dio las gracias una vez más con gran efusividad, y volvió a maldecir al conde de Lindsey.



Una hora después, Emma había bañado a Bethany y la había calentado junto al fuego del salón antes de acostarla. La tormenta rugía aún en el exterior, empeorando por momentos. Emma se despojó de su ropa mojada nada más regresar, pero no conseguía librarse del frío que la lluvia le había dejado en el cuerpo. Cubo a cubo, vació la bañera baja que había preparado para Bethany y luego volvió a llenar la tina de cobre con el agua humeante que había puesto a hervir en el hogar. Tal vez no fuese lo más sensato, pero resultaba lógico que tanto Emma como Bethany se bañaran en la cocina, pues así evitabais vos subir escaleras con múltiples calderas de agua.

A la tenue luz del anochecer, la cocina iluminada únicamente por las pequeñas llamas del fuego del hogar, Emma se despojó de su pesado camisón y entró en la tina que le llegaba hasta las rodillas. Hacía ya rato que había dejado de llorar, aunque algún que otro sollozo persistía. Agotada ahora, también vacía por dentro, apoyó la cabeza contra la parte más alta de la bañera y cerró los ojos.

Despertó -no supo cuánto tiempo después, aunque el agua ya sólo estaba tibia- al oír su nombre. Sus ojos se abrieron alarmados al reconocer la voz del conde, y se apresuró a incorporarse y a buscar su camisón justo cuando la puerta de vaivén de la cocina se abrió para mostrar al hombre. Emma soltó un chillido, consciente del estado calamitoso de su desnudez,
y se aferró con fuerza al tejido de su bata.

Zachary Benedict se detuvo en seco, sus ojos clavados en su forma mojada y desnuda, tan sorprendido como ella. Al instante,

Emma notó que algo cambiaba en él. No sabía con qué intención había acudido a su casa, pero vio brillar una determinación en sus oscuros ojos mientras la contemplaba sin pudor.

—¡Salid de aquí! —intentó gritar, aunque apenas fue un graznido.

Los ojos del conde se encontraron con los suyos, y Emma apenas fue consciente del temblor de un músculo en su mandíbula. Intentando mantener el camisón cubriendo la mayor parte de su piel desnuda, salió de la posición desventajosa de la bañera y ordenó de nuevo que se marchase. Aunque, al acercarse a Zach, pareció encenderse en él una fuerza mayor, y caminó con resolución hacia ella, sin apartar la mirada. Ignoró su aparente indignación y la humedad de su piel, y la rodeó con sus brazos, acercándose a ella sin detenerse en ningún momento. Sus labios encontraron los suyos. Su necesidad era urgente, devorándola al instante, sin darle tiempo a asimilar aquella invasión ni a reunir la voluntad para resistirse. Su deseo la envolvió como una manta cálida, y Emma fue plenamente consciente de cada punto de su piel desnuda que ardía bajo las manos del conde.

Zachary rozó con suavidad los labios de Emma, explorando su dulzura con una delicadeza que estremeció sus sentidos. Sus manos, firmes pero respetuosas, comenzaron a recorrer su piel con una ternura que hablaba más de deseo contenido que de urgencia. Emma apenas fue consciente del momento en que su bata se deslizó, sintiendo pronto el calor envolvente de su cuerpo contra el suyo. No pensaba en nada más que en él, en la intensidad de su presencia, en cómo su cuerpo respondía con cada caricia, cada beso. Tembló, no de frío, sino por la sensación placentera que la recorría al ritmo de sus labios sobre su piel. Un suspiro escapó de su boca cuando su mano rodeó con suavidad su pecho desnudo, provocando una oleada de sensaciones que la dejaron sin aliento.

Zachary apartó sus labios para recorrer su cuello con besos suaves, descendiendo hasta su hombro. Su boca, cálida y ávida, encontró su camino hacia su pecho, y allí se entretuvo un instante, dibujando círculos de placer. Emma, vencida por el torbellino de emociones, enredó los dedos en su cabello, aferrándose a él como si

fuese su ancla en medio de aquella tormenta de sentimientos. Entonces, sin apenas romper el contacto, el conde la alzó en brazos con una facilidad que la hizo sonreír entre jadeos, llevándola fuera de la cocina, a través del pasillo, subiendo las escaleras.

—¿Cuál es? —preguntó con la voz ronca, aún pegado a sus labios.

La joven, turbada y aún envuelta en deseo, señaló vagamente la puerta de su dormitorio.

Zach avanzó sin dudar y, una vez dentro, cerró la puerta de una patada suave, depositándola con cuidado sobre la cama. Durante un momento, Zachary se detuvo, desabrochando lentamente su camisa mientras no apartaba los ojos de Emma. Esta última enseguida comprendió que no era un gesto para impresionarla, sino la necesidad de observarla, de grabar en su memoria cada detalle. A pesar de su desnudez, no intentó cubrirse, cautiva de la intensidad con la que él la contemplaba.

Finalmente, Zachary se despojó del resto de su ropa y, sin más preámbulos, subió al lecho. Besó sus tobillos, sus piernas, avanzando con ternura por sus muslos hasta detenerse allí donde comenzaba el centro de su deseo. Emma se estremeció, presa de una mezcla de pudor y expectación, mientras las manos de él la sujetaban con firmeza y cariño.

—Tranquila, amor —susurró, cargada su voz de pasión y dulzura, y Emma supo entonces que aquella noche marcaría un antes y un después en su vida.

—*Shh* —susurró él contra sus labios, y prosiguió con su dulce y tortuosa caricia.

Poco después, Emma levantó las caderas, no para detener aquella locura tentadora, sino anhelando más. Zachary no la defraudó. La rodeó con un brazo por la cintura a medida que la otra mano buscaba su piel con una ternura encendida. Sus labios y caricias dibujaban sobre ella un mapa de deseo, suaves pero firmes, como si supiera exactamente cómo tocar, cómo despertar lo que ella misma no sabía que sentía. Emma se dejó llevar, sus dedos hundiéndose en su cabello, entregada. Dentro de ella, las olas del deseo crecían, golpeando cada vez más intensamente. Sus gemidos,

primero tímidos, se tornaron más profundos. Cuando la acarició con una intimidad nueva, ella sintió que su cuerpo entero le respondía, buscándole, confiando en que supiese llevarla a ese lugar desconocido pero deseado.

Y de pronto, el conde se apartó. Emma soltó un suspiro de pérdida… pero solo había cambiado de posición, colocándose sobre ella, sus labios buscando de nuevo los suyos. Sentía su cuerpo firme y cálido rozando el suyo con una cercanía vertiginosa. Le acarició el pecho, descubriendo el latido fuerte y constante de su corazón, mientras él, contenido apenas por un instante, se unía a ella.

—Oh, ardéis de pasión —susurró, temblorosa su voz, como una plegaria.

Emma apartó la mirada, besándole el hombro para ocultar sus dudas repentinas. Pero ya era tarde: su cuerpo lo había aceptado, lo había sentido en lo más hondo. No esperaba el leve dolor inicial y soltó un quejido contra su cuello.

—Lo siento, Emma. Yo… —se detuvo, sorprendido. No añadió más. En lugar de palabras,
le ofreció besos, suaves pero profundos, y empezó a moverse en ella con una lentitud que parecía estudiada, como si quisiera saborearla, memorizar cada instante.

La sensación era real, poderosa, íntima. Su corazón latía con fuerza en sus oídos. La calidez crecía de nuevo en su interior, encendiéndose con cada roce. Sus cuerpos se ajustaban como si fuesen uno solo, y Emma, moviéndose al compás, se sintió arrastrada por una marea de fuego y placer. Cuando alcanzó el clímax, sus ojos se abrieron en un instante de asombro y entrega, sus piernas rodearon su cuerpo con fuerza y supo que ya nada volvería a ser igual.

Zach deslizó una mano bajo su trasero una vez más, acomodándola, presionando sus largos dedos contra su carne ardiente. Se movía cada vez más rápido mientras Emma apenas podía recordar su propio nombre. Momentos después, le sintió estremecerse y escuchó su gemido apagado contra su cabello antes de que su cuerpo se rindiera sobre el de ella.

Cuando sus respiraciones recuperaron cierta calma, Zachary alzó la cabeza y la miró. Con suavidad, le besó los labios, los párpados, recogió las lágrimas que surcaban sus mejillas. Emma, aún atrapada en esa confusión de sensaciones, dejaba que sus manos dibujasen figuras sobre la espalda de él, aunque por dentro luchaba por contener la vergüenza y el arrepentimiento que amenazaban con desbordarse. Otro estremecimiento le recorrió el cuerpo, sin saber si nacía de los rescoldos del deseo o de un sollozo contenido. Bajo su peso, cerró los ojos. Se habían adaptado lo suficiente a la penumbra como para no atreverse a mirarle y descubrir lo que mostraban sus ojos.

Por fortuna, Zach se apartó de ella y rodó hacia un lado. Se tumbó de espaldas, apoyó un brazo sobre la cabeza, rascando el otro su pecho distraídamente. No dijo nada. No durante mucho tiempo. Y no la miró. Temiendo que un llanto incontenible estallase en cualquier momento, por todo lo que había estado mal en lo que acababan de hacer, Emma se giró de espaldas a él, mirando la pared con sus delicadas florecillas. Pasó un largo, larguísimo rato antes de que él rompiera el silencio.

—No era exactamente esto lo que tenía planeado. —Su voz era aún ronca, las palabras lentas, como meditadas.

Emma no entendía a qué se refería y se esforzó por quedarse tan inmóvil como le fue posible.

—Pero ahora sois mía, amor —añadió con ternura, su aliento acariciándole la oreja al moverse detrás de ella, presionando su cuerpo contra el suyo.

Emma cerró los ojos al oír aquello, y toda la magnitud de su error la golpeó con la fuerza de una tormenta devastadora.

—Oh… ¿Qué he hecho? —murmuró, rota. Sintió cómo él se tensaba detrás de ella, y esa tensión se le transmitía por todo el cuerpo.

—Espero que hayáis estado luchando con los mismos deseos que yo, y que eso nos haya
conducido hasta aquí —dijo con cautela.

Emma negó con la cabeza, miserable, hundida contra la almohada. «No. No. ¡No!» Todo estaba mal. Y comenzó a llorar. No

era un llanto desbordado, sino un gemido suave, un lamento ahogado mientras en su interior se reprochaba haber permitido aquello. Él había ganado. Ya no era dueña de sí misma. Ni siquiera se reconocía.

—Por favor, marchaos —suplicó entrecortadamente tirando del fino hilo del que pendía su voz.

Como el conde no se movía, salvo para acariciarle el brazo con ternura, Emma se apartó con un gesto brusco y le gritó.

—¡Dejadme en paz!

—Emma…

—¡Salid! —exclamó, encendida de rabia.

Y Zach obedeció. Lentamente, con movimientos medidos, se apartó de la cama. Seguidamente, la joven oyó cómo recogía sus ropas, poniéndose algunas antes de salir en silencio de su dormitorio.

Emma hundió el rostro en su blanda almohada y rompió a llorar como nunca lo había hecho, por la pérdida de su inocencia, por su necedad en todo cuanto concernía al conde, por no haber aprendido nada del desengaño de su querida hermana. Lloró, sobre todo, por la dolorosa verdad de que le amaba demasiado como para conformarse con ser solo su amante, aun cuando, irrefutablemente, acababa de prestarse a serlo. Y durante ese instante, por mucho que le doliera, eso era lo que era.



Zach cerró la puerta y se quedó contemplándola durante varios segundos, atento al frágil velo que aún lo separaba de ella. Sabía que no era solo una puerta lo que los distanciaba. Suspira -porque el sabor y la presencia de Emma aún lo envolvían- y se enfundó la camisa con brusquedad mientras bajaba por las escaleras traseras.

Recorrió de un lado a otro la planta baja, apenas pudo calzarse las botas, que habían quedado en su habitación. Rezongaba y pateaba el suelo, al tiempo que la noche rugía con igual ira afuera. Con las manos en las caderas, se paseaba por el pasillo. Sin experiencia alguna con doncellas, se preguntaba si todo aquello era normal. Si la pérdida de la inocencia suponía una herida emocional imposible de sanar, ¿no debería considerarse esta reacción como algo previsible? ¿No debería, entonces, estar junto a ella en este momento? ¡Ay!, ¿y si ella decía la verdad cuando había sostenido que no deseaba que él la cortejase?

Zach se pasó la mano por el rostro, repasando su barbilla sin afeitar. «Joder», resopló, completamente desconcertado. Sus pasos lo llevaron de nuevo al vestíbulo. Al mirar la escalera, calculaba sus opciones, pero todas convergían en una sola conclusión: *no podía abandonarla*. Con decisión, subió zancadas los peldaños de tres en tres, descalzo y silencioso, hasta colarse sin hacer ruido en el dormitorio de Emma que seguía sollozando. Lo primero que percibió fue que estaba boca abajo, con el rostro hundido en la almohada, cubierta solo por las mantas. Aún no se había percatado de su regreso. Con semblante sombrío, Zach se aproximó y se sentó a su lado, apoyando la cadera contra la suya. Ella dio un respingo, se incorporó a gatas y se limpió las lágrimas con torpeza.

—Quiero que os vayáis —suplicó, con voz temblorosa.

Posiblemente, ya había agotado sus fuerzas, pero aún le ardía la rabia; por eso, su exigencia sonaba más extenuada que vehemente.

—No puedo dejaros —extendió la mano.

Emma la apartó de un manotazo, se levantó de un salto y rebuscó con ímpetu en el armario, sacando una bata gruesa que se anudó con violencia, haciendo ondear los faldones con fuerza.

—Emma, ya basta —se escuchó, sensible—. Hablemos y… —comenzó Zach, poniéndose en pie con cautela, desbordado por sus palabras ásperas y su mirada atormentada.

Emma cruzó la habitación con paso firme y le abofeteó de lleno.

—¡Primero deberíais haber hablado! ¿¡Cómo os atrevéis!? ¿Queréis conversar? ¿Discutimos vuestro carácter imperioso que me quitó el trabajo? ¿Hablamos de vuestro continuo desdén hacia mi

vecino? ¿De vuestro control sobre mí? ¿O preferís tratar el hecho de que yo dije claramente que no quería vuestra atención…

Zach le negó con la cabeza. Al fin y al cabo, no podía permitirse usar ese argumento. No cuando ella había respondido a cada uno de sus toques, besos y suspiros.

—No negaréis con la cabeza.

—Negaré la cabeza—contestó con sequedad—. Recriminadme todo lo que hice mal, pero no me mintáis. Sí queríais mi atención, y vuestra propia respuesta hace un momento —añadió, señalando la cama con el dedo, retumbante su voz—, demuestra que habéis mentido.

—¡*No quiero* quereros! ¿Por qué no podéis entenderlo? Y… y ya da igual. Ya pasó—su voz se quiebra en un sollozo renovado—. Me culpo a mí misma, por haber sido débil, por estar… —De pronto se detuvo, con la mirada desorbitada, cubriéndose los labios con los dedos hasta que otro sollozo la silenciara. Reuniéndose tanto física como mentalmente, retrocedió un paso, con los hombros erguidos y el mentón en alto—. No teníais derecho a quitarme el trabajo. No podéis imponer quiénes han de ser mis amigos. No tenéis derecho sobre mí, ningún derecho. ¡Ninguno!

Los ojos de Zach se abrieron ante la fría firmeza de su tono.

—Esto fue un error, pero fue mío. Sin embargo, no significa nada, ¿lo oís? No me poseéis. Y os exijo que os marchéis.

El conde alzó la mano en gesto de súplica ya que una pena imponente barría su ira. Abrió la boca, alarmado por esa hostilidad tan intensa de ella, como nunca antes la había visto, y pronunció algo que quizá llevaba tiempo siendo verdad.

—Emma, estoy enamorado de vos.

Un grito entre incredulidad y sin aliento fue su respuesta. Sus labios temblaron varios segundos antes de articular palabra.

—¡No!—rebatió con voz temblorosa—. No lo estáis. No podéis estarlo.

—¿Acaso vais a decirme cómo me siento?—dio un paso hacia ella.

Emma alzó la mano, deteniéndolo en seco.

—Os digo que no lo creo —interrumpió firmemente—. Y vamos a concentrarnos en lo importante…

—¿«En lo importante»? —replicó él con aspereza e incredulidad —. ¿«Lo importante»? ¿No será esto? —una vez más señaló la cama —. ¿Lo que acabamos de hacer? ¿Pretendéis que os coaccionase… que os obligase? ¿Es ese el motivo de vuestro enfado?

Emma clavó su dedo en la cama y tomó aire para gritar.

—¡Ya os he dicho que no significa nada! Aquí lo importante es vuestro autoritarismo, y que yo he llegado al límite con ello. ¡Nos obligasteis -obligasteis a Bethany y a mí- a caminar tres kilómetros hasta casa, de noche y bajo la lluvia, porque creíais tener algún derecho…! —se interrumpió al girar la cabeza hacia la puerta lateral. Sus labios se entreabrieron al escuchar algo.

La mirada de Zach la siguió, y este también oyó el suave sollozo de Bethany. Le lanzó una mirada acusadora y Emma se precipitó a la habitación contigua, donde él pudo oírla hablar con cariño y consuelo. Frustrado hasta el límite, se pasó las manos por el cabello y bajó la mirada al suelo. Comprendía su enfado en parte: quizá no debió actuar con tal desprecio hacia su deseo de conservar ese puesto en la tienda de Madame Carrière. Pero él se lo había advertido: le había expuesto todas las razones por las que no le convenía. Con sus métodos, intentaba protegerla.

Después de lo que habían compartido, ¿cómo podía su rabia seguir siendo tan inmensa? Zach estaba desconcertado. Aquella noche había dado un paso asombroso con ella. Sin embargo, también sabía que había sufrido un retroceso tremendo. No entendía del todo por qué; no había planeado aquello para aliviar su enfado -aunque así lo esperaba- mas creía que lo que habían vivido juntos debería haber suavizado su furia. No podía ser que de verdad aspirase a decir que no significaba nada.

Se volvió, alzó la vista cansada hacia Emma y la encontró de nuevo junto a la puerta, abrazando a Bethany. Asumió que la discusión había terminado. Cualquiera diría que Emma no lo sabía, porque Bethany reconoció su presencia y extendió sus pequeñas manos con voz temblorosa, llamándole. Zach avanzó hacia ellas, dispuesto a calmar a la niña, pero Emma negó con la cabeza.

—No, cariño —dijo su voz suavizándose por Bethany—, el conde se marcha ya. Decidle adiós.

«No "buenas noches"».

Bethany aceptó la indicación, girando la cabecita para apoyarla en los hombros de Emma, murmurando algo que él interpretó como su despedida. Ignorando por completo el semblante aún airado de Emma, se acercó y depositó un beso en la cabeza de Bethany.

—Buenas noches, pequeña. —Giró sobre sus talones, con gestos enojados y bruscos, recogió sus botas y chaqueta y se dirigió hacia la puerta. Allí se detuvo, volvió a mirar a Emma—. Me marcharé a Londres por un tiempo. Hablaremos a mi vuelta.

—No hará falta —contestó con tono firme.

—Sin embargo, lo haremos —replicó. Con la mano aún en el picaporte, añadió—: He hablado en serio, Emma.

En su voz se palpaba la exasperación abatida, cargada de un deseo sincero de reconciliación.

Capítulo 16

Tres días después, la lluvia había mantenido a Emma y Bethany bastante recluidas en la casita, de modo que se sorprendió mucho al oír un golpe en la puerta principal. Se quedó mirando, atónita, contemplando la puerta; era la primera vez que se sentía vulnerable viviendo sola. No había ninguna ventana cerca que le permitiera ver quién estaría aguardando en el porche, así que no le quedó otra opción que abrir la puerta para averiguarlo.

Al abrirla, apareció un joven de aspecto viajado: la camisa y los calzones mostraban signos de fatiga, y llevaba al hombro un gran zurrón de cuero que descansaba sobre su cadera opuesta. Levantó la mano y le entregó un sobre.

—De correos, señora.

—¿Una carta? —había intriga en su voz— ¿Para mí?

—Si sois vos —el mozo señaló la caligrafía en el sobre.

En efecto, su nombre, señorita Emma Ainsley, estaba escrito a gran tamaño en el papel, junto a su dirección.

—Lo soy —afirmó, esbozando una sonrisa fascinada ante aquella circunstancia. Nunca había recibido una carta, ni nada propio, por correo.

El muchacho se descubrió con un leve gesto y se marchó, trepando sobre el rocín que esperaba justo fuera de su pequeña verja.

Emma cerró la puerta y contempló la caligrafía enérgica, alegrándose de aquel feliz acontecimiento. De repente comprendió que debía proceder de los Smythe; tal vez estaban antes de lo previsto. Se dirigió al salón principal y, con delicadeza, deslizó el dedo por el pliegue del sobre para romper el lacre. Luego, sentándose en una silla de respaldo de madera -cuyo asiento tapizado evidentemente había visto mejores días-, extrajo varias hojas dobladas y las desplegó. Dentro, reconoció la misma caligrafía firme y pulcra que adornaba el sobre.

Señorita Ainsley:

No sé cuán familiar sois con la política y los procedimientos del Parlamento, pero creí prudente recordaros que permaneceré en Londres por el momento, ya que la sesión está cobrando calor, como suele ocurrir antes de su cierre anual. Lamentablemente, nuestra jornada no comienza en la Cámara hasta bien avanzada la tarde, y a menudo nos encontramos aún sentados en los bancos hasta bien entrada la madrugada. Os lo digo para pediros que le ofrezcáis mis disculpas a Bethany, pues os había prometido que cabalgaríamos con regularidad, y eso no será posible hasta que el Parlamento concluya la temporada.

No penséis que estoy disfrutando; más bien al contrario: ayer escuché a un señor hablar durante hora y media. No abordó el proyecto de ley que tenemos previsto presentar en la Cámara, sino simplemente la necesidad de debatir sobre presentarlo. Tal es mi situación aquí: molesto, impaciente y deseando salir de Londres.

Podríais responderme con noticias de Hertfordshire, si las hay, y acerca de Daisies Cottage, para entretenerme y mantenerme de algún modo conectado con vos y con la verdadera realidad.

Lindsey

Su labio inferior cayó, quedándose tembloroso mientras leía toda la misiva. Y luego la leyó otra vez. El conde de Lindsey le había escrito una carta. ¿Era acaso una rama de olivo? ¿Querría ella aceptarla? Había logrado, en estos últimos días, poner aquel asunto turbio en perspectiva. Había cometido un grave error, uno que no desearía repetir. Él se sentía culpable: por su parte en la pérdida de su puesto en la modista y, quizás, por haberle arrebatado la virginidad, y por ello, su declaración de amor tan inverosímil. No le dio cuartel a la forma en que aquellas palabras fueron pronunciadas, tan sorprendidas como ella al leerlas, la vacilación de su voz al decir *«He hablado en serio,* Emma*»*, era algo tan inusual en él.

En retrospectiva, se sentía avergonzada de su comportamiento, en muchos aspectos. No debería haber hecho lo que hizo con él. Tampoco debería haberle gustado tanto, ni haberle dado tantas

vueltas durante estos días. No debería haber exagerado, gritándole como si fuera un demonio. No podía justificar bien ninguna de sus reacciones. Probablemente estaba medio enamorada de él, aunque pensaba que no debería estarlo. A decir verdad, aparte de esa mirada intensa que la debilitaba las rodillas y su infinita ternura por Bethany, ¿qué parte de él era digna de su amor? ¿Su aguda mente política y ese beso embriagador? ¿El hecho de que fuese el hombre más guapo que conociera? ¿Ese niño interior suyo que solo quería cuidar abejas toda la vida? ¿El hombre que comió su guiso algo imperfecto y fingió que no se atragantaba solo por no herirla? Basura, todo eso. Por encima de todo, él era autoritario, controlador y visiblemente dispuesto a causarle dolor.

«He hablado en serio, Emma».

Emma apretó los labios y subió su carta a la camareta. La guardó en el pequeño escritorio tras leerla una vez más, deslizando los dedos sobre la tinta negra y seca de su pulcra letra.



La lluvia cesó, y el criado del correo encontró a Emma y Bethany regresando de Perry Green, cortesía del siempre amable señor MacKenzie. Con un leve rubor en el rostro, Emma aceptó la carta, ya familiarizada con la escritura gruesa en el sobre. Se despidió recibiendo deseos de un buen día de parte de Callum, y no supo muy bien cómo consiguió esperar a abrir el sobre hasta que Bethany estuviera dormida en su siesta, pero así lo hizo.

Señorita Ainsley

Comienzo a creer que su George Fiske tenía razón: poner los pensamientos en papel es tan catártico como absorbente. Sin embargo, no soy George Fiske, con sus palabras románticas y

confesiones sinceras, así que le ahorraré cualquier intento de encantaros con ellas.

Disfruté de la cena de ayer, antes de nuestra sesión, junto a Lady Marston, quien preguntó por vuestro bienestar. Curiosamente, después de que le explicase su vínculo con Hadlee, se mostró bastante animada, o tan cautivada por cualquier asunto como Lady Marston acostumbra a estarlo. Aún más extraño, su atención parecía vacilar entre la emoción y la aprensión cuando respondí a las preguntas que pude sobre su nuevo -y, según mi madrina, antiguo- amigo, el señor Fiske.

Quería comentaros, como hablamos respecto a su joven, Langdon, que sería oportuno presentarlo al señor Talley, el maestro de cuadras en Benedict *House, cuando llegue el momento. Sé muy poco del muchacho, pero Talley podría servirle de guía excelente. Me atrevo a decir que aprenderá en pocas semanas más y mejor de lo que habría acumulado en años.*

Me despido por ahora, ya camino del Palacio.

Lindsey



Señorita Ainsley:

Thurman me ha contado que habéis pedido el carruaje para el viernes de esta semana. Esto me agrada, pues nunca me sentí a gusto con la idea de que vos y Bethany os hallarais solas en Daisies Cottage.

Aún de buen humor, lord Kingsley me provocó para que tomase la cena con él, aunque nuestra sesión concluyese ya pasada la

medianoche. La cena fue reservada e informal, y mientras siguen mis agradecimientos por vuestra ayuda ahuyentando a la Molestia Lady Prudence, vuestra ausencia ha avivado más aún su entusiasmo. La tranquila velada planeada entre lord Kingsley y un servidor se vio interrumpida no una, ni dos, sino tres veces por sinsentidos y por la dama que los traía consigo. Así que, preparaos, Señorita Ainsley. Puede que pronto vuelva a solicitar vuestra compañía.

Mis ideas andan dispersas, pero os pregunto: ¿creéis que a Bethany le gustaría venir a Londres? Le imaginé disfrutando en la feria de San Bartolomé, que se celebra a principios de septiembre. Os agradecería me compartieseis vuestra opinión al respecto.

Lindsey

Con el labio mordido, Emma leyó esta carta tres veces. Varias ideas le asaltaron a raíz de ella. Primero, debió reconocer que el conde de Lindsey, con todo el vaivén de su relación, iba a permanecer en su vida por largo tiempo, aunque solo fuera por su cariño a su hija. Luego, apartó el cosquilleo no del todo desagradable que sintió en el vientre ante la posibilidad de que él volviese a convocarla para ayudarle a frustrar a *lady* Prudence. Y, por último, se sintió ligeramente obligada a responderle. Quizá no había mal ninguno en ello; eran solo palabras plasmadas en papel. Podría ignorar sus misivas si se parecieran a las de George Fiske, tintadas de cortesía y coqueteo, pero no; estas cartas eran seguras, y no preveía daño alguno en contestarlas… aunque, efectivamente, el tiempo se lo impidió con los preparativos y la visita de su familia.

Cuando finalmente se sentó a escribir al conde, Emma sintió una curiosa idea germinar en su mente: quizá *podría* dictar el rumbo que tomaría su relación. Se escribiría como si fueran amigos, sin la animosidad que teñía tantos de sus encuentros, y, desde luego, sin mención ni atisbo de lo que ahora calificaba como «EL SEGUNDO, PERO MUCHO MAYOR Y MÁS INGLORIOSO ERROR». Le hablaría en sus cartas como si se dirigiera a la señora Smythe o a cualquier amiga leal que tuviese. Así marcaría el tono de su futuro, incapaz de imaginar que podría alejarle por completo de su vida. Le parecía

imposible, dado su gran afecto por Bethany y que ahora él poseía toda la finca que le permitía su presente sustento.

Querido lord Lindsey,

Seáis prevenido - y os lo digo con toda cortesía desde el inicio de esta misiva - que nunca habíais recibido una carta de mi puño y letra, pues jamás escribí una a persona alguna en toda mi vida. ¿No os parece sorprendente?

Actuaré, pues, completamente por instinto; aunque me han instruido (gracias a la señora Smythe) que la correspondencia informal sirve, ante todo, para mantener informadas a las personas en ausencia. Vos ya habéis hecho eso; así que procuraré corresponderos.

Antes de nada, respondiendo a vuestra pregunta: no logro imaginar a un niño, ni a ninguna persona, que no disfrutase de una feria. Aunque, seamos sinceros, no estoy del todo segura de qué abarca una feria. Sin embargo, confiaríais en Bethany para esa salida; no lo dudéis.

Como ya os habréis enterado, los Smythe y Langdon han venido efectivamente a Daisies Cottage. Estamos todos más que encantados de habernos reencontrado al fin. Tal como temía, están bastante consternados al descubrir que no tienen oficio real en mi casa, salvo el de hacerme compañía y ayudar con pequeñas tareas. Pero como el tiempo es benigno y el verano está en pleno auge, pasamos gran parte del tiempo al aire libre. Langdon ya ha regresado varias veces a Benedict House. Volvió una vez muy contento, con un nuevo caballo y un carro para nuestro uso, donados por vuestro propio señor Talley. Si esa instrucción partió de vuestra parte, os agradezco profundamente el préstamo del vehículo. Y estáis advertido: Langdon se ha comprometido sinceramente a cuidar muy bien tanto del animal como del carro, para agradar al maestro de establo.

Ayer, los Smythe, Bethany y yo nos dirigimos en carro a Perry Green. Os presenté a los Smythe al carnicero y a la señora Carrière, la modista, y más tarde al señor Crandall, en la tienda.

Bethany ha aprendido una palabra nueva esta semana. Desearía que no la hubiese aprendido. Es… horrible. Esa es la palabra: horrible. La emplea como respuesta a todas las preguntas o comentarios, lo que convierte incluso algo tan sencillo como: «¿Disfrutasteis leyendo vuestro libro con mamá Smythe?» en un ejercicio de frustración. Realmente es horrible. Quizá, cuando regreséis, pudierais enseñarle una palabra nueva, pues nuestros esfuerzos hasta ahora han resultado infructuosos.

Cordialmente,

Emma Ainsley

Varios días después, con novedades que compartir, Emma no aguardó respuesta y despachó otra carta al conde.

Querido lord Lindsey,

Escribo apresurada (perdonad mi letra, que apenas he tenido ocasión de usarla en años) para sellarla antes de salir hacia la ciudad, donde puedo dejarla en correos sin esperar al muchacho. De esta manera me ahorro propina, lo cual me resulta incómodo, pues siempre he sido de las que reciben las gratificaciones, no al revés.

¡Ay, pero os cuento! Tal y como acordamos durante nuestra estancia en Londres, ayer me visitó George Fiske. lord Hadlee y yo tomamos un encantador té en el salón. Oficialmente, él fue mi primer invitado en Daisies Cottage, y yo estaba emocionada por poner en práctica mis dotes de anfitriona novata, aunque temo que anduvieron algo desaprovechadas con el pobre hombre. Estaba absorto, consumido únicamente por esas cartas que fui a recoger a Benedict House con la señora Conklin y que diligentemente devolví al melancólico caballero. Creo que se siente solo y me ve como un nexo con algo que perdió y aún lamenta. Aunque el vínculo es etéreo, sentí que comprendió cuánto me habían marcado esas misivas. Promete volver en uno o dos meses.

En otras nuevas, el señor Smythe agradece vuestras labores en el huerto y ha descubierto un nuevo amor, me atrevo a decir. Pasa horas incontables allí, en esa silla de mimbre cuando no está podando, regando o plantando. Y hace un par de días se fue a Perry Green solo durante tres horas y volvió con el rostro encendido, aún entusiasmado por la larga conversación que mantuvo con el frutero, que, al parecer, gestiona un huerto exitoso, de modo que el señor Smythe promete más manzanas y peras de las que sabremos qué hacer. (Veo tartas, pasteles y empanadas en mi futuro.)

Sinceramente, esta escritura me resulta bastante sencilla. Las palabras parecen brotar del papel. (¿Os gusta este papel? La señora Smythe y yo lo encontramos en la ciudad, mientras el señor Smythe se preguntaba qué tenía de malo el vellum blanco común.)

Cordialmente,

Emma Ainsley

P.D. Lo que aparece garabateado en la página siguiente es obra de Bethany, que ahora está aprendiendo qué son las letras. Imagino que os podéis figurar que sus dedillos quedaron más manchados de tinta que el propio papel. Y esto, mi señor, es todo lo que me obligo a escribir por ahora, esperando conservar este papel hasta que estéis en Londres.

Emma recibió otra carta del conde apenas dos días después. En privado, peleaba con el cosquilleo que acompañaba la llegada de su correspondencia, aunque estaba segura de que se debía al hecho de recibir una carta y no otorgaba particular importancia al remitente. Sin embargo, sabiendo que él pasaba hasta diez o doce horas al día ocupado en el Parlamento, sintió un cierto revoloteo en el estómago al pensar que había dedicado, aunque solo unos instantes a enviar una misiva. Hoy su deleite aumentó al descubrir un pequeño paquete junto a la carta, entregado por un muchacho de correos distinto al habitual, lo que le hizo preguntarse si el conde habría

empleado un mensajero privado. Eso le elevó las cejas, pues ese mensajero debiera haber costado más que los extravagantes peniques que desembolsaba para enviar cada carta. Emma rompió con impaciencia el lacre y repasó las palabras del conde.

Señorita Ainsley,

Podríais sugerírmelo, ya que mi estancia en la ciudad habrá de prolongarse, emplear a vuestro mozo, Langdon, para llevar notas de un lado a otro. Podría usar un caballo diferente en cada viaje -buen ejercicio para los animales- ir y venir según sus otras tareas lo requieran, y así no tendríais que preocuparos por los dos peniques que costara cada carta enviada.

Ayer fue un día horriblemente largo y tortuoso. En un momento dado, sir Lionel de los Tories habló sin parar durante más de seis horas. Entiendo la importancia de algunas de estas medidas y debates, pero aun así me costó no gritar que podría haber resumido todo su argumento en cuatro frases. Jamás presencié un discurso tan agitado, fútil y excesivo, lo juro.

Espero que el paquete os haya llegado también. Por mi parte, no os escatiméis en las palabras para ahorrar papel. Estoy deseando leer vuestras noticias, tan sumamente entretenidas, desde Daisies Cottage. (Os confieso que ni elegí ni aprobé el contenido del paquete; simplemente di indicaciones para conservar un poco de cordura mientras me hallaba aprisionado en la ciudad.)

¿Os envío también tinta nueva? ¿Plumas?

Hasta la próxima

L

Menos curiosa y más convencida de que sabía lo que el paquete contenía, Emma rompió el papel marrón y encontró, tal como sospechaba y como sus palabras insinuaban: una caja de papel de correspondencia, en el tono de azul más suave que pudiera imaginarse. Abrazó el paquete contra su pecho, aunque no estaba

segura de por qué debía emocionarse tanto por una simple caja de papel.

Estimado lord Lindsey,

Os doy las gracias, sinceramente, por el regalo del papel de correspondencia y, como veis, he dejado a un lado el antiguo para dar buen uso a estas fabulosas hojas. ¿Es cosa mía, o la tinta fluye con más facilidad sobre este papel tan fino?

Cuando era muy niña, y mi madre vivía, solía leernos a mi hermana y a mí con bastante frecuencia. Pero sinceramente, desde que mamá ya no está, no recuerdo haber leído un libro en todos estos años. Hasta ayer. Bethany estaba echando la siesta y los Smythe habían ido a Benedict House a visitar a la señora Conklin, ya que les había invitado a usar la lechería junto a vuestras excelentes cocinas para hacer mantequilla. Así que allí me hallaba yo, sola, y habiéndoos escrito ya una carta, sin nada más que hacer. Entonces me fijé en los libros, dispuestos con tanto esmero en las estanterías del estudio. ¡Oh, y qué maravillosa forma de pasar un día lluvioso de verano, arrebujada en el salón, con una taza de té caliente para ahuyentar el fresco y un libro llamado Robinson Crusoe! ¡Qué héroe tan fabuloso! ¡Qué aventura tan maravillosa!

¿Disfrutáis de la lectura, milord? ¿Por placer? Si os hallaseis atrapado en una casa vacía, sin tareas pendientes, ¿os veríais sumergido en algún tomo polvoriento para matar el tiempo y alimentar la mente? Me parece que no sois de los que se permiten la ociosidad, aunque no creo que ejercitar el cerebro con palabras sea algo inútil. Pero entonces, en realidad, no os conozco demasiado, ¿verdad?

Emma Ainsley
Emma,

Disfruto de la lectura. Cuando tengo tiempo. ¿Qué más deseáis saber? Disculpad la brevedad. Mañana atareada y de nuevo en sesión.

L

Milord Lindsey,

Parece casi hacer trampas si sólo os planteo cuestiones que me suscitan curiosidad y vos las respondéis de forma tan rápida y concisa. Hay cosas que, tal vez, sería bonito descubrir poco a poco, con el tiempo, de la misma manera en que aprendo algo nuevo sobre mi adorada Bethany casi cada día. La semana que viene cumplirá dos años y medio. Aún me cuesta creer que haya tenido la dicha de tenerla tanto tiempo en mi vida, o, con tristeza, que mi hermana lleve tanto tiempo ausente. Sin embargo, hay momentos en los que parece que fue ayer cuando Gretchen me trenzaba el cabello y me contaba historias de mi padre, que yo era demasiado pequeña para recordar.

Anoche disfrutamos de una cena estupenda. Nada que ver con aquel guiso tan lastimoso que en su día intenté serviros. Quizás me permitáis intentarlo de nuevo, ya que la señora Smythe me está dando instrucciones regulares y precisas, y de repente, los pasteles, empanadas y salsas no me parecen tan inaccesibles. Nuestro vecino, el señor MacKenzie, se unió a nosotros, y Langdon había vuelto de Londres, así que tuvimos una mesa bien completa y, por primera vez, usamos el comedor formal. Probablemente me reprenderéis por sentarme a cenar con quienes suponéis que forman parte del servicio de Daisies Cottage, pero no lo haréis. No os lo permitiré (escrito sin animosidad alguna, milord, sólo como recordatorio), ya que los Smythe, Langdon y ahora el señor MacKenzie, son mis amigos.

Termino aquí, pues la señora Conklin ha venido ya para comenzar a enseñarnos, a la señora Smythe y a mí, algunos bordados que no tienen nada que ver con remiendos. Me imagino manteles bordados para cuando tengamos invitados la próxima vez.

Emma

Emma,

El joven Langdon me ha sorprendido, llegando antes de lo esperado, y ahora el pobre muchacho debe sentarse y esperar. Ah, pero algo se trama, empiezo a sospechar, pues el chaval corre directo a la cocina, incluso cuando no hay rastro alguno de pasteles o bollos, lo que me hace pensar que está bastante encariñado con alguna de las doncellas de Lindsey. De ahí su llegada temprana y que nunca parezca molestarle pasar horas aguardando mi regreso. Quizá no esté esperando sin más, sino empleando su… ¿encanto? Esa palabra no parece encajar con el muchacho, aunque no puedo ponerle ninguna pega en cuanto a su comportamiento o carácter.

Por ahora, nos queda aún una semana o más dentro de la presente sesión parlamentaria. Me complacerá que sepáis que mi jornada de ayer estuvo plagada de once horas de discutible debate sobre la Protesta contra la Acuñación de Plata. Fascinante, os lo aseguro. Que el Cielo me ampare, por haber escuchado la palabra «metálico» escupida y repetida no menos de cien veces.

¿Deberíamos plantearnos contratar a una niñera para Bethany? Lady Marston me asegura que aún es pronto para una institutriz.

Sinceramente,

L

Mi señor Lindsey,

Brillante, sin duda, cuando vi vuestro argumento impreso en The Times que ha llegado hoy con Langdon. «Lord Lindsey apoyó la protesta, recordando a sus ilustres compañeros parlamentarios que "el proyecto de ley respaldaba un plan para la futura regulación de la moneda metálica de este país, aunque estaba basado en conceptos erróneos".» ¿Son ya ciento uno las veces que habéis usado la palabra «metálica»? (¿Y ahora ciento dos? ¡Oh!)

Esta misma mañana, de la nada, Bethany preguntó por vos y cuándo volveríais a visitarnos. Naturalmente, me siento

completamente inútil, y las palabras me parecen en vano para una niña de casi tres años, diciéndole que estáis muy ocupado con asuntos importantes (¿osaría decirlo, brillantes?). No obstante, os lo comento para recordaros que tenéis una admiradora, no tanto un estorbo, espero. Pero no, no veo razón alguna para contratar una niñera, pues me basta cuidarla yo misma. Aún nos quedan años antes de plantearnos su educación formal y lo que ello conlleve.

Me alegra mucho saber lo de Langdon, aunque no ha mencionado novieta alguna en vuestra casa de Londres. Y justo ayer pasamos varias horas juntos recorriendo el camino de Perry Green, y ni una palabra sobre amoríos londinenses. Aun así, me preguntaba si los trayectos casi diarios no serían demasiado para él, aunque me aseguró que a paso no demasiado rápido llegaba en menos de una hora. Ahora mismo, mientras escribo, ha venido a recoger esta carta, impaciente por ponerse en camino. Me maravillo que soporte esperar a que la tinta se seque.

Emma

A veces releía sus cartas, incluso las que estaban escribidas en muy pocas líneas, sin tener del todo claro qué buscaba, pero con la sensación de que, en verdad, estaba intentando hallar algo en sus palabras. Lo que la llevó a preguntarse qué es lo que podría estar deseando del conde de Lindsey. Y entonces, un día, cuando él llevaba casi un mes ausente, y ya habían intercambiado al menos doce cartas -contándose solo trivialidades y pequeñas distracciones cotidianas-, Langdon llegó a Daisies Cottage justo para la cena y entregó un pequeño sobre a Emma, que rápidamente se limpió las manos en el delantal, rompió el sello de cera y leyó las escasas palabras trazadas a toda prisa. Escasas, en efecto, aunque su impacto fue mayúsculo.

Emma,

¿Os aquejan, como a mí, recuerdos de nuestros besos compartidos, a veces torturadores (aunque frecuentemente

bienaventurados)?
L

Emma contuvo un suspiro, no del todo silencioso. La señora Smythe, que se giró al oírla desde junto al caldero, sintió un ligero rubor en las mejillas y su preocupación fue inmediata.

—¿Algo os aflige, querida?

Emma negó con la cabeza, se cubrió la boca con una mano y, con la otra, presionó el papel contra su pecho.

—Oh, no es nada —balbuceó, esbozando una sonrisa torpe—. Solo noticias inesperadas —agregó, al ver que la señora Smythe seguía escéptica y alarmada—. ¿Me disculpáis un momento…?

Tras ello, subió corriendo por las escaleras, se encerró en su habitación y echó la llave. Apoyada en la puerta, sostuvo la carta muy cerca de su rostro, con las manos temblorosas, y volvió a leer las palabras: *«¿Os aquejan, como a mí, recuerdos de nuestros besos compartidos…?»*

«Oh. Madre mía». Con una mano bajó hasta su vientre para calmar a esas mariposas que se habían alborotado en su interior.

Y tardó tres días completos en responder a su pregunta.

Lord Lindsey,
Quizá. A veces.
E

Emma,
Creo que pienso en ello, en ellos, en nosotros, todo el tiempo.
L

Lord Lindsey,
¿Es eso sensato?
E

Querida Emma,

Posiblemente no. A menos que supiera que se repetirá. Entonces, sí que me recrearía en
ello. Con más intensidad y dedicación aún que ahora.
L

Lord Lindsey,
¿Repetirse? ¿Con qué propósito?
E

Mi querida Emma,
Hay tantas cosas más que deseo mostraros, descubrir con vos.
L

Lord Lindsey,

Dado que tenéis asuntos importantes en estos últimos días de la sesión parlamentaria, habremos de dar por concluida la discusión anterior. Con suerte, podremos volver a nuestro querido modo anterior de correspondencia: vos refunfuñando con creciente irritación por las desavenencias de vuestros distinguidos colegas del reino, y yo aburriéndoos hasta las lágrimas con tediosas anécdotas de mi vida en el campo. (Sin embargo, continuaré.) El querido Langdon ha empezado, o lo está intentando, a enseñarme a montar una de vuestras magníficas yeguas. No negaré que siento cierto temor e, incluso, poco interés, pero los Smythe y Langdon me han convencido de que puede ser una habilidad útil. El asunto de la monta lateral me hace sentir, en primer lugar, muy pequeña y precaria sobre la bestia, y luego, constantemente asustada de caerme de un buen trecho. ¡Oh, lo larga que sería esa caída!

Quizá sea lo mejor que Bethany reciba su presentación e instrucción a tan tierna edad, para que crezca sin miedo y con plena soltura junto a esos bellos animales. Si, al regresar vos, continuáis esta enseñanza con ella, os estaré muy agradecida por ello. Ayer hubo un incendio en Perry Green. El aserradero al borde del pueblo se consumió en llamas, visibles desde nosotros a tres kilómetros de distancia. Todos -los Smythe, Langdon, Bethany, el señor MacKenzie

y yo- nos dirigimos al pueblo para ver qué sucedía y si podíamos ayudar. No fue posible, pues tardaron muchas horas en controlar el fuego. Desafortunadamente, el edificio y todo su contenido se perderían. Se organizó una colecta para ayudar a la familia Prescott, dueña del aserradero y muy implicada en la comunidad desde generaciones. Con gusto di mi contribución, pues hace menos de dos semanas el viejo señor Prescott, a quien vemos a menudo al ir o venir del pueblo, regaló a Bethany una figura de caballo tallada en madera cuando charlamos con él.

No temáis que mi donación me conduzca a pediros aumento alguno, pues he calculado el presupuesto del mes con ingenio para permitírmelo. Tengo que agradecer a vuestro padre mi capacidad para ayudar a otros. Me sentí muy bien al hacerlo, y tal vez por fin comprenda el constante deseo de ayuda que os caracterizaba. Simplemente sienta bien. Cierro ya, para intentar acostar a Bethany. Últimamente resiste más y más el sueño, y cada día tengo que usar nuevas y distintas tácticas.

Emma

Mi querida Emma:

Os ruego me perdonéis mi descortesía. Me limité a ojear vuestras últimas líneas, buscando únicamente algún indicio, alguna respuesta al firme atisbo de mi deseo de repetir aquel beso… y más. Leeré vuestra carta con detenimiento cuando concluya la sesión de esta noche.

Con amor,

L

Por supuesto, no habría más cartas desde Londres; Zach lo esperaba esta misma noche, como pronto, o mañana a más tardar, una vez finalizada la sesión. Volvió a mirar con atención sus palabras en la última correspondencia. Su pulcra caligrafía rizada le resultaba tan adorable como la autora de la carta, y se sintió apenas algo

desilusionado porque no contestase realmente a su pregunta reveladora sobre aquellos besos. Por otro lado, sus misivas habían sido una auténtica bendición; Zach tenía ya tantas de sus frases grabadas en la memoria. Su ocasional mención de aquel… caballero, el señor MacKenzie, le había sorprendido y enfadado al principio, hasta que al menos respondió que a veces pensaba en sus besos. Con esas palabras, supo que ella seguía siendo suya.

Esas cartas, que ansiaba con fervor cada día (y se sentía decepcionado si Langdon no acudía a entregarle alguna), le servían para mantenerse cuerdo, pues esta sesión le estaba agotando más que las de años anteriores.

Recostado en su sillón, sostuvo la carta y la releyó otra vez distraídamente. Si no se hubiera enamorado ya, las historias de su vida en Daisies Cottage y su ingeniosa manera de considerar una carta casi como una conversación lo habrían conquistado al momento. Ella era atractiva, no se tomaba demasiado en serio, y mostraba tanto de su auténtico yo, que él sospechaba que ese encanto frágil hubiera ahuyentado cualquier vínculo superficial. No había pasado un solo día desde que la dejó en que no pensara en hacerle el amor de nuevo, como lo habían hecho, y como volverían a hacerlo. Estaba impaciente por regresar a su lado y, finalmente, poner en orden este caos entre ambos.

Capítulo 17

—Pero, querida mía —dijo la señora Conklin, esbozando ese ceño familiar que inclinaba su cabeza hacia abajo, denotando total desacuerdo—, debéis envasar la fruta en tarros si queréis conservarla bien.

—Pero no dispongo de suficientes tarros de cristal, señora Conklin, y los Smythe y yo nos preguntábamos qué otro recipiente podría emplearse —contestó Emma.

La ama de llaves negó con la cabeza incluso antes de que ella acabara de hablar.

—No hay otro que sirva. Y aunque disponemos de algunos de repuesto, tendréis que devolverlos mañana; ahora no consigo dar con ellos.

—Sois muy amable —la tranquilizó Emma, besando la mejilla de la anciana—, pero no puedo seguir buscando y recogiendo aquí en Benedict House. Y en Perry Green no parecen venderlos, al menos que yo sepa. Solo me preguntaba si habría alguna alternativa.

—Os preocupáis demasiado, querida —respondió Conklin—. Tenemos bastantes para compartir y, cuando encontréis algunos para comprar, devolveréis los prestados.

—Sois demasiado buena conmigo —reconoció Emma a medida que se dirigía hacia la salida—. Pero espero que no os olvidéis de la cena del domingo, ¿verdad, señora Conklin? Estamos entusiasmados por recibiros a vos y al señor Thurman. Mamá Smythe os deslumbrará con su paletilla rellena.

—¡Oh, allí estaremos! Con muchas ganas de pasar una velada agradable y bien acompañada. —Los ojos de la ama se encendieron.

Emma la saludó con un beso en la mano y abandonó la cocina, subiendo a paso ligero hasta el vestíbulo, justo cuando Thurman abría la puerta. La señora Marston entró en Benedict House y Emma se detuvo al pie de la gran escalera, paralizada por la sorpresa de verla allí. No pareció verla igualmente asombrada de hallarla a ella.

—Justo a quien buscaba —entonó *lady* M mientras se quitaba los guantes y los entregaba a Thurman—. Nos tomaremos el té, solo nosotras dos, en el salón. Por favor, Thurman.

Emma recuperó la compostura y se inclinó con una reverencia breve y algo torpe.

—Disculpadme, mi señora, pero no estoy arreglada para el té; debo regresar al…

—Tonterías —interrumpió *lady* M—. He estado más de una hora en un carruaje antediluviano. Podréis dedicarme veinte minutos, ¿no?

Ignorando tanto a Emma como a Thurman -que alzó una ceja sin expresión precisa-, *lady* M
subió las escaleras, ayudándose de su bastón y el pasamanos. Los hombros de Emma se hundieron, pero no pudo negarse. La siguió hasta el impresionante salón de estar de Benedict House, y fijó la vista en la alfombra Aubusson, donde el conde había entretenido a Bethany… ¿o fue al revés?

Lady M se sentó casi al borde de uno de esos sillones que, más bonitos que cómodos eran, y Emma tomó el opuesto. Con la esperanza de que no se demorara demasiado, se quitó el sombrero, colocándolo con delicadeza junto al reposabrazos.

—No me explico por qué me habéis buscado —declaró Emma, mientras *lady* M la observaba con esa mirada no del todo agradable, que crispaba sus labios.

Lady M no desperdició más palabras de las necesarias.

—He oído que os habéis reunido, en más de una ocasión, con Hadlee.

—Así es —afirmó Emma, con cierta vacilación. ¿Estaría aquella mujer, al igual que su ahijado, a punto de reprenderla por entablar amistades?

—Supongo que lo habréis hecho para discutir unas cartas malditas —insistió *lady* M.

—Sí —contestó Emma, notando lo áspero del tono de su interlocutora. Dejó de añadir más de lo preguntado, sin comprender por qué aquello tenía que preocuparla.

Las cejas finas de la señora se arquearon aún más, en una señal de impaciencia.

—¿Ha mencionado algo sobre mí?

Emma se sorprendió, sobre todo al percibir el estremecimiento en la voz de *lady* M.

—Eh… dijo solo que conocíais a Caralyn Withers y que desconocíais su paradero.

—¿Es cierto? —sentenció *lady* M, golpeando con su bastón el suelo—. Eran cartas de amor.

Emma apenas pudo asentir; no se sentía en su sitio contando los asuntos de George Fiske a aquella dama.

—¿Y eso fue todo lo que dijo de mí?

Emma asintió de nuevo.

—No lo comprendo… perdonadme, mi señora, pero no sé qué esperáis o por qué os importan las cartas de George Fiske a Caralyn —agregó Emma, consciente de haber percibido cierta simpatía de *lady* M hacia Fiske en el breve encuentro que tuvieron en el baile, mas incapaz de ver por qué había recorrido una hora para plantearle aquellas vagas preguntas.

Lady M respiró hondo, levantando la barbilla y enderezando los hombros.

—Yo me enamoré de él también —confesó, dejando el bastón apoyado junto a su silla, y sacando un pañuelo del fondo de sus amplias faldas grises.

—Reuní tanto —admitió Emma lo cual devolvió el ceño a la matrona, motivándola a
explicarse—. Vi vuestra reacción hacia él en el baile.

—Sois muy perspicaz, en verdad.

—Pero… ¿qué queréis saber? —insistió Emma.

—Me preguntaba si realmente la amaba.

—Lo hacía —aseveró sin dudar, pues había leído esas cartas y había presenciado el dolor de George Fiske por la pérdida de su Caralyn—. Pero eso no responde por qué…

—No me lo voy a llevar a la tumba. No puedo. Me ha devorado sin piedad durante cuarenta años —interrumpió *lady* M.

—¿Qué hicisteis? —susurró Emma a causa de aquel preludio calamitoso proferido con semejante desconsuelo.

El crespón gris de su velo se meció sobre sus hombros caídos.

—Se lo dije a ella -Caralyn- que él me amaba. Le conté que habíamos… sido íntimos, que ella no era más que un juguete para él…

—¡Eso no era verdad! —arguyó Emma, sintiendo ira al instante.

Lady M echó la cabeza hacia atrás, retorciendo el pañuelo en sus manos.

—No —bufó—, no lo era. —Enseguida, sus ojos negros se empañaron, su barbilla tembló—. Yo estaba justo allí —masculló, quebrada—, justo delante de sus ojos. Él nunca me vio. Y yo estaba tan enamorada de él.

—Pero vos os habíais comprometido con lord Marston.

El pañuelo le bailó ante el rostro.

—Hice eso para ponerle celoso —dijo con disgusto al tiempo que su pañuelo bailaba ante su rostro—, cuando pensé que le estaba perdiendo a manos de ella. Oh, ni se percató. No le importaba en absoluto. Solo la veía a ella —hizo un gesto de profundo disgusto—, no era más que una sirvienta.

Emma se echó hacia atrás, boquiabierta ante aquella anciana que, de repente, le parecía muy frágil. Aquel acto era indefendible y Emma no sentía compasión alguna.

—Le dije a Caralyn que él solo se divertía, que ella y Marston no eran nada, que no era más que un juego entre nosotras antes de asentarnos. Ella quedó… destrozada. La madre de Lindsey, al creer mis mentiras -aunque creo que después lo sospechó- me ayudó a encontrarle puesto con una familia: el barón Grantham, si no recuerdo mal, el embajador en España. La mandamos allí. No volví a saber de ella… hasta hace unos años, cuando por casualidad supe de su muerte. Se quedó en España, creo que se casó. Vivió allí durante treinta años —prosiguió *lady* M como si necesitara exorcizar por completo aquella experiencia de su memoria.

Los labios de Emma se torcieron y las manos le temblaron con rabia contenida. La furia la

envolvía, al pensar en lo que esa mujer egoísta había hecho. Se le ocurrió que tal vez *lady* Marston había venido hoy buscando redención por sus crímenes.

—Me alegro de que no hayáis encontrado descanso. Ojalá que nunca lo halléis.

Lady M la miró con rudeza, pero pronto se desmoronó, débil y derrotada.

—Tenéis razón. No lo merezco.

—Si esta fuera mi casa, os echaría sin dudar —aseguró Emma con la voz tensa—. Pero como no lo es…

—¡Señorita Ainsley!

Emma dio un brinco al oír su nombre y se giró hacia la puerta, descubriendo al conde allí presente. Enderezó los hombros ante su expresión claramente descontenta. Su respiración se aceleró ante dos calamidades en un solo día que amenazaban con desequilibrarla: la insensatez imperdonable de *lady* M y ahora el regreso de Zachary. Si alguna vez se había preguntado si le echaba de menos, o si necesitaba un vistazo suyo, si había olvidado lo imposible que era su belleza, todo aquello fue respondido al verlo. El aire estaba cargado de ira y tristeza, pero Emma, de manera irracional e inoportuna, se preguntaba si en cualquier circunstancia correría hacia él, felizmente buscando sus brazos tras tanto tiempo. Seguidamente, el conde cruzó la sala a grandes zancadas, plantándose al lado de *lady* M, con el ceño tan fruncido que antes le hubiera helado la sangre.

—Pedid disculpas ahora mismo, señorita Ainsley. No podemos permitir que *lady* Marston crea que sois…

Emma dirigió una sonrisa gélida a la matrona.

—No me importa lo que piense de mí. Y, como no puedo hacer que se marche, yo me lo haré. —Recogió su sombrero del suelo, donde había caído, y salió de la habitación.

—¡Señorita Ainsley! —la llamó el conde al verla marcharse— ¡Emma!

Ella bajó corriendo las escaleras, atravesó la puerta que Thurman le abrió, y salió al exterior. Decidió que era un buen día para pasear, sin otra opción, y cruzó con paso firme el camino de

entrada hasta la senda del campo. Se colocó el sombrero y se ató las cintas bajo la barbilla. No esperaba que él la siguiera. Pensaba que no dejaría sola a *lady* M. Pero lo hizo. Escuchó cómo la llamaba por su nombre, mientras oía sus botas aplastar la grava.

—¡Emma!

La joven siguió caminando. De pronto, sintió que él tiraba de su brazo desde atrás, girándola bruscamente.

—¿Pero qué os ha poseído? ¿Acaso queríais enfadar y apartar a *lady*…?

Emma le empujó con fuerza en el pecho, usando ambas manos para apartarlo, dejándolo
boquiabierto y paralizado en el sitio.

—¿Y qué me ha poseído a mí? ¿A mí? Os diré qué me ha poseído: ¡la maldita nobleza! En vuestras finas casas, con vuestras maneras elegantes y vuestras reglas para todo, y ninguno sabéis ya ejercer un mínimo de decencia humana o… ¿sabéis lo que hizo esa mujer? —Ante su mirada atónita, le explicó—: Ella es la razón por la que George Fiske y Caralyn Withers no acabaron juntos. Mintió a los dos, hizo que Caralyn se marchara, porque ella estaba enamorada de George y no se podía creer que él se enamorara de una criada.

—Pero eso fue hace años…

—¡Arruinó sus vidas! —rugió Emma—. ¿Qué importa si fue ayer o hace cien años? Ella es miserable, mira por encima del hombro, diciéndome que jamás os rebajaríais vuestro estatus casándoos con una doncella. Dadme diez criadas, y os apuesto a que cada una de ellas sería mejor persona que ella.

—Emma, calmaos. Pongamos esto en perspectiva.

Emma lo miró fijamente. Tampoco podía comprenderlo.

—¡Vaya, si sabéis hablar! ¡Sois igual que ella! Corréis por ahí, creyéndoos dueño de todo, sin importaros los que quedan llorando detrás vuestro cuando os aburrís. Pero terminaréis solo y desdichado, como George Fiske. Al menos él lo intentó. No permitió que una tontería como las distinciones de clase arruinara su corazón. Pero por culpa de ella —empujó con la mano en dirección a Benedict House—, habría sido feliz en lugar de desgraciado todos estos años.

Una oleada de pena se apoderó de ella; el impacto del engaño vengativo de *lady* Marston la hizo estremecerse. Aquel pobre hombre, creyendo durante décadas que Caralyn no lo había amado, casado con otra a la que no pudo amar, y convertido en padre de un idiota de hijo. Todo porque Lady M quiso imponer su capricho, creyéndose más merecedora que una humilde sirvienta. Emma rompió a sollozar.

—¿Cómo puede esa mujer vivir consigo misma? —murmuró entre lágrimas—. Está podrida.

Zachary extendió la mano, quizá para consolarla.

Emma la apartó con una bofetada. La rabia la superaba a las lágrimas.

—Alejaos de mí. —Empezó a caminar de nuevo, pisando con fuerza, secándose las lágrimas con furia.

Zachary la alcanzó. Quizá temía que otro gesto fuera rechazado, así que se colocó frente a ella y se detuvo de pronto. La señorita Ainsley tuvo que parar también para no chocar con él. Se apartó hacia la izquierda, y él la imitó.

—Dejadme pasar —le dijo, enfadada, apretando los labios.

—Casaos conmigo.

Emma quedó completamente inmóvil, su mirada, sorprendida, fijada en su rostro, no viendo más que su propio asombro. Lo ignoró, y lo que aquello pudiera significar, e intentó de nuevo rodearlo. Enseguida, el conde se movió en consecuencia.

—Dejadme pasar —replicó, más despacio y con más fuerza.

—Casaos conmigo —insistió de nuevo, alzando el tono.

Plantándose con las manos en las caderas, le plantó cara, entrecerrando los ojos al alzar la vista.

—¿Por qué? ¿Para demostrar que estáis por encima de vuestra condición, que sois mejor persona de lo que realmente sois? ¿Para mostrarle a la pobre y patética señorita Ainsley que sois un tipo corriente, y así podáis… volver a… acostaros con ella? —La incredulidad se reflejó en su rostro. Nunca había visto sus ojos tan abiertos. Su elección de «acostaros» tal vez lo provocara, supuso la señorita. Ignorando eso, mantuvo su ira contenida—. Disculpa mi incredulidad, mi duda sincera. Ahora, apartaos.

—Casaos conmigo —volvió a insistir—. Porque os amo. Porque os deseo. Porque me pertenecéis.

Ciertamente, aquello la debilitó. ¿No eran acaso las palabras que toda mujer soñaba oír un día del hombre al que amaba? Sobre todo, con ese tono. De veras, debía ensayar con frecuencia para dar en la tecla tan sinceramente.

—Porque no quiero ser otro George Fiske —continuó el conde—, lamentándome durante cuarenta años. No puedo… no amaros.

Por fortuna, la mención de George Fiske avivó aún más su resentimiento.

—Muy bonito, señor mío.

—También estáis enamorada de mí —la acusó con un gruñido—. Sé que lo estáis. Sé que *no habríais hecho el amor* conmigo si no lo estuvierais.

Emma ignoró el énfasis en sus palabras. Ignoró que él tenía razón. Estaba loca, irracionalmente enamorada de él. Sin embargo, se negaba rotundamente a considerar siquiera la posibilidad de que él pudiera ser sincero. Zach era igual que *lady* M, solo querían salirse con la suya. Lo esperaban, sin tener en cuenta las consecuencias. Solo le rompería el corazón. No era sincero. Simplemente no podía serlo.

«Zach decidiría que sí, que se casaría con vos. Claro, eso formaba parte del juego».

—Tenéis miedo, lo entiendo. Vuestra hermana, Caralyn Withers, George Fiske, vuestro propio corazón. Pero Emma, os prometo que yo…

—Buen día, mi señor —lo interrumpió, finalmente esquivándolo —, bastante me duele el
pecho; temo que pueda ser mortal.

El conde la dejó marchar.



Aquella noche le resultó increíblemente difícil fingir que no le pasaba nada. Sin embargo, no tenía otra opción que mantenerse en la mesa del comedor, rodeada de todos sus amigos, cuya habitual alegría contrastaba de forma abismal con el vacío de su corazón. Aun así, esbozó una sonrisa, aunque participase menos en las conversaciones, pues su mente seguía atrapada en los acontecimientos del día. Por supuesto, su enfrentamiento con el conde dominaba sus pensamientos. No había ignorado la confesión de *lady* M, pero hasta cierto punto, él tenía razón: sucedió hace años, demasiado tarde para arreglarlo ahora. Solo le quedaba escribir a George Fiske y darle esa noticia, para sanar al fin su corazón herido por un amor no correspondido. Rezaba para que la ira que seguramente sentiría al recibir tan amarga noticia no lo consumiera.

Pero el conde…

—Estáis sorprendentemente callada esta noche, señorita.

Emma alzó la vista, agrandando instintivamente su sonrisa falsa y se volvió hacia su izquierda, donde la aguardaba Callum MacKenzie.

—Perdonad, Callum —dijo, posando su mano sobre la suya, pero solo por un instante. Luego miró hacia Fiona Gall, la nueva ilusión de Callum, contratada recientemente por Madame Carrière, y que había conquistado claramente su corazón—. Y a vos, Fiona. Nos alegra mucho que estéis entre nosotros; no dejéis que mi mente distraída os haga pensar lo contrario.

—Ha estado callada desde que volvió de la gran casa —comentó el señor Smythe, al otro extremo de la mesa, arqueando una ceja que denotaba preocupación. Desde que llegó a Daisies Cottage, se había vuelto más suave y encantador. Emma le adoraba.

—La señora Conklin insiste en que solo podemos usar tarros de cristal. Cuando le dije que no habíamos encontrado ninguno en Perry Green, dijo que debía volver mañana para recoger los repuestos que encontrara para entonces —explicó sacudiéndose la melancolía que la había paralizado gran parte de la tarde.

—Pues empezaremos a recolectar de inmediato —decidió el señor Smythe, animado.

—¿Y qué pensáis de la idea del tendero de añadir canela a las manzanas? —preguntó la señora Smythe, sentada junto a su marido.

—Mi madre no agrega nada en las manzanas, salvo canela —describió Fiona, y aquel marcado acento sonó a Emma como lo más hermoso que había escuchado jamás. Sus ojos verdes, cristalinos y llenos de amor por Callum, contribuían a su encanto natural.

—No creo haber probado nunca la canela —admitió Langdon, mientras apartaba los guisantes del plato, los que Bethany había depositado por costumbre, devolviéndoselos al plato de la niña. Era un ritual nocturno, y el adorable Langdon mostraba una infinita paciencia. Nadie, absolutamente nadie, conseguía que Bethany comiera sus verduras como él lo lograba cada noche.

—Yo digo que lo probéis, ¿quizá con la mitad de la mezcla? —sugirió Emma.

El salón quedó en silencio. Emma siguió las miradas desconcertadas y vio a Zachary Benedict plantado junto a la puerta del comedor. No diría que su expresión rebosaba desaprobación, sino más bien un desconcierto que coincidía con los rostros de sus amigos.

Bethany rompió el prolongado silencio con un agudo y feliz *«¡Zachy!»*.

—Hola, pequeña —saludó él, y al instante la niña esbozó una sonrisa.

Al escuchar su voz, todos en la mesa se incorporaron al unísono. Todos, salvo Emma, que contuvo el aliento antes de ponerse en pie también. Mientras los hombres inclinaban la cabeza ante el conde y las mujeres saludaban con reverencias breves y nerviosas, Emma se dio la vuelta para encarar al conde, sin mostrarle sumisión alguna.

—Milord, no os esperaba —dijo con énfasis, para que no creyese que tenía derecho a indicarle cómo debía dirigir su hogar—. Nos halláis en medio de la *cena familiar*.

Emma se sorprendió al ver a Bethany deslizarse de la silla y lanzarse hacia Zachary. Su sonrisa se ensanchó al descubrir su evidente deleite por volver a ver a Bethany. La alzó en brazos y la besó repetidamente en las mejillas sonrosadas.

—Os he echado de menos, Bethany —le susurró.

—Yo también os he echado de menos —repitió Bethany como loro.

—Oh, pero debéis acompañarnos, milord —pidió la señora Smythe, seguramente conmovida por la patente ternura del conde hacia una de sus personas favoritas.

Era inconcebible pensar que el conde aceptara, un giro aún más desconcertante que la invitación de la señora Smythe. Aparentemente, aquel día estaba repleto de sorpresas.

—¿Sería mucha molestia? —preguntó el conde a medida que Emma lo contemplaba fijamente, centrada en Bethany y no en él.

La señora Smythe soltó una risita y se apresuró hacia la cocina. Zachary rodeó a Emma y devolvió a Bethany a su silla, deteniéndose un instante para examinar el pequeño taburete que Langdon había elaborado para que Bethany no necesitase apilar libros para sentarse.

Seguidamente, Emma regresó al comedor y se situó junto a su silla.

—Es una obra maravillosa —reconoció el conde justo cuando adelantaba con delicadeza la silla de Bethany. Luego estrechó la mano de Langdon y sorprendió aún más a Emma al extenderla igualmente hacia Callum—. Encantado de volver a veros, señor MacKenzie.

Si Callum se sorprendió, no lo demostró, y correspondió con un apretón firme.

—Igualmente —contestó tranquilamente—. Ella es Fiona. Fiona, os presento al lord Lindsey.

—¡Oh, encantada! —exclamó Fiona con voz aguda, y luego se rio mientras hacía una reverencia nuevamente.

La señora Smythe regresó al comedor, colocando un sitio junto a Langdon y cerca de su esposo al fondo de la mesa. El conde se acercó donde ella lo había acomodado y estrechó la mano del anciano posadero.

—Señor Smythe, Emma me ha contado que progresáis mucho en el huerto.

No muchas cosas sorprendían al señor Smythe, pero esto claramente sí. Sus ojos se iluminaron, y una rara alegría iluminó su rostro, reflejada en su amplia sonrisa. Apretó la mano del conde con entusiasmo.

—¡Así es! Emma dice que os lo debe a vos que todo haya empezado tan bien. ¡Oh, tenéis que ver la fruta que ha crecido! — Emma nunca le había visto tan animado en todos los años que lo conocía.

—Eso me gustaría —afirmó el conde.

Pronto todos volvieron a acomodarse, salvo la señora Smythe, que aún se movía con agilidad, añadiendo cristalería, más cubiertos y, por fin, un humeante plato de su estofado de cordero junto al conde. Y reinó el silencio, los compañeros de casa e invitados habituales quedaron enmudecidos ante la presencia del conde. Él pareció imperturbable, o fingió no notar nada, alzando la mirada y recorriendo la mesa, preguntando a Fiona si esa cesta cubierta con lino contenía pan. Fiona, sin historia con él y siendo ésta su primera cena en Daisies Cottage, asintió con entusiasmo y le pasó la cesta.

—¿Habéis recibido formación formal como carpintero? Esas juntas están muy bien hechas y la silla en sí, tan lisa —le dijo Zachary a Langdon tras levantar el lino y alzar las cejas con satisfacción ante el vapor que emergía.

—No, milord. Mi padre trabajaba la madera antes de morir; solo aprendí algunas cosas de él. —El joven se sonrojó un poco ante aquellos elogios.

Esas pocas palabras devolvieron la naturalidad a la mesa y a la cena. El señor Smythe
participó en la charla con el conde y el muchacho. La señora Smythe entabló conversación con Fiona, a su lado, preguntándole por un

vestido que había visto en el escaparate de la modista, al tiempo que Callum le susurraba a Emma, que tenía serias dificultades para apartar la vista de Zachary.

—Dijisteis hace menos de una semana lo encantada que estabais de que todas vuestras personas favoritas se reunieran alrededor de vuestra mesa. ¿Seguiría siendo cierto si dijerais esas mismas palabras ahora?

Emma se volvió bruscamente hacia su amigo, mostrándose patéticamente intranquila. En absoluto imaginaba que Fiona tuviese que ver con esa pregunta tan directa. A Callum le fue fácil decir la verdad. Ella asintió, en silencio, sin querer añadir nada más.

—Una lástima, entonces —lamentó Callum frunciendo el ceño y torciendo los labios, sin aspereza alguna—. Si yo fuera vos, no querría lamentar no haberlo intentado al menos.

—Tengo miedo —susurró sin fingir ignorancia, reconociendo algo que apenas había admitido ante nadie.

—Pero ese hombre está aquí, sin temerle a nada. No es de su agrado, quizá, pero lo hace —continuó Callum—; probablemente lo haría cien veces más si se lo pidierais, por vos.

—Estoy segura de que es solo un gesto —contestó con recato, aun bajando la voz.

—Puede que lo sea —convino él—, pero lo importante es que lo hace. ¿Creéis que un conde querría cenar con nosotros? No lo haría, creedme.

Emma se sintió obligada a confesar:

—Creo que ya no hay arreglo posible —confesó, sintiéndose obligada.

Callum negó con la cabeza.

—Está aquí, así que eso no puede ser verdad. Sin embargo, vamos a comprobarlo. —Enderezándose, separándose un poco de ella, gritó a través de la mesa—: ¡Eh, Lindsey! ¿Alguna vez pescáis en ese gran lago vuestro?

El conde ni pestañeó ante la osadía de Callum, solo encogió los hombros.

—No tan a menudo como me gustaría. Pero me han asegurado que hay buenas truchas pardas y anguilas, si queréis comprobadlo.

—Podría hacerlo —insistió Callum—. ¿Os unís?

—Claro. Avisadme cuándo. Estoy aquí por el resto del año.

Callum sonrió, primero al conde y luego a Emma.

—Ahí lo tenéis. Tengo una cita de pesca con un conde, pero al menos tenéis vuestra respuesta —comentó cuando el señor Smythe volvió la atención al huerto.

Emma tragó saliva, asimilándolo todo. No creía que él hubiera venido expresamente a
cenar con personas de una clase tan inferior solo para hacerle una demostración. Él no podía saber que los encontraría aquí. Ella había sido una auténtica arpía en sus dos últimos encuentros, y aun así él estaba allí. Ya había declarado su amor y su intención de casarse con ella. Sería una necia si no investigaba la posibilidad de que hablara en serio.

«No se casará con vos. No puede casarse con vos».

No obstante, como descubrió de forma tan demoledora hoy, a *lady* M le gustaba difundir mentiras siempre que consideraba inaceptable alguna parte de una pareja.

Con las manos planas sobre la mesa, una a cada lado de su plato, Emma cerró los ojos. Sentía que su mente aún no podía procesar, analizar y valorar todo lo que sabía que era verdad. Alzó la mirada y encontró al conde observándola, incluso mientras la conversación continuaba a su alrededor. Sus ojos grises, iluminados por la cálida llama de las velas, la reconfortaban con la serenidad de su mirada. Quizá lo único importante era que ella le amaba.

—No quiero ser Caralyn Withers.

La mesa quedó en silencio. Emma mantuvo la atención fija en Zach con tal constancia que estaba segura de no haber malinterpretado esa leve curva en sus labios.

—¿Cómo decís, querida? —preguntó la señora Smythe.

—Ha dicho que no quiere ser alguien llamada Caralyn Withers —aportó Fiona, bendita y maldecida a la vez.

—¿Es esa la señorita que vende ostras en High Street? —el señor Smythe frunció el ceño para situar el nombre.

—No, esa es Mary Mac-algo —recordó la señora Smythe—. ¿Recordáis que el tendero nos habló del accidente que tuvo, algo

con una sierra y una barca? No lo entendí del todo, pero allí está, cojeando por el camino del lago.

Zachary sonrió a Emma, quien aún no estaba preparada para responder.

—¿Queréis hablar de esto en un sitio privado?

Emma negó con la cabeza, presa de pánico. No podía quedarse sola con él, no para una conversación de semejante peso y decisión. No se fiaba de sí misma. Oh, si la besase, o siquiera la rozase, podía imaginarse en sus rodillas, rogándole que siguiera fingiendo que le amaba, con tal de poder vivir con eso.

—Pido disculpas por mi más reciente comportamiento impropio —dijo hacia él, desde un extremo de la mesa hasta el otro—, en las dos últimas ocasiones que nos vimos.

La severidad de su expresión y tono, muy firmes, seguramente fue lo que silenció a todos los demás.

—Tras reflexionar —prosiguió el conde, con voz serena y contundente a medida que todas
las miradas se posaban en él—, vuestra reacción esta tarde me parece justificada, la causa de la misma tan intolerable. En cuanto al primer incidente al que os referís, admitiré que las circunstancias fueron excepcionales, pues ninguno de los dos habíamos estado nunca en una posición similar en toda nuestra vida.

Cinco pares de ojos se giraron hacia Emma. Bethany estaba sacando las patatas restantes del estofado con los dedos y colocándolas en el plato de Zachary.

A Emma le costó un instante comprender: dedujo que lo decía porque había sido su primera experiencia sexual y él la primera vez que confesaba su amor.

—No quiero ser Caralyn Withers —repitió—, reaccionando al probable engaño de otra persona.

—¿Podría preguntar de qué falsedades se os informó? —El conde apretó ligeramente los labios.

—Me dijeron que solo estabais jugando, que vuestra carrera os impediría casaros conmigo. Pero también me informaron de que diríais que os gustaría casaros, porque eso formaba parte del juego que desempeñabais.

Los comensales dirigieron la atención al conde, esperando su réplica.

—Esas palabras me resultan aterradoramente familiares, pues yo obligué a un tercero a pronunciarlas hoy mismo, tras nuestra separación, así que no necesito indagar de quién provenían. ¿Las creéis aún?

—No… *quiero* creerlas —rebatió con sinceridad.

Emma percibió por el rabillo del ojo que el señor Smythe levantaba un dedo, como deseando intervenir. Quizá tenía una pregunta. La señora Smythe, sin decir nada, cubrió su mano con la suya y las depositó juntas sobre la mesa.

—No os traje a Londres solo para ayudar con «la Molestia», sino porque quería que estuvieseis conmigo —continuó el conde—, porque no me gustaba estar lejos de vos. Quería que os quedarais, aun sabiendo que echabais de menos a Bethany. Y comprendí, incluso antes de traeros a Londres, que quería casarme con vos. *lady* M trató de disuadirme, es cierto. Y cuando os vi hablando con Beckwith, sí, reaccioné de forma indignante. Y cuando os besé en el baile de Clarendon, admito que fue brutal e imperdonable.

Fiona emitió un sonido; Emma no supo si fue un suspiro o un leve jadeo.

—Cancelé vuestro trabajo en la modista porque lo consideré peligroso e innecesario. Es
verdad que debí proceder de otra manera. Cristo, esta lista empieza a ser vergonzosamente larga —concedió con un leve gesto en los labios.

En señal de solidaridad, los señores Smythe y Callum asintieron.

—Da qué pensar: qué habríais hecho bien por la joven —intervino el señor Smythe en tono casual.

Varios asintieron ante esa reflexión.

—Oh, seguro que muchas cosas. Bastante bellas cartas le escribisteis —añadió la señora Smythe con ternura, asintiendo para reforzar sus palabras—. Le escribió algunas cartas muy bonitas las cuales ella habrá leído ya cien veces, siempre con esa sonrisa de idiota cuando Langdon traía las notas. Y la instalasteis bien en esta

casa —dijo, señalando alrededor—. Podríais haberle dado el dinero y mandarla a otro lugar.

La atmósfera en la sala se suavizó un poco, y el ambiente pescó un suspiro de alivio general.

—No necesitasteis darme ese trabajo fino en la casa grande, pero quizás lo hicisteis solo para complacerla, siempre lo pensé. Nos prestó ese carro y caballo magníficos. Todos nos habríamos tenido que ahorrar un año solo para conseguir el fámulo —agregó Langdon.

Zach sonreía abiertamente, complacido por ese apoyo tan inesperado. Emma permaneció impasible, aunque su respiración se aceleró y le latía el corazón con fuerza.

—Pero dije lo que dije entonces y lo repito ahora. Estoy enamorado de vos.

En esta ocasión, Fiona y también la señora Smythe soltaron suspiros de deleite. Emma asintió pensativa, asimilando todo con calma.

—¿Os dais cuenta -o lo admitís- de que sois mandón y autocrático, a veces con razonamientos irracionales?

—No me gusta esta cuchara —dijo Bethany sin dirigirse a nadie en particular. Langdon se la cambió por la suya, la cual Bethany luego ofreció a Zachary.

El conde tomó la cuchara y la depositó en la mesa. Al levantar los brazos Bethany, Zach empujó la silla y la acomodó sobre sus piernas. Cuando su mirada intensa se cruzó de nuevo con la de Emma, ella percibió una ligera sonrisa en sus ojos.

—Sí. ¿Admitís también vos que sois obstinada -en ocasiones deliberada e irracionalmente- y reacia a aceptar que en algunas áreas podría saber una que otra cosa más que vos?

—Eso puede ser cierto —reconoció—. A veces.

Callum soltó un bufido al intentar contener la risa.

—Bien —continuó el conde—, os he dicho varias veces que estoy enamorado de vos, y hoy mismo os pedí matrimonio.

La frase fue interrumpida por el grito de sorpresa de Langdon y el suave *«Vaya, vaya»* del señor Smythe. La señora Smythe y Fiona exhalaron encantadas; la mayor se agarró las manos sobre el pecho.

—Y aún no habéis respondido apropiadamente -y desde luego no favorablemente- ni a una
ni a otra de esas cosas —concluyó el conde.

—¿Y por qué no, querida? —preguntó tristemente la señora Smythe, dejando caer las manos desde el pecho hasta el regazo.

Emma solo contempló brevemente los ojos ajenos, clavados en ella con incredulidad o expectación, antes de fijar la mirada en la tierna y segura de Zachary. Supo que este último estaba convencido de que triunfaría, a la vez que ella sabía que debía cerrarlo todo con honestidad. Necesitaba contárselo todo, admitir su necedad. Seguía nerviosa, y probablemente no se curaría de eso hasta que él la abrazara.

—Por supuesto que os he estado amando durante bastante tiempo.

Fiona aplaudió con suavidad y dio un pequeño grito de alegría.

Mordiéndose el labio, Emma reflexionó sobre qué más debía decirle.

—Siento no haber creído vuestras palabras, sino las de una mujer odiosa y artera. Tenía miedo, claro, como habéis adivinado con tanta agudeza. Y me gustaría casarme con vos, si aún seguís dispuesto, aunque eso signifique que un día me rompáis el corazón.

—Deberíais haber empezado por ese negativo, no terminar con él —intervino Callum por fin—. Solo lo digo.

Emma le dirigió una buena mueca, y él se encogió de hombros.

—Solo lo digo.

—Aquí hay muchos testigos que me harán rendir cuentas de este voto: jamás romperé tu corazón —dijo Zachary Benedict solemnemente, con Bethany en brazos.

—No lo romperá, estoy más que segura —coincidió la señora Smythe.

—Más vale que no —advirtió Callum.

Fiona giró hacia Callum y lo fulminó con la mirada.

—*Claro* que no lo romperá.

—Señora Smythe, ¿seríais tan amable de coger a Bethany? —propuso el conde mientras rodeaba la mesa—. Entonces podré tomar en mis brazos a mi futura esposa y sellar este compromiso. Le

pasó a Bethany entre risas y lágrimas, y siguió su camino hasta situarse junto a Emma ante la cual sacó una mano en dirección a ella.

Emma dudó un instante, más por timidez que por otra cosa, y se levantó. Con la clara determinación de que, si sus amigos habían presenciado todo lo anterior, lo vieran hasta el final, Zachary la incorporó entre sus brazos y la besó con un ardor no precisamente casto. A Emma se le doblaron las rodillas, pero él la sostuvo firme, y supo que esa opresión en el pecho era pura, insoportable felicidad. Se alzaron vítores, risas y júbilo por toda la sala, pero ellos ignoraron todo.

—Repetídmelo, solo para mí —susurró junto a su boca.

—Os amo, Zachary —murmuró.

Otro beso siguió, llenando de energía a todos los presentes.

—Decidme que siempre lo haréis. Que no dudaréis de mí. Os amaré por siempre y nunca os daré motivos para cuestionarlo —pronunció en cuanto volvió a mirarla a los ojos, brillantes y húmedos de felicidad.

—No lo haré. Lo prometo.

Capítulo 18

Zachary Benedict se sentaba en su suntuoso estudio de Benedict House y miraba una vez más el reloj de bronce dorado. Aún quedaban treinta minutos. Con impaciencia, tamborileaba los dedos sobre la madera del escritorio y luego tironeaba ansioso del nudo de su corbata. En media hora, recitaría los votos con Emma. Jamás en su vida hubiera imaginado que un día contraería matrimonio con una doncella de cámara de una posada de viajeros, ni que vendría con una niña.

Una sonrisa torció su boca. Los dedos detuvieron su golpeteo y se deslizaron, en un gesto fluido, sobre la oscura superficie del escritorio. Pero tampoco hubiera imaginado encontrar algún día a una mujer que volteara su vida del modo más increíble.

«Soy el hombre más afortunado», pensaba.

Esos pensamientos sobre la magnitud de vuestra suerte y felicidad fueron interrumpidos por la llegada de Thurman.

Zachary se incorporó de un salto, sin importarle si el viejo mayordomo adivinaba su nerviosismo. Pero Thurman no había venido a llamarle aún a la terraza, donde tendría lugar la ceremonia. Asintió en silencio y le presentó una carta sellada sobre una bandeja de plata.

—Acaba de ser entregada por vuestro abogado, mi señor — anunció.

Al aceptarla, Thurman dejó junto al escritorio un paquete envuelto y una nota. Frunciendo el ceño, preguntándose qué asunto tenía hoy su abogado -que sabía de sobra que esperaba casarse-, abrió apresuradamente un sobre, solo para hallar otro en su interior. Volvió a sentarse, el aliento detenido al reconocer la caligrafía amplia de su padre en el segundo sobre.

«Abrir el día de vuestra boda» estaba escrito en él.

Con curiosidad, desató el lacre y sacó un pliego de pergamino plegado.

Mi querido muchacho,

¡Enhorabuena y felicitaciones!

Cuando la conocí, quedé cautivado, no en el sentido que vos estáis, pero hechizado, aun así. ¿No tiene algo en su esencia que incita a un hombre a amarla? ¿Habéis conocido alguna vez a una mujer tan genuina y auténtica como ella? Imagino que no. Sabía que mi legado os desconcertaría y confundiera. Pero estaba seguro de que os llevaría a esto. Sabía que era
perfecta. Y que estaba destinada a vos.

Os deseo todo el gozo y la felicidad, la cual sé que ella os brindará. Me lo agradeceréis la próxima vez que me veáis.

Hasta entonces,

Siempre orgulloso,

Vuestro Padre

Atónito, Zach leyó la carta dos veces.

«¡El viejo lo sabía! Ay, el viejo lo sabía». Zach soltó una carcajada breve, mientras se humedecían sus ojos. Seguidamente, se puso en pie y contempló el retrato de su padre detrás del escritorio, pintado con tanta devoción por su madre.

«Viejo demonio», susurró maravillado. Aparentemente, ni el destino ni la serendipia jugaron papel alguno en que él y Emma se encontraran; solo la voluntad ambiciosa y esperanzada de su padre.

Y ahora, habiendo descubierto esto, y lejos de sentirse engañado respecto a su próximo matrimonio, rio aún más. No se sentía estafado ni manipulado; se sentía bendecido. Así como no importaba que Emma y él provinieran de orígenes distintos o tuvieran estatutos distintos, tampoco importaba cómo había sucedido. A Zach solo le bastaba estar agradecido de que había ocurrido.

Y sí, le agradecería al viejo la próxima vez que lo viera.

Pasaron varios momentos antes de que recordara que su mayordomo le había entregado dos cosas. Echó un vistazo a las

palabras escritas en la preciosa letra de su prometida en el segundo sobre, que estaba adjunto a un pequeño y plano paquete, envuelto con sumo cuidado:

«Abrir después de decir los votos. Os amo. E.»

Epílogo

—¡Padre! ¡Padre!

Zachary Benedict oyó el agudo grito de Bethany, que venía de algún punto más profundo de la casa, mientras bajaba por las escaleras con la pequeña Anna, recién despierta de su siesta. Bethany irrumpió en el recibidor procedente del salón de la planta baja.

—¡Padre! Ahí estáis. —Se acercó a él con sus deslumbrantes ojos azules, y él supo que pronto habría discusión—. Mamá dice que no puedo ir este fin de semana a casa de Amelia. Cree que su fiesta en la casa del campo no es más que una trampa para engañar a una joven sin sospechas y que acabe casada no con el hombre de sus sueños.

—Ay, querida —dijo él, conteniendo la risa. Miró a Anna, hallando a su pequeña de ojos azules mirando con somnolencia a su hermana—. ¿Eso fue lo que dijo? —Prosiguió alejándose de las escaleras en busca de su esposa, aquella que a veces se mostraba demasiado explícita con sus hijos, aunque con frecuencia funcionaba con gran eficacia.

—Eso dijo —refunfuñó Bethany, siguiéndole de cerca, ansiosa por exponer su argumento antes de llegar junto a su madre—. Ya tengo catorce años, padre. Vos mismo habéis dicho que poseo buen juicio y una amplia capacidad de razonamiento. Dijisteis que confiabais en que siempre me comportaría bien, así que ¿por qué ella…?

Sus palabras fueron interrumpidas abruptamente cuando Emma, la condesa, apareció en las puertas del salón justo en el momento en que Zach iba a entrar.

—*Ella* también confía en vuestro juicio como así también en vuestra capacidad de tomar decisiones —afirmó Emma a su hija con voz firme, frunciendo el ceño—, pero no confía en la de muchos

jóvenes, que a estas edades se guían más por sus pasiones que por la cabeza y el corazón.

Bethany abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás, mostrando sin palabras lo poco que aceptaba la respuesta materna. Emma se volvió hacia Zach y Anna, su semblante se transformó al instante en pura adoración maternal mientras reclamaba a su hija de los brazos de Zach. Besó el cabello suave y aterciopelado de Anna y posó su mirada en su marido de más de una década, sonriendo en complicidad y cálidamente. El corazón de Zach dio un vuelco. Era un hombre afortunado. Se inclinó para besarla, prolongando el beso más de lo debido, hasta sentir los labios de Emma curvarse en una sonrisa ante la duración del gesto, hasta oír el *«Uy»* de Bethany justo antes de que esta se marchara enfurruñada al salón.

—¿Ninguna fiesta en casas de campo? —preguntó el conde en voz baja, sabiendo bien que la habitación a sus espaldas estaba repleta de pequeños retratos con orejas grandes: sus hijos.

—No. No con catorce años, y teniendo en cuenta que vos y yo ya habíamos decidido que los padres de Amelia sirven de guardianes lo mismo que un maniquí de modista.

—De acuerdo —asintió, recordando vagamente aquella conversación.

Emma era una madre cariñosa, pero siempre vigilante. Sus hijos quizás no siempre estuvieran de acuerdo con sus respuestas o normas, pero nunca podrían dudar de que los adoraban con toda su alma.

Entraron en el salón, donde los otros niños -Caralyn, Michael y Will- se agrupaban alrededor de la señora Smythe, que había ejercido de maravillosa niñera desde que el señor Smythe falleció poco antes de que Emma trajese al mundo a su primogénito, Michael. La antigua posadera, que no aparentaba haber envejecido ni un día desde que él la conociera, y que adoraba a los hijos Benedict, tenía su cabeza canosa apoyada contra tres cabecitas castañas mientras miraban con entusiasmo un artilugio que la señora Smythe sostenía.

—El dragón de Will ha perdido otra vez un ala —explicó Emma.

Zach frunció el ceño, viendo ahora que la señora Smythe intentaba reinsertar la pieza móvil en el cuerpo del dragón de juguete.

Emma se sentó en el suelo, como solía hacer, desplegando elegantemente sus faldas a medida que recogía algunos juguetes para entretener a Anna, que acababa de aprender a sentarse sola.

—¡Ajá! —exclamó la señora Smythe y las cuatro cabecitas se alzaron a la vez.

Will chilló de alegría. La joven Caralyn sonrió feliz con el resultado, y Michael observó cómo su hermano corría alrededor del salón haciendo volar el juguete.

Zach tomó dos cascos de apicultor de la silla y los dejó sobre la mesa. Suspiró, pues había pedido varias veces a sus hijos que no los dejaran tirados. Se sentó en una silla junto a Emma, lo bastante cerca como para rozarla con su pierna. Ella se movió ligeramente y apoyó el brazo sobre su muslo.

Bethany se sentó al lado de la señora Smythe, en el sitio que acababa de dejar Will. La señora Smythe se puso en pie sosteniendo la cesta de su inacabable labor de aguja. La casa -¡el mundo!- no necesitaba otro centro de mesa, otra pieza bordada o puntilla fina, pensaba Zach con frecuencia. Pero comprendía la inevitabilidad de esa tarea, que permitía a las damas practicar no solo su habilidad con las manos, sino también su paciencia y su afición al parloteo educado, que abundaba.

—Padre —dijo Bethany, su voz suplicante—, ¿podríais hablar con mamá sobre la fiesta en
casa este fin de semana?

—Claro, cariño —contestó, levantándole la cara—, pero mirad, yo estoy de acuerdo con ella. —La expresión decepcionada de Bethany estaba a punto de derretirle el corazón, hasta que propuso —: Quizás deberíais hablar con mamá sobre organizar aquí mismo una fiesta *en casa* este fin de semana e invitar a Amelia para que venga a cotillear la fiesta contigo en vuestro *hogar*.

Bethany abrió los ojos con asombro. Abrazó sus manos apretadas contra el pecho y su rostro se iluminó, sonriendo felizmente a su padre.

—Por favor. ¿Podemos? —dijo a su madre.

—Podríamos considerar la idea —contestó Emma—. Supongo que ya deberíamos organizar de nuevo una recepción en gran estilo.

Zach posó su mano sobre el hombro de Emma. Esta desvió la mirada hacia su esposo, sonriendo con agradecimiento por su solución, y luego volvió a Bethany.

—Requiere mucho trabajo —advirtió.

—¡Del que no tenemos miedo! —respondieron al unísono tres de sus cinco hijos, en la misma frase que Emma les repite a menudo.

Ella sonrió, perfilada ante la mirada hambrienta de Zach.

Oh, cómo la adoraba. Simplemente lo amaba todo de ella.

—¿Por qué siempre miráis a mamá así? —preguntó Will, frunciendo el ceño, la mano suspendida en el aire, mientras el dragón de madera tallada quedaba inmóvil.

—¿Cómo es eso, hijo? —Zach apartó la mirada de su esposa.

—Como si estuvierais enfadado con ella por algo. ¿Os regañó mamá hoy?

—No lo hizo —rebatió Zach, manteniendo la compostura—. O al menos, no todavía. Me gusta cómo miro a vuestra madre. Creo que es la mujer más hermosa de la faz de la tierra.

Su esposa se volvió hacia él y le dedicó esa misma sonrisa suya, la que le hacía querer besarla de un modo que exigía privacidad absoluta y prolongada. Los niños suspiraron, la señora Smythe soltó una risita, y Zach serenó el rostro. Decidió que su mirada ardiente y codiciosa debía calmarse en presencia de sus siempre curiosos e increíblemente observadores hijos.

Suspiró como un hombre satisfecho. ¿Satisfecho? No, eso resultaba demasiado modesto para la felicidad que había experimentado en más de una década junto a Emma Elizabeth Ainsley como su esposa.

Aquella misma mañana había encontrado una vieja notita guardada en su billetera. Nunca la apartaba más de unos centímetros del bolsillo de cuero. De vez en cuando desplegaba el pergamino descolorido y azul pálido. Leía otra vez sus palabras del día de la boda, una pequeña nota atada a un regalo: un libro sobre

apicultura. Desde entonces había extraviado o prestado el libro, no lo recordaba; lo habría compartido con sus hijos, podría estar en cualquier lugar. Pero esa nota siempre la llevaba consigo.

Después de tantos años, probablemente la habría leído cientos de veces. Quizá, antes de convertirse en cenizas bajo tierra, la leería mil veces más. La conocía de memoria, la escuchaba al dormir, estaba convencido. Cada día se esforzaba en vivir según sus palabras, sus expectativas, según aquella dura verdad de que no la merecía y debía, cada día, ganársela.

Cerró los ojos y la vio de nuevo, la frase escrita tan bonita en aquel papel con su delicada caligrafía: *«Tuve un sueño, y ese erais vos».*

Fin